

La autodeterminación de las masas

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
Ciencias Sociales y Humanidades

Colección Pensamiento Crítico Latinoamericano

Director de la Colección

Emir Sader, Secretario Ejecutivo de CLACSO

Coordinador Académico

Pablo Gentili, Secretario Ejecutivo Adjunto de CLACSO

Consultor Editorial

Horacio Tarcus

Área de Producción Editorial y Contenidos Web de CLACSO

Editor General

Lucas Sablich

Director de Arte

Marcelo Giardino

Asistente Editorial

Sabrina González

Consejo Editorial

Alejandro Grimson

Dídimo Castillo

Emir Sader

Gerardo Caetano

Horacio Tarcus

Pablo Gentili

Víctor Vich

Director Editorial Siglo del Hombre Editores

Ángel Nogueira

Gerente General

Emilia Franco

Coordinadora Editorial

Bárbara Gómez

Asistente Editorial

Edgar Ordóñez

La autodeterminación de las masas

René Zavaleta

Antología y presentación
Luis Tapia



Siglo del Hombre Editores



CLACSO

Zavaleta, René

La autodeterminación de las masas / René Zavaleta; compilador Luis Tapia.
– Bogotá: Siglo del Hombre Editores y Clacso, 2009.

396 p.; 21 cm.
Incluye bibliografías.

1. Nacionalismo - América Latina 2. Sociología política - América Latina 3. Democracia - América Latina 4. Movimientos sociales - América Latina I. Tapia, Luis, comp. II. Tít.

320.54 cd 21 ed.
A1227375

CEP-Banco de la República-Biblioteca Luis Ángel Arango

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

© René Zavaleta

Primera edición, 2009

© CLACSO

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales-
Conselho Latino-Americano de Ciências Sociais
Av. Callao 875, piso 5° C1023AAB Ciudad de Buenos Aires-Argentina
Tel.: (54-11) 4811-6588 Fax: (54-11) 4812-8459
www.clacso.org; clacso@clacso.edu.ar

© Siglo del Hombre Editores

Cra 31A N° 25B-50 Bogotá D.C.-Colombia
PBX: (57-1) 337-7700 Fax: (57-1) 337-7665
www.siglodelhombre.com

Carátula
Alejandro Ospina

Armada electrónica
Ángel David Reyes Durán

ISBN: 978-958-665-140-0

Impresión
Panamericana Formas e Impresos S.A.
Calle 65 N° 95-28 Bogotá D.C.

Impreso en Colombia-Printed in Colombia

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida ni en su todo ni en sus partes, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ÍNDICE

Prólogo	9
---------------	---

ANTOLOGÍA DE RENÉ ZAVALA

I. LA CONCIENCIA NACIONAL

La formación de las clases nacionales (1967)	35
El Che en el Churo (1986)	49

II. CONOCIMIENTO Y POLÍTICA

Clase y conocimiento (1975)	67
Las formaciones aparentes en Marx (1978)	77
Cuatro conceptos de democracia (1981).....	121

III. BOLIVIA

El proletariado minero en Bolivia (1978).....	147
Las masas en noviembre (1983).....	207
Forma clase y forma multitud en el proletariado minero en Bolivia (1983).....	263

IV. AMÉRICA LATINA

Problemas de la determinación dependiente y la forma primordial (1982)	291
El Estado en América Latina (1984).....	321
Notas sobre la cuestión nacional en América Latina (1983)	357
Notas sobre fascismo, dictadura y coyuntura de disolución (1979).....	373
Bibliografía y hemerografía de René Zavaleta.....	385

PRÓLOGO

*Luis Tapia*¹

Lo que llamamos *conocimiento social* es algo que se produce a partir de ciertas condiciones de posibilidad, condiciones históricas y condiciones intelectuales que también son producciones históricas. La obra de René Zavaleta se ha convertido en una de las condiciones de posibilidad de una constante recreación de las ciencias sociales o la producción del conocimiento social en Bolivia. Su obra no sólo sirve para entender los tiempos sobre los que escribió específicamente, sino también para pensar la complejidad del tiempo presente.

La obra de René Zavaleta se despliega desde la década de los sesenta hasta 1984, año en que muere. Su producción se centra en pensar los problemas históricos estructurales de la nación como construcción histórica, y los problemas del poder; si articulamos

¹ Filósofo de la UNAM y politólogo de UAM-I y IUPERJ. Actualmente es coordinador del doctorado multidisciplinario en Ciencias del Desarrollo en el CIDES-UMSA en La Paz (Bolivia). Autor de *Política salvaje* (2008); *La igualdad es cogobierno* (2007); *La invención del núcleo común: ciudadanía y gobierno multisocietal* (2006); *La condición multisocietal* (2003); *La velocidad del pluralismo. Ensayo sobre tiempo y política* (2002) y *La producción del conocimiento local. Historia y política en la obra de René Zavaleta* (2002).

ambas cosas, los problemas de la construcción del poder como Estado, en particular como Estado-nación. Su obra está fuertemente marcada por su participación política en el proceso de la revolución nacional que se inicia en Bolivia en 1952, y por haber vivido en varios países de América Latina, sobre todo debido al exilio, y luego por una dinámica de articulación académica durante las décadas de los setenta y ochenta. Su pensamiento se caracteriza por una fuerte impronta de la historia política boliviana, pero también de América Latina. En este sentido, su obra es una condición de posibilidad para seguir pensando las nuevas configuraciones históricas de Bolivia, pero podría ser también un referente para pensar algunas otras historias del continente.

Zavaleta pensaba que el conocimiento social es algo que se produce o se puede producir a partir de los horizontes de visibilidad que se configuran en la historia de cada país, sociedad, región y época. En este sentido, la capacidad del científico social deviene del trabajo de explotación de las posibilidades articuladas por la configuración histórica. Uno de los rasgos de la obra de René Zavaleta es esta articulación de producción teórica y explicación histórica, acompañada de una reflexión epistemológica sobre las condiciones de posibilidad y los modos de producción del conocimiento, en particular en países caracterizados por una amplia diversidad cultural.

A modo de introducción a una lectura de Zavaleta, sobre todo del trabajo teórico, pero también de su modo de hacer explicación histórica, exponemos algunas de las fases de su trabajo, y en particular algunos de los problemas que se planteó, y tratamos de indicar los aportes que realiza en esos ámbitos que él abrió o continuó con su trabajo de reflexión y de propuesta, para terminar con una valoración de su pertinencia y productividad para pensar los problemas de hoy; es decir, tratamos de ver su obra en perspectiva.

René Zavaleta nació en Oruro en 1937, en uno de los centros de producción minera; en consecuencia, un centro social y político bastante dinámico, sobre todo en lo que se refiere a la formación del movimiento obrero y a la capacidad de esta zona para

irradiar su influencia y para articular el sentido de nación desde el polo del proletariado popular. René Zavaleta empezó a escribir en la prensa desde muy joven. A partir de 1957 los medios comenzaron a publicar sus artículos, y siendo bastante joven se incorporó a la vida política, producto de lo cual en 1962 fue elegido diputado por el departamento de Oruro. Al poco tiempo, en 1964, se había convertido en un joven ministro de Minas, durante el último gobierno civil de la revolución nacional. En ese periodo llevó una intensa vida política, periodística y de debate intelectual, en particular en el periódico *La Nación*, del cual era responsable junto a Augusto Céspedes.

En 1959 Zavaleta publicó el folleto *El asalto porista*, que es una polémica con los trotskistas y su modo de pensar una estratégica separación de la clase obrera respecto del proyecto y el partido nacionalista. Desde entonces, y hasta el balance crítico que Zavaleta hace en su libro *La caída del MNR y la conjuración de noviembre*, que es una reflexión sobre el golpe militar del 64, que terminó con los gobiernos de la revolución nacional, sostendría la idea de que la base social, por lo tanto, la principal condición de posibilidad de la revolución nacional, era la articulación y la alianza entre movimiento obrero y partido nacionalista, y que el proceso de separación de ambas fuerzas es la principal causa del derrumbe y el fin del proceso revolucionario, tal como queda consignado en ese libro, que quedó inédito hasta 1995.

En 1963 Zavaleta publicó un pequeño libro llamado *Estado nacional o pueblo de pastores*, en el que el eje del debate tiene que ver con la discusión en torno a la estrategia que habría que llevar adelante para la construcción de un Estado nacional en Bolivia, es decir, la opción entre industrialización pesada, de la cual eran partidarios Zavaleta y la izquierda del Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR), o desarrollo agrario, que es lo que ellos llamaban *desarrollo en y desde la periferia*, fuertemente promovido por los norteamericanos en el proceso posterior a 1952. En 1964 Zavaleta publicó otro pequeño libro: *La revolución boliviana y la cuestión del poder*. Parte de esa publicación fue retomada e incluida en la que sería la principal obra de todo ese periodo:

La formación de la conciencia nacional, editada en 1967 en Montevideo en la colección Marcha. Probablemente esta obra sea el principal resultado del periodo del pensamiento nacionalista en el país, en particular de las obras signadas por el nacionalismo revolucionario que comienza con la obra de Carlos Montenegro, *Nacionalismo y coloniaje*.

De manera muy breve quisiera bosquejar una valoración e interpretación de los trabajos de esa generación y del modo en que Zavaleta se inserta en ella. En el diagnóstico de los nacionalistas existía la idea de que una de las condiciones de reproducción y persistencia del coloniaje era el hecho de que la conciencia histórica del país estaba formulada de manera negativa. Todo aquello donde aparecía lo popular y local tenía signos negativos, sobre todo aquello tocado por lo indio, y aparecía como positivo aquello que encarnaba la presencia y continuidad de lo ibérico español y lo católico. De manera paradójica, las elites dominantes identificaban la nación, cuando la pensaban, con aquel núcleo humano que encarnaba los valores de lo hispano-católico. En este sentido, una estrategia central del nacionalismo revolucionario en el plano de la lucha político-ideológica consistió en producir una sustitución de la conciencia histórica, lo cual implicaba permutar las narraciones históricas articuladas por intelectuales orgánicos del bloque neocolonial por un tipo de conciencia histórica en la que al cambiar los hechos, la valoración de la presencia de lo popular, que tenía un sentido negativo, se convirtiera en algo positivo y se pudiera interpelar para constituir políticamente algo que ellos llamaban *la nación fáctica*, esto es, el conjunto de sectores populares configurados por campesinos, indígenas, trabajadores de diverso tipo y también por las capas medias urbanas.

En este sentido, *La formación de la conciencia nacional*, que es el título del libro de Zavaleta, es también un objetivo y un medio político. La conciencia nacional se forma mediante una sustitución de la narración de interpretación histórica existente, introduciendo una concepción positiva y constituyente, es decir, situando lo popular como columna vertebral de la articulación de la vida social, cultural y política de la historia del país. El libro

de Zavaleta en particular contiene el desarrollo de un argumento en que se presenta de manera muy clara la idea de que el destino personal está fuertemente ligado al destino nacional; allí él decía que donde fracasa la nación no puede realizarse el individuo, y viceversa: el individuo no puede realizarse cuando fracasa el yo colectivo. En este sentido, esta sustitución de la conciencia histórica está fuertemente ligada a un discurso interpelador que trata de vincular con fuerza el destino individual con el del yo colectivo o nación.

Hacia 1964, un golpe militar encabezado por Barrientos terminó con el gobierno civil de la revolución nacional y empezó a desnacionalizar los recursos naturales mediante una fuerte represión ejercida sobre los centros mineros. Según el diagnóstico de Sergio Almaraz,² casi el conjunto de las relaciones entre bolivianos empezaron a ser mediadas por los norteamericanos, es decir, se experimentó el proceso de desarticulación de la nación. En esos años de derrota se produjo una parte de lo mejor del pensamiento nacionalista revolucionario, que consiste precisamente en las obras de Sergio Almaraz *El poder en la caída*, *El petróleo en Bolivia* y *Réquiem para una república*, por un lado, y por otro *La formación de la conciencia nacional* de René Zavaleta, y un conjunto de ensayos de transición que lo habrían de llevar a la articulación de una nueva estrategia teórica de investigación y explicación, que tenía como problema central tratar de explicarse el porqué de la derrota, es decir, el porqué de la caída de la revolución y el triunfo de la contrarrevolución.

Los libros que tanto jóvenes como viejos siguen usando en Bolivia para conocer la historia del país y formarse un tipo de conciencia política, son precisamente las obras escritas durante ese periodo de la derrota. En este sentido, hay cierto parecido con el trabajo de Antonio Gramsci, es decir, la renovación en el pensamiento viene del intento de explicar primero por qué fracasaron la estrategia política previa y el modo de pensar el Estado, el poder y la construcción de un nuevo tipo de sociedad. En esos

² Sergio Almaraz, *Réquiem para una república*, La Paz, UMSA, 1969.

años Zavaleta escribió algunos ensayos sobre el bonapartismo de Ovando, la experiencia de reforma desde dentro del ejército que reacciona frente a la dictadura militar de Barrientos. También escribió sobre la experiencia izquierdista del gobierno de Torres, que es el eje del libro *El poder dual*.

En breve, vale la pena presentar el núcleo del argumento de Zavaleta para explicar la caída del MNR y, por lo tanto, también el triunfo de la contrarrevolución. Esto está explicado en detalle, ya que es visto desde dentro del Estado, en el libro *La caída del MNR y la conjuración de noviembre*.

Para Zavaleta, la nación es una construcción histórica, así como también lo es el poder y el Estado. Como construcción política tiene algunos núcleos o una columna vertebral; en el caso del proceso de la revolución nacional en Bolivia, tiene que ver con la fuerte articulación entre el movimiento obrero y el partido nacionalista. Es la fuerza que derrota a la oligarquía y funda un Estado moderno en el país, que se caracterizó en lo central por la presencia obrera en el seno del Estado. Una de sus principales expresiones es el momento de cogobierno, en el que cuatro representantes de la Central Obrera Boliviana (COB) fueron ministros de Estado; otra es la coestión obrera en la minería nacionalizada. Esto no duró mucho: durante una buena parte de las décadas de los cincuenta y sesenta más bien se va experimentando un proceso de paulatina expulsión de los obreros del seno del Estado. Éste es el diagnóstico de Zavaleta, proceso que termina con el golpe militar de 1964 que, según él, encontraba ya a un núcleo gobernante sin posibilidad de resistir el golpe, en la medida en que sus mismos componentes habían desarticulado la base de su poder social y político, y por lo tanto, la condición de posibilidad de la continuidad de ese proceso.

Uno de los rasgos que recorre toda la obra de René Zavaleta, y que poco a poco va adquiriendo mayor complejidad y reflexividad, es la idea de que la realidad social y política es una construcción histórica, un producto histórico; la nación lo es, las diferentes formas de Estado también lo son. En este sentido, primero se preocupó, junto a otros intelectuales de su generación, por ar-

ricular una conciencia nacional que fuera condición de posibilidad de la revolución, y luego una conciencia que fuera explicación de las causas de su frustración.

La condición histórica de lo social suele abordarse de dos maneras. Por un lado, de modo alta o exclusivamente historicista, remarcando la singularidad de cada hecho social, de cada cultura, de cada acción colectiva e individual y, por lo tanto, la impertinencia de cualquier teoría general para pensar lo humano y lo histórico. Por otro lado, se piensa lo social como producto histórico que genera estructuras —es decir, patrones de regularidad— en la organización de las relaciones sociales, en la economía, en la política, en la cultura. Este modo de pensar se vincula con la formación de las ciencias sociales o el modo moderno de pensar la condición socio-histórica de lo humano. El modo genérico predominante de trabajar en esta línea ha consistido en elaborar teorías generales sobre causalidad de sus leyes sociales históricas que servirían como modelo a partir del cual se deducen luego las explicaciones sobre cada proceso histórico específico. Zavaleta articula ambas cosas de un modo peculiar, no con el espíritu de conciliación sino respondiendo a los problemas que creía centrales en la producción del conocimiento en nuestros países y en su época.

Por un lado, Zavaleta venía de una generación y un núcleo de activistas político-intelectuales que se caracterizaron por cierto tipo de historicismo. Los nacionalistas revolucionarios, desde Montenegro hasta Zavaleta, pensaban que el dato básico de lo social era su historicidad y que la forma principal del conocimiento social era la conciencia histórica. En este sentido, se propusieron, como parte de la disputa por el poder y de la estrategia de construcción de una nación, sustituir lo que pasaba por conocimiento histórico, que en realidad era una narración negativa articulada por el bloque dominante. Ésta se sustituyó por una articulación positiva en torno al núcleo popular que sería, además, la condición de posibilidad de constitución de un Estado-nación en el país.

Este rasgo historicista del nacionalismo revolucionario no lo llevó a la negación de teorías generales sino, más bien, a pensar la necesidad de explicar la derrota sobre la base de elementos de causalidad histórica. Las condiciones del desarrollo sociohistórico en el país lo condujeron a recurrir cada vez más, y de manera más sistemática, a la teoría social, es decir, a teorías generales. El trabajo de Zavaleta, sin embargo, no se caracteriza por explicar la historia boliviana y otras del continente por la vía deductiva a partir de un patrón de explicación del desarrollo general de las sociedades de manera exclusiva según leyes. Se trata de una reflexión que se constituye como una especie de conciencia de los límites de las teorías generales, sobre todo en condiciones donde existen diversidad cultural y diversidad de tiempos históricos.

Se podrían bosquejar del siguiente modo algunas de las dimensiones de esta problemática trabajada por Zavaleta, que forman parte de un nuevo ciclo de producción intelectual.

La *condición de posibilidad* para sostener teorías generales estaría dada por la homogeneización de la sustancia social que se pretende explicar a partir de ese conjunto de leyes convertidas en un sistema de categorías y conceptos que contienen relaciones de causalidad regular. Hay un modo de sostener esta idea sin mayor explicación, como una condición de facto. Zavaleta retoma una idea de Marx para plantear que la homogeneización de la sustancia social no es algo que existe ya como un dato, sino que es algo producido por el desarrollo del capitalismo, que es lo que hace que las estructuras sociales tiendan a parecerse o sean las mismas en los diversos países y continentes. En este sentido, el desarrollo del capitalismo es una de las principales fuerzas de configuración de la modernidad, de ese ámbito de regularidad en las relaciones y procesos de causalidad social.

Zavaleta concibe que la de Marx es una teoría sobre el grado de homogeneización y regularidad en términos de causalidad estructural en los horizontes de configuración del capitalismo. En este sentido, no es una teoría general que sirva para explicar todo en cualquier tiempo, sino la configuración de lo social en determinada época y bajo cierto tipo de relaciones sociales. Es-

to implica que, por un lado, se está pensando, en los límites, en la utilización de una teoría general como ésta, que es un tipo de conciencia histórica, y también en los límites de la generalidad de la teoría social. Esta reflexión está desarrollada en el ensayo *Clase y conocimiento*, de 1975.

Este es uno de los problemas que recorre toda su obra. Se dedica a pensar sobre las dos puntas del problema. Por un lado, esto plantea límites a la utilización de teorías generales, según sea mayor el grado de diversidad cultural existente o de heterogeneidad estructural y de diversidad de tiempos históricos. Por otro lado, Zavaleta rastrea históricamente en Bolivia y en algunas otras historias de América Latina cómo, a pesar de esos límites al conocimiento social impuestos por la diversidad social o la falta de homogeneidad, se ha producido, sin embargo, conocimiento social, en parte bajo la forma de conciencia histórica nacional, en particular a partir de la historia de configuración de lo nacional-popular.

Hasta aquí podemos ver que uno de los extremos de producción de unidad y articulación histórica en tiempos modernos es el capitalismo, la principal fuerza homogeneizadora. Además, hay otro proceso que Zavaleta llamó genéricamente *nacional-popular*, y tiene que ver con procesos por medio de los cuales la constitución de sujetos y su capacidad de movimiento y articulación de otros, en los procesos de construcción sobre todo de la nación como un proyecto político, han generado algunas posibilidades para ver y conocer más allá de lo que la unificación y homogeneización capitalista crearían como posibilidad, que en el caso de Bolivia y buena parte América Latina más bien crea condiciones de desconocimiento o, como diría Zavaleta, un punto ciego bastante grande.

En este sentido, una de las dimensiones de configuración del horizonte de visibilidad de una época está dada por el modo de producción, es decir, por el tipo de relaciones sociales, en términos de configuración de estructuras socioeconómicas. La otra condición importante es la constitución de sujetos y su capacidad de moverse por la sociedad. En este sentido, la capacidad de cons-

trucción política también genera capacidades de conocimiento social. La obra de Zavaleta adquiere, desde inicios de los setenta, una matriz de explicación social poderosa basada en la teoría marxista, para poder dar cuenta de los rasgos de generalidad en la época. Por otra parte, se podría decir que la preparación para poder explotar ese horizonte de posibilidad y el que configura la historia local de manera más específica, está dada por su participación, como militante e intelectual orgánico, en el proceso de construcción de un bloque nacional-popular que articula las condiciones de posibilidad de los márgenes de construcción de un Estado-nación en Bolivia en las décadas de los cincuenta y sesenta.

Zavaleta pensaba que si observáramos a escala macromundial las pautas de la homogeneidad o de la unidad del mundo, descubriríamos que están dadas por el nivel de las estructuras del modo de producción, y que en el ámbito político encontraríamos el despliegue de las diferencias; pero si nos moviéramos a pensar en el horizonte de los países y naciones, tendríamos que en el nivel político se pueden encontrar las pautas de la unidad, ya que los Estados-nación son precisamente procesos de construcción de una unidad política donde hay algún grado de diversidad cultural, económica y política, y que más bien encontraríamos las diferencias en tanto hay diversidad de modos de producción. Cabe señalar que el hecho de que la política y la construcción estatal tengan como finalidad la producción de la unidad no implica necesariamente que esa unidad estatal, sobre todo si ha sido construida como monopolio monocultural de la fuerza, sea el correlato de teorías generales como la forma más pertinente de explicar la historia política local.

Durante una época, para algunos la tarea de las ciencias sociales era explicar las historias latinoamericanas con relación a los modelos de desarrollo generados en las ciencias sociales en el núcleo europeo y anglosajón. Para otros la tarea consistía, más bien, en dar cuenta de la especificidad y singularidad de cada historia nacional y local. Zavaleta en cambio trabajaba en torno al eje configurado por la noción de *autonomía de lo político*, para dar cuenta de la especificidad de las historias locales como cons-

trucciones deliberadas, hechas por sujetos, pero en el contexto de fuertes determinaciones estructurales, no sólo del país sino de toda una época.

En este sentido, Zavaleta se planteó producir un conjunto de categorías y una estrategia teórico-metodológica que permitieran dar cuenta de la especificidad de cada historia en el contexto de determinaciones estructurales, algunas de las cuales necesitan ser explicadas a partir de teorías generales de la época, para lo cual recurrió al marxismo. Una buena parte de su trabajo más creativo, durante la década de los setenta y los primeros años de la siguiente, consistió en producir un conjunto de categorías que permitieran realizar la tarea de elaborar una explicación causal de lo específico en el contexto de las determinaciones estructurales de una época, dando cuenta de su singularidad en tanto acumulación histórica local. Para ello propuso un conjunto de pequeñas constelaciones de categorías, que bosquejo brevemente, pues orientan un poco la lectura de los textos seleccionados.

Una primera constelación es aquella configurada por las nociones de *momento constitutivo* y *crisis* como método de conocimiento. Un modo de enfrentar la conciencia de los límites de las teorías generales en condiciones de heterogeneidad estructural y de tiempos históricos consiste en pensar que en condiciones de falta de homogeneidad social —que además se caracterizan por la existencia de relaciones de dominación—, en la que un tipo de estructuras sociales explota a otras, y como parte de esa dominación hace invisible cierto tipo de realidades sociales, el conocimiento es limitado, ya que es visible aquello que la teoría general relativa al conjunto de estructuras dominantes permite ver y lo que las instituciones que configuran las relaciones de dominación permiten emitir como discurso y modalidad de conocimiento social.

En este sentido, Zavaleta cree que las crisis son coyunturas en las que el conocimiento social puede ser ampliado, en tanto que una crisis implica una fractura y un quiebre de las formas ideológicas de representación de la vida social, producto de la emergencia de otros discursos críticos. En el momento de la crisis se hace más visible la diversidad social existente. El momento de la

crisis, o de falla de la ideología dominante y de sus instituciones de reproducción, es una coyuntura en la que, no de manera automática, se puede ampliar el conocimiento social. Este conocimiento depende de la capacidad que algunos sujetos tienen para explotar esta coyuntura de visibilidad. Esto estaría dado por su capacidad de moverse a través de la sociedad, no sólo como observadores sino como articuladores de otro conjunto de relaciones sociales y de formas discursivas de conciencia, así como también de reconstrucción y reconstitución de lo social en otros horizontes de vida.

Una coyuntura de crisis permite también describir cuáles son las estructuras que empiezan a fallar, y entonces la tarea del investigador es tratar de identificar cuál es el momento constitutivo de las estructuras que están entrando en crisis, para luego reconstruir la historia de reforma de ese momento constitutivo, que desarrolla sus potencialidades pero también el proceso a través del cual se van desarticulando las capacidades de producción y de reproducción del orden social. En este sentido, la secuencia va de la crisis al momento constitutivo. Una vez que se identifica y caracteriza este momento constitutivo, se estudia el proceso de reforma de dicho momento, tanto en sus vertientes progresivas como en aquellas que tienen que ver con la desarticulación y decadencia de un programa de vida social. En este sentido, el modo de proceder de Zavaleta consistiría en remontarse de una crisis al momento constitutivo. Ese momento constitutivo, que también es una salida a la crisis que lo hizo posible, también puede ser investigado tras identificar un momento constitutivo previo.

Hay un cambio en la estrategia de abordar la historia por Zavaleta. Hasta *La formación de la conciencia nacional*, participaba de una reconstrucción de la historia en la que se la periodizaba en fases de desarrollo del sujeto-nación, concebido como un proceso ascendente que llevaría a una reconfiguración del país a partir de una revolución que convertiría a la nación en poder estatal. Aquí se procede al revés: se identifica la crisis de la contrarrevolución, y a partir de allí se rastrea también el momento constitutivo de la revolución. Ese momento constitutivo también se explica después de rastrear la crisis del orden oligárquico previo, y ésta

a partir de identificar sus diversos momentos constitutivos. Este sentido, más bien, se dirige hacia atrás, en la perspectiva de indagar la acumulación histórica que explica los cambios que se están viviendo en el presente y las reformas intermedias. Esta idea de la crisis como método está presente desde su libro *El poder dual*, publicado en 1974, y se desarrolla hasta sus últimos trabajos, en los que explota esta estrategia configurada por la constelación de las nociones de *momento constitutivo* y *crisis*, que es usada como método de conocimiento, ampliándola.

Un momento constitutivo es aquel donde algo adquiere la forma que va a tener la vida social por un buen tiempo hacia delante, es el momento en que se articula algo, así como un programa de vida social o de un orden social que va a funcionar como gran determinación o un horizonte de gravedad y dentro del cual han de caer los hechos que ocurren durante un buen tiempo. Este concepto se complementa muy bien con una idea que Zavaleta publicó más tarde, en 1982, en un texto titulado *Problemas en la determinación dependiente y la forma primordiales*. La articulación es la siguiente: el momento constitutivo es el momento en que se configura la forma primordial.

La noción de *forma primordial* viene del eje analítico clásico del pensamiento político moderno configurado por la relación entre Estado y sociedad civil. Zavaleta sugirió pensar que la forma primordial es el modo en que históricamente se articulan Estado y sociedad civil en cada historia nacional a través del conjunto de mediciones, que son cambiantes, así como el mismo Estado y la sociedad civil en cuestión. La categoría fue introducida para pensar relaciones geopolíticas, es decir, la manera como una construcción interna nacional puede o no resistir determinaciones externas. En breve, la calidad de la construcción de la forma primordial determina su capacidad de resistir determinaciones externas o determinar otras formas primordiales. Esta noción de *forma primordial* es bastante útil para plantear varias cosas con relación al pensamiento social en América Latina. Por un lado, contiene la pauta metodológica para explicar la dimensión de interrelación de lo local-nacional y lo mundial. La clave explica-

tiva radica en reconstruir el proceso de articulación de la forma primordial. La estrategia de la forma primordial es un modo de intervenir en el debate con los dependentistas, quienes sostenían que las determinaciones dependientes eran la variable explicativa principal, sobre todo de las formas de dominación y configuración del poder político y de las políticas económicas que son producto de la intervención extranjera.

La noción de *forma primordial* es una estrategia teórico-metodológica que permite pensar la construcción local nacional en el contexto del mundo, pero manteniendo la exigencia de la reconstrucción histórica interna como variable explicativa central. En este sentido, se continúa de un modo más complejo lo que también hacían los nacionalistas al ofertar la estructura de reconstrucción histórica como parte principal de su modo de producir conocimiento y de disputa político-ideológica. Otra connotación importante de la noción de *forma primordial*, que quiero resaltar para sugerir su utilidad para pensar problemas contemporáneos, consiste en el hecho de que para hacer análisis de relaciones internacionales que tengan un basamento socio-histórico, es clave reconstruir el proceso por medio del cual se ha articulado y reformado la forma primordial en cada país que entra en el horizonte del análisis, para ver cómo esa acumulación y construcción histórica interactúan con las otras.

La estrategia de la *forma primordial* implica una especie de localismo contrapuesto a un cosmopolitismo en el plano de las ciencias sociales, ya que una de las cosas que hizo Zavaleta fue tratar de relacionar el análisis de la construcción y la articulación de la forma primordial en cada historia nacional estudiada. Este nivel de teorización intermedio, en el que se trata de pensar el encuentro del uso de teorías generales de una época y la reconstrucción de la especificidad de cada historia, necesita de un nivel de elaboración en términos de algún grado de prueba de las ideas, así como de generalización, que estaría dado por América Latina. Zavaleta utiliza de manera predominante una teoría general de la época, como el marxismo, complementada por algunos otros elementos teóricos provenientes de otras tradiciones, que

se articulan a la reconstrucción de la forma primordial en diferentes épocas y en cada país que es objeto de su análisis. A la vez, ese nivel intermedio de ideas con momento constitutivo, con la crisis como método, tendrían a América Latina como horizonte de generalización.

Zavaleta no se propuso partir de ideas exclusivas para pensar la historia boliviana, sino la historia de los países latinoamericanos. No lo hizo a través de una teoría general de América Latina o de las formaciones sociales en América Latina, sino mediante el aporte de una serie de conceptos que permitieran reconstruir la construcción histórica específica en cada país. En este sentido, la noción de *forma primordial* está formulada para pensar la manera como en América Latina se producen resultados diferentes en coyunturas y épocas en las que se trata de implementar un mismo modelo político-económico, en el siglo XX a través de las dictaduras militares. Es una categoría que permite y necesita articular un horizonte de teorización intermedio, que estaría dado por América Latina, y que sería un referente más endógeno o cercano que las historias europeas y la del mundo anglosajón, como referente principal de producción de la teoría sociológica.

Zavaleta forma parte de una generación de nacionalistas que tuvieron como principal horizonte intelectual a América Latina. De ahí viene también la fuerza y persistencia que todavía tiene el pensamiento latinoamericano articulado como teoría social durante las décadas de los sesenta y setenta en particular, pero también desde antes.

Comentaré dos conjuntos de temáticas trabajadas por Zavaleta, con el objeto de plantear su actualidad, su pertinencia y utilidad para la investigación, el debate y la acción política en la contemporaneidad. Agrupo un conjunto de temas en torno a la problemática de la diversidad cultural, y otro al rededor de la autonomía de lo político. Los introduciré en un orden inverso a su elaboración, por cuestiones de lógica de exposición y articulación.

En el ámbito de las ciencias sociales de América Latina, Zavaleta fue un pionero en pensar el tema de la diversidad social, sobre todo desde la teoría política, la sociología y la historia, en

un tiempo en el que todavía predominaban los modos monoculturales, por así decir, de reflexionar sobre lo social y lo político en el horizonte de la modernidad, a veces pensada como incompleta, inconclusa, pero modernidad al fin. Éste es un tema que se ha puesto a la orden del día en las últimas décadas, y cada vez tiene mayor relevancia. Zavaleta lo abordó de un modo bastante peculiar. En las décadas de los sesenta y setenta, en América Latina se estudió el tema de la heterogeneidad socioeconómica y política a partir de la noción de *formación social*, es decir, de la articulación de una diversidad de modos de producción. Este procedimiento sobre todo se constata en las investigaciones marxistas. Cabe mencionar que en esta perspectiva, la idea consistía en que se reconocía la persistencia de una diversidad económica, pero que el capitalismo la rearticulaba y refuncionalizaba de acuerdo a su lógica de reproducción ampliada y de subsunción formal de otros modos de producción. Se pensaba la articulación de las otras dimensiones, es decir, de lo económico-social y lo político, como Estado, mediante las diversas teorías del Estado-nación, que luego se complementarían, a veces se sustituirían, por la problemática de la democracia y el Estado de derecho.

Lo interesante del trabajo de Zavaleta, y es algo sobre lo cual quiero llamar la atención al presentar una selección de sus textos sobre estos temas, es que él piensa que uno de los rasgos de la diversidad social en países como Bolivia consiste en que existe una diversidad de sociedades, es decir, un conjunto de relaciones sociales, modos de producción, concepciones del mundo, lenguas y estructuras de autoridad o tiempos históricos, cuyo rasgo central es la condición de una sobreposición desarticulada. Para esto sugirió la noción de *formación social abigarrada* o *abigarramiento*, que sirve para nombrar uno de los principales problemas en términos de producción y reproducción del orden social y construcción de nuevas formas de unidad política, es decir, de Estados-naciones.

Uno de los criterios más relevantes para identificar la presencia de un tipo de diversidad cultural compleja y conflictiva, como la que se puede encontrar al hablar de *abigarramiento*, tiene que

ver con la persistencia o existencia de estructuras de autoridad que en realidad son formas de autogobierno de otros sistemas de relaciones sociales, lo cual hace pensar que no sólo hay países multiculturales, sino multisociales. En esas condiciones, el Estado-nación no es algo que se ha construido orgánicamente con relación al conjunto de los territorios y a la cualidad de la diversidad de sistemas de relaciones sociales, sino que es un Estado más o menos aparente, que corresponde más o menos, en los momentos óptimos de construcción del Estado-nación, a los ámbitos de modernidad configurada en esos territorios, pero no a los que todavía se organizan sobre la base de estructuras comunitarias.

Esto permite ver el problema nacional desde una perspectiva más amplia. La obra de Zavaleta articula elementos de la teoría del capitalismo de Marx y otros de la *teoría de la hegemonía* de Gramsci, que no habían estado juntas en la historia del marxismo. Dicho de manera breve, la nación y el Estado-nación son formas óptimas de construcción de lo que Zavaleta llamaba *la ecuación social*, es decir, una articulación entre Estado y sociedad civil que existe allí donde esto se ha hecho a través de la construcción de la hegemonía, esto es, la articulación de economía, vida social y forma de gobierno se ha hecho sobre principios de correspondencia, que se retroalimentan positivamente. La construcción hegemónica implica que se ha organizado una cultura o una totalización social que rearticula los fragmentos que ha dejado la destrucción de formas sociales previas.

En esas condiciones, Zavaleta plantea el fuerte vínculo entre subsunción real, o cambio global de civilización, en torno a relaciones modernas capitalistas, y la construcción de Estado-nación, en particular con un régimen de representación democrático, en la que se puede establecer una fuerte correspondencia entre la ley del valor, o la libertad e igualdad formal producidas por el capitalismo, y la libertad e igualdad jurídica formal reconocida en el Estado moderno. Éste es el horizonte histórico moderno europeo. Lo que tenemos en muchos lugares de América Latina es *abigarramiento*, es decir, procesos de construcción de Estado-nación parciales, incompletos.

El Estado-nación es una forma de producir unidad política allí donde se ha producido lo que Zavaleta llamó *el estado de separación*, en un doble sentido: separación del trabajador de sus medios de producción, que también resulta en la macroseparación de Estado y sociedad civil. En territorios donde no se ha producido esa separación y persisten estructuras comunitarias se plantea, entonces, pensar cómo se puede organizar un Estado que la vez sea democrático y no reproduzca las relaciones de superioridad y exclusión colonial. Éste es uno de los temas centrales en los procesos de reforma del Estado y de asamblea constituyente que se han planteado en particular en la zona andina.

Por un lado, se tienen las varias teorías sobre el multiculturalismo de matriz liberal, que sugieren el reconocimiento de los indígenas como minorías con derechos especiales, pero bajo una jerarquía constitucional que le sigue otorgando superioridad y centralidad al conjunto de instituciones y principios de la cultura moderna, por lo general en su forma liberal, que han influido en varias de las reformas multiculturales, sobre todo en la década de los noventa. Por otro lado tendríamos un pensamiento como el de Zavaleta, útil para calar un poco más hondo en la complejidad de lo multicultural y el grado de colonialidad que todavía contiene.

Una buena parte del tratamiento de los problemas de multiculturalidad está centrada en los procesos de reconocimiento. En el ámbito institucional jurídico suele llevar al reconocimiento de derechos colectivos para los pueblos indígenas, lo cual es una traducción y transformación de algo que es una forma política global de otra forma de sociedad en derechos corporativos en el seno de la cultura dominante. Considero que Zavaleta aporta una serie de elementos que están presentes en sus ensayos sobre *Las masas en noviembre* y el capítulo de *Lo nacional-popular en Bolivia*, que se incluye en esta antología, que permiten pensar la diversidad cultural con mayor profundidad histórica y complejidad, que nos hacen reflexionar que no es algo que se puede resolver por la vía del reconocimiento y la integración como minorías.

Esta problemática del abigarramiento la podemos vincular con los problemas del conocimiento: ¿cómo hacer teoría social y

explicación científica en condiciones de abigarramiento? Zavaleta planteaba que allí donde no hay homogeneización de la sustancia social no es posible sostener la validez de un solo modelo teórico para explicar los hechos que no ocurren según la misma configuración y modos de significación; por lo tanto, los patrones de explicación universal con pretensiones de universalidad tienden a convertirse en parte de los mecanismos de desconocimiento y de dominación.

Otro conjunto de propuestas de trabajo y reflexión de Zavaleta se articula en torno a lo que él llamaba *la autonomía política*. Por un lado, Zavaleta pensaba que la tendencia más fuerte se dirige a la homogeneización a través de las fronteras en la configuración del sistema mundial, generada por la expansión del capitalismo. Decía que la unidad, a escala del sistema mundial, está dada por la expansión del sistema de relaciones sociales de producción capitalistas, cosa que podemos pensar a nivel teórico del modo de producción. En esa escala se encuentra la diversidad que parte de las historias político-culturales, si se piensa que el Estado forma parte de un proceso de articulación de la totalidad social, que es la organización de la cultura, en el sentido en que lo proponía Gramsci. Teniendo presente esas tendencias, esto se puede vincular al hecho de que en esa ola de fuerte expansión del capitalismo, que muchos llaman *globalización* y otros *mundialización*, en algunos lugares, luego de muchos años, en algunos casos décadas, de haber soportado los intentos de implementar el patrón común, con variaciones regionales, que responde a la estrategia neoliberal a escala mundial, hay procesos de resistencia y revisión en los que se están imaginando alternativas locales, nacionales y plurinacionales.

En el horizonte y nivel teórico de la autonomía, es lo político desde donde se puede pensar la variación que se da en los procesos sociales y su forma de unificación más o menos coherente en la historia de cada país, así como su articulación con las regiones y el mundo; pero también es a partir de ese ámbito que se pueden pensar las alternativas a los modelos de dominación económica y política transnacional y mundial. Es en el ámbito de la autonomía

de lo político donde se puede pensar la democracia, en particular la democracia multicultural y plurinacional. En este sentido, Zavaleta ha propuesto varias ideas desde su libro *El poder dual* hasta sus últimos escritos, sobre cómo tomar en serio y dar cuenta de las tendencias más gruesas, duras y pesadas de la expansión del tipo de civilización capitalista que determina todas nuestras formaciones sociales, pero a la vez ha trabajado con cuidado y rigor sobre la manera como, a partir de esas determinaciones, se configuran en ciertas historias locales grados de autonomía de lo político, a lo cual nos podríamos referir como los regímenes de sobredeterminación levantados sobre el mismo modo de producción capitalista, y sus tendencias mundiales, a partir de la constitución de sujetos y de la acumulación histórica interna de cada formación social.

En el plano de la autonomía de lo político podemos pensar en la diversidad de las historias nacionales, a la vez que en la libertad política. Uno de los rasgos de la historia reciente de América Latina es que es uno de los territorios o continentes que están generando internamente desviaciones, alternativas, frenos y reversiones a la implantación del modelo de mundialización neoliberal. En este sentido, la teorización sobre la autonomía de la política es algo que nos permite pensar a América Latina, explicar lo que está ocurriendo y potenciar las capacidades intelectuales y políticas de desarrollo de esa autonomía de lo político en términos de articulación de formas primordiales con mayor capacidad de autogobierno democrático.

Si bien la obra de Zavaleta terminó en 1984, estaba ya madura, en parte adelantada, lo cual puede ser una condición de posibilidad para pensar los problemas centrales actuales de Bolivia y América Latina, en un diálogo con la ciencia social de todos los continentes, cosa que caracteriza su pensamiento y su modo de reflexión y producción teórica, sobre todo en un intenso diálogo con el pensamiento latinoamericano actual. Considero que los textos ofrecidos en esta selección o antología no sólo tienen el carácter de una memoria del pensamiento social boliviano y latinoamericano, sino que pueden ser utilizados como referentes

de interlocución y condición de posibilidad para la elaboración teórica que necesitamos hacer y estamos haciendo para pensar lo que se está haciendo en América Latina y lo que falta hacer para avanzar en descolonización y en una democratización mucho más extensiva y multicultural.

ANTOLOGÍA DE
RENÉ ZAVALA

I. LA CONCIENCIA NACIONAL

LA FORMACIÓN DE LAS CLASES NACIONALES¹

Estoy acosado, estoy elegido.

Kafka

De todas maneras, es inevitable filiar a Bolivia como un país perseguido en un grado todavía mayor que las demás naciones latinoamericanas. Como semicolonía misma, es una semicolonía más desgraciada que las demás. Los hechos, las naciones, los intereses la asedian de una manera tan intensa que parecerían ser parte de una confabulación. Este acoso, que quiere hacer daño al país, o que, al servicio de sus intereses hace daño en efecto a un país que no le importa, crea un ritmo histórico en las clases nacionales, que son las que contienen la nación. Bajo el acecho extranjero, español o inglés o norteamericano, anglo-argentino o anglo-chileno, resistiendo a la invasión económica y a la invasión cultural, a la enajenación que fraguan sus agentes y sus clases-agentes dentro del esquema social del país, la nación sobrevive como un *factum* disperso, consistente e inédito en las clases nacionales. Pocas veces consiguen ellas expresarse como poder y ni aun como pretensión coherente del poder, pero realizan una misión de resistencia,

¹ Texto extraído de *La formación de la conciencia nacional*, Montevideo, Marcha, 1967.

de conservación y de perseverancia en su propio ser, en medio de un país que, en todos los demás aspectos, está permanentemente ocupado. La nación fáctica, es decir, la nación inevitable y carnal, hecho a veces pasivo pero presente siempre y existente sin dudas, sobrevive así a pesar de un interminable acecho, de las catástrofes, de las mutilaciones territoriales, de la instalación pertinaz de la pedagogía oligárquica.

Son, empero, el propio imperialismo y sus socios locales los que crean las condiciones para que las clases nacionales despierten de su sueño defensivo. Hasta entonces estos grupos habían entrado a la historia sólo por irrupciones, desordenando la lógica del sistema pero frustrándose a la vez a partir de su propia inorganicidad. La Guerra del Chaco es un proceso de agnición, de reconocimiento de personaje desconocido; moviliza a todos los hombres activos del país, y la oligarquía misma da lugar a que las clases nacionales, cuyos integrantes eran soldados en su totalidad, se identifiquen. El proceso crea a sus contradictores. Mientras las clases nacionales eran únicamente un vasto campesinado —históricamente marginal, osificado y clausurado en una suerte de perplejidad sin salida— y grupos caóticos de las capas medias, era fácil para la oligarquía omitir a los primeros y alienar a los segundos. Pero la explotación capitalista del estaño crea un proletario que es relativamente extenso y moderno. Por un proceso de selección, los individuos más perspicaces, los más resueltos del campesinado, se hacen proletarios. Esta clase será la base de la resistencia a la oligarquía minera. Se diría que la movilización de las clases nacionales, que en el Chaco aprenden que son irremplazables para los combates pero prescindibles y en definitiva ajenas a las decisiones del poder, se perpetúa en las minas, donde el proletariado vive una suerte de movilización permanente. En el Chaco, las clases nacionales —el proletariado, el campesinado y las capas medias— entran en contacto, se interpretan y crecen con sentido de pacto y, pues la vorágine de los derrumbes de la conducción oligárquica es más ostensible que en cualquier momento del pasado, se preparan para responder. La nación fáctica, que persevera en una resistencia introvertida, que

insistía sobre sí misma en una paciencia petrificada, comienza a encontrar, enumerar y evaluar los factores reales que le permitirán encarar su ingreso orgánico al país histórico.

Frente al acoso, en el pasado, las clases nacionales no habían hecho sino resistir rechazando. Se identifican en la movilización militar y se reconocen como combatientes y se aperciben de que ser no es solamente resistir sino que también es necesario elegirse. Es el tránsito de la nación fáctica a la nación para sí misma, y del país resistente al país histórico, en un proceso por el cual, después de haber resistido a la negación de la nación, las clases que la contienen niegan la negación de la nación y tratan de realizar un Estado nacional, en sustitución de las semiformas estatales creadas por las clases extranjeras.

Era, en efecto, no sólo una clase opresora sino también una clase extranjera. Por su origen, por sus intereses, por sus supuestos mentales, la oligarquía boliviana fue siempre ajena en todo a la carne y el hueso de las referencias culturales de la nación. Los latifundistas y el gran capitalismo minero, vinculado directamente con el imperialismo, eran sus expresiones fundamentales. En cuanto a los primeros, sus intereses se fundaban en el despojo y la explotación de lo más tradicionalmente nacional, que son los campesinos indios. Antagónicos con relación a lo más diferenciado y original del país, a lo que en última instancia lo define, los latifundistas no podían negar en lo económico, al explotarlos, sin negarlos también en lo cultural, y así se hacen antinacionales sin dificultades, porque su propio arraigo había sido más bien contingente. Antinacionales como lo era el Superestado minero; por sus intereses económicos, ambos grupos se sirven sistemáticamente de la pedagogía antiboliviana y resultan culturalmente extranjeros.

Con sus burócratas y sus políticos, que a veces trabucaban un oficio con el otro, con la trama larga y ancha de sus intereses, de sus francachelas y sus corruptelas, el Superestado crea lo que se llamó *la rosca*, apelativo que es un bolivianismo que sugiere la clandestinidad de un círculo de conjurados, el privilegio de un encierro calificado y antinacional. Toda la burguesía boliviana

se hizo, en mayor o en menor grado, antinacional. Los importadores porque, de hecho, no eran sino intermediarios de ventas de las manufacturas del imperialismo, y los otros sectores, como el industrial y el minero (los llamados *mineros chicos* y también los *medianos nacionales*), porque aunque pudieron ser la raíz de una burguesía verdaderamente nacional, llegaron tarde, mucho después del Superestado, y jamás pudieron, por consiguiente, evadirse de las alternativas de un poder en el que no influían y al que, por el contrario, estaban sometidos. En la misma medida en que la burguesía y los latifundistas se hacen antibolivianos, las clases nacionales se radicalizan y, definiéndose, crecen.

Sin los campesinos, indios y mestizos en su totalidad, que constituyen un grupo —lo anotó Tamayo— resistente y persistente, los puntos culturales de referencia que nos permiten hablar de un modo de ser de la nación no hubieran existido o se habrían diluido en una confusión informe. Su exclusión, que jamás pudo convertirse —con los españoles ni con el latifundismo republicano— en una disgregación, el aislamiento y el destierro cultural a que se les sometía metódicamente se traducían en una inferioridad práctica que servía de excusa al gamonalismo, que se explicaba así como una parte de paternalismo irremediable, pero, por otra parte, la tarea del latifundismo era conservar la inferioridad. La lucha por la tierra es más bien átona, pero se distribuye en la constancia secular de los *levantamientos* y los *alzamientos* que, por lo general, no cobran otra fisonomía que la del terror sin promesas y de la venganza sin porvenir, seguidos de una precaria movilización multitudinaria cuyo signo primario le hacía perder todo objetivo. Los alzamientos, todos terminan con represiones exitosas, frecuentemente sádicas, a la manera de las que instruía el general Montes, aconsejando “disparar al cuerpo” y “no derrochar munición”. Cazaban indios azollispados entre los totorales de Taraco o en las mañanas atormentadas de Jesús de Machaca, y todo era tan fácil que se explica porque era sólo la furia de hombres tan desdichados como desheredados de toda eficacia en las respuestas. No en el campo latifundista y semifeudal, sino en las minas, mecanizadas y capitalistas, y en

las ciudades es donde se realiza la lucha revolucionaria, localización que concentra y acelera los hechos tanto como explica algunas diferencias entre la Revolución Mexicana, cuyo carácter es dado por las guerras campesinas, y la Revolución Boliviana, que es un movimiento encabezado por el proletariado minero. Es probable que el punto de partida de la Revolución Boliviana haya abreviado el tiempo de la lucha y reducido su costo humano: arranca, en efecto, del centro del proceso de la producción, que son las minas, y rompe el poder político del Superestado en sus ejes, que son las ciudades, y así toma lo neurálgico del país, en lugar de agotarse en la extensión de la guerra territorial. Pero esta velocidad tiene sus propios defectos. El campesino recibe una liberación por la que no lucha, por lo menos directamente. Es probable que, reducido como estaba a una existencia dispersa y marginal, siendo virtualmente un *fellah*, si la insurrección hubiera tomado por escenario el campo, el campesino hubiera tardado en incorporarse a la lucha revolucionaria y ésta habría estado sometida a mayores fracasos y retrocesos pero, aun prolongándose, haciéndose más sangrienta y colectiva, este tipo de lucha habría tenido, seguramente, el valor de una escuela; habría servido para formar, de un modo más coherente, la conciencia histórica dentro del campesinado. Es cierto que, cuando recibe su liberación, el campesino ingresa al consumo y a la economía de mercado y se mueve con grande facilidad, demostrando ser menos osificado, más receptivo, completamente apto para concurrir al juego económico moderno, más rico en reacciones y en iniciativas de lo que se podía suponer, pero, ante una situación contrarrevolucionaria como la que se presentó después, aunque se trataba de hombres ya en todo distintos a los que recibieron la tierra en 1953, su respuesta es débil. Acostumbrado a las emergencias de un papel conservador, que tiene un esencial valor defensivo en su resistencia a la ocupación cultural del país histórico durante la hegemonía oligárquica, lo repite después, en la contrarrevolución. Defiende su tierra pero no la cobertura política de su tierra ni sus intereses posteriores como clase. Vuelve, otra vez, a cumplir un papel defensivo.

El campesino tiende a existir como masa indeterminada, así como el proletariado existe como clase primero y después como conciencia de clase, es decir, como grupo estricto, delimitado y coherente. Las capas medias, en cambio, hacen un grupo que, por su indeterminación, se parece al campesinado pero que, a diferencia de él, proporciona un gran número de individualidades. Mientras el campesinado resiste y se mueve como multitud, el proletariado actúa en cuanto clase, y el hombre de las capas medias vive socialmente como un individuo. La riqueza de estas capas intermedias, en cuanto a personalidades, está vinculada con su mayor proximidad a los instrumentos ideológicos y, por tanto, a las ideas como definición y a la confusión de las ideas. Como un pólipo inteligente y avizor, no tienen un destino por sí mismas, y hasta para definir las hay que hacerlo por exclusión —porque no son proletarias o no son burguesas—, y su destino, por tanto, es errabundo e incierto, creador, impalpable, tortuoso y lúcido. Ni siquiera, para diferenciarla del proletariado y de los campesinos, se la puede definir por no realizar trabajo manual, porque los artesanos, que realizan su labor con las manos, o los pequeños comerciantes, que hacen trabajo mixto, corresponden sin duda a estas dilatadas capas indecisas. Se dice por eso que la llamada *clase media* es una media clase, una clase a medias, y para saber lo que son estas capas es menester enumerarlas o decir lo que no son. Se sabe lo que es su género próximo, pero apenas puede conocerse su diferencia específica, y está a la vista que su destino, en estas circunstancias, no puede ser sino la ambivalencia y el desdoblamiento.

En la sola descripción, el suyo parece un destino desgraciado y disperso, y es bien cierto que en ningún sector como en éste la pedagogía oligárquica tiene frutos más devastadores. Hijas de un país intensamente empobrecido y desfigurado, acceden con más facilidad a los instrumentos culturales, pero sólo en la medida en que puede ofrecérselos el país desfigurado y empobrecido. En conjunto, no logra hacerse muy culta ni muy rica, y la incertidumbre de su destino económico y su fácil soberbia, en una letradura que no es sino la de los imaginativos, hacen có-

moda la implantación de ciertas mitologías —pues el mito suele ser la idea del semiletrado—, así como la tendencia a las ideas abstractas que con furia prosperan y se recrean en estas zonas humanas, porque las capas medias, en contraste con lo que ocurre con los proletarios y también con los campesinos, no tienen puntos carnales de referencia y tienden al vagabundeo histórico y al ensueño ideológico. Estas características de duplicación y de inminente falsificación de sí misma de las capas medias, su *hybris* medular, resultan esclarecidas para explicar la suerte política de los militares y también de subgrupos de complemento, como los universitarios y los maestros.

Nunca logran darse a sí mismas una definición y están condenadas a no ser una clase, pero al mismo tiempo expresan ideológicamente a las clases que luchan y se enfrentan y hacen explícito el pensamiento de las clases nacionales como de la oligarquía, y así su destino, naturalmente errátil y éticamente desdichado, es a la vez un destino brillante. Como al fin y al cabo el pequeñoburgués no es sino un burgués que no ha crecido, su tendencia normal —pues flota en un caos de datos remotos e inverificables— es servir, implementar y organizar la alienación en la que está interesada la oligarquía y que promueve el imperialismo. De esta manera, por lo menos en sus fases más altas, las *pequeñas gentes* se visten igual que la burguesía, pero más pobremente, y comparten con ella sus alienaciones, sus prejuicios y sus ambiciones, porque el pequeñoburgués es la caricatura del burgués, es un burgués que ha fracasado. Por su misma ambivalencia, suelen tener muchas explicaciones para cada hecho, y explicando y explicando van perdiendo el sentido de la realidad, de los datos gruesos de la realidad, y se van enajenando de sí mismas hasta que nadie es culpable de su frustración sino sus imposibles ideas. El *pathos* de las capas medias consiste en que nunca, o casi nunca, descubren de dónde viene su perdición.

Es un proceso de selección el que determina que ciertos sectores de las capas medias se integren a las clases nacionales, pero, cuando lo hacen, su incorporación es más lúcida que la de los campesinos y los proletarios. Cuando los proletarios se mueven,

políticamente *son* la nación. Quietos, interdictos, marginados, los campesinos conservan, de hecho, los datos que permiten hablar de la existencia de la nación como cultura horizontal y colectiva. Pero es la ideología, es decir, la práctica de la libertad de elección, la vía por la que las capas medias se agregan a la lucha revolucionaria y, a partir de ese momento, comienzan a expresar ideológicamente al proletariado y al campesinado, que no pueden hacerlo por sí mismos porque su explotación ha sido más intensa y ha consistido, entre otras cosas, en que los medios culturales les han sido negados. No es más original ni más avisado el comportamiento de las capas medias bolivianas, ni más rico que en parte alguna, y sólo se hace más tenso por la capacidad histórica de las clases a las que se adjuntan. Por el contrario, el empobrecimiento y la clausura del país se traducen también en una fiesta de prejuicios, de miedos decisivos, de suplantaciones activas y de jerigonzas doctrinales, y en ningún grupo social como en ellas estalla con tanta estridencia el provincialismo cultural.

Mucho más vital es la presencia del proletariado, referencia dentro de la cual, en Bolivia, se menciona principalmente, y a menudo exclusivamente, al proletariado minero. Se trata de un grupo numéricamente minoritario y cualitativamente superior. Cuando se menciona al minero de Bolivia, por las circunstancias en que se ha dado esta agrupación, se habla, en la práctica, del proletariado en su estado puro, sometido sólo a escasos factores de desclasamientos. Es el proletariado del tiempo de Carlos Marx. La minería como tal, explotación capitalista avanzada en un país semifeudal todavía, crea una clase moderna. Culturalmente, sin embargo, esta clase presenta aspectos todavía más castigados para expresar auténticamente a la nación. Sus integrantes proceden por lo general del campesinado, pero son, además, los individuos más perspicaces y resueltos del campesinado los que deciden romper su nexo con la servidumbre del latifundio. Es una elección en la que caben algunos siglos de la historia del mundo: la decisión de hacerse minero contiene el paso del feudalismo al capitalismo. Aislados en distritos remotos, ni siquiera sufren el asedio sistemático de ciertos factores de desclasamiento, que

operan en la superestructura, como los proletarios de las ciudades —los fabriles, principalmente que, minoría ínfima acorralada por el gran número del lumpen y las capas medias, padecen un verdadero bombardeo de los mitos, las mixtificaciones y las predilecciones de los sectores urbanos, cuyo lujo consiste en huir de sí mismos, en alienarse. Ex campesinos o hijos de campesinos, sus datos culturales son típicamente los propios de la nación. Con el salario reciben al mismo tiempo el signo de su dignidad y de su explotación; el trabajo colectivo y organizado les proporciona la identidad de clase, y cuando afrontan todos los días, las horas enteras de su vida, las señales de una tarea con boca de riesgo, el ritmo esforzado de una vida que concluye pronto, están ya en condiciones de convertirse en una clase despierta y peligrosa, capaz de analizar sus necesidades, de exigir y de asediar. Al hacerlo, expresan de modo automático los intereses de la nación porque asedian, exigen y analizan *contra* el capitalismo oligárquico, conectado con el imperialismo, que ocupa el país. Sus intereses de clase manifiestan peligrosamente, de un modo concentrado, los intereses de la nación y, por eso, el proletario minero, que resulta de una selección humana del sector más tradicionalmente nacional, que es el campesinado, que se enfrenta directamente a la clase más típicamente antinacional y desnacionalizadora, es la clase dirigente de la revolución. Los dirigentes como tales suelen provenir, en cuanto individuos, de las capas medias, que son las que disponen de los instrumentos culturales, pero como clase no son las capas medias ni el campesinado los que toman la iniciativa en las luchas históricas, sino el proletariado. La propia voracidad de la oligarquía minera conservó en estado de pureza al proletariado minero. En otros países, en efecto, la elevación sistemática del estándar de vida se tradujo en una suerte de desclasamiento del proletariado, por una aproximación formal cada vez más flagrante a los modos de vida de las capas medias, pero eso no ocurrió en Bolivia.

Es cierto que esta división —capas medias, proletariado, campesinado— no deja de ser convencional, y que el campesino, por ejemplo, en la medida en que se enriquece, si puede hacerlo,

creando un mundo conceptual en torno a la propiedad de la tierra, se va aproximando cada vez más —es lo que ha ocurrido en Europa— a las características de las capas medias. Es obvio que las contradicciones internas dentro de cada clase son abundantes y a veces determinantes. Pero en la medida en que el campesino es un hombre acosado —y lo es, sin duda, y lo seguirá siendo en el futuro inmediato—, su presencia entre las clases nacionales y su lucha siguen siendo vigentes.

* * *

El proceso capitalista de la producción hace un mundo por primera vez mundial. Los países europeos, en un complicado recorrido económico y cultural que tiene que ver con el antropocentrismo renacentista, la ética protestante, el advenimiento de la razón, el crecimiento de la técnica, las nuevas posibilidades del mercantilismo después de los descubrimientos, a través de los capitanes de empresa y el ascenso de las burguesías, realizan el conjunto de las características de la civilización capitalista. En un proceso que Trotsky sitúa, para Europa, entre la Revolución Francesa y la paz de Versalles, se produce la concreción histórica de los Estados nacionales. Es un proceso que podría llamarse *natural*. La burguesía conquista sus mercados nacionales y realiza su Estado nacional, que no es sino el Estado en su forma capitalista moderna. La conquista de los mercados interiores se hace por medio de un proceso de industrialización y, por consiguiente, crecen las dos clases modernas, que son la burguesía y el proletariado. Cuanto antes haya iniciado una burguesía la unidad nacional y la soberanía, atributo éste que es esencial del Estado nacional, más fácil le es tomar su propio mercado interior. Inglaterra fue uno de los primeros países que cumplieron este proceso, y por eso, una vez dominado fácilmente su propio mercado, le fue fácil pasar a ser el país campeón del comercio libre. Pero ningún país ha crecido nunca sin el proteccionismo, y en Europa misma, países como Alemania, que es siempre un país que llega tarde, que tarda en realizar su unidad imprescindible para realizar su Estado nacio-

nal, debe ya proteger y hacer exclusivo y cerrado su mercado interior, y así se explica la aparición de las doctrinas proteccionistas a la manera de las de Federico Liszt. Los países capitalistas siguen todos este camino. Mientras se industrializan, protegen su mercado interno porque, sin protegerlo, no se industrializarían; una vez industrializados, cuando están ya en condiciones de competir en el mundo, se lanzan a la conquista de los mercados exteriores y se hacen partidarios del comercio libre. La competencia entre los capitalistas de un país se convierte en competencia entre las industrias de las naciones capitalistas, y así se lanzan ellas hacia los países marginales, a la busca de mercados y de materias primas o de reservas de materias primas y de mercados. Salen de sí mismos los Estados nacionales, y los que llegan tarde al reparto de los mercados entran a practicar un nacionalismo agresivo y expansivo, que hace del nacionalismo de los países industrializados una posición reaccionaria.

Ahora bien, de una manera o de otra, los países-objeto, las semicolonias, también pretenden realizar su Estado nacional, es decir, la forma política de su organización por la que pueden crear su unidad nacional, su identidad cultural y realizar su soberanía, para industrializarse y convertirse en naciones modernas. Pero la formación de los Estados nacionales en las semicolonias no puede seguir un curso de crecimiento “normal”, como los procesos europeos, porque, precisamente, la fase última del Estado nacional de los países opresores, que es el imperialismo, obstaculiza la realización del Estado nacional de la semicolonía. La nación lucha por la defensa de sus recursos naturales y de su mercado interno pero, en la medida en que logra éxitos, perjudica y vulnera la riqueza y la naturalidad del Estado nacional imperialista. Por eso sólo puede hacerlo aprovechando coyunturas de emergencia política en los países del centro, como las guerras, o movilizándolo revolucionariamente a sus masas, haciendo la revolución. Cuando Lenin escribió que “el que no favorece el nacionalismo de los países oprimidos, favorece el nacionalismo de los países opresores”, sin duda tenía presente este carácter básicamente defensivo del nacionalismo de las semicolonias; pero, por otra

parte, de esta situación resultan algunos hechos que en Bolivia, como en las demás semicolonias latinoamericanas, constituyen diferenciales y peculiaridades de los procesos revolucionarios de esta clase de países.

En primer término, se impide al país llegar a constituirse en un Estado en su forma moderna, en un Estado nacional, y como tal cosa no puede lograrse por el simple transcurso del tiempo, por el crecimiento *normal*, como en Europa, el país tiene que invadir, tiene que invadirse a sí mismo. Puesto que el estatus es la exclusión, la persecución y la alienación de la nación, ésta tiene que organizarse para tomar violentamente lo que le debería corresponder naturalmente. En otras palabras, al no interrumpir nadie el desarrollo histórico, los pueblos europeos pudieron ser nación, naturalmente, como un dato normal de su ser. En los países como Bolivia, la nación es, por el contrario, una decisión histórica, una elección. Esto tiene un carácter tan flagrante de lucha e insumisión que no puede lograrse sino movilizándolo a las masas que contienen, de un modo o de otro —culturalmente como el campesinado o neurálgicamente como el proletariado— a la nación. Por eso no se puede hablar de *nacionalismo* en Bolivia sin hablar de *movilización de las masas*, porque, ciertamente, la nación no puede avanzar a la formación de su Estado moderno sino con el ascenso y la toma del poder por las clases que contienen o que han conservado a la nación. De aquí resulta que el nacionalismo de derecha, el nacionalismo hispanizante, tal como vinieron a practicarlo partidos como Flange, resulta apenas el revestimiento de viejos planteamientos ideológicos antinacionales de la oligarquía.

Ésta es también la razón por la que el nacionalismo se ensambla en la noción de la lucha de clases, noción que después, por consiguiente, no se resuelve sólo en la contradicción general entre opresores y oprimidos, sino en la oposición y la lucha entre las clases nacionales y las clases extranjeras. Ni siquiera puede hablarse simplemente de la lucha entre la nación y el imperialismo, de la nación que se contrapone como un todo a los intereses del Imperio. Por la invasión cultural y también porque no puede

prescindir de la utilización de clases-agentes y aun de individuos nativos, el imperialismo tiene en la oligarquía y en todos los grupos sociales que se alienan una quinta columna dentro del juego histórico que se disputa en el espacio boliviano. La oligarquía, aunque el caso de Patiño parezca advertir sobre lo contrario, no es el imperialismo, sino su agente; los intereses del imperialismo coinciden con los de la oligarquía y con los de todos los sectores que se han hecho antinacionales cultural o económicamente. La alienación de las clases-agentes explica el carácter de lucha nacional que tienen los planteamientos de las clases populares. No sólo luchan contra una opresión de clase: combaten a una casta extranjera que ocupa el país y le impide realizarse. El nacionalismo sin el concepto de *la lucha de las clases* no sería sino otra forma de alienación.

EL CHE EN EL CHURO¹

El tiempo resulta breve ahora, cuando se cumplen varios años de la caída de Ernesto “Che” Guevara en la quebrada del Churo, lugar de matas quebradizas que la historia eligió para que hallaran remate los combates que discurrieron en la serranía de Ñancahuazu y las abras hacia Vallegrande, durante casi todo el año 1967. Es cierto que, desde entonces, han sucedido muchas cosas, desde la muerte de Barrientos y el colapso mundial de la política de Johnson, hasta el propio gobierno bonapartista del Perú, pero se trata, a la vez, de esa clase de acontecimientos que nunca quedan definitivamente atrás.

Desde mi posición, que es solamente la de un nacionalista revolucionario boliviano, tengo ahora interés en hacer no el análisis general de la teoría de la guerrilla, que tiene tantísimo especialista, y ni siquiera de la teoría que sirvió o fue utilizada por esta guerrilla, sino el caso concreto en su más exterior expresión, la práctica tal como fue el movimiento armado de Cordillera, Vallegrande y Chuquisaca, sin hacer caso del origen ideológico que tuvo o del que reclamaba para sí, que dan para mucho más. Se podría decir que el Che boliviano no siempre se atuvo a los cánones del Che como teórico en general y, en algunos momentos, hasta se podría

¹ Texto extraído de *Escritos sociológicos y políticos*, Cochabamba, Taller de Estudios Sociales René Zavaleta Mercado, 1986.

escribir que este Che negaba las teorías generales del Che. Para saberlo bastaría un cotejo no muy ambicioso de los textos que escribió, con su magnífica prosa creciente, con los hechos en los que fue actor en Ñancahuazu, pero esa es la tarea que yo no me he propuesto.

Para la frustración de este extraordinario empeño actuaron algunos factores de la eventualidad que eran impredecibles en lo concreto, aunque previsibles en lo general, como el estallido prematuro de las acciones, la delación de algunos desertores, que eran quizá agentes de la seguridad, y la evasión política de los partidos comunistas bolivianos, que en esto no hicieron cosa distinta que seguir la línea política de sus iguales latinoamericanos. Pero también debemos considerar las buenas condiciones de tipo excepcional en el poder represor y su precaria eficacia, y a ello deben sumarse elementos de fracaso mucho más esenciales, los factores estructurales constantes dados por la geografía y el *fatum* demográfico, pero, sobre todo, la básica desconexión campesina y minera de la guerrilla, que es sólo la prolongación de su soledad política y es ya resultado de su desdén por el pasado.

Las reflexiones hechas acerca del incumplimiento de las normas de seguridad por la guerrilla de Ñancahuazu son exactas, pero también sospechosamente fáciles, y hay que cuidarse de las explicaciones sencillas, porque suelen ser no una explicación, sino un consuelo. Es evidente, en grueso, que no era necesario sacar tantas fotografías ni redactar diarios tan taxativos, y lo es, asimismo, en un grado todavía más intenso, que la guerrilla se vio obligada a existir en las acciones cuando estaba dispuesta a existir solamente en la exploración y el asentamiento. Pero, desde otro punto de vista, es claro que éstas son emergencias a las que está expuesta toda guerrilla rural en su proceso de instalación, y parece que nada hay más prematuramente descubierto que el desembarco del “Granma”, que sin embargo no significó el fin del movimiento cubano, porque había un mar social que lo hizo sobrevivir.

Si es “socialmente necesario” que la rebelión exista, ella tiene más posibilidades de permanecer. En todo caso, de la lectura del

Diario del Che se deduce que la precipitación de las acciones no fue vista por los combatientes como algo totalmente desgraciado. Por el contrario, se entra en ellas —en las acciones— con una dosis sorprendente de optimismo, lo que significa que el carácter prematuro de Ñancahuazu estaba previsto por los guerrilleros y que hechos similares lo están normalmente en cualquier empresa semejante.

Se podría también mencionar las pretensiones de la CIA que, siquiera indirectamente, ha querido dar a entender que la presencia del Che fue afectada por rayos infrarrojos que enseñaron que los fuegos prendidos a lo largo de sus 330 almuerzos en Bolivia tenían tan ilustre estirpe. Hay muchos fuegos en la selva de Bolivia y en el fuego no hay señal digital, pero hay mucho en esta historia para convencernos de que se sabe el paso más furtivo de nuestra vida y que la más recóndita de nuestras intenciones está sin embargo bajo el infrarrojo de su mirada ubicua. El infrarrojo existe ahora, y creo que no existía en el tiempo de la Sierra Maestra, pero los medios en Bolivia no necesitaron ser tan sofisticados, y más de una vez la tradicional inoperancia del ejército boliviano hubo de sorprenderse de la incompetencia de sus propios asesores, ellos sí engañados por su propia sobreinformación. Éste, desde luego, tampoco es el tema que nos interesa.

EL ANTECEDENTE DE 1949

“Ñancahuazu —dice Pombo en su informe de septiembre de 1966— es un cañón entre las serranías de Pirirenda al Este y las serranías de Incahuasi al Oeste”. Pues bien, para cualquier boliviano medio, Incahuasi es una palabra que tiene un significado. Es el apelativo con el que se recuerda una de las mayores acciones libradas en la guerra civil de 1949: allá resistió el último bastión de los sublevados en un mes, allá la batalla que concluyó con varias centenas de muertos, campesinos de la zona en su mayoría armados apenas con lanzas de tacuara en un buen número. De Incahuasi el ejército pasó a Camiri, donde fusiló a los presos más importantes (Mariaca y Zaconeta, entre otros) como corolario de

la guerra civil en la que el MNR se apoderó de cinco de los nueve departamentos: Cochabamba, Santa Cruz, Potosí, Chuquisaca y Tarija. Las matanzas de Catavi, donde los mineros ultimaron en represalia a varios técnicos norteamericanos, el fin de la sangrienta resistencia de Potosí, cuyos alrededores fueron rodeados de cuerpos de mineros colgados en los postes de luz por el ejército, la espectacular toma de Chuquisaca y el enfrentamiento final de Incahuasi, son hechos muy conocidos en Bolivia.

El levantamiento fue concebido en términos de avanzar de la periferia al centro: Paz Estenssoro y su comando exiliado intentaron tomar Villazón, de donde debían avanzar hacia La Paz, distribuyendo las tierras entre los campesinos. El alzamiento fracasó en La Paz y en Oruro porque la policía lo descubrió, es decir, porque hubo delación, pero ni ella misma pudo impedir el movimiento por su dimensión que, como contenido de clase y como extensión geográfica, era realmente nacional.

El MNR, que demostraría después ser un partido heterogéneo al máximo y de una gran hibridez ideológica, que es un conjunto acumulativo de hombres y un archipiélago clasista, logró sin embargo organizar un movimiento de envergadura semejante. Fracasó en 1949 sangrientamente, y sangrientamente alcanzó el éxito en 1952. La delación pudo poco contra la ancha fuerza de su proyecto y se sabe que la movilización del país junto a los insurrectos fue de tal naturaleza que a veces los mecanismos policiales delataban a la policía, y no al revés. La pregunta salta sola: ¿Por qué el MNR, híbrido y sin otra coherencia que la de su ser masivo, pudo conspirar con éxito en Bolivia y con el Ejército de Liberación Nacional (ELN), que reunía sin duda a los hombres más puros del continente entero, que expresaban además una ideología ya sistemática? ¿Por qué el MNR es capaz, en 1949, de movilizar a los campesinos hasta llevarlos a luchar en la misma zona de Ñancahuazu e Incahuasi, en la que el propio Che no logró después sino laterales pruebas de apoyo campesino?

Hay aquí, sin duda, un vacío notorio, una desconexión flagrante, una falla en el terreno que tenemos que descubrir.

CARÁCTER NO DECISIVO DE LA SEPARACIÓN DEL PC

Es una cuestión que incluye naturalmente la del fenómeno de la delación como tal, del descubrimiento policial como la vía de la catástrofe. Toda la inteligencia reaccionaria del mundo trabaja sobre el supuesto de que cualquier movimiento tiene su precio, y de que la delación es el método para alcanzarlo. Mientras no consiguen la delación, están luchando contra un fantasma. Pero el arte de la conspiración consiste en que la delación pueda poco; no en que el delator no exista, porque eso es imposible (es una tradición del hombre), sino en que no pueda detallar el alma de un asunto. Pero se dice: en Bolivia la delación se volvió catastrófica porque el PC, al abandonar la guerrilla, la había hecho vulnerable a la delación. Entramos en lo que se puede llamar *el carácter no decisivo de la deserción del PC boliviano*. No hay duda de que los de Monje en Ñancahuazu eran argumentos no para luchar, sino para no luchar. Es un viejo recurso de abogados hacer una mala oferta porque se quiere ser rechazado. Monje, por una razón probablemente más política que personal, pidió lo que no se le iba a dar, porque quería ser rechazado. Pero creer que la historia habría cambiado si el PC boliviano hubiera colaborado abiertamente con la guerrilla es también una inexactitud. Si la hubiera apoyado, el resultado habría sido casi el mismo, porque la existencia del PC en Bolivia es limitada: se reduce a una corta influencia sobre direcciones estudiantiles y algunos sindicatos. Pero, además, con el *no* de Monje o sin él, casi todos los militares progurrilleros pasaron al ELN, y la verdad es que no eran muchos los que pasaron ni los que no pasaron. Lo que importa decir es que la guerrilla había logrado el máximo alcance que podía lograr dentro del contexto que se había fijado a sí misma, que era resultado de una visión exacerbada de la historia del continente y de una visión abreviada de la historia de Bolivia. Pero resulta siempre extraño que el Che, que fue tan lejos en la desconfianza hacia los aparatos partidarios clásicos y de los partidos comunistas en lo concreto, hubiera buscado nexos únicamente en el PC. Es algo que realmente llama la atención.

LAS VENTAJAS MILITARES

No se trataba, empero, solamente de una desproporción. En el ánimo de la guerrilla trabajaron razones mucho más considerables: al fin y al cabo, éste es el único país del continente donde se ha rebajado a la mitad el salario de casi toda su clase obrera. ¿Acaso no muere aquí uno de cada tres niños que nacen? País además con experiencia armada, no sólo sus masas están oprimidas de modo absoluto, sino que han retrocedido con relación a su situación inmediatamente anterior: de alguna manera, eran masas que habían estado en el poder y lo habían perdido. Aparentemente, las condiciones no podían ser mejores. Pero 1967 es también la hora del mayor esplendor de la Restauración. El aparato militar imperialista dispone de un ejército en el momento de su mejor forma, que es una cuestión que no se compone solamente del número de fusiles: está dotado de unidad de mando y poder veloz de decisión y, finalmente, con una oficialidad todavía satisfecha, dispuesta a defenderse. La dictadura militar ha acabado por aplastar al MNR y al sindicalismo, sus rivales constantes desde el 41. Las modalidades clásicas de calentamiento popular están controladas: el disturbio de situación, que debe convertirse en motín de calles y desmoralizar al poder, tiene que enfrentar a los ovejeros alemanes de la policía, los gases vomitivos y a casi tantos represores como manifestantes, moviéndose con el orden pactado de una legión romana. La represión ha cambiado: los yanquis la han mejorado; pero el disturbio no se ha reajustado en cambio, y el motín conocido está como sorprendido, repitiéndose en el hábito de su fracaso. La huelga de los mineros, el instrumento sin el cual hubiera sido imposible la lucha del sexenio, el 49 y el 52, la huelga salarial, que debía pasar a ser huelga política y finalmente huelga insurreccional según la Tesis de Pulacayo, es ahora imposible porque en las minas el método es el de la ocupación militar permanente. Son un país enemigo. Allá, simplemente, todo hombre que hable de política desaparece. Al mismo tiempo, con un buen sentido de *timing* de la reacción social, dentro de un plan que es norteamericano y no local, se respeta la tierra

campesina pero se entregan todos los sectores estratégicos de la economía: el gas, el zinc, los desmontes minerales, el estaño. A lo último, el gobierno dispone de unos 1.400 millones de dólares adicionales, en cuatro años, sobre lo que recibió Bolivia en el cuatrienio 1958-1962, por ejemplo. El precio del estaño ha sido generoso en los últimos años, por lo menos en su estabilidad. El gobierno los utiliza no se sabe en qué, pero también en algunas obras urbanas, principalmente viviendas, destinadas a gratificar a ciertas capas medias.

Los militares salen del régimen de bajos sueldos a que los condenó el MNR, condenación que vista a la distancia resulta realmente irritante. En el fondo, ellos hicieron después con los mineros —al rebajarles los salarios— lo que el MNR hizo con ellos durante 12 años. De algún modo, cada suboficial recibe una motocicleta, los subtenientes y tenientes autos pequeños, y los demás, automóviles de gran costo; los generales, Mercedes Benz.

Se dice que hay más Mercedes Benz por mil habitantes en Bolivia que en Alemania, y esto advierte del hecho de que, aunque los sueldos se multiplican en un 25% por lo menos, el enriquecimiento tampoco alcanza a todos los oficiales. Pero en el momento en que se producen las guerrillas, los oficiales sentían al luchar que estaban haciendo algo así como defender sus conquistas sociales. A la larga, porque la costumbre no es un éxito, deja de ser importante tener un automóvil o disponer de una casa propia, pero en lo inmediato eran el símbolo contrario de la guerrilla, que aparecía amenazado con volverlos al amargo estatuto antimilitarista. La guerrilla facilitó la reacción de los oficiales al no discriminarlos de los oficiales, superiores, primero, y segundo, en su misma definición política, que no siempre era llanamente gorila: el capitán Henry Laredo, por ejemplo, que cayó en una emboscada guerrillera, había escrito en su diario, el día antes de morir, párrafos que merecen interpretarse como simpatía concreta por los motivos guerrilleros.

Para extremar las cosas, la imposición personal de Barrientos dentro del poder da al mando político, y también al militar, un sentido de unidad vertical que resulta ser eficiente. Barrientos se

sabía respaldado, sostenido en términos personales por los americanos, en quienes confía ciegamente hasta su muerte. Ni el fuego de su muerte fue boliviano: murió lamiendo la llama de la Gulf. El poder se concreta y actúa con modalidades fulminantes, que corresponden a la índole patética de este hombre compulsivamente inferior. Quizá para compensar su inferioridad personal, la resolución se fundaba personalmente en él. Mandó publicar su diario, redactado por necios 24 horas antes, unos días después de que se publicó y resonó el diario del Che, pero esta megalomanía delirante y casi graciosa no le impedía ser la voz de los crímenes, ordenar personalmente el fusilamiento de los guerrilleros, concitar las masacres de mineros cuando no eran necesarias sino para él sobrevivir en el Palacio y declararse además “personalmente responsable”, como riéndose del mundo. Pero la unidad del mando es un factor de eficiencia política, y ella no hubiera existido si los americanos no hubieran inventado, exornado, inflado y propagado la figura de Barrientos, que es, por eso, el caso de una existencia desde fuera. A su muerte no quedaron sino sus crímenes y su cuenta corriente, pero en 1967 era un factor real de poder.

LA DIFICULTAD DE LA NATURALEZA

La cobertura farsesca del régimen era engañosa, pero no lo era menos la geografía en la que eligió moverse la guerrilla.

Extensivamente, Bolivia es un país tropical: el verde cubre las dos terceras partes de su territorio, pero éste no es el territorio histórico, es decir, el territorio humano del país. La tierra en la que no se producen hechos humanos es sólo un pedazo de mapa. Para generalizar en un solo aforismo, Bolivia es un país en el que donde hay hombres no hay árboles y donde hay árboles no hay hombres o, para decirlo en otras palabras, un país en el que la historia de los hombres no ha sucedido allá donde está la selva, por lo menos hasta hoy en día. Aunque esto no tiene las pretensiones de ser una postulación, vale la pena también considerar que en Cuba, donde la guerrilla ha tomado el poder, la densidad de la población es de 70 habitantes por kilómetro cuadrado, y en Guatemala, donde

ha tenido un relativo éxito, es de 68. En Bolivia hay apenas cinco habitantes por kilómetro cuadrado, y en la zona en la que la guerrilla ocurrió,² en todo caso menos de uno. Dicho en cifras, esto apenas si impacta el entendimiento, pero hay que ver lo que es la vasta selva indescifrable sin hombres, el desconocido monte sin agua, lo que es vivir todos los días en un *chaco*³ que está a cinco o seis leguas del próximo ser humano. Aquí tenemos derecho a preguntarnos, antes de nada, si no será más grave la dificultad de la naturaleza que la explotación del hombre por el hombre y, puesto que el juego vital consiste en sobrevivir, quizá su relación con el suelo es la misma que la que tiene el árbol con la tierra o el animal salvaje con el agua de las fuentes: difícilmente puede llamarse a esto una relación social, pero es en cambio una relación de supervivencia; no se producen vinculaciones de clase, es decir, de identidad masiva de hombres con hombres, porque las clases existen allá donde los hombres se reúnen. Es una situación que vale en estos términos estrictos por lo menos para una buena parte de los contactos campesinos del Che.

EL RECUERDO REFORMISTA

Naturalmente, todo esto está dicho de un modo metafórico y vale sólo para los casos extremos. A decir verdad, esta zona, que está en la periferia de la periferia del país, ha sido a veces notablemente activa en la historia, y los lugares en que hay un mínimo de concentración han estado en la circunscripción de las viejas reformas del fin del siglo XIX y también en las del MNR. No hay duda de que Andrés Ibáñez, jefe de los “igualitarios” alzados contra los embotinados de Santa Cruz, alcanzó con sus reformas de 1978 la misma zona que sería después escenario de la guerrilla. Ibáñez

² El hecho no es continuo. Al aproximarse a Camiri o a Gutiérrez, la guerrilla estaba en una zona más bien poblada, en términos orientales, y lo mismo cuando al final se acercó a la provincia vallegrandina. Su movimiento intermedio parece haberse movido en cambio por zonas vacías.

³ *Chaco* o *chaqueado* es el claro cultivable que logra el campesino oriental a la selva, tras haberla desmontado.

suprimió, en efecto, en toda la zona cruceña el trabajo gratuito, la prestación de servicios personales y distribuyó tierras, en la primera reforma agraria del país, habida cuenta de la frustración de la intentada por Bolívar. El propio presidente Daza encabezó la expedición punitiva que, propiciada por los gamonales de oriente y occidente, acabó por fusilar al noble Ibáñez. Pero ya no lograron volver a los campesinos a las condiciones anteriores y ésta es la razón por la que, aislada o no, la zona era socialmente más avanzada, el patrón era un patrón semicapitalista, y el salario la forma normal de la retribución, de un modo que en el occidente del país no ocurriría sino en 1952. De esta manera, había una larga tradición en la propiedad del suelo, que creó una mentalidad conservadora; por otra parte, podrían hablar de un campesinado irrequieto, y eso sería mecánicamente normal. Pero las cosas sucedieron al revés; este campesinado, que no tenía tanto por ganar como el del occidente, luchó sin embargo en una escala mayor, y lo que ganó fue el estatus organizado de participación en el poder, inmediatamente deformado por el caciquismo.

En cuanto a los obstáculos para el reclutamiento, es necesario considerar la cuestión del antecedente vital; cuando vino el MNR a llamar a la gente, venía detrás de lo que había ocurrido en Busch y Villarroel: era un heredero directo y de una historia que había sido conocida hasta en el último rincón del país. Esto valía por un programa, y el MNR lo explotó con un sentido efectista: fue un partido que vivió, se expandió y se acorraló al servicio de la táctica, de la que hizo un fin. La guerrilla en cambio no tenía nada que ofrecer a los campesinos, sino la perturbación de su vida;⁴ no se sabía quiénes eran: los guerrilleros carecían de identidad política y el propio país supo que el Che estaba en Bolivia sólo unas tres semanas antes de su muerte. Nadie se ocupó (o nadie

⁴ Francisco Herrera, campesino que era padre del corregidor de Jagüey, dijo: “No podemos seguir alimentando gratis a los soldados que a diario vienen en busca de víveres, se comen lo poco que tenemos y nos dejan sin nada y todo por las correrías de esos guerrilleros”. “La última trinchera del Che”, un reportaje en el Churo logrado por el periodista cochambino Tomás Molina Céspedes para *Punto Final*, Santiago de Chile, 22 de octubre de 1968.

pudo hacerlo) de decir a la gente por qué tenía que luchar junto a la guerrilla que, así, sólo tenía el valor de un desafío misterioso al poder.

DESCONEXIÓN CAMPESINA DE LA GUERRILLA

Las razones de la esencial desconexión campesina de la guerrilla son, empero, más directas: los problemas del aislamiento, que son los de la asociación sobre las parcialidades remotas y la tradición democrática de Ibáñez, se sumaron al encuadramiento organizativo que impuso el año 1952. Es un tema mucho más importante que el desencuentro con el PC, por ejemplo, o que la delación, para explicarnos la pérdida de esta experiencia.

Con un estilo que le es característico, Debray dice que “el campesino pobre cree en primer lugar en alguien que tiene un poder”. Pombo dijo más o menos lo mismo al llegar a Chile: los campesinos no nos apoyaron porque, mientras el ejército era el poder real, nosotros no habíamos logrado convertirnos en ningún poder, éramos solamente seres peligrosos ofreciendo el peligro sin promesas. La guerrilla intenta un tipo de contacto campesino por la vía directa. En la práctica, un diálogo de persona a persona, una persuasión de hombre a hombre, modalidad que podía tener alguna perspectiva ante campesinos sin tierra ni organizaciones, largado a la soledad de su desgracia individual, por una reacción espontánea de sus intereses, pero que no podía prosperar en las condiciones bolivianas, en las que el campesino, desde 1952, se piensa a sí mismo en términos de organización y vive en esos términos. Si no tiene a nadie dice: tomo la única mano que se me da. Es distinto si tiene un sindicato.

Con el MNR, a partir de 1952 se produce la distribución masiva de las tierras por la vía de la ocupación, pero, sobre todo, se organiza a los campesinos y se crean los sindicatos y centrales a todo lo largo y lo ancho del país, Ñancahuazu incluso, desde luego. La guerrilla encuentra esta situación, este estatus político previo que es en todo diferente a lo que se pudiera encontrar en Colombia o en Brasil, o donde se quiera en América Latina, excepto Méxi-

co. Hasta ese momento, el campesino se define con relación a la tierra y no con relación a la política en general; pero a partir de 1952 se define siempre junto con su organización, mientras ésta le sirve a la defensa de la tierra.

La restauración resulta más consciente en este estatus político previo que la guerrilla en 1967, que no lo toma en cuenta en absoluto. Siguiendo el plan norteamericano que ocupa el país de los recursos minerales, pero no el país de la tierra, no se toca el estatus de la posesión del suelo pero se halaga y corrompe a los dirigentes y, en algunos casos, al propio campesinado, respetando siempre, desde luego, el estatus previo. Su definición política es elemental, y por eso la verdad es que el campesino no está contra Barrientos porque Barrientos finalmente no le toca la tierra; tampoco está a su favor, porque no se la ha dado, a pesar de sus visitas y adulatorias. Los dirigentes pueden corromperse y las bases tolerar esta corrupción porque no se altera el quid de esta clase, que es la tierra, y se sabe que los pobres no pueden darse el lujo de ser muy complicados. El cacique o dirigente, que a veces es un caudillo, es también una autoridad, ahora más poderosa que el cura o el corregidor, en cada lugar. El corregidor mismo es elegido de acuerdo entre el gobierno y las gentes, es decir, el dirigente. Los campesinos no se alzan contra él porque no es la moral lo que les interesa y, a pesar de sus abusos, de sus concentraciones y sus *ramas*,⁵ la tierra está en sus manos y el patrón está lejos, generalmente para siempre. Si la guerrilla hubiera aceptado este hecho se habría dirigido a la dirección de los sindicatos y no a los individuos que la acataban, a los de abajo.

Era preciso conquistar a los dirigentes, si eran reales, o distribuirlos si no lo eran. Quizá la guerrilla hubiera podido ser un medio para campesinos que no podían levantarse contra su propia dirección.

Lo único que no debió hacer y lo único que hizo fue omitir la existencia de las organizaciones. Quizá sencillamente no tuvo ocasión de buscar contacto de esta índole porque fue sorpren-

⁵ *Rama* es el tributo entregado al dirigente campesino.

dida, pero ahora hay que preguntarse qué categoría de acto es el de un campesino que va a buscar a su dirigente y a indagar cuál debe ser su actitud frente al grupo armado que le ha interceptado quizá en el monte, quizá en su chaco: ¿es una delación o es el comportamiento normal de un hombre organizado? Lo dirá el dirigente; pero el dirigente, ya se sabe, recibe dinero y prebendas y diputaciones del gobierno, y así está dicho todo.

LA DIMENSIÓN DISTANTE DEL CHE

En el fondo, opera un fenómeno de conciencia; la guerrilla está alucinada con la propia grandeza de su misión. El ciclo de los cambios políticos del MNR, que comprende desde la insurrección de los mineros como causa hasta las organizaciones campesinas como efecto, reúne todas las características de lo que la guerrilla desprecia. Es un hecho casi psicológico: no se presta atención a lo que se desdeña.

La revolución del MNR aspira a ser intermedia, y la guerrilla aspira a ser finalista; la revolución del MNR creyó hasta su caída en la negociación, y la guerrilla cree solamente en su triunfo total. El resultado de no pensarse a sí misma como un fin hace de la revolución del MNR un fenómeno impuro y extenso. La guerrilla, y aún más, el Che personalmente, que tenía una visión ética de la vida, piensan que el guerrillero es la forma más alta del ser humano y aspiran a crear el socialismo en el foco, destinado a expandirse como una onda hasta el país entero, y después abrazar el continente mismo. En esas condiciones: ¿debía la pureza apoyarse en la impureza, el heroísmo en la transacción, el socialismo en la democracia burguesa? El mecanismo de la repulsión los lleva a desdeñar todo el pasado en su conjunto y allá donde buscaron campesinos en estado de desesperación espontánea, encontraron campesinos encuevados en una organización tan impura como real.

Jamás se hizo eso que Debray llama un “trabajo de masas”,⁶ pero había un programa virtual en la guerrilla, por el solo hecho de existir. Cuando llegaba la guerrilla a los campesinos o a los poblados, ofrecía mejoras sanitarias o edificios escolares, caminos, trataba de explicar lo que sería el socialismo. Impúdicamente, Barrientos decía lo mismo, sólo que con el poder y sobornando además a los dirigentes. En cambio, el programa secreto de la guerrilla y, aún más que ello, su epopeya, podía impactar a los estudiantes y a los obreros, y así ocurrió, pero como un esfuerzo de la conciencia y no como un arranque directo de la vida. De ninguna manera era fácil conceptualizar hechos tan extraordinarios como los que trataba de comprender el pueblo.

Es una vieja regla política la que aconseja que el dirigente no debe estar demasiado cerca de los dirigidos, pero tampoco demasiado lejos. El Che, en aquel momento, venía ya con una historia grande a sus espaldas y era el tipo del dirigente que está lejos. Aun antes de su muerte, era ya un héroe. Esto producía varios problemas: en primer término, la gente que creía que la victoria estaba asegurada por la sola presencia del personaje superior, al que no se le reconocía el derecho al error. Pero además, en términos ideales, lo deseable es que el dirigente crezca junto con la masa, que se defina junto con ella, y ésta es la razón por la que Lenin advirtió alguna vez que el dirigente debe estar un paso adelante de la masa, pero sólo un paso. Aquí, en lo que se refiere al programa, se produce una nueva transgresión absoluta de la regla: “Bolivia —según la síntesis de Pombo— se sacrificará a sí misma de manera que las condiciones para la revolución puedan crearse en los países vecinos. Tenemos que hacer de América otro Vietnam, con su centro en Bolivia”. Con lo que tiene algo de juego de palabras (pero sólo un poco), se puede decir que los vietnamitas no se proponían ser un Vietnam cuando comenzaron su lucha contra los franceses. Se proponían solamente liberar a su

⁶ “Para convencer a las masas hay que dirigirse a ellas, es decir, dirigirles discursos, proclamas, explicaciones, en resumen, realizar un trabajo político”. Régis Debray, *¿Revolución en la revolución?*, La Habana, s.e., 1967.

país, y si a Ho Chi Min se le hubiera hablado de una lucha en los gigantescos términos presentes, le habría parecido absurdo; un pueblo puede llegar a ser un Vietnam, pero no se propone serlo al comenzar su lucha, porque quizá, así, no la comenzaría. En otras palabras, la sola presencia del Che y el programa que se llegó a enunciar a posteriori, proponía a Bolivia, al comenzar su lucha en Ñancahuazu, el mismo programa al que ha llegado la Revolución Cubana 10 años después, y eso, viniendo de una revolución que se propuso en su principio nada más que elecciones y libertad de los presos y de un país en el que Fidel Castro creció, sin dudas, como un verdadero dirigente, junto a su pueblo, siempre apenas un poco adelante de él. Se proponía, en suma, tareas demasiado grandes a un país que estaba dispuesto, al comenzar, sólo para tareas angustiosamente defensivas, contra la dictadura atroz que lo aplastaba. Los mineros de Bolivia, aunque probablemente no estaban con muchas ganas de pronunciar palabras tan mayores y sí en cambio de reponer sus salarios, sin embargo, intentaron un titánico esfuerzo de apoyo que la guerrilla nunca les había pedido: fue la matanza de la noche de San Juan. Los trabajadores declararon territorio libre al centro de Ctavi-Llallagua-Siglo XX y proclamaron su apoyo a la causa guerrillera. La respuesta fue la intervención masiva del ejército. Nunca se supo por qué la guerrilla prestaba tan lateral atención a este sector, políticamente el más definido de Bolivia, dueño de una tradición combativa enorme y el más perseguido por la Restauración.

Pero lo que ocurre generalmente en Bolivia, ocurre intensamente en sus minas, y lo de San Juan fue sólo el anuncio de lo del Churo. En todo caso, al margen de otra discusión, en este país es claro que la forma de guerra, y aun la forma de política que aspire a existir sin dar un papel de protagonista al proletariado minero, está destinada a sofocamiento. Contrasta mucho el sacrificado apoyo de los mineros con la falta de atención al hecho por parte de la guerrilla, pero todo esto no era sino parte de una infortunada desarticulación.

Tal es, en términos sencillos, la desesperante historia de aquella trágica quebrada. En su ancho hombro minero, Simón Cuba

(Willy) toma el peso del Che herido a lo largo de la empinada cuesta de los arbustos claros del Churo. Muere defendiendo hasta el último tiro la poca vida del jefe legendario y, sin duda, este simbolismo quiere decirnos que es el pueblo de Bolivia el que pone en sus hombros la tarea de la revolución, como Willy la agonía sangrante del Che. El Che también muere como quería, en los hombros del pueblo. Es una tarea miserable analizar los errores técnicos de lo que es en cambio una epopeya verdadera, como lo hubiera sido denunciar los errores estadísticos de Bolívar sobre el esclavismo en América cuando estaba liberando a los esclavos todos y a los países enteros. La hora de los asesinos es a la vez la hora en la que el Che entra como Che en la historia de América, pero también en la historia de Bolivia con las características de un héroe nacional. Él mismo eligió para sí la patria de su muerte, o por lo menos la de sus peligros y su gloria, y los bolivianos no podemos olvidarlo. En el país se habla de la línea Busch-Villarroel-Che Guevara, y no sólo en la izquierda misma.⁷

Los ojos de los héroes miran la lucha de los militantes y ya nadie podrá, a partir de ahora, hablar de la independencia de Bolivia sino bajo la invocación de los hombres que vivieron su gloria y engrandecieron su muerte en el cañón de Ñancahuazu. Podría escribir, como Sartre de aquel argelino, que “fue un valiente, sí, que hizo temblar a los arcángeles de la cólera”.

Oxford, 8 de octubre de 1969

⁷ A Luis Peñaloza Cordero, en el reportaje que le hizo Teddy Córdova para la edición de los 30 años de *Marcha*, de Montevideo. Peñaloza es un dirigente de la derecha del MNR, pero a la vez un hombre de muchos méritos militares y un combatiente experimentado. Resulta muy alusivo ver usada en él la asociación de los nombres de Villarroel y de Busch con el de Che Guevara, pero así se ve hasta qué punto es algo natural a los políticos bolivianos, mucho mejor que en cualquiera declaración de dirigentes izquierdistas propiamente.

II. CONOCIMIENTO Y POLÍTICA

CLASE Y CONOCIMIENTO¹

El problema que nos preocupa es la cuestión del margen de conocimiento de una sociedad atrasada, es decir, la relación que existe entre el grado de desarrollo de las fuerzas productivas y sus repercusiones (considerando las relaciones de producción como el movimiento de las fuerzas productivas y la superestructura política como el resultado final del movimiento del modo de producción), y la capacidad de autoconocimiento de una sociedad. Este problema asume cierta importancia no tanto en la teoría como ciencia autorreferida sino, sobre todo, en la práctica o, mejor dicho, en la conciencia de la práctica.

En este tipo de formaciones económico-sociales, la propia supervivencia de modos de producción diferentes, articulados entre sí bajo una hegemonía concreta o, de hecho, no articulados sino en su punto más formal, como lo que se llama Estado aparente, propone intentos de producción de superestructuras diferenciadas y, en todos los casos, tareas que o bien corresponden a fases distintas de la periodización europea o bien son tareas que, por ejemplo, comienzan siendo burguesas y se transforman en socialistas, o son tareas rezagadas cumplidas desde una superestructura que ya las ha rebasado. Todo esto es consecuencia de la

¹ Texto extraído de *Historia y Sociedad*, N° 7, 1975, pp. 3-8.

aparición de una nueva fuerza productiva, que es la unificación del mundo por el capitalismo.

Pero las tareas burguesas difieren de las tareas socialistas no sólo por su objeto, sino que se diferencian como tareas mismas, es decir, en su índole. En lo básico, las tareas burguesas pueden ser realizadas desde un punto de partida consciente, pero también, en muchos casos, son resultado de una acumulación espontánea, o sea que la conciencia aquí no es sino un requisito escaso. En cambio las tareas socialistas son todas tareas conscientes, son el uso final de una superestructura que se ocupa de sobredeterminar sistemáticamente a toda la base económica y al propio resabio superestructural, hasta obtener su coherencia.

Con todo, si hablamos de países que solicitan a la vez tareas burguesas de rezago y tareas ya socialistas, es legítimo preguntarse cuál es el elemento que debe predominar. En principio, podría decirse que, puesto que las tareas para el socialismo son conscientes, no podría proponerse tal tipo de empresas sino a aquellas sociedades con capacidad plena de autoconocimiento, o sea, sociedades plenamente capitalistas, no sólo con referencia a su modo de producción sino también en su superestructura clásica, la democracia burguesa, a través de la cual (en explotación de la cual), la clase obrera crearía su modo hegemónico, cuya principal consecuencia es el fin de la eficacia ideológica de sus enemigos. Pero es la propia práctica histórica la que ha mostrado que las cosas no son así; lo que vale decir que se da cierta irradiación del índice de cognoscibilidad desde el modo de producción dominante hacia los modos de producción subarticulados.

Uno conoce, naturalmente, desde lo que es (aunque es cierto que, en algunos casos, como en la clase obrera, el ser no se reintegra sino cuando adquiere su autoconocimiento) y, por tanto, la sociedad no se hace susceptible de ser realmente conocida sino cuando se ha totalizado, es decir, cuando ya nada sucede en ella con autonomía, cuando todo ocurre con referencia a lo demás, cuando, en suma, todos producen para todos. Con esto se alude a un complejo proceso que va desde la propia ampliación de la unidad productiva, que aquí es la fábrica, hasta la construcción

de una cultura de ciudades, el *continuum* mercado interno - Estado nacional - democracia burguesa, etc.

En este sentido, el marxismo no es sino la utilización científica del horizonte de visibilidad dado por el modo de producción capitalista. Horizonte de visibilidad éste, por otra parte, que no puede ser explotado por la burguesía, cuya conciencia está oscurecida por la compulsión ideológica de su propia dominación, sino por el sector de los trabajadores productivos de este modo de producción, es decir, por el proletariado industrial que es así no sólo el actor fundamental del proceso capitalista de trabajo, sino también el único capaz de tener un conocimiento capitalista del capitalismo, si así puede decirse, es decir, un conocimiento adaptado a su objetivo.

Este tipo de conocimiento desde la clase, es decir, la relación entre la colocación objetiva y el conocimiento, lo expone Marx con una ejemplar combinación de lucidez y de modestia cuando se refiere al razonamiento de Aristóteles acerca del valor. Según Aristóteles:

5 lechos = una casa

no se distingue de

5 lechos = tanto o cuanto dinero

Con lo cual se establece una relación condicionada, pues la casa se equipara cualitativamente a los hechos, y si no mediase una igualdad sustancial entre objetos corporalmente distintos, no podrían relacionarse entre sí como magnitudes comensurables. Pero, en rigor, para Aristóteles es imposible que objetos tan distintos sean comensurables. Esta equiparación tiene que ser necesariamente algo ajeno a la verdadera naturaleza de las cosas y, por tanto, un simple recurso para salir del paso ante las necesidades de la práctica.

Pero lo que según Aristóteles no puede existir, puede ya ser conocido por Marx, para quien la casa representa un algo igual en

la medida en que representa aquello que hay realmente de igual en ambos objetos, a saber, trabajo humano.

No es que el valor en tiempos de Aristóteles no contuviera trabajo, lo mismo que el valor en tiempos de Marx. Pero era un valor que no se podía medir, y es por eso que la igualdad es la forma de la universalidad de la sociedad moderna y lo que hace que ella pueda ser conocida, aunque no por todos, sino desde determinado punto de vista. Escribe Marx:

Aristóteles no podía descifrar por sí mismo, analizando la forma del valor, el hecho de que en la forma de las mercancías todos los trabajos se expresan como trabajo igual y por tanto como equivalentes, porque la sociedad griega estaba basada en el trabajo de los esclavos y tenía, por tanto, como base natural la desigualdad entre los hombres y las fuerzas de trabajo. El secreto de la expresión de valor, la igualdad y equiparación de valor de todos los trabajos, en cuanto son y por el hecho de ser todos ellos trabajo humano en general, sólo podía ser descubierto a partir del momento en que la idea de la igualdad humana poseyese ya la fuerza de un prejuicio popular. Y para esto era necesario llegar a una sociedad como la actual, en que la forma mercancía es la forma general que revisten los productos del trabajo, en que, por tanto, la relación preponderante es la relación de unos hombres con otros como poseedores de mercancías. Lo que acredita precisamente el genio de Aristóteles es el haber descubierto en la expresión de valor de las mercancías una relación de igualdad. Fue la limitación histórica de su tiempo lo que le impidió desentrañar en qué consistía en rigor esta relación de igualdad.²

La igualdad jurídica es una condición para la acumulación originaria, así como para la acumulación capitalista en general, pero también, como lo dice Marx, es una consecuencia necesari-

² Carlos Marx, "Elementos fundamentales", en M. Rubel (ed.), *Páginas escogidas de Marx para una ética socialista*, volumen 2: *Revolución y socialismo*, Buenos Aires, Amorrutu Editores, 1970.

ria del momento en que la forma mercancía se convierte en la forma general del valor. Pero la igualdad jurídica no es sino una de las maneras que tiene el capitalismo de unificar y de globalizar a la sociedad. Por eso Marx no escribió *El capital* porque era Marx, porque si se tratase sólo de genialidad pudo haberlo escrito Aristóteles, sino porque estaba ya en condiciones de explotar un horizonte de visibilidad de la sociedad que no había existido hasta entonces. Se ha vuelto visible lo que antes era invisible o advertible por parcialidades. Pero, aun entonces, ¿por qué Marx y no otro cualquiera? Es cierto que se está ya ante la revolución industrial con un perfil definido, la sociedad con un rostro que no hará después otra cosa que crecer sin cambiar su cualidad. Nos parece que la clave explicativa está en el hecho de que Marx, por primera vez, explota tal horizonte de visibilidad desde el punto de vista de la clase obrera. No es que el mismo modo de producción proporcione un horizonte de visibilidad a una de sus clases y otro en todo distinto a la otra, sino que sólo una de sus clases constitutivas está en condiciones de explotar dicho horizonte de visibilidad, general a toda la sociedad. Es decir, que la diferencia se sitúa no en el horizonte sino en la capacidad distinta de su explotación. Los intereses de clase de la burguesía la inducen a no conocer, a oscurecer. Es la propia compulsión ideológica de la clase dominante la que le impide la explotación teórica del horizonte de visibilidad sin embargo objetivamente disponible en esa sociedad.

La propia clase obrera tiende a ver la sociedad como algo que se puede percibir racionalmente, como algo reductible a la explicación racional. En primer lugar, el obrero ha tenido que romper con su tradición para llegar a ser obrero. Es difícil pensar en un desgarramiento o ruptura más drásticos: es también la ruptura con todas sus supersticiones, criterios mágicos, prejuicios cristalizados. Pero hay además esto que bien puede llamarse *la lógica de la fábrica*, es decir, la lógica del proceso productivo y después la lógica de la explotación en el seno de la unidad productiva. El reconocimiento de la igualdad común es el principio de la organización. La concentración, en la que la ciudad es la continuación

de la fábrica, y el mercado nacional y la nación misma la continuación de la ciudad, eleva la base dada por la igualdad jurídica y, por eso, el propio sindicato y después el partido proletario no son sino prolongaciones orgánicas de la lógica de la fábrica. En cambio, la dispersión esencial de la pequeña burguesía y de sus sectores adscritos (en lo principal, los asalariados no productivos) les induce a ratificar un modo degenerado de conocimiento de la sociedad que se presenta en un doble rostro, sea adoptando una explicación irracionalista de la sociedad (como en el fascismo) o porque cuando se está aislado se tiende a recibir la explicación oficial, ideológica y autoritaria como la única explicación real y posible del mundo. Es su propia consistencia clasista la que les impide tener un conocimiento de rebelión con relación a la ideología de la clase dominante.

En un proceso contradictorio, este propio horizonte de visibilidad, que sólo puede ser explotado por una clase social, tiene sin embargo su punto de partida en la desintegración del viejo individuo, en la enajenación o ruptura que sufre el productor individual. Como advierte Marx, en el momento mismo de la manufactura ya “se secciona al individuo mismo, se le convierte en un aparato automático adscrito a un trabajo parcial”. Los conocimientos, la perspicacia y la voluntad que se desarrollan, aunque en pequeña escala, en el labrador o en el artesano independiente, como en el salvaje que maneja con su astucia personal todas las artes de la guerra, basta con que las reúna ahora el taller en su conjunto.

[...] Este proceso de disociación comienza con la cooperación simple, donde el capitalista representa frente a los obreros individuales la unidad y la voluntad del cuerpo social del trabajo. El proceso sigue avanzando en la manufactura que mutila al obrero, al convertirlo en obrero parcial. Y se remata en la gran industria, donde la ciencia es separada del trabajo como potencia independiente de producción y aherrojada al servicio del capital.³

³ *Ibid.*

Obrero parcial, parte por lo mismo del obrero colectivo, ser no individual; pero la conciencia corresponde al ser, y por tanto una conciencia individual nada puede aquí donde el ser se ha hecho ya colectivo. La destrucción de su ser individual es la condición para que aparezca el horizonte de visibilidad general y, por consiguiente, la ciencia que se produce a partir de la explotación de ese horizonte de visibilidad es también el único rescate de los hombres en su nuevo ser, que es su ser colectivo. Ya no pueden recuperar la vieja conciencia de individuos produciendo como individuos, capaces de comenzar y concluir un producto; no pueden rescatar la conciencia de lo que ya no son; sólo pueden adquirir la conciencia de lo que son.

Pero también conviene distinguir entre el sector del obrero colectivo apto para esa explotación (del horizonte de visibilidad) y el que no lo es. El siervo, por ejemplo, al huir hacia la ciudad o al incorporarse al taller por la desvinculación, deviene un obrero conservador, un obrero de primera generación. Ha hecho un acto de adquisición fundamental: ha pasado de la servidumbre a la libertad jurídica y, por consiguiente, tiene la gratificación de su propia nueva condición obrera y será, durante algún tiempo, un sujeto conservador. Es un proletario de cabeza campesina. En el artesano, al convertirse el taller en empresa capitalista, al cumplirse la subsunción formal, la adquisición es de otro tipo, es una adquisición que se refiere a la extensión de una condición y no a su instalación. Pasa de una manera de ser hombre libre a otra; su adquisición radica en la ruptura de la petrificación corporativa. Es el mercado el que le permite comunicarse con hombres de su misma condición y lo convierte de estamento local en clase nacional. Por tanto, es aquí donde se organiza el sector avanzado del proletariado y donde se asienta la posibilidad de explotación real del horizonte de visibilidad o fusión entre la clase que posibilita el conocimiento y el conocimiento mismo o ciencia social.

Pero eso sólo en lo que se refiere a la génesis del marxismo. Nosotros, empero, hemos nacido cuando el marxismo existía ya y, por eso, podemos preguntarnos si el marxismo es inmediatamente utilizable por nuestros movimientos obreros como un todo

y desde el principio. La respuesta es sin duda inmediatamente negativa porque, de otra manera, las frustraciones que sufren nuestros movimientos no se deberían sino a falta de lecturas. En la subsunción del socialismo científico como un fruto de la sociedad que se ha hecho al fin cognoscible como un todo a la realidad concreta de una formación económico-social que es sólo hegemónicamente capitalista y que, a veces, no tiene el modo de producción capitalista sino como un enclave, se tropieza con varios obstáculos.

En primer lugar, como es natural, la propia incorporación del instrumento científico por parte de los transmisores puede ser una incorporación desviada. En segundo lugar, en lo que es mucho más importante, cada clase obrera referida a su propio escenario nacional o área política recorre prácticamente las mismas etapas iniciales que las demás. Desde el momento en que no es sino un agregado recargado por los resabios o una minoría tan rodeada por un ejército industrial de reserva demasiado entremezclado con el lumpenproletariado, momento en el que sus capacidades de conciencia no son distintas de las del campesinado o de la pequeña burguesía, hasta la elaboración de su conciencia verdadera, hay un gran trecho. Pero si ya se ha conformado como clase objetiva, es decir, como clase en sí, con resabios, aún así es preciso que viva sus propias frustraciones empíricas, es decir, una práctica debida a un conocimiento intentado desde un método no correspondiente. Es decir, que debe surgir en la historia real, en la materialidad de la clase, el apetito por la fusión y, desde luego, debe haber quien le proporcione los elementos de la fusión.

Con todo, ésta es una clase a la que no le basta conocerse a sí misma, por cuanto su autoconocimiento como núcleo del modo de producción entero no puede detenerse allí. No puede conocerse sin conocer la sociedad en su conjunto y, por consiguiente, invadiendo a las clases supérstites, a los grupos no clasistas en rigor, es decir, practicando su propia irradiación. Lo de la irradiación es ya un rebasamiento ideológico que distorsiona la distribución de la hegemonía ideológica que llamamos *normal* (la de la clase dominante) y, como es obvio, se localiza sobre todo en el momento

de la crisis revolucionaria. Si sólo es verdaderamente proletario el proletariado en el momento en que ya obtiene la fusión, por tanto, sólo entonces puede concebirse a sí mismo como una clase internacionalista; mientras se enfrenta a los problemas de su constitución, es sólo una clase nacional y, por eso, incapaz objetivamente de ir más allá de los límites de la revolución burguesa.

Una sociedad no adquiere sino los conocimientos que giran en torno a las preguntas que se hace como tal sociedad. Pero la clase dominante no sólo no se hace preguntas verdaderas (salvo las que se refieren al perfeccionamiento de su dominación), sino que se dedica ya a organizar falsas respuestas, respuestas ideológicas; está parcializando reaccionariamente a una sociedad que ya está más lejos. Pero aun las preguntas que deba hacerse el sector oprimido, que cuando es orgánico es el único de la misma dimensión que la sociedad actual, son preguntas que se relacionan con su propia acumulación. La acumulación en el seno de la clase, por tanto, es algo que concierne tanto a los contenidos objetivos del desarrollo de esa sociedad como a su sucesión táctica. Al margen de la acumulación en el seno de la clase obrera es imposible la adquisición del instrumento científico (el marxismo) y, por eso, también el desarrollo de esta clase hacia dentro es la clave para el conocimiento de una formación abigarrada.

LAS FORMACIONES APARENTES EN MARX¹

Es cierto que gran parte del poderío de la prosa de Carlos Marx provenía de una extraña capacidad para resumir las cosas. Era aquello, sin duda, parte de una lucha fatigada y a la vez infatigable por la expresión, que tiene su propia misión hacia la ciencia pero también una misión política. ¿No es verdad, por eso, que leyendo a Marx se tiene a veces la sensación de una suerte de fuerza como encarcelada entre los flancos de un párrafo, de conceptos casi violentos amenazando con romper su espacio y estallar por en medio del mínimo hueco que se pone entre una palabra y otra, sólo porque no pueden convertirse en una sola palabra capaz de ser más grande aún que sí misma? Aquella genialidad dotada del don de apropiarse de las médulas de la época entera en tan pocas frases, aquella fuerza sintética que era también un fervor por la síntesis, ¿acaso no llevaba también la desdicha de ser la síntesis de algo al fin y al cabo no sintetizable? Porque esto es verdad también: hay una deslealtad posible que consiste en apoderarse de esas poderosas citas felices faltando, sin embargo —ahora que el marxismo no es más el trabajo esforzado de un hombre sino la cifra de un tiempo completo—, al espíritu general de un pensamiento.

Pues sabemos todos, qué duda podría haber, que hay una militancia de esas ideas que se alimenta de una explotación de tal

¹ Texto extraído de *Historia y Sociedad*, N° 18, México, 1978, pp. 3-25.

virtud de Marx; contra ello hemos de luchar, así no sea sino por volver al principio de las cosas. Podemos, por tanto, con legitimidad suficiente, esforzarnos en lo que algún católico ardoroso llamó una vez *la exégesis de los lugares comunes*. Tal es nuestro propósito con relación al siguiente bien conocido texto de Marx:

[...] Tanto las relaciones jurídicas como las formas de Estado no pueden comprenderse por sí mismas ni por la llamada evolución general del espíritu humano, sino que radican, por el contrario, en las condiciones materiales de vida cuyo conjunto resume Hegel, siguiendo el precedente de los ingleses y franceses del siglo XVIII, bajo el nombre de “sociedad civil”, y que la anatomía de la sociedad civil hay que buscarla en la economía política. En Bruselas, adonde me trasladé en virtud de una orden de destierro dictada por el señor Guizot, hube de proseguir mis estudios de economía política, comenzados en París. El resultado general a que llegué y que, una vez obtenido, sirvió de hilo conductor a mis estudios, puede resumirse así: en la producción social de su existencia, los hombres contraen determinadas relaciones necesarias e independientes de su voluntad, relaciones de producción que corresponden a una determinada fase de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de estas relaciones de producción forma la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la que se eleva un edificio (*Uberbau*) jurídico y político y a la que corresponden determinadas formas de conciencia social. El modo de producción de la vida material determina (*Bedingen*) el proceso de la vida social, política y espiritual en general. No es la conciencia del hombre la que determina su ser, sino por el contrario, el ser social es lo que determina su conciencia. Al llegar a una determinada fase de desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad chocan con las relaciones de producción existentes, o, lo que no es más que la expresión jurídica de éstos, con las relaciones de propiedad dentro de las cuales se han desenvuelto hasta allí. [...] Se abre así una época de revolución social. Al cambiar la base económica, se revoluciona, más o menos rápidamente, todo el inmenso edificio erigido sobre ella. Cuando se estudian esas revoluciones, hay que

distinguir siempre entre los cambios materiales ocurridos en las condiciones económicas de producción y que pueden apreciarse con la exactitud propia de las ciencias naturales, y las formas jurídicas, políticas, religiosas, artísticas o filosóficas, en una palabra, las formas ideológicas en que los hombres adquieren conciencia de este conflicto y luchan por resolverlo, y del mismo modo que no podemos juzgar a un individuo por lo que él piensa de sí, no podemos juzgar tampoco a estas épocas de revolución por su conciencia, sino que por el contrario, hay que explicarse esta conciencia por las contradicciones de la vida material, por el conflicto existente entre las fuerzas productivas sociales y las relaciones de producción.²

Si es verdad entonces que en la producción social de su existencia contraen los hombres “relaciones necesarias e independientes de su voluntad”, esto no es válido sino en la medida en que se engarza con sus propios condicionamientos: relaciones necesarias pero también compuestas (en el capitalismo) por la decisión de hombres dotados de la independencia o arbitrio propios de un hombre libre, o sea, de una libertad efectiva, así no exista ella más que para elegir en qué capital productivo se perderá o entregará; relaciones, por otro lado, independientes de su voluntad, mas no por eso inconscientes siempre, como diciendo, por lo mismo, que es el papel del hombre hacerse dueño de la necesidad por la vía del conocimiento de la necesidad. ¿Qué es, por lo demás, ese bulto abstracto que llamamos *conciencia* sino la destrucción de una conciencia anterior? Por tanto, si la conciencia viene de su desplazamiento interno (una conciencia es una ruina de su anterioridad), su veracidad en cambio proviene de la capacidad de comprobación de la época. Si vamos más lejos deberíamos decir que es propio de nuestro tiempo el poder juntar y confundir con éxito, como ciencia social, la representación y la comprobación; en todo caso, la desaparición de la conciencia falaz que vivía la necesidad de las relaciones como algo misteriosamente

² Carlos Marx, Prólogo a la “Contribución a la crítica de la economía política”, en C. Marx & F. Engels, *Obras escogidas, en tres tomos*, Moscú, Progreso, 1974.

independiente de su voluntad. Porque, en efecto, no está dado a los hombres vivir algo sin reproducirlo a la vez, ahora dentro de ellos mismos, como una imagen o suposición, qué importa, por el momento, si verdadera o no. Es a la forma colectiva de dicho reflejo o reproducción a lo que nosotros nos atrevemos, para los usos de este artículo, a llamar *ideología*. Es, en lo siguiente, a la desmistificación de esa ideología, hasta cambiarla de cobertura de la realidad en mensaje de la profundidad social, a lo que podemos llamar, siquiera en parte, *ciencia social*. O sea que se trata de relaciones independientes de la voluntad de los hombres individualmente considerados, pero no de relaciones misteriosas, porque eso supondría la pérdida del privilegio y la superioridad de la época que es su capacidad de conocerse.

Es de este tipo de citas famosas que surgen ciertos errores de situación de los conceptos que, si al principio no son sino tropezos o equivocaciones de gentes desprevenidas, se convierten después en verdaderas desviaciones, corrupciones o impurezas del marxismo. De principio, *v. gr.*, la falacia de suponer que la economía existe antes y la superestructura después o, al menos, que una y otra existen por separado, aunque la una determinada por la otra. Es obvio que Marx no pensó en eso y, por eso, hemos de ser lo más ortodoxos que sea posible. Una cosa es, por cierto, la especificidad científica del análisis científico (o sea su integración comprobada) en el estudio de la base económica o modo de producción, así como en el de la superestructura, y otra pensar que en la realidad, o sea en el mundo de carne y hueso, ocurren de esa manera. En esto, como en todo, el método tiene consecuencias sobre el análisis social como globalidad. Del simple sacrificio, o corte o reducción se pasa ya a pensar que la sociedad existe cortada o sacrificada. Pero la simultaneidad de la base y la superestructura es el hecho central del conocimiento social (porque en el capitalismo no existe una parte desintegrada de la otra, así como los individuos no pueden existir para sí mismos), o sea que la sociedad existe aquí como una totalidad orgánica. Los propios actos reductivos o particularizaciones no son sino

disminuciones cuantitativas, pero portadoras, en su cualidad, de aquella totalidad.

Después vamos a ver por qué no siempre la superestructura corresponde en todos los momentos a la base; todo lo contrario. Pero ello es tan cierto que, cuando existe el acto económico o la relación productiva, existen a la vez, *dentro* de ellos y no como un rebote, las relaciones estatales y los episodios de la representación social. De esta manera, la circulación ideológica y el mercado crean el *inconsciente* estatal, que es la ideología, y tampoco hay duda ninguna de que el Estado es la atmósfera de la producción, o sea que, caso flagrante, tenemos aquí una valencia infraestructural de un hecho tan constitucionalmente superestructural como el Estado. Para decir, todo ello, que la materialidad de las cosas no se produce sin dotarse de un borde inmaterial. En todo caso, sociedades no cognoscibles o comprobables, sociedades no totales, o sea no socializadas, son sociedades todavía no capitalistas *in toto*.

Entendemos, en consecuencia, que si bien es cierto que la sociedad civil, en el sentido de Marx (las condiciones materiales de vida), determina al Estado, en cambio sostener que hay también una determinación de las “formas de Estado” por parte de la sociedad civil³ es ya ir más lejos.

La lectura de las obras más propiamente políticas de Marx no está conforme con esto, pero nos sirve para tropezar con un problema al que asignamos una importancia excepcional: ¿cuál es, en efecto, el grado en que el sector superestructural al que llamamos *Estado* es parte del modelo de regularidad del modo de producción capitalista, o sea, de aquella parte de la sociedad sujeta a leyes (casi en el mismo sentido que las ciencias naturales) y a la que se puede, con fines de conocimiento, aplicar el principio de la reiterabilidad? Nos parece que, si el carácter fundamental de este modo de producción es la reproducción ampliada, y si este tipo de reproducción se basa en una clase particular de excedente,

³ Este término alemán, *Staatsformen*, se presta a que se confunda con la acepción que daba Lenin a *forma de Estado* en oposición a *tipo de Estado*. Sin duda, Marx no la usaba en ese sentido, pero hemos creído necesario hacer esta precisión.

la plusvalía, que es producida por fuerza por hombres jurídicamente libres (tiempo no retribuido a un hombre jurídicamente libre), en consecuencia, aquí tenemos ya un indicio de cuáles son las zonas de regularidad de la superestructura o las zonas en las que la superestructura participa del modelo de regularidad. Sería construir lo que se llama una *contradictio in adjecto* suponer que se pueda ser jurídicamente libre en el base productiva y jurídicamente servil o esclavo en la superestructura.

De aquí desprendemos la siguiente serie de inferencias: habíamos visto primero que el grado de cognoscibilidad de una sociedad habla también de la medida en que se ha instalado allí el modo de producción capitalista; el propio desarrollo de este modo de producción permitió a Marx, en lo que es un modelo de la manera en que el grado social produce conocimiento por medio de los individuos que le pertenecen, deducir la ley del valor; pero es ahora la ley del valor la que hace cognoscible y calculable a una sociedad. En segundo lugar, sostuvimos que la totalización de la sociedad es un carácter de este modo de producción. La posibilidad de hablar de una parte con independencia, pero también de la superestructura solamente, etc., refleja ya que la tarea de la totalización no se ha realizado. Pero de lo último que acabamos de señalar se desprende una tercera observación: la falta de una superestructura democrática (burguesa) es una anomalía importante no sólo con relación al modelo político más ajustado al capitalismo, sino respecto del propio modo de producción como modelo de regularidad: tan importante en todo caso como las propias supervivencias esclavistas o serviles en una explotación sin embargo capitalista por otros conceptos.

Por cierto que si esta determinación fuera tan llana, si también se refiriera a lo que en rigor se llama *forma estatal*, entonces jamás podríamos comprender por qué un mismo modo de producción crea, sin embargo, superestructuras tan diferenciadas como las que hay en Inglaterra, Estados Unidos, Argentina y México, para tomar ejemplos del más caprichoso modo. De aquí desprendemos la que será una línea de referencia de todo nuestro razonamiento posterior. Sostenemos que las formas superestructurales tienen

su propia manera de agregación causal y, en consecuencia, que hablar de leyes aquí en el mismo sentido en que se habla cuando se trata del modelo de regularidad,⁴ es trasladar un régimen de análisis de una región a otra sin que corresponda hacerlo.

Si se lo dice en otros términos, las formas superestructurales, dentro de los términos no pertenecientes al modelo de la regularidad del capitalismo, pertenecen a la acumulación especial (podría decirse *fenotípica*, porque esto corresponde —aunque invoque ciertas reminiscencias hasta hacer un modelo— al campo del azar, al menos en términos relativos, y no al de la necesidad o repetitividad) de cada formación económico-social, y es en este sentido que afirmamos que, en la época de la historia mundial, el modelo de regularidad que llamamos *modo de producción* es lo que expresa la unidad de la historia del mundo (lo comparable) en tanto que las superestructuras están señalando (excepto en el pedazo en el que pertenecen a ese modelo) su heterogeneidad estructural. Diversas superestructuras, con recurrencias ideológicas muy distantes entre sí, con resultados jurídico-políticos muy diferentes, pueden servir, sin embargo, todas de la misma manera para garantizar (que no es lo mismo que practicar la reproducción misma, movimiento propio de la base) la reproducción de un mismo y único modo de producción. En este sentido, lo que Lenin llamaba *tipo de Estado* debe corresponder a la base económica; pero la forma estatal corresponde al decurso superestructural que trae esa formación desde el pasado, o sea, a la manera que tiene la libertad de los hombres de insertarse en la determinación de la historia. El Estado inglés es un Estado capitalista; pero la monarquía inglesa no es una necesidad o ley del modo de producción capitalista, sino un resultado de la historia inglesa, o sea, del entrecruzamiento de sus superestructuras sucesivas.

Una lectura dogmática de este párrafo de Marx impide, por otra parte, entender el problema de la correspondencia diferida entre la base y la superestructura. Con ello decimos que no sólo

⁴ Véase Vladimir Lenin, *¿Quiénes son los "amigos del pueblo"?*, Madrid, Siglo XXI Editores, 1974.

no hay una correspondencia inmediata entre la base y la superestructura, sino que la manera misma de la correspondencia, según cuál sea la forma superestructural,⁵ puede ser crítica o sucesiva. La sociedad civil, en efecto, puede contener en su seno determinaciones cuya realización como superestructura no ocurra sino negando a la misma sociedad civil de la cual recibe la determinación, o sea que puede contener determinaciones que sean su negación global, pero al mismo tiempo el desarrollo de su zona más intensa, el cumplimiento de la determinación, negando el ser desde donde viene. Eso ocurre, por ejemplo, con la revolución socialista. El Estado viene aquí a negar a la sociedad civil al servicio de determinaciones que, sin embargo, existen en su seno. Para decirlo con otras palabras, la superestructura puede obedecer a varios mensajes o determinaciones (que ocurren en tiempos diferentes) que vienen de la sociedad civil, y puede, además, tener diferentes capacidades de respuesta a tales determinaciones. Las cosas, en todo caso, no se muestran tan sencillas: la fuerza de la determinación resulta tan importante como sensibilidad o la receptividad de la superestructura determinada. De ahí que la superestructura estatal parezca (lo que no quiere decir que lo sea) independiente: una independencia que ocurre, sea colocándose por delante de su base material, como pasaría (en la apariencia pero no en la realidad) en la revolución socialista, o rezagándose, como sucedió en la Revolución Francesa, cuando ya existía una sociedad burguesa, pero no todavía una entera superestructura burguesa. En ambos casos, a nuestro modo de ver, la explicación se da no por la independencia del Estado, sino por la colocación del momento de eficiencia de la determinación en una zona u otra de la sociedad.

La revolución socialista, en el caso mencionado, es posible porque la determinación eficiente de su sociedad civil se ha trasladado al proletariado, que se ha hecho hegemónico. En este sentido, la propia empresa capitalista que avanza contiene, sin

⁵ Según sea una dictadura fascista o una democracia parlamentaria, por ejemplo.

lugar a dudas, elementos considerables de socialismo⁶ y, en consecuencia, no es correcto afirmar que la superestructura *Estado proletario* o *dictadura proletaria* exista sin una base material socialista. Dicha base, empero, no se concluirá como socialista sin la captura del momento consciente de la apropiación, que es el Estado. La dictadura de proletariado misma sería, con todo, imposible sin la gestación de la forma socialista en los núcleos de la producción material de su existencia, esto es, en el trabajador productivo.

En el caso del ejemplo francés se ilustra también otra situación, en cierto modo más constante. Aquí hallamos la tendencia al rezagamiento que tiene toda superestructura. Es una cosa conocida: todo derecho, todo Estado son siempre conservadores; su *ethos* es la conservación. Se refieren a la ratificación de lo que existe y de aquello de lo cual están conformados, según el mensaje de un momento circunscrito de la sociedad, lo que podemos llamar el *momento constitucional*. Aquí, sin embargo, en el modo de producción capitalista, lo que existe deja de existir de continuo; el desarrollo de fuerzas productivas implica también destrucción de fuerzas productivas; la reproducción de la burguesía contiene destrucción de burguesía, etc. Sin democracia burguesa, como ocurría en el absolutismo, la superestructura seguiría repitiendo formas o paradigmas superestructurales que se habían hecho a imagen y semejanza de una sociedad civil, la del momento constitucional, que ya no podría existir con su misma eficiencia determinante. En estas condiciones, la determinación sustancial de la sociedad civil sólo puede expresarse catastróficamente porque el eje de la determinación aparente está localizado de un modo falso en un punto menos poderoso de la sociedad.

Es al leer este párrafo cuando uno tiene ocasión de advertir cuánto puede distorsionarse el pensamiento de Marx ateniéndose, sin embargo, a la literalidad de Marx, lo que tal vez podría decirse también así: “cómo arruinar el marxismo, aunque citando a

⁶ En las circunstancias de la llamada “lógica de la fábrica” hablamos de las formas de la cotidianidad y no del sistema político.

Marx”. Es casi un problema de lectura. ¿Qué se dice en él? Que la sociedad civil determina al Estado. Pero también se *deduce* que toda sociedad civil produce un Estado. Ahora bien, ¿es cierto que Marx pensó en este aparato productor de crueldad y de falacias, en este recuerdo de la acumulación originaria, como una necesidad de la sociedad como tal, así en abstracto? Necesario, sin duda, cuando se tiene cómo compensar (negando) los impulsos progresistas emanados de su propia base; pero el hecho es que, por lo menos en el sentido de “aparato especial”, Marx jamás supuso que toda sociedad civil requiriera de un Estado; por el contrario, el marxismo entero es la descripción del proceso histórico-natural mediante el que la sociedad civil absorberá al Estado, o sea, de cómo esta parte de la superestructura se disolverá.

De aquí se desprende, sin embargo, una cuestión no menos importante, para decir lo poco. ¿Será verdad entonces que la superestructura se compone, así en globo, de las regiones ideológica y jurídico-política? Entonces la superestructura *es* el Estado, porque aquellas dos son en efecto sus misiones centrales. A nuestro modo de ver, Marx tenía una visión más extensa de esta cuestión: identificó la superestructura con el sector de la sociedad que contiene todas las formas conscientes e inconscientes de conexión extraeconómica. De esto mismo debía deducirse, puesto que la forma específica o ideal de coerción en el capitalismo es la coerción económica, que la superestructura capitalista como tal es una reminiscencia del momento de la acumulación originaria. Es lógico suponer, por otro lado, que el resabio o la “carga” debían pesar aquí de una manera aún más sostenida y arraigada que en la base económica.

La noción de *superestructura* —igual— *Estado* es la que se desprende de lo que pensaban sobre la materia más de uno de los más famosos seguidores de Marx. Kautsky, por ejemplo, circunscribió “el concepto de *superestructura* no haciendo figurar en él sino la parte de las relaciones sociales conscientes y de la conciencia social que se modifica indefectiblemente al mismo tiempo

que la base económica de la sociedad”.⁷ Digamos nosotros, según Kautsky, aquella parte que pertenece al modelo de regularidad.

En las organizaciones sociales, formas jurídicas, teorías, etc. de cada período determinado —escribió— es necesario distinguir aquellas que han sido recogidas de sus antepasados, de las que son de reciente formación, pues sólo estas últimas son consecuencia de las condiciones económicas de la época. Las formas espirituales extraídas del pasado no son consecuencia ni forman parte de la superestructura.⁸

Visión ésta discutible por donde la veamos. Si la superestructura fuera “indefectiblemente” correspondiente a la base económica, necesitaríamos, por ejemplo, que al menos una parte de la sociedad fuese esclavista, pues fue en el esclavismo que surgió la religión cristiana. Por otro lado, si aceptamos que Marx obtuvo en *El capital* un modelo de regularidad y no un caso histórico, no se vería por qué no hay una sola ideología, una sola forma de Estado en todos los países que tienen un solo modo de producción como dominante. La realidad misma nos dice que las cosas no son así. Existen, por cierto, modelos inducidos de ideología o de forma estatal con relación al modo de producción al que corresponde; es posible formar ciertos “tipos ideales” políticos (para usar una nomenclatura marxista) o módulos superestructurales, pero ello no puede tener la misma calidad de un modelo científico de regularidad. Es un hecho que, en este ramo, la vertebración de la historia particular de cada formación económico-social resulta más poderosa que cualquier modelo superestructural. En otras palabras, el modelo bonapartista o el modelo fascista nos pueden ayudar a conocer ciertas realidades, pero suponer que el fascismo

⁷ Véase Karl Kautsky, *Die materialistische Serchichtsauffassung*, citado por Oskar Richard Lange, *Economía política: problemas generales*, México, FCE, 1966.

⁸ *Ibid.*

es una ley con la misma cualidad que la reproducción ampliada, es sólo una aseveración.

Kautsky, con todo, apunta, así sea de la manera más errónea, a un hecho que sin embargo es fundamental en todo estudio superestructural: a la cuestión de la reminiscencia o herencia en la formación de las superestructuras actuales. Debemos aquí levantar una protesta: si “estas formas espirituales extraídas del pasado no son parte de la superestructura”, ¿de qué zona de la sociedad serán parte entonces? Debería decirse, a la inversa, que el capitalismo, con una modalidad característica de reemplazar a la realidad con su propia forma, construye siempre su apariencia superestructural con elementos ya existentes en la sociedad, pero dándoles un carácter, o validez o imposición actual. ¿Se podrá comparar la “ideología nacional” del capitalismo alemán o del japonés a la del norteamericano o inglés? Y esto mismo, sin entrar para nada en la complicada cuestión de la ideología en los países de formación abigarrada. De hecho, Kautsky omite aquí un hecho de la mayor trascendencia histórica, que es la capacidad del capitalismo de dar una eficacia actual a datos culturales que provienen de eficacias o agregaciones pasadas, a convertir en el exorno de nexos capitalistas a datos ideológicos de formación precapitalista. ¿Acaso no es verdad que el sionismo, dato ancestral, es la ideología para la formación de la moderna nación israelí? Es el propio Marx quien señala tal extraña convalidación en el tiempo del derecho romano con relación al capitalismo alemán, y así, en suma, con relación a cualquier mito coadyuvante de la creación del mercado interno, la nación, la reproducción ampliada y el imperialismo. Estamos pues ante una situación rica, matizada y extensa, pero no directa, como cosa alguna en el capitalismo.

A su modo, Stalin repitió esta posición estática y mecanicista de Kautsky:

La superestructura es creada por la base precisamente para que la sirva, para que la ayude activamente a tomar cuerpo y a afianzarse, para que luche activamente por la destrucción de la base vieja, ca-duca y de su antigua superestructura. Basta que la superestructura

renuncie a este su papel auxiliar, basta que pase de la posición de defensa activa de su base a la posición de indiferencia hacia ella, a una posición idéntica ante las distintas clases, para que pierda su calidad y deje de ser superestructura.⁹

Aquí lo más grave que puede ocurrir es que algo “pierda su calidad y deje de ser superestructura”. Para esto, es lógico, no hay castigo alguno. La lengua, según sus conocidas tesis, no pertenece a la superestructura porque no se modifica junto a la base económica (sería, además, indiferente hacia la base). Más allá fue Konstantinov, quien dijo que lo mismo ocurría con la familia, la cultura nacional y la ciencia.

Tal es el metafísico concepto de una superestructura redonda, coherente y correspondiente. Aparte de que tal cosa supondría una inmovilización de la historia entera, supone la falsedad de que la base económica es una e idéntica desde el principio (la URSS se hace socialista en octubre, etc.). El propio movimiento de este modo de producción, empero, la reproducción ampliada, habla de la sustitución de un nivel de fuerzas productivas por otro, de un momento capitalista por otro, y, aun en este sentido, incluso dentro del dogma de la superestructura una y sin pasado, ésta, la superestructura, tendría que moverse también de un modo permanente. Aquí no se dice qué pasa con los elementos del momento anterior de la superestructura, salvo que desaparecen. Pero es tan dogmático como la teoría de la indiferencia hacia la base: el derecho, *v. gr.*, es inútil si no se adecua o conforma una costumbre; ¿es tan seguro que no cambian las costumbres y el derecho según la presencia de una base u otra? ¿Por qué está tan convencido Stalin de que el romanticismo alemán, en la música y en las artes, estaba tan desvinculado de la formación del *Zollverein*? Eso no quiere decir que Beethoven no sea escuchado hoy; pero tampoco significa que, en determinadas circunstancias, aquella música alemana no se convierta en una música de clase.

⁹ Véase Karl Kautsky, *Doctrina económica de Carlos Marx*, Buenos Aires, El Yunque, 1973.

En cuanto a los otros aspectos, es, en buena lógica, una locura verdadera sostener que el lenguaje o la familia o la cultura nacional o la ciencia no se modifiquen junto con la base económica. Si por pareja se entiende el hecho sexual de la pareja, esto resulta tan apodíctico como decir que el individuo biológico atraviesa las épocas. Lo que cambia, empero, no es el arte griego o el derecho romano, sino la significación y el uso que damos a uno u otro, o sea un significado y uso capitalistas y no griegos ni romanos. Las argumentaciones complementarias son elementales. No sólo que las lenguas se modifican junto con el proceso económico histórico, sino que las lenguas modernas mismas son un resultado del proceso capitalista de formación de los Estados nacionales. Salvo que Lutero no tuviera nada que ver con el alemán moderno. ¿Quién podría decir, en efecto, que el alemán o el italiano actuales sean hechos anteriores al capitalismo en esos países? La cultura nacional... ¿de qué cultura nacional podríamos hablar antes de que existieran naciones? El mismo Stalin lo dijo del modo más rotundo: las naciones son parte de la historia del capitalismo, y lo que llamamos hoy *cultura nacional* no es sino el conjunto de formas, representaciones y comportamientos en el ámbito del mercado nacional, base y sustento de la nación.

En cuanto a que la ciencia no se modifique junto con la base económica, es un decir. Es al revés: existe la ciencia requerida por la base económica. Lo contrario es tan estático como cuando se dice sin comentarios que las fuerzas productivas determinan las relaciones de producción. Hay que oponerse, de nuevo: la fuerza productiva de una sociedad está dada por las relaciones de producción. Las llamadas *fuerzas productivas reales* (métodos, medios, instrumentos, objetos de trabajo) no son sino una consecuencia: en el fondo, el acero es el resultado de la separación entre el productor y los medios de producción. *La clave de todas las fuerzas productivas es siempre el hombre en relación con el hombre para producir su vida*, es decir, la relación productiva. ¿Qué es, pues, la ciencia, sino una fuerza productiva? ¿Hay una sola e infinita ciencia de una vez por todas? Esto es, en verdad, una teodicea.

En esto, empero, como en los otros aspectos, nos hemos saltado la multivalencia de los factores sociales. Para el capitalismo, por ejemplo, la monogamia es mejor que la poligamia porque corresponde a una pareja de individuos libres; la igualdad de los sexos corresponde al capitalismo y no al feudalismo, porque los individuos son libres por derecho.

La forma que adopte una lengua (no se puede crear una lengua para cada fase económica) no significa que no sirva como superestructura y a la vez como fuerza productiva. El Estado (sin que hablemos del Estado como productor mismo, porque sobra el comentario) es un elemento esencial de las relaciones de producción; en realidad, es un resultado en la política de las relaciones de producción y, a la vez, por cuanto la productividad no es la misma con una forma estatal u otra, una fuerza productiva por sí misma. Cuando Marx dijo que se debía tener en cuenta “como primera fuerza productiva (a) la colectividad misma”,¹⁰ ¿qué estaba diciendo, sino que debía entenderse al propio Estado como una fuerza productiva de la sociedad? La hegemonía es, qué diablos, la atmósfera que está entre un hombre y otro en medio de la producción. ¿Es posible en estas circunstancias hablar del Estado como un hecho meramente superestructural? La sociedad es, en todos los casos, la interconexión de una globalidad y el movimiento contradictorio de los factores dentro de esa globalidad. Si estudiamos, en consecuencia, la superestructura en tanto superestructura, es porque tiene su propia especificidad, no reductible a leyes sociales como el modo de producción, pero sí susceptible de ser estudiada como modelo social de presunción.

Otro tanto ocurre con la ciencia. ¿Qué pasa, por ejemplo, con lo que Kuhn llama *los paradigmas*? Son, por un lado, comprobaciones, objetos reiterables de conocimiento. Son, por el otro, indicios que conducen hacia nuevos paradigmas. La validez de la ciencia es objeto de una discusión superestructural (ideológica) durante un prolongado período histórico antes de ser aceptada

¹⁰ Véase Carlos Marx, *Líneas fundamentales de la crítica de la economía política (Grundrisse)*, Barcelona, Grijalbo, 1977.

y reconocida. Toda proposición comienza dentro de un debate rodeado de contenidos políticos e ideológicos que se mueven en el plano de las luchas superestructurales. Que eso concluya como fuerza productiva, es otro problema distinto.

Para volver sobre la cuestión de la familia, pensar que las observaciones de Marx sobre la ley de la población son ajenas a la época histórica, es como no tomarlas en cuenta en absoluto.

Es nuestra opinión que ha de distinguirse entre el modelo de regularidad obtenido a partir de la ley del valor para el modo de producción capitalista y los modelos políticos de presunción que se derivan de una articulación causal-superestructural no sometida en propiedad a las leyes sino en aquellos aspectos pertenecientes al modelo de regularidad de aquél.

Si se esquivaba a Marx citando a Marx, bien podemos defenderlo citándolo:

Cuando se estudian estas revoluciones —dijo— hay que distinguir siempre entre los cambios materiales ocurridos en las condiciones económicas de producción, que pueden apreciarse con la exactitud propia de las ciencias naturales y las formas jurídicas, políticas, religiosas, artísticas o filosóficas, en una palabra, las formas ideológicas en que los hombres adquieren conciencia de este conflicto y luchan por resolverlo y, del mismo modo que no podemos juzgar a un individuo por lo que piensa de sí, no podemos juzgar tampoco a esta época de revolución por su conciencia sino que...¹¹

Lo que una sociedad piensa de sí: he ahí la ideología en su más simple término. No podemos, en efecto, juzgar a una sociedad por lo que piensa de sí, a una época por su ideología, pero no hay duda de que a veces se trata de una representación con consecuencias, y la propia materialidad social es entonces tocada por una suerte de retorno de la idea o el supuesto desde la superestructura, en forma de práctica. Por otra parte, la relación (el acto de relacionar) de aquel “pensar de sí” con la realidad material “apreciable

¹¹ *Ibid.*

con la exactitud propia de las ciencias naturales” permite ya tener otra acepción de la superestructura; sería ésta, entonces, como la máscara de una sustancia social escondida, la forma de una verdad diferente, y habría entre ella y la base una relación parecida a la que hay entre el precio y el valor.

Es ilustrativo recordar cómo veía estos temas Lenin. La idea fundamental en Marx consistía en que “la sociedad debe ser estudiada como un proceso histórico natural”.¹² Se preguntaba, sin embargo: “y, ¿cómo llegó a esta idea fundamental? —Separando de todas las relaciones sociales las de producción, como relaciones fundamentales primarias que determinan toda las demás”.¹³ En otras palabras, mediante la reducción del objeto de conocimiento (la sociedad) al ámbito de sus conexiones económicas. Éste, sin duda, es el ámbito verdadero de validez de las llamadas *leyes de sociedad*. Era una consecuencia de lo anterior que se preguntara entonces Lenin si se puede hablar, para la superestructura, de leyes sociales en el mismo sentido en que se habla de ellas para la base económica. ¿Hay leyes históricas que se refieran a la revolución y no tengan excepciones? La contestación hubiera sido *no, no existen tales leyes*. Estas leyes se refieren tan sólo a lo que Marx llamó una vez “ideal”, en el sentido de capitalismo medio, normal, típico.¹⁴

Típico, normal, medio, ideal. Adjetivos que revelan un marco constante que no puede referirse sino a la matriz científica o modelo de regularidad. Pero como la revolución, catástrofe superestructural, se mueve en la diversidad y no en la media ideal, por tanto no caben para ella leyes herméticas. ¿Por qué se dice, en efecto, que la táctica es la historia que puede fracasar y la estrategia la historia que no puede fracasar? Por las mismas razones por las que Marx sostuvo que la insurrección es un arte, porque

¹² Véase Vladimir Lenin, *¿Quiénes son los “amigos del pueblo”?*, *op. cit.*

¹³ *Ibid.*

¹⁴ Véase Vladimir Lenin, “La revolución proletaria y el renegado Kautsky”, en *Obras escogidas, IV. Período de la intervención militar extranjera y de la guerra civil*, Buenos Aires, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1946.

todo esto se refiere a la evaluación de un ámbito que no es evaluable con la “exactitud propia de las ciencias naturales”, o lo que Gramsci llamaría *la zona de la autonomía de lo político*.

Como conclusión de esta larga paráfrasis de aquel párrafo del “Prólogo”, queremos señalar la siguiente paradoja. Habíamos visto que, por este concepto, el modelo de regularidad, o modo de producción, revela la unidad de la historia del mundo, su homogeneidad presente, en tanto que las superestructuras muestran su conspicuidad, su diversidad e incomparabilidad. El comportamiento de tales fases sociales es, sin embargo, el opuesto cuando se considera cada formación en cuanto a su movimiento autónomo o interinidad. Aquí, por el contrario, la base económica contiene los elementos de heterogeneidad de la sociedad en tanto que la superestructura manifiesta las líneas de su unidad.

Puesto que el ciclo mismo de la producción implica el consumo de valor o destrucción de valor, la reposición del valor y la valorización —y por consiguiente, la base económica— nunca están nunca unificadas, sino en un sentido analítico: en la realidad, un capital productivo debe siempre reemplazar a otro, una fuerza productiva es reemplazante de otra, etc. La diversidad es, por eso, en lo interno, la propiedad o característica de toda base económica, y mucho más si tenemos más de un modo de producción dentro de la misma formación económico-social.

La superestructura, en cambio, sólo es multicéfala en sus momentos más atrasados. Por el contrario, en este nivel la sociedad tiende siempre a su unificación, sobre todo en el plano más propiamente estatal. La voluntad esencial de todo Estado, en efecto, es la unidad; el Estado es el símbolo de la unidad o la unidad de lo que no está unido en sus otros planos. Impone la unidad o, al menos, tiene como fin supremo la unidad. Es cierto en todo que en toda sociedad hay fuentes diversas de producción de términos de poder, mensajes ideológicos diferentes, y tanto más aún en sociedades todavía no nacionalizadas. Pero es el Estado el encargado de manifestar como unidad esto que tiende a existir como dispersión.

Es con tales pródromos que queremos encarar estas notas sobre el problema de la ideología.

Un concepto general, por tanto: la ideología como el pensar en sí misma que tiene la sociedad o la época. Pero ahora necesitamos razonar sobre la producción consciente de ideología.

En este sentido, cuando se habla de *ideología*, uno se refiere (como es natural en todos los casos, pero de una manera extrema en el Estado moderno) a uno de los elementos verticales del poder estatal (el otro es la represión), es decir, a las consecuencias que tiene el poder sobre el conocimiento vulgar. Pero también, en una medida exactamente correspondiente, a los *efectos de poder* del conocimiento vulgar. Éste es un tema crucial de nuestro tiempo. Por él nos preguntamos cuáles son las condiciones para convertir la cualidad del conocimiento en la cantidad histórica. La postulación de toda teoría política es la de convertirse en ideología universal, o sea que el juicio extraído del análisis de la sociedad se convierta en un prejuicio de masas con consecuencias de poder. En otras palabras, esto contiene no sólo la relación entre ciencia e ideología, sino también entre conocimiento y práctica y, sobre todo, implica la consideración del problema de la *mayoría de efecto estatal*.¹⁵

Con todo, si es verdad que la reproducción es lo que es la producción, esto mismo debe también delimitarse. El momento productivo es el núcleo de la sociedad; sin esto no tenemos posibilidad de conocimiento de la sociedad ni podríamos hablar de ciencia social. Por lo demás, está claro que este tipo de producción, el capitalista, es el que hace posible que la sociedad se cuantifique, porque aquí por primera vez la sociedad es calculable, a partir de la ley del valor. Pero sólo la reproducción nos ofrece la imagen de la sociedad tal como es, es decir, su movimiento y no sólo su núcleo, su totalidad viviente y no sólo su cifra. Por eso, cuando se dice que *la producción es también la reproducción* se

¹⁵ Problema que no sondearemos en este artículo. La crisis revolucionaria implica sobre todo un derrumbe ideológico. La cuestión reside en cuál es la mayoría que se debe tener para que haya un derecho de poder.

quiere indicar que el carácter de la reproducción está signado por el carácter de la producción. Ahora bien, ¿cuál es el carácter de este modo de producción? No hay uno solo. Es, por ejemplo, un modo de producción de hombres libres. Es, por otro lado, el producido por hombres libres colectivamente constituidos en factor productivo, o sea que la plusvalía es el resultado del obrero colectivo. Es, por último, un régimen cuyo modo de reproducción es la reproducción en escala ampliada, lo cual repercute hacia las clases en sentido de que son subrogables continuamente en su composición individual, o sea que son burguesías que expulsan y construyen continuamente burguesía, proletariado que absorbe y expele continuamente clase obrera, etc.

Pues bien, una cosa es hablar de la reproducción social cuando la unidad es la aldea feudal o la ciudad, y otra tratarla con relación a naciones, a veces muy extensa, y aún más con relación al sistema mundial como tal, que recibe y saca de sí a formaciones enteras. Una cosa es hablar de la reproducción en el feudalismo, cuando se necesitaron siglos para construir nuevos canales, desecar pantanos o introducir especies nuevas, cuando cada nueva generación no necesitaba poco más que saber arar y tejer para que el sistema se repusiera, cuando los personajes tenían estirpes reconocidas y territorialmente arraigadas, y otra, como es natural, cuando el individuo no existe más que para desaparecer de inmediato en el obrero colectivo, cuando un obrero de hace 20 años no serviría de mucho para utilizar la maquinaria de una industria textil de hoy, por ejemplo.

La principal consecuencia de todo esto es que la ideología juega en este caso (porque se trata de un comercio entre hombres libres, porque la reproducción es ampliada y, por tanto, no automática, y debe prepararse porque la libertad individual ha de traducirse en formas más anchas de organización política) un papel muchísimo más importante que en cualquiera época pasada. Es indiscutible que aquí, si la clase dominante no es a la vez la clase hegemónica, si el Estado, aparte de mandar (*imperium*) no obtiene la recepción ideológica de su mando o consenso, estamos ante una falsa clase dominante y ante un falso Estado, y también,

por tanto, ante una falsa reproducción, una reproducción que no es sino la preparación de su crisis.

En la ideología, se diría que los hombres tienen sus respuestas antes que sus propias preguntas. En la dicotomía conocimiento vulgar-conocimiento culto, no hay duda de que la ideología oficia como una suerte de conocimiento. Conocimiento vulgar, en el sentido de no cuestionar un mundo al que sin embargo se presenta. Con todo, al considerar estos asuntos vale la pena tener en cuenta otro lado de ellos: no hay una barrera o tajo absoluto entre un conocimiento y otro; la propia norma del conocimiento vulgar de nuestro tiempo está impregnada con los datos de la ciencia y con el reparto del conocimiento culto. En materia de la imaginación o concepción cotidiana del mundo, en materia ideológica, no se puede por cierto llamar *conocimiento* sólo al conocimiento verificado, verdadero y último, en el caso de que este apetito del hombre existiera. Pero en este campo, para los móviles masivos, se conoce cada vez que se cree que se conoce: la falacia misma es una forma de verdad.

Es evidente que la primera diferencia entre el conocimiento vulgar y el conocimiento culto está en que este último puede existir en sí y para sí mismo, o sea que tiene un margen más alto de gratuidad, no es inmediatamente instrumental y simula ser terminal de sí mismo.

Con la ideología ocurre algo diferente: aquí el conocimiento es a la vez reconocimiento, la ideología es a la vez identificación. El conocimiento culto debe comprobarse. La ideología en cambio es la comprobación de sí misma.

El hecho de que aparece es la prueba de que la ideología existe, o sea que no averiguamos la calidad verdadera o falsa de la representación, sino que nos interesa la representación en cuanto tal, aun en la verdad misma de su falsedad.¹⁶ El error resulta verdadero porque compone la realidad del sujeto, aunque no corresponda a la realidad del objeto. La ideología viene a ser, entonces, la internalización de la exterioridad social, cierta representación

¹⁶ Parfraseo aquí una expresión de Gabriel René Moreno.

del mundo, pero una internalización que no nos interesa como subjetividad sino que la estudiamos como objetividad. En realidad, ésta es una de las tres fuentes fundamentales en el estudio de las unidades sociales y las clases, que son el momento productivo o matriz, la ideología y la política o práctica.

El conocimiento culto es siempre un trabajo consciente. En el conocimiento vulgar, en cambio, el azar produce un conocimiento espontáneo, acumulativo e inconsciente. Que llegue después a convertirse en un conocimiento consciente, es otra cuestión. Pero tampoco una cuestión secundaria en absoluto: pensamos aquí en el prejuicio como un requisito o antecedente del juicio, como una hipótesis, proceso no imposible, por cierto.

En todo caso, si lo que aquí tan ocasionalmente llamamos *conocimiento culto* puede o no convertirse en un prejuicio de las masas, es lo que define el grado en que una clase dominante puede ser llamada al mismo tiempo *clase universal*.

No hacemos, como está a la vista, otra cosa que identificar *conocimiento culto* con *conocimiento o actividad consciente de conocimiento*, esto es, no un saber del azar sino un saber con propósitos. El sentido de la finalidad es lo que aquí designa la cosa. La pregunta consiste en saber no qué individuos, sino qué situación o clases o grupos son capaces de servir de plataforma para ese conocimiento, y cuáles de ellos tienen capacidad orgánica de explotarla. Esto, en primer término. En segundo, cuáles son los sectores que no son capaces de producir ese conocimiento especial (conocimiento con consecuencias) y su emisión, que es la ideología, y en tercero, cuáles son los escenarios de conformación de tales hechos.

Si empezamos por el final, por la cuestión de los escenarios, la idea central de que la clase social es el sujeto de la historia, y no el individuo, es, sin duda, un apotegma; un apotegma, empero, tantas veces dicho que casi lo hemos olvidado. La exaltación de la individualidad jurídica o del derecho del hombre,¹⁷ su libertad como individuo, es la puerta por la cual se mete al propio indivi-

¹⁷ Véase Carlos Marx, "La Sagrada Familia", en *La Sagrada Familia y otros escritos*,

duo en el capital productivo con la calidad de obrero colectivo, o sea como célula de un bloque en el que ya no se independizará. La aparición del capitalismo entonces se muestra como la de individualidades independientes, pero su conclusión se hace colectiva en su momento propio, que es la producción. Esto también podría decirse de otra manera: la libertad jurídica, que reconocemos en la superestructura, existe sólo en la circulación, en la primera circulación; la absorción de la fuerza de trabajo libre por el capital productivo hace después que la propia circulación siguiente no lleve en sí sino una libertad jurídica condicionada al grado de libertad del mercado, que es la libertad compatible con la selección entre las fuerzas productivas. Lo que se dice entonces es que este tipo particular de agrupación o agregación colectiva, la clase social del capitalismo, es el factor eficiente que da forma al universo del ser y la práctica del individuo. Es, por eminencia, una clase colectiva. No se trata, por eso, de una mera clasificación de semejanzas sino de una entidad como tal. La cuestión de los individuos sin clase o de los grupos inciertos es ya una cuestión empírica; depende de lo anterior pero no lo cambia.

Los escenarios, con todo, son diferentes. Hay una ideología de la época, por ejemplo. Esto no puede compararse con ninguna otra época porque, aquí, por primera vez, el mundo es uno. Pero al mismo tiempo, cada formación económica social ha de construir u organizar su propia ideología, o sea una imagen coherente de sí misma, su teogonía. Lo que Vico llamaba la “vanidad de las naciones” es esto, la ideología de las naciones, es decir, el tipo de formación social característica del capitalismo. Tenemos, por último —tema bien trabajado—, la cuestión de la *ideología de clase*. Es el hecho: la nación no es una simple mediación entre las clases y el mundo; la clase no es una simple mediación entre el individuo y la nación; pero los individuos son clasistas y nacionales; las clases son nacionales (que la clase se haga nacional es la señal de que la nación existe), y las naciones, de algún modo,

Barcelona, Crítica, 1978: “El reconocimiento de los derechos humanos tiene el mismo sentido que el reconocimiento de la esclavitud por el Estado antiguo”.

son también clasistas: una clase las ha hecho. El carácter mismo de una nación queda sellado para siempre según quién sea el que concluya por dar cuerpo nacional a sus elementos regados e invertebrados. Pero nada de esto puede significar que una categoría sea un resultado necesario de la otra, así como no es obligatorio que el esclavismo siga a la disolución del comunismo, etc. Pueden, por ejemplo, existir clases aunque la nación no exista todavía en su plenitud. Sólo que aquí unas clases tendrán más capacidad de autodeterminación nacional que otras y, en todo caso, aquello que “impida” a la nación determinará la forma de existencia de la clase. Siempre en todas partes la existencia de clases nacionales (clases con ideología nacional) ha precedido a la existencia de la nación.

¿Por qué se puede decir, sin embargo, que cada sociedad es una mezcla particular de su juicio y su prejuicio? Porque la ideología nacional, en efecto, es la mezcla entre uno y otro, la forma en que se han combinado. Para saberlo habría que distinguir —lo cual es un trabajo de los historiadores— el momento constitutivo o constitucional de una ideología y los momentos derivados o los desprendimientos ideológicos de esa constitución. Como en la historia de los individuos, hay acontecimientos que se vuelven como dioses para la conciencia de los pueblos.

La acumulación originaria, por ejemplo, bien vista, es la manera precapitalista de constituir los elementos de una sociedad capitalista. Se necesita, para que ella exista, la avidez de la acumulación y la capacidad de realizar la avidez: eso mismo es ya una ideología. O sea que existe primero la victoria ante un número determinado de gentes, en un espacio determinado, para que los resultados de esa victoria se racionalicen, es decir, para que se acaten como un dogma. Sólo entonces existe el Estado en su manera moderna, porque sólo entonces es irresistible en su propio espacio. Después volverá legítima su irresistibilidad. La victoria aquella, tenga la forma de un saqueo, un hecho militar, una astucia o estafa, tiene también una extensión: la medida de esta victoria fundamental es la medida de toda una historia posterior en esa sociedad; la propia manera del hecho constitutivo deja una

memoria particular: no es extraño que los norteamericanos vivan la conquista del Far West como una epopeya.¹⁸

La descampesinización, como forma particular de acumulación originaria, es también un acto constitutivo típico. Aquí también los patrones de la descampesinización estarán proporcionando los perfiles que tendrán ese capitalismo y esa forma estatal. El momento del desprendimiento entre este productor y su medio de producción secular deviene así nada menos que el momento de fundación de la nación en su sentido capitalista moderno interno, que es una mecanización. En realidad, toda ideología nacional preexiste por lo menos al alcance de su mercado. El anhelo de la concurrencia al mercado es anterior a la propia existencia del mercado. La consecuencia de todo esto es que la clase dominante debe seguir u obedecer los rudimentos de ideología nacional anteriores a la incorporación de las nociones necesarias para su propia acumulación. En el momento de catástrofe del acto constitutivo, la nueva clase universal implanta sus valores; éste es el aspecto que se puede llamar de la *ideología necesaria*, y quiere decir aquellos supuestos que se ponen en la masa y que son imprescindibles para la reproducción de la base productiva y de la propia dominación, o sea, la superestructura en el sentido de Kautsky. Esto mismo puede darse, como anotamos anteriormente, rescatando mitos correspondientes a otra época y dándoles una funcionalidad actual: el caso típico es la ética protestante, como capitalización del cristianismo.

Sin embargo, en general, la propia ideología necesaria requiere de un envoltorio. Si no fuera complicar demasiado las cosas, se podría sostener que la ideología excedente es necesaria para el movimiento de la ideología necesaria, aunque no se refiera a la reproducción misma de la base económica.

No porque piensen en las cosas necesarias, las gentes dejan de pensar en las innecesarias. La capacidad de supervivencia de las supersticiones, los fetiches, las creencias populares en gene-

¹⁸ La llamada *conquista del desierto* en Argentina, las guerras de Arauco en Chile o las historias de la *bandeira* en Brasil, no tienen otro sentido.

ral, es interminable, eso se sabe bien: pero lo es en la medida en que su actuación no es contradictoria con las imposiciones de la ideología necesaria. Las sociedades, por eso, tienen un amplio espacio de ideología excedente, compuesto, en su mayor parte, por las representaciones que provienen del pasado, pero también por aquellas que vienen del conocimiento vulgar actual y que no afectan a la vida misma de la reproducción.

Tal lo que se refiere al conjunto de la ideología, que es siempre un bloque, sólo separable en la abstracción (de ahí que resulte tan estéril la visión que de esto tenía Kautsky); pero el comportamiento de las clases y los grupos inciertos con relación a la ideología nacional (ideología necesaria + ideología excedente) o sea, el uso que hace cada uno de ellos de esa masa de representación, es una cuestión bien diferente. Cada uno toma del mundo lo que de él necesita: los grupos inciertos, por ejemplo, son los grandes repetidores de la ideología excedente, y su vida es, excepto cuando son convocados por otros, algo así como una distracción de la sociedad.

Quienquiera que haya tenido la buena voluntad de llegar hasta aquí se encontrará, con nosotros, ante una cruz: sabemos ya que cada clase pertenece a una ideología; sabemos también que cada clase recibe una ideología, a la que puede transformar. Es también cierto, empero, que una clase social puede emitir una ideología, como quien emite una orden o ley, porque, en efecto, la forma moderna del poder es la ideología.

Esto último, la producción o emisión de ideología, es ya, por tanto, la revelación del espíritu del poder: manifiesta sin duda un propósito y no un acatamiento. La mera gana de poder no hace, sin embargo, al poder. Se necesita que la violencia del anhelo del sujeto (el anhelo es, claro, un requisito) sea proporcional a sus posibilidades de encarnarse en la realidad. El deseo no crea conocimiento; pero la confabulación del *élan* con el conocimiento debe producir resultados de poder. Es por eso que el *pensar en sí* de una estructura grupal es algo vinculado al margen de conocimiento efectivo de los hechos sociales, o sea a la cuestión de su

horizonte de visibilidad. La relación entre la colocación productiva y la visibilidad social es algo característico de nuestros días.

Para plantear este asunto vamos a recurrir, otra vez, a ciertas citas de Marx: “El costo de la mercancía se mide por la inversión de capital; el costo real de la mercancía, por la inversión de trabajo”.¹⁹

Costo de la mercancía = inversión de capital = *conocimiento desde el punto de vista del capital*. Costo real de la mercancía = inversión de trabajo = *conocimiento desde el punto de vista del trabajo*. Si se lo dice de otro modo, Marx da por sentado que hay un conocimiento válido y útil para el capitalista, pero útil y válido sólo para él; a la inversa, la visión del “costo real” es como un atributo (no importa ahora si explotado o no por ella) de la fuerza de trabajo. Por consiguiente:

[...] una cosa es lo que la mercancía cuesta al capitalista y otra lo que cuesta producir la mercancía. La parte del valor de la mercancía formada por la plusvalía no le cuesta nada al capitalista, precisamente porque es el obrero a quien cuesta trabajo no retribuido. Sin embargo, como dentro de la producción capitalista, el propio obrero, una vez que entra en el proceso de producción, pasa a ser por sí mismo un ingrediente del capital productivo en funciones y perteneciente al capitalista, y éste, por tanto, el verdadero productor de mercancías, es natural que se considere como el precio de costo de la mercancía lo que para él es el precio de costo.²⁰

Aquí encontramos un lado accidental y uno sustancial. Por lo primero, esta observación casi popular: uno no ve lo que nada le cuesta. Quizá por eso el espectáculo de la transformación de la materia no pueda reemplazarse con nada con fundación de conocimiento; en la circulación del objeto ya dado, es poco lo que queda por conocido. Conocer, en todo caso, no es una mera

¹⁹ Véase Carlos Marx, *El Capital (obra completa). Crítica de la economía política*, Madrid, Akal, 2000.

²⁰ *Ibid.*

composición de conceptos: es un acto vital, un desgaste y, en consecuencia, un asunto peligroso, un acto organizativo.

Al margen de esto, la cuestión de la integración del capital productivo como acto constitutivo de ideología y, por ende, de las fases superiores de conocimiento. ¿Cómo se produce esto? Por lo que Marx llamaba *el mando del capital*. En el fondo, la implantación del “estado de separación”, la ruptura del tiempo clásico de la especie y la disolución de la persona del obrero en el capital productivo, son las hazañas máximas de la burguesía respecto de la civilización. Esta disolución individual, o sea, esta transformación de los hombres en capital, es vista y vivida por el capitalista como su hecho más glorioso.

Será imposible, por tanto, que conceda pensar como fruto del hombre disuelto lo que está viviendo como un resultado de su mando y su resolución: será imposible ver en la fuerza de trabajo otra cosa que parte del capital. Otra vez, su análisis es quizá correcto desde su punto de vista; pero es un punto de vista tan dependiente de esa colocación, que resulta también obliterante para obtener un conocimiento válido desde todos los puntos de vista, es decir, un objeto científico verificado.

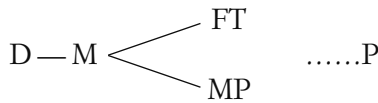
Por otro lado,

El capital total actúa naturalmente como creador de producto, lo mismo los materiales de construcción que el trabajo. El capital entra materialmente en su conjunto en el proceso real de trabajo, aunque sólo una parte de él entre en el proceso de valorización. Es ésta tal vez, precisamente, la razón de que sólo contribuya parcialmente a la formación del precio de costo y contribuya en cambio totalmente a la formación de plusvalía.²¹

Si se hace una lectura más detenida de este párrafo, hemos de encontrar algunos contenidos de la mayor importancia en las relaciones entre la burguesía y la producción capitalista, y entre el proletariado y la reproducción capitalista. En realidad, es aquí

²¹ *Ibid.*

donde se ve hasta qué punto sólo la colocación proletaria es la que tiene una visión capitalista del capitalismo. Esto de ver lo mismo a los materiales de construcción que a la fuerza de trabajo como partes semejantes del capital total se parece a la visión del feudalismo, y más propiamente del esclavismo, cuando la producción era el resultado de la relación entre el hombre —considerado como instrumento de trabajo junto a la bestia y el arado— y la tierra. Pero es esta voracidad productiva, que sólo ve el conjunto del producto, lo que inspiró la tarea civilizadora de la burguesía. Aquí mismo, sin embargo, se detiene su papel progresista: es a partir de su propia situación en la estructura capitalista de clases que ve la valorización como un resultado de su capital, o sea del mando del capital que hace posible el resultado



O sea, una idea mesiánica que se sustenta en una explicación metafísica. Es aquí una clase que se está gratificando pero no explicando la propia sociedad en que culmina.

Si es verdad entonces que la misma colocación del obrero colectivo lo habilita para disponer de un asiento de visualidad que se refiere no al costo de la producción de la mercancía, sino a la propia emergencia y a las consecuencias sociales de la plusvalía, es lógico que de este asiento u horizonte tenía que surgir el cálculo social, el plan histórico y la propia descripción de la sociedad como sucesión y contradicción de clases. Es con este fundamento que hemos apuntado en algún otro trabajo cómo es la explotación de este horizonte de visibilidad, y no la genialidad de Marx (que sin duda adelantó y volvió más maravilloso el descubrimiento), lo que explica el desarrollo de la ley del valor, momento central en la fundación de la ciencia social en cuanto tal.²²

²² Véase René Zavaleta, “El conocimiento social”, en *La filosofía actual en América Latina*, México, Grijalbo, 1976.

Tomemos otros conceptos referidos a la teoría del conocimiento social en Marx:

La plusvalía reviste la forma transfigurada de la ganancia [...] Por consiguiente, la ganancia tal como aquí se nos presenta es lo mismo que la plusvalía, aunque bajo una forma mixtificada, la cual responde, sin embargo, necesariamente, al régimen de producción capitalista. Como en la *formación aparente* del precio de costo no se manifiesta ninguna diferencia entre el capital constante y el variable, es natural que la raíz de la transformación del valor producida durante el proceso de producción se desplace del capital variable al capital en su conjunto. Al aparecer el precio de la fuerza de trabajo, en uno de los polos, bajo la forma transfigurada del salario, la plusvalía aparece en el otro bajo la forma transfigurada de la ganancia.²³

Hemos llegado así a un sitio conceptual que nos parece central y que se puede describir como la transfiguración de los objetos sociales, en cuanto es ello carácter del modo de producción capitalista. “La forma mixtificada responde necesariamente al modo de producción capitalista”.²⁴ La “formación aparente” de la sociedad no coincide jamás con lo que la sociedad es: la explotación está enmascarada como igualdad; las clases colectivas como individuos, la represión como ideología; el valor se presenta como precio, la base económica como superestructura y la plusvalía como ganancia. Todo está travestido y disfrazado. Esto último empero, la dicotomía entre realidad y aparición que da la dualidad plusvalía-ganancia, es lo que importa. ¿Qué es pues todo ese conjunto de “formaciones aparentes”? Es la ideología burguesa. Ésta, a su turno, no es otra cosa que el análisis de la sociedad desde el punto de vista de la ganancia. Por lo demás, ¿no es acaso la propia sociología burguesa la que nos habla de una cultura de formas y de figuraciones? Es por eso que el análisis

²³ Véase Carlos Marx, *El capital (obra completa). Crítica de la economía política*, *op. cit.*

²⁴ *Ibid.*

científico implica una toma de militancia. El reconocimiento de la ganancia como plusvalía sería también, por parte de la burguesía, el reconocimiento de su propia ilegitimidad. Pero esta ideología de las formaciones aparentes o de las formas transfiguradas no pertenece sólo a la clase dominante, sino también a todos los que están bajo su dominación ideológica: es ideología burguesa la que induce a los obreros atrasados, por ejemplo, a no desnudar la “formación aparente” de la ganancia; es una clase obrera incapaz todavía del conocimiento al que sin embargo ha dado lugar. El esclavo, como escribió una vez Sartre, se mira (todavía) con los ojos del amo.

Que la burguesía sea una clase intrínsecamente dañosa al hombre es un demonismo que no pertenece al repertorio de las ideas de Marx. Por el contrario, como indicamos unas líneas antes, es su modo de apostarse en la estructura social la clave de su inevitable dominio y de su inevitable perdición. ¿Acaso el propio Marx no encuentra que “es lógico que ambas partes (valor y plusvalía) se le representen conjuntamente”?²⁵ ¿Qué de raro entonces que le parezca lo mismo a una burguesía cualquiera? Es algo que tiene, con todo, consecuencias no lógicas sino estructurales para su evolución a través de la historia. Es de aquí de donde nace la corrupción o modo de conocer de la burguesía, de aquí de donde surge una distorsión sustancial del orden mismo de las cosas entre las que se mueve. Lo que Marx llamó, por ejemplo, “la inversión de sujeto y objeto operada ya durante el proceso de producción”.²⁶

Ya allí veíamos cómo todas las fuerzas productivas subjetivas del trabajo se presentaban como fuerzas productivas del capital. Por una parte, el valor, el trabajo pretérito que domina sobre el trabajo vivo, se personifica en el capitalista; por otra parte el obrero aparece, a la inversa, como una fuerza de trabajo objetivada, como una simple mercancía.²⁷

²⁵ *Ibid.*

²⁶ *Ibid.*

²⁷ *Ibid.*

Es obvio que si el capitalista se siente “el trabajo vivo”, eso no es sino una gratificación, el culto del trabajo que era parte de la ideología de su formación de clase. Pero que el obrero aparezca como una fuerza objetiva, si bien por un lado implica su reducción a mercancía o cosificación, a la vez lo convoca a una actitud material frente al desarrollo de la materia, a un comportamiento objetivo frente a la transformación objetiva de la materia. Es a esta inversión —todo lo incoherente que se quiera desde el punto de vista del análisis, pero coherente con relación a las necesidades de autoconfirmación de la burguesía como burguesía— a lo que Marx llama la “conciencia traspuesta” de esta clase. A tal trasposición de conciencia que está en la cotidianidad de este modo de producción se añade después lo que Lukács designó como *el oscurecimiento de la conciencia de la burguesía* a partir del momento en que dejó de ser y de sentirse clase universal, o sea cuando deja de realizar sus tareas y a la vez las de la sociedad entera.

Si vamos a considerar el problema de la emisión de ideología, parece absolutamente necesario advertir hasta qué punto aquella actividad está signada sin vueltas por la propia visión del mundo que, sea en el caso del proletariado, sea en el de la burguesía, está marcada por su colocación. Un hecho que, sin duda, tiene repercusiones sobre la práctica de la ideología burguesa como ideología dominante, y luego sobre la cuestión del Estado como emisor de ideología, al menos entre los problemas que preocupan en este artículo.

Es la formación aparente o transfiguración de los objetos sociales lo que permite a la burguesía construir su propia ideología, que es como el esqueleto de una ideología total y, por tanto, también una ideología universal para la sociedad entera, por lo menos mientras sea en efecto dominante. La construcción de una perspectiva del mundo no es el mejor de los logros de la burguesía. No todas las clases, sin embargo, tienen fecundidad ideológica, aunque todas deban tener o sufrir una ideología. Hemos de distinguir entonces entre las clases que por su colocación son capaces de erigir ideologías más o menos sistemáticas (con alguna coherencia entre sus factores), aglutinando la ideología necesaria

con el resabio de las representaciones que componen la ideología excedente y los sectores que no tienen capacidad y que resultan, en consecuencia, objetos ideológicos.

De todas maneras, si algo es evidente es que este papel poco menos que protagónico de la ideología en el capitalismo no hace otra cosa que proseguir el tipo particular de dominación capitalista, que es la que se realiza por la vinculación económica.

“Uno que, por ejemplo, hereda un gran patrimonio, no adquiere en verdad con ello inmediatamente poder político. La clase de poder que esta posesión le transfiere inmediata y directamente es el poder de comprar”.²⁸ Cita Marx esta nota de Adam Smith con una suerte de fruición maliciosa, como quejándose de que se esperen milagros del mercado por sí solo. Comprar y vender, sin duda, no es más que vender y comprar si aquello no está acompañado de las coberturas, los enredos, las seducciones, falsificaciones, encubrimientos y atajos de la ideología que rodea al hecho de la compra-venta; ideología, en el caso, que va desde el supuesto de la igualdad jurídica hasta el dogma de la legitimidad irresistible del poder. O sea que necesito que seamos iguales para practicar este acto de igualdad; si no tuviera la igualdad conmigo como un prejuicio, tampoco permitiría que equiparases tu mercancía a la mía. Es a esto a lo que Marx llamó la “fuerza de un prejuicio”. Que las necesidades del capital se conviertan en un prejuicio de la gente, eso, por cierto, es la ideología.

Una fuerza tan infernal en todo caso que es posible decir que es también la medida en que se puede hablar de un Estado avanzado. La hipertrofia del sistema represivo está mostrando la supervivencia de formas estructurales (estatales) precapitalistas o la decadencia de las formas estatales capitalistas. La primacía de la ideología resulta, en cambio, lo característico del modelo superestructural que corresponde al modo de producción capitalista. Tales afirmaciones, sin duda de cierto peso para los casos latinoamericanos, advierten que la recurrencia a la violencia estatal —aquí no importa si legítima o no— es la prueba de la incon-

²⁸ Véase Adam Smith, *La riqueza de las naciones*, Madrid, Alianza, 2004.

sistencia de un Estado o del acercamiento de su crisis. El aspecto represivo del Estado moderno no es sino su reaseguro final: es algo que está en un segundo plano preventivo con relación a la manera normal capitalista de dominación, que es lo que se puede llamar *la coerción económica*, que da forma y ritmo a la sociedad civil y que se perfecciona por medio de la coerción ideológica, resultado ya de una virtualidad estatal (resultado de la sociedad civil) y a la vez de un propósito racionalmente organizado emitido desde aquella virtualidad estatal. Esta cuestión del carácter consciente de la emisión estatal, partiendo del supuesto de que el Estado es el órgano ideológico *par excellence*, nos permitirá analizar los siguientes problemas, que son ya los finales de este trabajo.

En esto ocurre como si las grandes confusiones se produjeran al mismo tiempo que los grandes hallazgos. Louis Althusser, por ejemplo, dice que Gramsci tuvo la singular idea de que el Estado no se reducía al aparato (represivo) del Estado, sino que también comprendía, según sus términos, cierto número de instituciones de la ‘sociedad civil’: las iglesias, las escuelas, los sindicatos, etc.”²⁹ La violencia, en su criterio, sería un atributo del aparato represivo, “mientras que los aparatos ideológicos del Estado funcionan ‘mediante la ideología’.”³⁰ Menciona entre los aparatos ideológicos del Estado, el religioso, el escolar, el familiar, el jurídico (al que considera a la vez represivo), el sindical y el informativo. El aparato represivo estaría centrado, en tanto que los aparatos ideológicos del Estado serían “múltiples, diferentes, relativamente autónomos y susceptibles de ofrecer un campo de acción a las contradicciones que expresan”.³¹

Aun aceptando aserciones tan dudosas como la de que la violencia sea un atributo absoluto del Estado, y sólo de él, o la consagración de la escuela como aparato ideológico del Estado

²⁹ Véase Louis Althusser, *Ideología y aparatos ideológicos de Estado*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1988.

³⁰ *Ibid.*

³¹ *Ibid.*

dominante,³² con todo, lo que se produce aquí, a nuestro juicio, es una verdadera pérdida de especificidad del hecho estatal. El Estado aparece diluido en la sociedad (antes de tiempo), y su mera amenaza represiva tendría la misma utilidad que la de un guardián nocturno. Es una posición que interpreta a su modo, de una manera equivocada —según nosotros, por las razones que exponaremos—, ciertos conceptos clásicos de la teoría del Estado.

Es usando ciertos elementos de la marcha de Marx hacia el marxismo, aunque resulte tan abominable para Althusser la lectura del Marx joven, que podemos plantear la cuestión, es cierto que sólo por una razón heurística.

Hegel, como lo sabemos, había dicho que “el hombre es el Estado subjetivado”,³³ bajo el entendido de que el Estado, hecho absoluto y objetivo, se convertía así en una subjetividad organizada y dotada de fines, dominando sobre una suma de subjetividades caóticas y desintegradas, o sea, la dominación natural del orden sobre el desorden, de la racionalidad sobre la irracionalidad, del espíritu de las épocas sobre las contingencias de una temporalidad finita.

Marx, aunque fuera todavía el joven, hizo un comentario importante a este párrafo de Hegel. Afirmó que, por el contrario, “el Estado moderno burgués revela al hombre objetivado”, con lo cual sin duda quería decir que la verdad del Estado había que encontrarla no en el Estado mismo sino en la sociedad civil. El Estado como tal, entonces, sólo es una de las relaciones de la sociedad civil, aunque es cierto que una relación activa y particularizada.

No obstante, es claro que unos hombres resultan, de hecho, más capaces que otros para objetivarse en el Estado. Mientras la burguesía, por ejemplo, en la lucha entre sus fracciones, debe llegar más o menos pronto a su unificación en el Estado, puesto que el Estado capitalista es la forma de la unidad de la clase

³² En la escuela, a nuestro modo de ver, sólo se formalizan colocaciones de clase que han sido definidas *ex ante*. Althusser da a la escuela, en cambio, un papel que no da en la distribución de clase.

³³ Véase Federico Hegel, *Filosofía del derecho*, Buenos Aires, Claridad, s.f.

burguesa, bien puede afirmarse que *en su momento avanzado el propio Estado es el capitalista colectivo*, o al menos que ésta es la superestructura más acorde con el carácter crecientemente colectivo del capitalista. El proletariado, en cambio, debe seguir un largo recorrido para asumir una ideología colectiva que calce con su carácter objetivo de trabajador productivo colectivo y sacar de ello consecuencias organizativas. O sea que mientras el hombre (el proletario) no es ideológicamente colectivo, de igual manera que su existencia real en la producción, es un mero sujeto ocasional ajeno a su propia objetividad: aunque esté concentrado y colocado en el centro de la fuerza productiva capitalista, su cabeza es como la de un campesino parcelario solitario y disperso. Sólo cuando su conciencia o ideología es colectiva, de la misma forma que su ser de base, puede adquirir el proyecto de reorganizar la sociedad misma a su imagen y semejanza. Es cierto entonces que la burguesía estaría, por sus propias urgencias clasistas, más próxima a los requisitos del Estado político en su forma capitalista. En ella se trata de asumir como poder su unificación, o perecer.

Sea que nosotros lo conectemos *ex post*, sea que obedezcan a un crecimiento interno de su pensamiento, en cualquier caso es bien claro que hay ciertas ideas del Marx inicial que no hacen después sino proseguirse o matizarse en su madurez. Es lo que ocurre, por ejemplo, en la cuestión de la objetividad de la subjetividad del Estado que figura en la veinteañera *Crítica a la filosofía del derecho de Hegel*.³⁴ Había sostenido Hegel que “la familia y la sociedad civil son conocidas como esferas ideales del Estado, como las esferas de su finitud”. Es en el comentario donde se funda la doctrina del Estado como una representación concentrada de la sociedad. “La familia y la sociedad civil —apuntó Marx— se erigen ellas mismas en el Estado”.³⁵

Es sobre esta base que Lenin escribió que “el Estado es la síntesis de la sociedad”. Para el uso del argumento, recapitulemos:

³⁴ Véase Carlos Marx, *Crítica a la filosofía del derecho de Hegel*, Buenos Aires, Ediciones del Signo, 2004.

³⁵ *Ibid.*

si es propia del capitalismo la superioridad del *continuum* coerción económica-coerción ideológica sobre la coerción como tal o represión, esto debe tener consecuencias sobre la forma estatal. ¿Cuáles son ellas? Que el Estado (la parte orgánica de la superestructura general) debe manifestar no sólo la dictadura o dominación de la clase dominante, sino también las contradicciones a ella que sean compatibles con tal dominación, y por tanto también el nivel de poder efectivo que conquista la clase obrera en tanto ello sea compatible con la dominación burguesa.

Decir *síntesis* empero no quiere decir *resultado literal, aritmético*. Entender las afirmaciones del joven Marx como que el Estado moderno sea sólo un resultado o consecuencia lineal de la sociedad civil, significaría que ya se tiene algo —la desaparición del Estado— que Marx consideraba posible sólo después de un largo trayecto civilizatorio. Si el Estado es sólo el resultado de la sociedad civil, entonces no tenemos más nada por qué luchar: se ha producido ya el “marchitamiento del Estado”; porque eso no es otra cosa que la absorción del Estado político en la sociedad civil. Vivimos en Jauja y nos dábamos cuenta. Es cierto: si aceptáramos este absurdísimo criterio, estaríamos omitiendo un problema poderoso, que es la cuestión de la subjetividad del Estado o la voluntad del Estado.

La impresión que uno recoge (y quizá no la mera impresión) de la lectura de aquel texto de Althusser da para pensar que él supone que explotando su “relativa autonomía”, los aparatos ideológicos son verdaderos constructores de ideología, mediante su contradicción o democracia. Y ¿cómo se arreglaría este extraordinario entuerto de cada aparato ideológico generando su propia ideología? Con un *Deus ex machina*:

Si los aparatos ideológicos del Estado “funcionan” masiva y predominantemente a través de la ideología, lo que unifica su diversidad es precisamente tal funcionamiento, en la medida en que la ideología mediante la cual funcionan siempre está unificada de hecho,

a pesar de su diversidad y de sus contradicciones, en la ideología dominante, que es la de la clase dominante.³⁶

Que la ideología dominante es la de la clase dominante, ya lo sabíamos. Lo que nos interesa es saber quién, si no la clase dominante, en el momento unificado de su dominio que es el Estado, produce la ideología dominante que después se adereza con las contradicciones inofensivas que circulan en los que Althusser llama *aparatos ideológicos*.

Althusser, que en general no menciona en su texto este fundamental asunto, confunde en su enumeración lo que es la *mediación real* y lo que son los sujetos o soportes de mediación, terminología que sin duda se toma de Hegel, lo mismo que tanta otra del marxismo.

En el sentido de la mediación real, en efecto, las mediaciones estatales no sólo abarcan a los aparatos mencionados, sino también al Estado mismo: el aparato estatal como tal es un punto de mediación (por eso se dice que el Estado es una relación) y a la vez, esto es una consecuencia, un escenario ideológico. Si Althusser lo quiere, el Estado es también un aparato ideológico de sí mismo; pero ¿qué aparato!

El Estado, sin duda, es un mediador eminente entre las fracciones de la clase dominante; pero no lo es menos que entre todos los sectores de la sociedad. El propio ejército, corazón del aparato represivo, impone mediaciones. Es cierto que se beneficia de la autonomía relativa del Estado para escaparse de la lucha ideológica, al servicio de la religión estatal (la ideología interior del Estado, o sea la ideología necesaria en el aspecto de su interioridad o Estado puro). Pero allá donde dicha autonomía es inferior, como en los países atrasados, el mismo ejército es un escenario ideológico, de la misma forma que los otros mencionados por el profesor Althusser.

Cuando las mediaciones son ineficaces, hay una crisis estatal. Que la familia o la Iglesia o el partido o el sindicato sean momen-

³⁶ Véase Louis Althusser, *Ideología y aparatos ideológicos de Estado*, op. cit.

tos o lugares de mediación no quiere decir para nada que sean en rigor a la vez parte del Estado. Hemos dado toda esta larga vuelta, quizá con no demasiada precisión, para llegar a este punto, a nuestro modo de ver olvidado por Louis Althusser: *que el Estado es un aparato especial*. Que guarde sólo cierta autonomía o desprendimiento con relación a la sociedad no impide su carácter de aparato especial. Que el partido o la familia o la Iglesia o el sindicato sean en su momento prolongaciones o brazos de la voluntad del Estado, puede ocurrir, tanto en su aspecto represivo como (más frecuentemente) en su aspecto ideológico. Pero también pueden ser momentos de negación de la ideología estatal. Es la más bárbara locura pensar que el partido de Lenin fuera un aparato ideológico del Estado zarista.

Porque es cierto que la enumeración de Althusser deja la sensación de que la dominación capitalista se gestara en realidad en el seno de la sociedad civil y que sólo después logra ya, en la economía y la ideología de la sociedad civil (es cierto que bajo la vigilancia de este taumaturgo llamado *ideología dominante*), que se traduzca o resulte en el Estado. Reflexionemos un instante, llegados a este punto. No, no es verdad que el Estado duerma como la sociedad conspira. Todo lo contrario, para volver a San Agustín, cuya cita encabezó este artículo casi por puro capricho: el Estado es aquí lo que era el Señor para el de Ipona: es el que tiene numerados los cabellos de nuestra cabeza.³⁷ El Estado, qué duda podría haber, emite ideología. El flujo ideológico hacia la sociedad civil es una tarea organizada, consciente y sistemática del Estado, ocupado por hombres que tienen conciencia perfecta de que están defendiendo la dominación burguesa. La selección de los mensajes ideológicos y materiales que vienen de la sociedad civil es un trabajo del Estado, del aparato del Estado, si se quiere. De tal manera que el Estado no es un mero resultado (porque una fotografía no es una síntesis), sino un resultado selectivamente aceptado. La dominación burguesa no es un resultado natural

³⁷ Véase San Agustín, “Las confesiones”, en *Obras completas de San Agustín*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, s.f.

del mercado y de los “aparatos ideológicos”, sino el fruto de una actividad consciente que se ejercita desde el Estado, explotando la base material de su poder que está, en efecto, en las relaciones productivas y en la ideología burguesa no destituida.

La fuerza particular del aparato estatal moderno, por tanto, proviene en el capitalismo de un hecho económico-organizativo constituido por un cuerpo de sujetos estatales dotados de aquello que Gramsci llamaba el “espíritu estatal”: es una evaluación consciente y profesional frente a una sociedad calculable. Ésta es la subjetividad del Estado moderno. De tal modo que el Estado no es un mero reflejo, sino que es una voluntad dentro del resultado o reflejo. Esa voluntad no cambiará la colocación de la cordillera de los Andes ni la determinación objetiva de la historia, pero explotará en su favor, lo mismo que el partido proletario, lo que tiene de azar o postergabilidad la historia. ¿De dónde viene, podemos preguntarnos, francamente intrigados, la fuerza de la voluntad de esa burocracia? Esto, a nuestro modesto entender, *es un fruto de la circulación de la plusvalía en la altura de la autonomía de lo político*. Si es una sociedad calculable y también cognoscible (así sea dentro de los límites de la conciencia burguesa), la burocracia tiene, mediante la captación de la plusvalía, en el trance de su circulación, para el hecho Estado, una disponibilidad inmensa de medios que le permiten controlar a la sociedad sin negar sus inclinaciones no antagónicas por medio de los órganos de mediación que son, en efecto, desde los partidos burgueses hasta los medios informativos, la escuela y los sindicatos amarillos.

Actúa la sociedad civil por medio de la democracia burguesa, dando los indicadores del movimiento de las relaciones productivas y las otras relaciones sociales. La burocracia es la memoria estatal y la reacción estatal: reorganiza entonces, conforme a los mensajes dados por el movimiento democrático, sus mediaciones. Pero si la disposición del excedente o la cuota estatal de plusvalía es escasa (lo sabemos demasiado los latinoamericanos), apelará a la dictadura (es decir, a la manifestación dictatorial de la dictadura burguesa en el poder del Estado), aunque con esto contraría la manera digamos natural de la mediación ideológica (o

democrática). Como lo hemos anotado en otras ocasiones, no es una casualidad que las democracias burguesas pertenezcan a los países que son captadores de la mayor parte del excedente mundial. La dictadura, desde luego, es ya el comienzo de la crisis de ese mecanismo, quizás una crisis anterior a la propia maduración o totalización de la sociedad en torno al modo de la producción capitalista. Se habrá perdido el canal de la comprobación estatal, que es la democracia burguesa.

Pero ya no se trata entonces de una mediación objetiva, sino de la traslación de la voluntad del Estado, usando los sujetos de mediación, que deben tener un grado u otro de espíritu estatal, es decir, que deben aceptar e interiorizar como legítima a la ideología dominante.

Por eso la burguesía y sus pensadores producen dos tipos de ideología, y no una sola. También podría expresarse tal cosa diciendo que *producen una ideología con dos cabezas. Es la diferencia, dentro de la ideología necesaria, entre ideología interior a la clase e ideología externa o de emisión*. Debe, por un lado, construir una ideología interior o ideología para sí misma. Esto es fundamental. Si decimos *capitalista colectivo* decimos que la propia ley de la acumulación hace que los individuos puedan entrar y salir de la clase sin que la clase deje de ratificarse *per se*; es en el feudalismo donde la dominación de clase está ligada al estatus de la persona *blood and flesh*. Pero si la erección de burguesía y la expulsión de burguesía son efectivas, jamás como aquí la ideología interior sirve para corroborar su propia reproducción como clase. La clase colectiva admite que sus individuos pasen a ser burgueses o dejen de serlo sin que la clase como tal deje de ser lo que es; debe también, por tanto, educar a su propia estirpe, a los sujetos de la emisión de actos de poder y de ideología en esta suerte de religión de la dominación que es su ideología interior. Ésta es la burguesía garantizando la sobrevivencia política de la burguesía. Es una clase que no se reduce a utilizar las ventajas de una dominación supuestamente definida sólo en el plano de la sociedad civil. Por el contrario, impone su dominación en la sociedad civil y desde fuera de ella, pero no podría hacerlo si no

fuera el amo en particular del Estado y en general de la sociedad civil. En esta época, con todo, no se puede siquiera dominar si no se sabe que se domina; si la reproducción del conjunto de la sociedad no es automática, lo es aún menos la de la burguesía, que debe deducir su ideología de su beneficio, pero que también colige su beneficio de su ideología.

Esto significa que no sólo la burocracia estatal, sino también los propios sujetos de mediación, así como el contorno de una y los otros deben, todos, en un grado u otro, ser conscientes de los fines esenciales de un Estado. Esto es obvio: si, repitiendo, la reproducción no es automática del todo,³⁸ el Estado requiere de soportes que *quieran* sistemáticamente por él. Si esa es la reproducción, *el Estado ha de ser consciente*. Un mediador sindical, por ejemplo, debe representar en alguna medida a los obreros o campesinos, porque si no, dejaría de ser mediador. Debe, a la vez, sin embargo, insertar a los fines del Estado en el corazón de los campesinos u obreros, a los que, sin embargo, representa. Para eso, debe estar bajo control, o sea bajo represión latente o forma administrativa de la represión; pero si él mismo no tuviera a su espíritu inmerso en esto que llamamos *ideología interior del Estado*, puesto que la eficacia de la ideología no es constante, sino que se mueve entre las coyunturas que la intensifican o degradan, traicionaría temprano o tarde al Estado. En una sociedad se están produciendo continuamente tendencias hacia el contragobierno.

Sobra decir que, en tal visión, ha de considerarse además una ideología externa. Es la que hemos llamado *ideología necesaria*, lo cual quiere decir: necesaria para la reproducción en escala ampliada, para los movimientos de reajuste y readecuación que implica la reproducción ampliada. La elaboración de tal ideología, no importa en qué sitio de la sociedad civil se la haya hecho surgir como postulación (porque una cosa es la proposición y otra la sanción ideológica), pertenece siempre al Estado. La emisión

³⁸ Porque sin duda, aun siendo no automática en su cualidad la reproducción capitalista, sin embargo, como toda reproducción, tiene una enorme zona de reproducción automática, porque la vida no puede perecer y se refiere a sí misma en su forma actual.

de la ideología necesaria sí es un monopolio del Estado, porque es el único que sabe qué necesita la sociedad para conservarse.

Con esta larguísima acotación, podemos volver a nuestro punto de partida. Al hacerlo, hemos escrito sobre los movimientos de la ideología correspondiente a una sociedad totalmente burguesa y ya conformada. Se podrían sumar otros razonamientos, quizá más complejos, acerca de los niveles de interpenetración y de impermeabilidad que tienen las fases superestructurales en las formaciones económico-sociales abigarradas, cuando hay varios modos de producción. En ambos casos, lo que se propone es el problema del resabio, pero no situado en el grado productivo, sino en su fase ideológica.

Quizá sea bueno reiterar que suponer que la ideología corresponde en su medida a la base económica trae consigo la discutible noción de que hay una ideología obtenida y compacta para siempre y debajo una base ya trazada y concluida a la vez. Historia inmóvil en la que los fantasmas hacen siempre lo mismo. En realidad, sólo el aparato represivo es efectivamente actual, o correspondiente a la relación de fuerzas entre las clases. Es un papel de la represión, en efecto, conservar esa relación, y no el devenir de tal relación.

En la ideología, en cambio, tenemos que distinguir entre la ideología que está ya en una sociedad y la ideología que el Estado debe producir o emitir para que se conserve aquella relación. Dicho de otro modo: la ideología debe ir por delante de la masa media productiva y corresponde, en cambio, en condiciones normales, sólo al sector de punta de la base económica, porque sólo así puede ser realmente conservadora; de otra manera, lo que conservaría sería el momento más atrasado con relación al sector de punta.

Es por eso que el Estado contiene siempre los objetivos que surgen de los sectores más avanzados de la clase dominante, porque, precisamente, se ocupa de la clase dominante, y no sólo de su ventaja actual. Ta es el aspecto de racionalidad del capitalismo, o sea su juicio, o sea su ideología necesaria, la que corresponde a la rotación próxima de las fuerzas productivas, a la punta dentro de

la que se cumple la ley fundamental de la reproducción ampliada. Pero esto no expresa sino que la necesidad del modo de producción se mezcla de una manera dada con su ideología excedente, es decir, con la carga ideológica precapitalista o correspondiente a una fase previa a la evolución de ese mismo capitalismo.

CUATRO CONCEPTOS DE LA DEMOCRACIA¹

En el desconcierto absoluto o malestar cósmico que produce la multiplicación de los objetos del mundo, los hombres están solos en medio de las cosas que se amplían sin cesar. ¿No es verdad acaso que esto es ya la soledad de la época, la falacia general de su identidad y, en fin, lo que podemos llamar la segunda pérdida del yo?

El conjunto de estos acontecimientos ontológicos desemboca en la cuestión de la democracia, que es la medida de la presencia del hombre, como una entidad activa frente a la vida, en una época cuya señal de esencia es su totalización.

Pues bien, en este trabajo nos interesa describir cuatro movimientos del concepto de la democracia en la interpretación de nuestro tiempo.

1. LA DEMOCRACIA CONSIDERADA COMO MOVIMIENTO GENERAL DE LA ÉPOCA

Consideremos, en primer lugar, el problema de la democracia como movimiento general de la época.

¹ Texto extraído *Bases 1: expresiones del pensamiento marxista boliviano*, México, s.e., 1981, pp. 101-124.

La experiencia —dice Marx— enseña que, para que todas las formas (las formas especiales del dinero) existan, basta con una circulación de mercancías poco desarrollada. No acontece así con el capital. Las condiciones históricas de éste no se dan, ni mucho menos, con la circulación de mercancías y de dinero. El capital sólo surge allí donde el poseedor de medios de producción y de vida encuentra en el mercado al obrero libre como vendedor de fuerza de trabajo, y *esta condición histórica envuelve toda la historia universal*.²

Nos parece que aquí Marx se refiere a la construcción del “estado de separación” o desprendimiento, o sea, al advenimiento del yo en el sentido de que no se reconoce la existencia del individuo antes del capitalismo, o de que sólo en el capitalismo el rudimento del viejo individuo concluye su acto. En otras palabras, se propone aquí el *continuum* que va de la adquisición general de la individualidad que antecede a la subsunción formal (es su “elemento”) y la pérdida particular de la individualidad que ocurre en la subsunción formal.

Que el hombre libre sea el requisito de la supeditación real es ya bastante decisivo. Es algo, no obstante, que no obtendrá su verdadera elocuencia sino cuando se resuelva que tampoco la propia subsunción real es posible sin el *sine qua non* que es el hombre libre. Es por tal concepto que puede escribirse que la fuerza productiva primaria de este momento de la civilización que es el capitalismo es el hombre libre. Es una inferencia infalible hacia el espacio de lo colectivo: el hecho mismo de la libertad, como una compulsión misteriosa y antes desconocida, es una referencia al otro. En consecuencia, no se es libre sino entre hombres libres y, en último término, uno sólo es relativamente libre si la libertad no es un hecho que comprende a todos los hombres del escenario al que uno refiere su existencia.

La propia plusvalía no es sino una forma histórica de excedente que proviene de la fusión entre la libertad comprometida

² Véase Carlos Marx, *El capital (obra completa). Crítica de la economía política*, Madrid, Akal, 2000.

y la socialización productiva. Las consecuencias espirituales de la entrega de la propia independencia por el tiempo pactado serán globales. Tal es el presupuesto de que se trata de “una condición histórica que envuelve toda la historia universal”, porque donde no hay libertad, no habrá propagación; la valorización misma es el paralelo productivo de la ampliación jurídica de la igualdad individual. El hombre ha puesto entonces su medida, que es el valor, al conjunto de las unidades de la materia.

Es en tanto ello que la democracia es el requisito de la existencia de la burguesía, aunque es cierto que ella misma, la burguesía, al promover la acumulación originaria (pues la burguesía es el *sujeto* de la acumulación originaria y no sólo su resultado) está engendrando su propia condición o requisito. Éste es un episodio o dilema que, no obstante, debe ser vinculado con los problemas ideológicos que derivan de la lógica de la fábrica y de la magnitud del valor. ¿Por qué se dice, en efecto, que el valor es una “medida histórico-moral”? Porque no es una cosa dada sino un resultado, o sea, un movimiento. Mientras lo histórico es la separación del momento respecto del devenir no discriminado, lo moral es ya la inserción de lo humano en el tiempo discriminado.

Con esto no queremos decir sino que la magnitud de valor es como *última ratio* la medida del grado en que existe la fuerza productiva primaria del capitalismo que es la libertad obtenida y entregada del individuo ya separado. Luego de ello, no se podrá discutir en consecuencia que la medida en que los hombres son libres y la manera en que intercambian su libertad es la escala de la productividad social.

Habla también ello, como está a la vista, de los grados de la libertad, es decir, la medida en que el hombre es el amo de las cosas. Nadie es libre infinitamente, y ni siquiera lo es en su medida limitada de una manera impune, porque el ego mismo, la independencia, son ingresos a la erosión del vórtice social. Pero el grado de su libertad no es constante, sino que es algo que se gana, que se disputa y se pierde, una medida en movimiento, algo que se disuelve siempre si no se lo conquista de nuevo como por primera vez. Es a partir de estos pródromos que es legítimo

señalar a la democracia como un indicador de las contracciones y extensiones del capital variable. Esto mismo, sin embargo, es algo que debe justificarse.

El primer aspecto de la lógica de la fábrica trata del consumo productivo de la libertad individual, o sea, su abolición productiva. Aquí los hombres no sienten su libertad porque la practican, sino porque la pierden (pérdida de la libertad en los aspectos pactados y por el tiempo pactado). Tal es el aspecto de alienación o pérdida, pero existe también otro, que es el paradigmático. Es, pues, indisputable que la lógica de la fábrica da también lugar para la metamorfosis del obrero libre de la primera circulación en el obrero colectivo del momento productivo. Pues bien, es el obrero colectivo la clave de la conciencia del mundo considerado como lo social. Es el horizonte de visibilidad otorgado por el obrero colectivo la causa final de la existencia de la ciencia social como autoconciencia del modo de producción capitalista.

La conciencia de la libertad (porque la libertad real es la combinación de la disponibilidad y la conciencia, y el salvaje tiene disponibilidad, pero no conciencia) es a la vez la consumación de la libertad y su ampliación. Con todo, el que se ha perdido como individuo no puede aquí recobrase (devolverse) como conciencia sino a partir de la totalización a la que concurre también como un todo. El concepto de masa adquiere en este punto su sentido propio: la libertad como pertinacia de las masas da como resultado una libertad global más amplia que la suma de las libertades de los individuos, cuya individualidad por lo demás no es posible ahora sino en los *locus* de lo no individual.

El reconocimiento es, pues, la segunda función de la lógica de la fábrica, aunque también la más trascendental. Al margen de la concentración, que es un símbolo de la concentración del tiempo histórico por el capitalismo (que es la “capacidad” de la era, su naturaleza y su sello), uno puede ser libre y no saber jamás que lo es. Se colige de ello que la mecánica del acto que llamamos *ser libre* consiste en lo inmediato en el reconocimiento de la libertad del hombre siguiente (pero no como una toma de cuenta sino como un imperativo que ocurre dentro de uno, aunque provocado

por el hombre siguiente). En esta trama, la conciencia de clase no es sino la democracia para nosotros. En ese momento se deja de ser parte y objeto de la democracia de los otros para asumir el momento de la autorreferencia.

La lógica de la fábrica o, si se quiere, lo que Weber llama la “democratización social” es, por otro concepto, lo que demuestra el carácter de la democracia burguesa. O sea: eres libre en la medida que respetes (y quizá sacrifiques) la lógica de la fábrica. En otras palabras, en tanto aceptes como una petición de principio la consecuencia ideológica del núcleo corpóreo que es la supeditación real. No se podría explicar por razón alguna, sin tener en cuenta esto, por qué los hombres no imponen de manera taxativa y sensible el hecho de su mayor número. Es porque la mayoría por sí sola es incapaz de sí misma. Por el contrario, no es sólo que la cantidad no es la ley inmediata del poder, o sea que no toda cantidad produce poder, sino que es en la lógica de la fábrica donde muchos obedecen a muy pocos por propio asenso, donde se cuaja el aprendizaje de la dependencia. Es, entonces, una escuela de subordinación. Para decirlo en otros términos, la democracia (el estado de desprendimiento) está contenida en la dictadura (la lógica de la fábrica). La condición histórica del modo de producción consiste en que la lógica de la fábrica no sea jamás rebasada por la lógica del desprendimiento. De esta manera, la dictadura es ilógica para el capitalismo cuando no contiene y devela democracia, en tanto que la democracia existe sólo en razón de la naturaleza de la dictadura para la que existe. Tal es el carácter clasista de la primera totalización.

¿Qué quiere decir, por lo demás, Marx cuando habla de que el burgués y el proletario se enfrentan como “propietarios privados” de distintas mercancías? No, desde luego, que esto haya sido concebido y originado por los burgueses de carne y hueso, que suelen ser gente bastante más insignificante que el universo al que simbolizan. Es un hecho, con todo, que en el momento objetivo de la aparición de este cosmos social habrá un sector con mejores condiciones de colocación, de avidez y de herencia informativa para la explotación *pro domo sua* (incluso en su patria territorial

específica, Occidente), de esfuerzos que habían venido sin embargo del dolor de la historia entera. Con ello no queremos sostener sino que en el momento del advenimiento del yo, el obrero futuro está practicando un acto *burgués*, por decirlo así, o sea que aquí, puesto que no tiene otro remedio que asentar en el capitalismo su acto de constitución o reconocimiento, se genera la relación de pertenencia con relación al capitalismo, o sea la práctica del espíritu de internidad. Todas las discusiones políticas que tienen algo que ver con los movimientos populares o con la clase obrera llegarán fatalmente a este punto dilemático. *Internidad*, no obstante, no significa *incapacidad de externidad*. Todo lo contrario: es el que pertenece plenamente al capitalismo el que construye su negación, cierto que sin saberlo ni desearlo. El espíritu de la internidad es entonces un requisito de la práctica estratégica de la externidad. Es cierto que sobre ello volveremos cuando nos refiramos a la democracia en cuanto a democracia representativa.

Como conclusión de esta parte de la democracia en cuanto condición de la época diremos todavía que la secuencia consiste en advenimiento del yo, compulsión o ansiedad por la entrega productiva del yo, reconstitución colectiva del yo a partir de la praxis clasista de la fábrica o de la prosecución fábrica-sindical-teoría-partido-poder. Es así, por último, como debemos explicitar la relación entre la ley del valor y la construcción del Estado moderno. En otras palabras, la libertad de la democratización social contiene a la vez la grandeza del capitalismo, capaz de generar masas de individuos nacionales e identificados y la pérdida del capitalismo, porque la socialización de la producción es la preparación de la socialización del poder. El propio fetichismo de la mercancía es una necesidad porque los hombres son iguales. Son iguales, pero todavía no lo saben. Pues todo aquí significa dos cosas, hay un doblez que está en la naturaleza del modo productivo.

2. LA DEMOCRACIA COMO REPRESENTACIÓN

El mismo razonamiento anterior presume que la acepción democrática tiene un tipo de validez en cuanto a la sociedad civil y otro

en cuando al Estado político, aunque ambos tendrán su propia forma de superposición o matriz. Aquí sucede algo semejante al valor en cuanto forma: si los problemas de su simbolización sucesiva y de su manera de aparición son tan importantes, es porque el valor existe en lo previo como el núcleo ancestral de la sociedad. Donde no existe el hueso/valor, no disputamos en formas. Mutatis mutandis, si no existiese la democracia como condición histórica epocal, tampoco nos interesaría su revelación, es decir, la forma democrático-representativa. Una cosa, sin embargo, está dando numen y contexto a la otra. Hay, por cierto, un grado delimitado en que el Estado político puede recibir a la sociedad civil. En general, se diría que nunca la puede recibir del todo. Los problemas de la erupción del Estado civil sobre la sociedad y la determinación de ésta sobre aquél merecen una consideración especial. No obstante ello, podemos decir al menos que, por más armónico y translúcido que sea el aparato-Estado político, la sociedad civil no será capaz de informarlo sino en la medida de su propia autodeterminación democrática.³

Esto parece muy simple, pero no lo es por la fuerza. Ningún sistema, capitalista o socialista, puede evitar en una proporción absoluta la idea de la democracia representativa en tanto que tampoco podrá evitar el carácter de dictadura que es el *concretum* del Estado. Lo que nos interesa, por consiguiente, es la forma del descubrimiento o revelación del poder y, sobre todo, en esta parte, la imputación del origen de poder.

³ Éste es un problema por demás delicado. Aunque el carácter propiamente estatal del Estado (digamos *la ratio* o irresistibilidad) no está dado sino por la soberanía o poder político, y no por la población y el territorio, que son sus otros elementos, es decir, aunque el Estado no es en sí mismo material sino una relación, con todo, hay ciertos síntomas o soportes corpóreos sin los cuales el Estado está inédito. La burocracia y los agentes en general son la corporeidad del Estado. Por la opuesta, aunque por *sociedad civil* se ha definido siempre a las clases sociales y al conjunto de los aspectos materiales de la estructura cuando todavía no han sido inflamados por el flujo estatal, no hay duda de que en su seno (en la sociedad civil) están asentadas las mediaciones. Ahora bien, las mediaciones son como enclaves del poder político en una zona que, en principio, se define como de no poder político, es decir, algo estatal *in partibus* en una parte no estatal.

Es un problema que no puede plantearse sino con relación a la formación económico-social de que se trate. No significa ello sino que la implantación cuantitativa de la representación, su aptitud para expresar el número de la voluntad de los hombres en proporción de poder correspondiente, requiere cierta universalidad en la práctica de la opción política. Tiende éste, como se sabe, a la unidad. En él la unidad es una tendencia estructural y la aceleración de rotación en torno a la unidad, su continuación. El hecho de la nación en el sentido que ahora lo entendemos es la consecuencia de eso y de allí que exista una prosecución entre el mercado interno, el Estado nacional y la democracia.

Un proceso atado al ascenso de la burguesía no es, sin embargo, obra de la burguesía. Ningún hecho social es, en realidad, obra de alguien, pero todos lo son, en cambio, de alguien en la línea de una determinación. Es verdad, por ejemplo, que la burguesía necesitaba en algún grado de la democracia para prevalecer sobre la aristocracia. Lo es mucho más, empero, que la democracia representativa declaraba el llamado del mercado y que, entre ambos, mercado interno y democracia representativa, componen el marco de la nacionalización. En el caso de las formaciones unificadas, por llamarlas de algún modo, no existe mayor problema estructural, como no sea el propiamente político y fenoménico. Esto es, la nacionalización, o sea que el mercado interno completa la homogeneidad y el aparejamiento de los hombres que, por otro lado, no habría sido posible sin la cancelación palmaria de su particularidad en lo previo; la marea descampesinizadora va acompañada del esparcimiento del patrón hegemónico y obliga a los hombres a ser unos idénticos a otros en torno a esta liturgia, que es el núcleo ideológico de la nacionalización. En tal caso, la unificación o nucleamiento favorece palmo a palmo a la generalización democrático-burguesa y no sólo a ella porque, remontándose sobre la difusión de democratización material, puede tener como núcleo decisivo un momento de democracia esencial, es decir, de autodeterminación popular. Los enemigos del apelativo *democracia burguesa* suelen olvidar que su punto

de partida quizá sea el más brillantemente popular: la revolución democrático-burguesa.

El proceso igualitario se refiere por su naturaleza más a los sectores que se llaman nacional-populares de la sociedad civil que a la burguesía. De alguna manera, aunque distorsionado muchas veces por una hegemonía que no es fruto de la autodeterminación, lo nacional-popular está en eso más cerca de la sociedad civil, y la burguesía del Estado, que es su unidad, la forma de unidad que ha logrado obtener. El Estado, en contraparte, nunca es la forma de la unidad de la sociedad, sino la expresión de su diferenciación interna, es decir, la forma de dominar del lado dominante de la diferenciación.

Es cierto que habría que tomar en cuenta otros factores, como el patrón de desdoblamiento de la plusvalía (porque el Estado es receptor nato de plusvalía y el sector estatal de la plusvalía es la medida de la existencia del capitalista colectivo), de la velocidad del ciclo de la rotación (porque éste es el ritmo de la nacionalización una vez concluido al nivel de la infraestructura) y la propia mayor reconducción de la plusvalía hacia las mediaciones (porque eso da la medida de la presencia del Estado en la sociedad y de la sociedad en el finalismo estatal). Lo que interesa en lo inmediato es la imputación de la representación en las sociedades abigarradas, que son el caso opuesto a las descritas antes. Hemos de atender por lo menos a tres momentos: primero, el de la no unificación de la sociedad o, al menos, el diferente valor de la penetración de la unidad en sus sectores, que es a lo que se refiere el abigarramiento. En su extremo, se puede captar aquí un grado de desconexión o no articulación entre los factores, y entonces se habla de un Estado aparente, pues la sociedad civil no es sino una enumeración, no está vinculada entre sí en lo orgánico. Segundo, la no unificación nacional ni clasista de la propia clase dominante, lo que presume una modalidad de circulación de la plusvalía que aspira a retenerla como renta y no como tiempo estatal. En tercer lugar, la aparición de planos de determinación diacrónicos, es decir, que el núcleo de intensidad de la determinación se sitúa de un modo errático según el tiempo estatal. Aquí la sociedad se

mueve de un modo ocasional, como si estuviera totalizada, pero en torno a convocatorias o momentos estructurales ocasionales. Carece por tanto de la continuidad como devenir, que es el complemento de la unificación actual en los países con unificación.

La base misma de la estructura de esta suerte de países está corrompiendo la lógica de la representación que dice que una misma cantidad electoral debe producir siempre un tipo de calidad estatal. Donde los hombres no son iguales o no están comunicados, los resultados que produce su voluntad electiva no son los mismos. De hecho, hay sectores articulados con el mercado del poder y sectores exiliados de la democracia representativa. La topografía misma de la política es heterogénea. En la lucha por el poder se aspira más a la captura de los núcleos de determinación que a la cantidad democrática. En esas circunstancias, ¿cuál sería la plataforma de la democracia representativa? Como decíamos, puede ser un momento de determinación insólita (las circunstancias lo hacen decisivo pero no lo es en lo estructural) o puede ser incluso uno en principio mayoritario pero incapaz de acumular los elementos del poder. El caso típico es la clave victoriosa de la insurrección que pierde el poder porque no conoce la ceremonia en que consiste.⁴ Lo que se conoce como *inestabilidad política de los países atrasados* tiene estos referentes. La propia nominación de los hombres de poder puede no ser otra cosa que la elección entre integrantes distintos (pero no distintos en su adscripción a la naturaleza de clase del poder) de la clase dominante. De cualquier forma, la incapacidad para autorrepresentarse es característica de los pueblos que no se han convertido en naciones.

3. LA DEMOCRACIA COMO PROBLEMA DE LA TEORÍA DEL CONOCIMIENTO

Veamos, por partes, una descripción verticalista de la democracia que es, en cierto modo, la aplicación de la democracia representativa a la democracia como requisito de la época o condición

⁴ Es el caso de Bolivia en 1952. Véase *El poder dual*, México, Siglo XXI, 1974.

histórica universal del capitalismo. Esto es algo enlazado con el problema de la cognoscibilidad de la época o, al menos, con el aspecto de su comprobabilidad superestructural. En otros términos, aquí vamos a considerar la cuestión de la democracia en cuanto problema de la teoría del conocimiento.

En considerable medida es legítimo sostener que la democracia cumple en este orden de cosas, con relación al cómputo o recuento burgués de la sociedad, una función comparable a la que tiene la ley del valor con relación al materialismo histórico. No es que sea algo ligado *in fine* a cada una de las clases, pero las clases tienen, respecto a un punto de exposición o el otro, sus preferencias, sus dificultades o imposibilidades. La situación de poder, el ser dominante, tiene consecuencias en materia de conocimiento de la sociedad. En lo que se refiere a la ciencia social misma, su valor es universal, como en cualquier otra ciencia, pero sin embargo su punto de partida es una colocación u horizonte de clase, y su única utilidad o subsunción en la realidad posible es también una de monopolio clasista. Tras el oscurecimiento de la conciencia burguesa, la ciencia social no podía ser otra cosa que el desarrollo de la perspectiva total (Goethe), considerada como un acto del proletariado. Esto es lo que se aseveraría como el análisis de la sociedad desde el punto de vista de la plusvalía. Digamos entonces que el propio marxismo, en lo que tiene de ciencia, no es sino la comprobación de una *Weltanschauung* a partir de la nuez cognoscitiva que es la plusvalía.

Esto, en lo que se refiere a la prelación o centralidad proletaria. Con todo, la medición coyuntural de la política parece ser cosa muy distinta y, en todo caso, por lo que podemos ver, casi una suerte de privilegio de la burguesía, un don final. Quizá en esto se esté expresando otra vez la infinita productividad de nociones contradictorias e interactuantes que son tan propias de este modo de producción que se disfraza con el sarcasmo de sí mismo.

Se dice, en efecto, que el carácter fundamental del modo de producción se está expresando en el modo de su reproducción.

Pues se basa en un tipo particular de *excedente*,⁵ que es la plusvalía, de ello se sigue la existencia colectiva, subrogable y fáctica (no jurídica) de las clases sociales que la integran. Pues es la destrucción —y aquí no hablamos sino de la lógica clasista y categórica del obrero total—, la continuidad de la expansión de las fuerzas productivas y la medra constante de la materia incorporada, que han de causar también una reorganización permanente de los roles, colocación de clase y perspectivas de los sujetos, que son vectores de los traslados de su compulsión como ciclo económico. Todo esto no es sino lo que se llama *reproducción en escala ampliada* como ley básica del modo de producción capitalista. La agitación eterna de la base económica, o sea, la valorización, que es la impulsión invencible, se constituye en una determinación antinómica pero a la vez impositiva con relación a la superestructura.

Permítase aquí una digresión. El concepto de reproducción en escala ampliada no designa sólo al hecho cuantitativo que es, sin duda, existente. No obstante, es más bien en la calidad de la acumulación, en su interreemplazo interno, en la suplección de sus individuos por otros dentro de la clase general y en la propia composición o cadencia del recorrido de la plusvalía, o sea el nivel de eficacia de los instantes de la circulación, en todo ello, en fin, donde se constituye este tipo de reproducción, fundamento del proceso de totalización, porque allá donde las cosas no se multiplican, las cosas no se totalizan. Los romanos, como es patente, construyeron muchos caminos, y tanto el esclavismo como el feudalismo movieron la frontera agrícola, pero nada de eso desmiente el carácter simple de su reproducción, reproducción que es propia, por lo demás, de todos los modos de producción precapitalistas. La simplicidad de la fuerza productiva, que es la ecuación entre el hombre en su situación y el medio de trabajo, conducía entonces a la reproducción automática; pero eso no ocurre ni podría ocurrir con el capitalismo, donde la reposición debe

⁵ No usamos este término sino en su sentido lato, conveniente por cuanto se refiere a cada caso. Lo que excede se remite a lo que se considera necesario, porción histórica y local.

prepararse (Althusser). Por eso la crisis de aquellos sistemas no puede explicarse por el atajo de la ampliación productiva. Tal es el comentario que podemos hacer a la aseveración tan escueta de que la sociedad se mueve siempre, como se dice en los malos manuales de materialismo histórico. En realidad, lo que no cambia en su cualidad y no sustituye su identidad *no se ha movido* (en un sentido sociológico). Es decir, el movimiento en su comprensión vulgar no alcanza a definir el sentido de los ejes entrecruzados, siempre reemplazados, de la civilización capitalista. A tal hecho nos referimos cuando hablamos de *la multiplicación del mundo*. Es la ampliación sistemática de la producción, pero sobre todo la constante del tiempo histórico como ley de repercusión del capitalismo y de su ápice, que es la crisis revolucionaria o hecatombe superestructural.

La aparición de la burocracia en su sentido moderno es el desenlace clásico de la perplejidad de la burguesía ante la reproducción ampliada y la crisis cíclica. Entre tanto, el fervor ante esta suerte de acontecimientos, que demuestran que la subalternidad no es un *fatum*, se revela en el otro extremo, el de la autosustitución de la clase obrera (resultado tópico del ejército industrial de reserva) con la ideación que los marxistas llamamos *conciencia de clase*. El Estado moderno y la ciencia social son las adquisiciones de estas emboscadas o dificultades de las clases centrales. La composición orgánica del capital o la superpoblación relativa son, por lo tanto, encrucijadas intransferibles frente a las que la sociedad (en sus dos fases, como sociedad que da la forma y como sociedad que la recibe) debe hacer un *stress* de adaptación orgánica. El punto crucial para la exteriorización de este tropismo esencial impelido por el propio peristaltismo de la base económica en su influjo superestructural. Aquí, en el “paraíso”, la democracia es la expresión práctica de la reproducción en escala ampliada.

El aspecto crónico del movimiento reproductivo, en efecto, tiene su enemigo en la construcción superestructural. Es en ella, en la superestructura, donde se manifiesta el puesto agónico del silogismo social capitalista. Es aquí donde la democracia actúa como un método colectivo. Es en la democracia donde la proposi-

ción o hipótesis de la masa encuentra su comprobación consecutiva e inmediata. El punto reiterable está por tanto ensartado en la propia hipótesis real. Las técnicas cuantitativas pueden revelar las modificaciones del modo de producción, pero sólo en el rango de la prognosis, como verosimilitudes medias o, en todo caso, como certeza *ex post*. La política, en cambio, o sea la democracia, que aquí tiene un significado idéntico en absoluto, retiene de inmediato las palpitaciones de los sitios de la sociedad; los mediadores convierten esas contracciones en materia estatal. Para decirlo de otra manera, la democracia oye el ruido del *corpus* social.

Está claro a dónde llegamos en este tercer sentido o índole de lo democrático o, al menos, a dónde queríamos llegar. Aquí la democracia se insinúa como un acto del Estado. Entonces la conciencia del Estado civil, en esta fase gnoseológica, es sólo el objeto de la democracia, pero el sujeto democrático (es un decir) es la clase dominante, o sea su personificación en el Estado racional, que es el burócrata. La democracia funciona por consiguiente como una astucia de la dictadura; es el momento no democrático de la democracia. Sólo un ciego puede no ver esta valencia del concepto.

Pues bien, la legitimidad es la mediación entre la reposición del valor y la distribución de la plusvalía. Es por eso que la coincidencia entre la fase jurídica (la norma consagrada) y la fase de la representación general (la legitimación) debe concluir en la formación del Estado de derecho, o sea la forma racional de dominación. Sostenemos por tanto que la separación entre el Estado político y la sociedad civil es el hecho equivalente, en la política, al fetichismo de la mercancía. Dentro de la mercancía o igualdad está la plusvalía o desigualdad, y dentro de la autonomía del Estado-democracia está la dictadura burguesa. No vamos a escribir aquí acerca de los grados del apartamiento y de fusión que son posibles en el Estado capitalista, sino de su aparición formal más necesaria para la exposición.

Hemos visto el problema de la enormidad y el despotismo de la superestructura. Ella, es verdad, contiene en la mayor parte de sí una causalidad que no es la propia de las leyes de la base econó-

mica. En todo caso, la superestructura es el guardián de la conservación social, en cuanto a su instinto ideológico; en cualquier caso, su soma no pertenece a la fase necesaria o legal de la sociedad, sino a su formación contingente. Es en ella donde se expresa el azar de la historia, es decir, lo combinable con la autonomía de lo político. En otras palabras, el modelo de regularidad del capitalismo comprende a toda la base económica, pero no a toda la superestructura, sino a una sola parte de ella: este momento que se hurta a la manera contingente de la superestructura es el que se ve en el hombre libre como acontecimiento superestructural (ya vimos su valencia productiva). La actuación del hombre libre en la base económica es la plusvalía; la actuación del mismo en la superestructura es la democracia burguesa, pero no hay un hombre para la base y otro para la superestructura. Es el mismo hombre en dos circunstancias que sólo se diferencian por la necesidad del análisis. Ahora bien, el hombre libre es a la vez el movimiento de la valorización y su propia medida, su propia unidad mensural.

La libertad, es claro, existe para el hombre. No obstante, habiendo expropiado ya la naturaleza y la propia acumulación humana. El capital aquí entra a expropiar la propia libertad humana. La libertad, por tanto, se transforma en una suerte de agente confidencial del capital y el hombre libre en algo así como un espía de sí mismo. La lógica de esta expropiación es la siguiente: habiendo hombres libres, no hay manera de recluirlos en el solo momento productivo. La concentración tanto del espacio como del tiempo, el carácter económico e ideológico, y sólo por excepción personal y extraeconómico, de la coerción en el capitalismo, la lucha por el módulo histórico-moral de la sustancia de la sociedad que es el valor (la sustancia social por antonomasia), lo lanzarán temprano o tarde a practicar la misma condición ideal del acto productivo en el plano de la política, lo constituirán en un sujeto democrático en la escena de la construcción de la ideología. Tal es el rol levantado del trabajador productivo clásico en el trazo del curso histórico-ideológico. Es un hombre que será eternamente libre, aunque la libertad lo atormente como una pesadilla. Ya es tarde para decidir si quiere serlo o no.

Estamos en la política ex principio intrínseco. Eso dice que la política existirá siempre, con la legalidad (en el sentido democrático representativo) o sin ella. La política, dentro de ello, sin embargo, es ya la democracia libremente revelada, es decir, la sociedad ya descodificada, no críptica. Dicho de otro modo, la visibilidad de la coyuntura, que es el interés primero de la dominación burguesa, está condicionada a la separación de la sociedad y el Estado, aspecto que ahora mencionamos en otra connotación. La lectura o el reconocimiento, la detección, el recuento y la confutación de la recomposición perseverante, jamás ultimada de la sociedad civil en el capitalismo, son trabajos que están a cargo del *caucus* estatal que sólo de esta manera se adecua a su naturaleza, a causa final de clase. Por consiguiente, aunque no es del todo falso decir que en la reproducción del capitalismo, el Estado tiene una condición sin embargo no capitalista (Althusser) porque es verdad que el Estado capitalista tiene reminiscencias o memorias precapitalistas, como la represión, o sea la violencia como coerción física, al menos en su crisis, en su acumulación y atraso, con todo, no se puede derivar de ello el carácter no capitalista del Estado capitalista: su función esencial es la condensación de la ansiedad de la base en términos estatalmente utilizables para la reproducción.

Volvamos, sin embargo, por un instante, sobre el valor de la democracia para el Estado “separado”. Donde la sociedad civil se mueve, el Estado político se ratifica. La superestructura en general, hablemos en sus aspectos ideales como el derecho (la actitud tética) y la ideología, los soportes (el ejército, los funcionarios, etc.), está para la conservación, la tradicionalidad y la ratificación de las cosas, y no para su desplazamiento, menos para su inversión. Sin la ideología del Estado (la ideología en cuanto emisión) y sin la conciencia del Estado (la soberanía), no hay separación. Los argumentos subjetivos de este tipo son una previdencia. Sin separación, la lectura de la materia entregada por la sociedad civil es conjeturable. Finalmente, el Estado es ciego. En vez de conocer e internalizarse en la sociedad, de hacerse dueño y parte de ella como en el amor, se inclina a la pompa secular de

su aparición, que es la violencia legítima. Contra esto lucha con un género de impaciencia moral la burocracia, es decir, la carnalización del desprendimiento del Estado o capitalista colectivo. En ella se produce la contradicción de que, sin pertenecer a ella, es sin embargo la conciencia histórica de la clase dominante. Esta falacia de imbuir la esencia de una clase sin ser miembro de ella sólo era posible a partir de la separación de Estado y sociedad.

Es aquí donde aparece el argumento de la mediación. Ésta consiste en la aptitud de convertir las reacciones o mensajes, a menudo frágiles, que se producen en el llano de la sociedad en un lenguaje político asimilable para el *telos* clasista del Estado. Evadimos aquí la situación y la mencionada en la que el Estado, de escueta fundación y mínimo excedente, es tan incompleto como formulación estatal misma que su rol no consiste en ser el interlocutor estructural de la sociedad sino que el mismo se exterioriza como un elemento particular dentro de ella, es decir, como parte de las partes. En los hechos, la estructura de mediación (hablemos por ejemplo de que el parlamento o los partidos no insurreccionales o los sindicatos economicistas o los mediadores mismos *in corpore* son espacios de la *hybris* estatal, que es abundante). El Estado no puede creer en nada por encima de sí mismo, porque en esto consiste la irresistibilidad que es su carácter; pero eso no vale con la misma intensidad para el mediador. Éste no necesita tener una fe tan perfecta en el dogma estatal y debe contradecirlo, aunque es cierto que sólo lo suficiente para perfeccionarlo en su dominación. Es entonces el agente de la coyuntura y algo como el recaudador político del movimiento; el mediador es una mezcla entre el funcionario y el jefe social. Si la sociedad civil nacionaliza a los mediadores, es que ha llegado la hora de la crisis nacional general porque ellos ahora no creen más en el Estado y han comenzado o a creer en sí mismos o en el mito revolucionario. Es correcto decir, por tanto, que todo dirigente es un mediador hasta que no se convierte en un amotinado.

Por lo demás, no sólo se trata de que la superestructura tiende a no entender la subitaneidad permanente del magma social; en su otro extremo, es cierto también que el Estado no abarca más

que el ámbito en que existió en el momento constitutivo, o sea que es excepcional que el Estado político tenga la misma extensión que su ámbito espacial. En último término, esto depende (la validez afectiva) del grado en que se ha liberado de la costumbre ancestral que consiste en el acatamiento por el miedo a lo no resistible, aunque sin la pertenencia. *Obedéceme, aunque no creas lo mismo que yo*, tal es el apotegma precapitalista típico. La democracia, por tanto, se convierte en un elemento perentorio para la dictadura de la clase o razón de Estado, pero esto último es también el límite de la democracia. Lo inapelable es que cuando la dictadura, o sea la soberanía o la razón de Estado, no puede evitar que el descubrimiento o aparición sea también dictatorial, entonces estamos ante una mengua radical del óptimo. Éste es el caso de los Estados capitalistas atrasados.

4. LA DEMOCRACIA COMO AUTODETERMINACIÓN DE LAS MASAS

La democracia entendida como autodeterminación de las masas viene a ser el *desideratum* de este discurso. La historia de las masas es siempre una historia que se hace contra el Estado, de suerte que aquí hablamos de *estructuras de rebelión* y no de *formas de pertenencia*. Todo Estado en último término niega a la masa, aunque lo exprese o la quiera expresar, porque quiere insistir en su ser, que es el de ser Estado, es decir, la *forma sustancial* de la materia social. Por consiguiente, tenemos aquí un significado de la cuestión democrática que se coloca en la antípoda de la democracia en su función gnoseológica. Se puede decir que aquí se reemplaza la democracia *para la clase dominante* por la *democracia para sí misma*.

Para empezar por el principio, es necesario responder a la demanda sobre el criterio de *masa*. No entendemos por esto, por masa, un sinónimo de *mayoría*, pues eso nos haría desembocar inmediatamente en el concepto democrático representativo. El apelativo de masa se dirige de hecho a la calidad de la masa (a la

manera de lo que decía Marx de la “fuerza de masa” como fuerza productiva) y no a una mera agregación.

Por masa se tendrá por eso una suerte de polarización. La masa es la sociedad civil en acción, o sea, un estado patético, sentimental y épico de la unificación. Pero ¿qué parte de la sociedad? Un marxista dirá inmediatamente que tiene sus razones para elegir la autodeterminación del proletariado en el seno de la autodeterminación de la masa. Esto vale, sin embargo, para ciertas sociedades, ya proletariadas, y para ciertos proletariados. Lo que interesa es que incluso un número no demasiado grande de hombres, con sentido de la concentración y algún grado de temeridad táctica, puede expresar tendencias que están escondidas en el “sueño” de la sociedad. Es cierto por eso que, por muchos conceptos, la masa representa a la masa. Una parte de ella quiere (querer, equivale a “querer” de modo estatal, a voluntad de poder) en nombre de otra o, de alguna manera, manifiesta lo que la otra contiene y no conoce aún. Quiere decirse con esto que el acto de autodeterminación es un acto revolucionario y no un acto legal, de ninguna manera algo precedido por un escrutinio sino por lo que se llama “mayoría de efecto estatal”, lo cual puede venir del número de la masa o de su colocación más neurálgica o de la eficacia aguda de la determinación que produce. Lo que importa es que su acto contiene la inclinación general. Se deduce de ello que es un concepto localizado sobre todo en la fase de la táctica. Aun diría, la masa es a la táctica lo que la clase a la estrategia. De otro modo, cualquiera que sea la extensión de la masa, lo que importa es la recepción de su *llamado* de masa. Incluso si su pronunciamiento está compuesto por actos conscientes, la verdad de la autodeterminación debe estar dada siempre por un grado importante de espontaneidad y creatividad de masa. Éste es el verdadero *pathos* de la historia, y sin duda no es algo que esté vinculado de manera exclusiva al capitalismo. La autodeterminación de la masa, para decirlo del modo más rotundo, es lo único que puede sellar la definición del momento de fluidez de la superestructura. Si la democracia como conocimiento es un método de la burguesía, tenemos aquí ya un método de la sociedad civil.

Deseamos proponer algunas variables para ejemplificar esta posibilidad. Distingamos, *v. gr.*, los siguientes momentos conspícuos:

1. Momento de la fusión Estado-sociedad por atraso del óptimo, o sea que aquí el soberano es al mismo tiempo el hombre de carne y hueso de la clase dominante. Domina una vez en la sociedad civil, y la segunda, él mismo *in persona*, en el Estado.
2. Separación relativa clásica del capitalismo que obedece a la lógica de la valorización. El Estado sirve a los fines estratégicos de la clase en su conjunto, pero la niega en su particularidad.
3. Desprendimiento falso entre Estado y sociedad, como ocurre en el Estado aparente donde en realidad se llama *Estado*, por nominalismo, a una fracción; en realidad, el germen estatal está todavía sumido en la sociedad civil.
4. Segunda fusión, o sea disolución del *factum* estatal en la sociedad civil.

Si consideramos estas ecuaciones, que pueden ser más, la combinación entre los conceptos de la democracia nos propone algunas aporías. Vamos a examinar algunas.

Por ejemplo, una ecuación entre un Estado civil avanzado y un débil instinto de autodeterminación en la sociedad. Es el calaje típico de una clase política ilustrada. Aquí el Estado político está dispuesto a llevar hasta su ultimidad el principio democrático representativo. Puede, con todo, encontrarse con dos obstáculos. Por ejemplo, si la democratización social no existe. Segundo, si ella existe pero, no obstante, no es todavía uniforme. Aquí la función del conocimiento no puede ser ejercitada porque la cantidad de los votos no expresa su calidad. Tenemos entonces una relación antiética entre momentos que sin embargo son ambos democráticos. Se advierte con claridad hasta qué punto una fase de la democracia otorga o niega las condiciones de la otra. En este ejemplo, la idea igualitaria no es orgánica en las masas porque se debe distinguir entre la libertad como derecho, la libertad como dato asumido y la libertad como práctica. En otras palabras, el

derecho debe convertirse en un prejuicio y el prejuicio en un acto y, si se quiere, el acto en un hábito. La pobreza del hábito democrático inutiliza incluso la propia existencia de la democracia representativa. Rousseau se refería a eso cuando escribió que “el pueblo inglés es libre sólo en el momento de depositar su voto”.

Es claro que el propio uso representativo es una escuela conveniente para la institución del modo de ser del hombre libre. La verdadera escuela del hombre libre, con todo, es el acto de masa, y el principio de la autodeterminación define la manera en que ocurren todos los otros conceptos de la democracia. Con esto quizá podamos llegar a cierta conclusión de este largo *excursus*. Se deriva de él que la democracia representativa no es sólo deseable, sino que es la forma necesaria de toda integración racional del poder. Es, además el hábitat natural de la autodeterminación democrática, aunque los recaudos son notorios en sentido de que ni la democracia representativa es en todos los casos la vía única de la autodeterminación ni su existencia puede hacer oídos sordos a la problemática de la democratización social. Hemos visto también en qué condiciones puede operar la democracia como técnica estatal, o sea como punto gnoseológico de la sociedad. En tanto que es un *élan* propio de todas las épocas, *la autodeterminación de la masa*, sin embargo, *es el principio de la historia del mundo*. Consideramos por eso que es el núcleo de la cuestión democrática. Si es verdad que es un oficio del hombre disputar sobre las proposiciones del mundo, la autodeterminación es ya la aplicación de ese ademán por parte de la masa. Es en ese sentido que *lo que tiene el hombre de humano es lo que tiene de democrático*, porque está controvirtiendo todo lo que existe.

Este aspecto de la nobleza de la masa tiene, sin embargo, su propia desdicha. Quizá por eso Marx escribió alguna vez que la historia avanza por su lado malo. Un pueblo, por decir un caso, se remite siempre al momento de su constitución, es decir, a su *momento originario*, lo cual no se debe confundir con el momento constitutivo del Estado. En este sentido, todo acto fundacional tiene un *requisito* de masa. No obstante ello, ¿por qué hay pueblos que fundan su mito en el orden y pueblos que lo fundan en

la masa y su autodeterminación? ¿Acaso no es verdad que hay aquí una suerte de *temperamento* de los pueblos?

El principio de autodeterminación de la masa está hablando del aspecto de la grandeza de la especie. No se necesita repetirlo: el hombre no acepta la proposición de lo externo, o sea su inercia, sino cuando ha intervenido en ello. Pero el acto de la autodeterminación como momento constitutivo lleva en su seno al menos dos tareas. Hay, en efecto, una fundación del poder, que es la irresistibilidad convertida en *pavor* incorporado; hay, por otro lado, la fundación de la libertad, es decir, la implantación de la autodeterminación como una costumbre cotidiana. Es aquí donde la masa enseña el aspecto crítico de su propia grandeza.

Puede ocurrir, para referirnos a algo más concreto, si hablamos de lo nacional-popular, que lo popular no sea todavía lo nacional, o sea, que la nacionalización no se haya cumplido. Aquí salta la importancia de la democratización social. Con todo, por otro lado, la nacionalización ocurre siempre bajo un signo. Es muy distinta una nacionalización que ocurre bajo el llamado popular democrático, como en Francia, que una que ocurre bajo la convocatoria de la clase dominante en lo previo, como en Alemania. Alemania parece el ejemplo flagrante de una nacionalización reaccionaria. Alemania misma nos demuestra que puede haber *grandes actos reaccionarios de masas*.

Esto no significa que la autodeterminación de la masa es lo que da un sentido al resto de las acepciones sobre democracia. Sin embargo, *no comporta una tendencia progresista por sí misma*. En realidad, la sociedad civil concurre al momento determinativo con todo lo que es. Es en la lucha entre los aspectos de lo que lleva donde se define qué es lo que será. La sociedad civil, por tanto, es portadora tanto de tradiciones democráticas como de tradiciones no democráticas, y a veces es portadora de tradiciones no democráticas incluso en un acto de autodeterminación, es decir, en un instante democrático. En su “carga” está lo racional de su hábito y sus irracionalidades, su juicio y su prejuicio. ¿Cómo podría, por ejemplo, un pueblo como el peruano o el boliviano llegar a su autodeterminación sin considerar que la servidumbre

está en medio de la tradición popular? El antisemitismo, por otro lado, era una auténtica tradición popular alemana. En la crisis de los treinta, el pueblo alemán se autodeterminó eligiendo a su lado reaccionario. Es pues la lucha política, porque la política es el lugar donde se funden las hipótesis teóricas y la factualidad de la determinación de la masa, lo que define la forma de explotación del momento constitutivo.

III. BOLIVIA

EL PROLETARIADO MINERO EN BOLIVIA¹

INTRODUCCIÓN

El grupo humano que interesa estudiar en este trabajo es el de los mineros bolivianos, grupo que constituye sin duda, por su decisiva colocación en un sector básico de la producción boliviana, como es la minería, por el tipo de su actuación grupal (fruto a su turno de su considerable homogeneidad) y por sus particularidades como tipo de clase obrera misma, el sector más interesante entre todos los del proletariado boliviano.

Es imposible, sin embargo, estudiar este sector como sector mismo o sector en sí mismo, es decir, sólo en su contorno aislado. Su origen lo hace arrancar de otras clases sociales y es, en este sentido, un desprendimiento; pero, además, se define con relación a otras clases sociales y, por otra parte, en ningún caso como en éste el fenómeno de irradiación de clase o aculturación de clase cobra una trascendencia tan grande y tan tangible.

¹ Texto extraído de *Revista Mexicana de Sociología*, año XI, vol. XV, N° 2, México, 1978, pp. 517-559. Este texto fue presentado originalmente en el Seminario sobre Sindicalismo y Desarrollo Económico realizado en San Carlos de Bariloche (Argentina), con el auspicio del Instituto Internacional de Estudios Laborales (IIEI-Ginebra) y la hospitalidad de la Fundación Bariloche, en diciembre de 1974.

Un estudio tal, tanto por las disponibilidades de tiempo como por la imposibilidad de hacer investigaciones de campo, no puede sino detenerse en su fase descriptiva, pero ya los elementos de juicio que surgen de los hechos más notorios ofrecen un cuadro de referencias revelador. En este caso, prescindimos de las fases de formación de la clase, es decir, de su pertinencia histórico-cronológica, y nos atendemos a sus resultados históricos más relevantes. Con todo, algunos son en sí mismos atractivos. Después de todo, la tradición de la minería en Bolivia es anterior a los mismos españoles y, sin duda, en la explotación de la plata, dejando atrás la mita colonial, creó a su turno alguna forma de proletariado, especialmente en el último tercio del siglo XIX. No hay noticias organizadas acerca de presencia social de dichos núcleos de trabajadores, y no se puede saber bien por qué los nuevos mineros, los que estudiamos, que son los de la minería del siglo XX, principalmente la del estaño, se desentienen de toda esa presunta tradición y formulan su modalidad de clase en términos totalmente diferentes. Eso mismo, empero, no es lo resolutorio de la cuestión. En los hechos, la minería del estaño crea un núcleo pequeño pero bien perfilado. Desde su constitución, en los principios del siglo XX, hasta su aparición orgánica en la política, en la década de los cuarenta, hasta el momento en que prácticamente “produce” la revolución democrática de 1952, hay un largo trecho. Pero, para decirlo en términos sencillos, es en torno a la resistencia y la rebelión del proletariado minero que se reconstituye la sociedad boliviana en su conjunto.

Cómo esta clase logra su propia unidad interna y después cómo unifica tras de sí a todo el proletariado del país, arrastrando además al campesinado y a grandes porciones de la pequeña burguesía urbana, cómo impide el éxito de los propios mecanismos de mediatización del Estado al que da lugar y cómo en determinado momento está ya en condiciones de lanzar su propio proyecto estatal, cuáles son los resortes ideológicos con los que se impulsan estas tareas, tales son algunas de las cuestiones que tratamos de esbozar en estos apuntes.

Es cierto que un trabajo empírico de todos estos problemas podría ofrecernos matices de los hechos o explicaciones a zonas no descubiertas de los hechos; pero la aparición misma de la clase en su fenómeno histórico es algo que ninguna comprobación empírica podría desmentir. Las clases no están siempre a la luz de la misma manera y en todos los momentos; durante largas etapas parecen replegadas, desconocidas, enterradas. Por otra parte, cuando hablamos de *conocimiento o estudio de la clase* hablamos, en primer lugar, del *conocimiento de la clase por sí misma*. De aquí proviene la importancia del estudio de la gran crisis política de 1952 para saber de dónde vino el proletariado, en qué consistía, qué podía y qué no podría. Éste es el método que se ha usado en Bolivia para estudiar este asunto, y tiene una implicación más general.

En efecto, el obstáculo sistemático de una sociedad atrasada radica en un momento esencial: su propio conjunto de determinaciones la hace incapaz de volver sobre sí misma, las propias evasiones y fragmentaciones cognoscitivas aquí son como una prolongación del desconocimiento de esas determinaciones, las compensaciones son el principio y el fin de todos sus modos de conciencia y, en general, se puede decir que es una sociedad que carece de capacidad de autoconocimiento, que no tiene los datos más pobres de base como para describirse. Con relación a su propio ojo teórico, esta sociedad se vuelve un noúmeno.

Puesto que los fenómenos sociales no se muestran sino como objetos erráticos de un sujeto que o no está ahí o no sabe que le pertenece el papel de sujeto para construir esa unidad de acción que es la confusión sujeto-objeto, puesto que los hechos no son representables ni delimitables y que, por consiguiente, no se puede elaborar el *continuum* concreto / representación abstracta / concreto de pensamiento que Marx definió como su método sociológico, todo conduce aquí, por consiguiente, a que lo que se pueda producir de inteligencia social se entregue a la construcción de un movimiento voluntarista. La colocación misma del sujeto sociológico intelectual está dada de un modo que está

hecho no para conocer sino para no conocer, y hasta su propia actividad no es sino una acentuación de la distorsión general. No en balde, en la historia de las ideas sociales latinoamericanas, sus momentos más lúcidos son aquellos en los que su inteligencia se subleva contra el vasallaje consagrado de las ideas europeas, en un arranque autónomo que sería bárbaro si no conllevara el supuesto de que la importancia de tales supuestos que se proclamaban universales, como toda idea ocasional en el decurso del país central, acumulaban las imposibilidades de autoconocimiento y retorcián aún más los márgenes del propio razonamiento local.

A estas alturas es totalmente obvio que la principal contribución sociológica del movimiento obrero boliviano es el estudio de la *crisis nacional general* como método de conocimiento de una formación económico-social atrasada. Es seguro que los ideólogos de la clase obrera de ese momento, es decir, los portadores de la fusión entre la colocación estructural de la clase y su instante de revelación, tenían ya adquirido el concepto de que el marxismo como tal se refiere al análisis de las situaciones concretas; pero, por cierto, es difícil que conocieran o tuvieran en mente (conocimiento actual) lo que es el análisis de la totalidad a partir de la intensificación analítica del “nudo principal de una situación”, es decir, de su aislamiento como categoría sintética de conocimiento de la totalidad social. Fue el movimiento de la formación económico-social lo que *pidió* el uso de su método, que no estaba conscientemente insertado en nadie.

Ahora bien, la crisis es a la vez el desgarramiento y la universalidad. Las clases inertes o receptoras se escinden aquí de la unidad autoritaria, la sociedad se hunde hasta el tope mismo de sus relaciones de producción presentadas de una manera atrozmente desnuda a partir del hundimiento de su superestructura y, por consiguiente, la crisis alcanza a la universalidad de los sujetos del ámbito de la crisis, es decir, a todo el alcance político-práctico de la sociedad, y no solamente a los grupos integrados a los indicadores por cierto volátiles que se usan comúnmente para medir la participación. Lo mismo que los individuos con relación a su

acontecimiento culminante, que es su muerte natural, hecho tan flagrante frente al cual no pueden ser sino lo que son, las sociedades no asisten a su detraimiento como fases sino como lo que realmente son, y aquí se olvida su circunstancia de poder, la verticalidad de sus mitos, la inercia de su autoridad. Lo único que actúa es la fuerza material de sus clases, estén o no contenidas en la expresión política de su estatuto previo. Lo que aparece es la desnudez de las clases y no la mediatización de las clases (la crisis es la crisis de la mediación). Las clases, pues, aprenden las dimensiones de su poder y la eficiencia de su poder no *desde* los análisis previos, que son todos incompletos o presuntivos o totalmente inexistentes, como consecuencia de aquellos límites cognoscitivos de este tipo de sociedades en el momento de su quietud, sino a partir de su práctica; aquello que pueden y aquello que no pueden es lo que son. Aislamos la crisis y a partir de esta condensación o examen pragmático podemos recién evaluar, en lo que es una nueva aplicación de la inversión del método histórico que consiste en la categoría de la serie temporal, también presente ya en Marx, el recorrido previo de las clases y la caracterización de los modos de producción que entran en situación de catástrofe; es decir, sólo lo posterior explica y contiene a lo anterior. La crisis, por tanto, es el movimiento de estas sociedades y quizá de las sociedades en general. De aquí se derivan las cuestiones del momento del conocimiento social, es decir, de la súbita capacitación del sujeto, que es la clase, para conocer lo que antes le estaba vedado, de la presentación “llena” de la sociedad, que antes no se presentaba sino en su parte legalmente aceptada, pero que sólo ahora se presenta como todo su número y, por último, la crisis como escuela, porque sólo la clase que se ha preparado puede en ese momento conocer lo que le ocurre. De otra manera, como es el caso, el conocimiento será posterior a la perspectiva objetiva del poder. Y como el poder es, en último término, la unidad entre la posibilidad objetiva y la conciencia subjetiva de esa perspectiva, por tanto la crisis se convierte en una escuela. La clase ha avanzado mucho, pero ha perdido la ocasión.

Tomamos, pues, como punto de referencia la crisis nacional general que se produce en Bolivia en torno a la insurrección popular del 9 de abril de 1952.

En ese momento se reconstituyen las clases, cada una de ellas según el carácter de su necesidad, se reformula la totalidad del poder del país y se lo concentra en una medida en que no tiene antecedentes en toda la vida republicana. Se está entonces ante una página en blanco. Como no hay ejército, por ejemplo, se puede decidir si debe o no existir uno, y cuál es la forma que debe adoptar. Pues las influencias regionales clásicas no pesan en el nuevo poder, se puede resolver dónde se intensifican los esfuerzos de inversión para el desarrollo de la economía, etcétera. Configura todo ello un momento de *disponibilidad general*, pero ello condicionado por dos aspectos o núcleos de atención en el análisis, que no pueden ser borrados:

- Primero, que la propia dispersión o aniquilación o esfueminación del bloque previo de poder, que es algo distinto de un mero desplazamiento o ampliación, no implica por fuerza la sustitución del tipo de Estado existente, o sea que la continuidad de un mismo proceso capitalista puede contener varias revoluciones burguesas y no una sola, o sea que una nueva clase burguesa destruye y sustituye a la otra, con lo que se cumple el requisito del carácter revolucionario, que está además confirmado por su tipo de alianzas, lo cual es posible, por otra parte, debido a la modalidad regresiva del bloque anterior, que impide la unificación de la burguesía en el seno del Estado.
- En segundo lugar, que el tipo de pugnacidad que se instala en el seno de la revolución burguesa triunfante —no solamente entre las clases del pacto revolucionario, sino aun en su extensión hacia las contradicciones dentro del núcleo, que no tarda en hacerse monopolístico, del nuevo aparato estatal, germen de la burocracia—, resultan decisivas para señalar la manera de todo el desarrollo ulterior del proceso.

En todo caso, con lo que esto tiene de necesariamente provisional, es por estas razones que estudiar las actuales tendencias clasistas que se dan en Bolivia es algo que debe hacerse a partir de ese momento. La desigualdad básica del desarrollo ideológico es algo que conviene tener en cuenta. Aunque el horizonte de visibilidad está dado por el año 1952, sin embargo lo que entonces no aparecía sino como un matiz, puede verse ya en forma, es decir, con cuerpo bien delineado, en 1974, así como lo que pudiera parecer una adquisición invulnerable de ese momento, la libertad de las clases en el seno del Estado democrático, por ejemplo, puede extinguirse, y hasta la propia clase, a la vez que acumula sus formas de conciencia, puede *recordar* un momento de su atraso, etcétera. Se requiere, pues, una estimación sintética o estructural del proceso, que no puede servir a secas a la línea de la sucesión cronológica y que en cambio ha de optar por el aislamiento de coyunturas para la obtención de categorías de desarrollo.

LA CARGA IDEOLÓGICA (MNR)

En los acontecimientos de 1952 sin duda es ya la clase obrera el actor principal. Pero es el actor principal a través del Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) y en medio del MNR. Esto es lo que va a explicar su inicial facilidad en el pacto con las otras clases del movimiento democrático (como el campesinado) y su posterior obstáculo o divorcio de ellas. Es algo que tiene también un origen histórico. El MNR demuestra ser el más eficaz de los partidos que postulaban, en el comienzo de los cuarenta, la revolución democrática. Su eficacia se demostró precisamente en su doble capacidad de pactar a la vez con los sectores nacionalistas del ejército y con la clase obrera. La incorporación de la clase obrera al MNR se produjo como consecuencia de la denuncia que hizo el MNR, a través de sus parlamentarios y de su prensa, de la masacre de Catavi, en 1941. Hasta entonces los movimientos reivindicacionistas de las minas siempre habían terminado en el aislamiento y la represión focalizada, sin una verdadera repercusión en la política nacional como tal. En los hechos, sin embargo,

la masacre de Catavi de 1941, a pesar de los esfuerzos norteamericanos por sostener a Peñaranda, decretó la caída de ese régimen, y eso demuestra que el acontecimiento minero había cobrado ya una envergadura nacional. El gobierno de Villarroel fue el resultado de ese pacto, y fue durante él (1944) que se constituiría la Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia (FSTMB), que es hasta hoy el principal organismo sindical del país.

Después del derrocamiento de Villarroel, es algo ya muy evidente que el proletariado es el corazón del movimiento democrático. Toda la resistencia al régimen oligárquico, que dura de 1946 a 1952, gira en torno a la clase obrera. Desde el ciclo de huelgas de 1947 hasta la actuación armada de los mineros en Catavi y Potosí, en la guerra civil de 1949, el intento de insurrección en Villa Victoria, en La Paz, en 1950, y la propia insurrección de 1952, todo girará en torno a la clase obrera. Sin embargo, y a pesar de que los mineros aprobaron documentos tan independientes como la Tesis de Pulacayo, es notorio que consideraban al MNR como su partido, que lo que hacían lo efectuaban a través de él y que, en suma, aún no tenían intereses diferenciados con relación a la revolución democrática como conjunto. Por eso es importante ver cuál fue el contenido del MNR o, mejor dicho, su carga ideológica:

1. Es un partido formado, en lo básico, en torno a la crítica contra la oligarquía de empresarios mineros y terratenientes, crítica hecha desde los sectores de la pequeña burguesía urbana, en principio. Como es un país en el que el bloque oligárquico, *la rosca*, gobierna directamente por medio de sus funcionarios y no mediante los funcionarios del Estado, la crítica a la oligarquía se convierte de inmediato en crítica contra el Estado, contra el sistema estatal en su conjunto. Es decir, la crítica empírica contra la clase dominante se vuelca a la crítica genérica contra el Estado. La pequeña burguesía, o burguesía potencial, pugnaba en ese momento por la ampliación burguesa, por la expansión de la clase dominante, pero se daba cuenta muy temprano de que tal cosa no era posible sin la destrucción de la clase dominante. No se puede hacer crítica de clase a la clase dominante sin el reconocimiento

derivado de las clases dominadas y, por consiguiente, la construcción de la alianza con los demás sectores oprimidos, que le sirven de catapulta, coincide con la transformación del proletariado en *clase política* en la década de los cuarenta y del campesinado en la de los cincuenta. La crítica a la oligarquía convocaba de facto a una democratización del sistema político.

2. La destrucción del aparato ideológico del Estado oligárquico. Esto arranca del correlato nacionalismo-indigenismo. El pacto entre el MNR, cuyo programa tenía un violento sentido xenófobo y que hablaba de fundarse en la raza mestiza, con la liga militar Radepa (Razón de Patria), tenía este contenido. Se trataba de un llamamiento de corte plebeísta, adecuado al tipo de movilización que se proponía el movimiento.

En el gobierno de Villarroel se actualizó, como decisión de gobierno, la polémica Tamayo-Arguedas, que databa de 1910, y que a su turno provenía de la más antigua entre Rafael Bustillo y Juan Bautista Alberdi. Se editó el libro de Tamayo *La creación de la pedagogía nacional*, que se convirtió en una suerte de evangelio de los militares nacionalistas. Es una tesis racial-indigenista, es decir, la raza vista como motivación por el sector oprimido más extenso del país, pero la fuerza formidable que tenía el planteamiento en lo intelectual, en un país con un contenido indígena tan vigoroso como Bolivia, no podía sino alcanzar un gran reclutamiento.

Esto pertenece, como es natural, a lo que se puede llamar el *aparato mítico de la movilización democrática* en su momento más atrasado, pero tratar de encontrar en la *Creación de la pedagogía nacional* una explicación científica del proceso democrático sería tan absurdo como intentar explicar la unidad alemana a partir de los *Discursos a la nación alemana* de Fichte, aunque posiblemente ni 1952 ni la unidad alemana habrían sido posibles sin esta suerte de convocatorias irracionalistas y eficaces. Por lo demás, cumplen una función parecida a las discusiones sobre la religión que Engels describe como una traducción esotérica de más auténticas exigencias revolucionarias en el campo político, en la primera época de la izquierda alemana. Los bolivianos de ese tiempo discutían como raza lo que en realidad pensaban como clase, y este

tipo de incentivos patetizantes era imprescindible para llegar al tiempo en que ya no fueran necesarios. Después de 1952, la consignación racial ya había quedado atrás. A ellos les parecía que el dato más íntimo de reconocimiento de lo nacional era el ser material, cuyo modo humano era la raza, pues el fin que se proponían era *lo nacional*, la nación.

Otro aspecto igualmente relevante de la destrucción del aparato ideológico del Estado oligárquico fue la revisión histórica. Aunque no vale la pena entrar en detalles, es evidente que el carácter de guerra agraria que tuvo el extenso fenómeno de las republiquetas, las contradicciones entre los azogueiros y la Corona, o entre los dueños de obrajes y los comerciantes de Buenos Aires, o la lucha de clases en torno a la movilización popular de Manuel Isidoro Belzu y la contrarrevolución de Melgarejo, su recreación de la clase latifundista con base en el reparto de las tierras de comunidades, el gran movimiento agrario de los Willka, que engendró y que remató en el movimiento campesino de Zárate, en la Guerra Federal de 1899, en fin, el papel de las masas en general en la historia de Bolivia, era sistemáticamente encubierto por la historiografía oficial. Montenegro hizo esa revisión, que fue completada para el siglo XX por Augusto Céspedes, ambos ideólogos básicos del MNR.

3. En la contigüidad de una temática con la otra, es obvio que el indigenismo concebido como lucha entre las clases nacionales contra la casta extranjera (el propio descendiente del español en cuanto clase dominante, era considerado por el MNR como un extranjero), no podía sino traducirse en un programa agrario. La combinación entre el razonamiento indigenista y la movilización campesina, que es anterior al 52, hacía inevitable la revolución agraria y la consiguiente destrucción de los terratenientes señoriales clásicos.

Pero la lucha de clases, *cruz* del éxito del movimiento, no lo es en el sentido de la posición marxista, “que —lo decía Montenegro— *se siente clase en vez de sentirse nación*”, sino que, entendiendo la historia de Bolivia como la contradicción antagónica entre la nación —es decir, entre las *clases nacionales*, que la plebe

considerada en su lecho de conjunto— y la oligarquía extranje-rizante, o extranjera ella misma, la oligarquía o la antinación, o antipatria. La propia clase obrera era tomada por Montenegro, por ejemplo, como la dirigente de las clases nacionales, pero sin destino al margen de su fusión con las demás clases nacionales. Aquí está el concepto de que “la oligarquía impide la unidad del pueblo”; pero *después* de la oligarquía, el pueblo es uno, supuesto populista que forma la base del policlasismo del MNR, lo cual, si no hubiera llegado a producirse la falla por el polo proletario, debió haber sido el asiento o soporte de la futura burocracia estatal.

4. *La fuente proletaria.* La imbricación MNR-clase obrera es, en el principio, un dato fáctico. Simplemente nacen juntos a la política, y el MNR es, por ejemplo, el creador de la FSTMB, que es hasta hoy el centro organizativo principal del proletariado. Como el MNR era, en la práctica, la federación de todos los grupos antioligárquicos, es evidente que los obreros, en aquel momento del desarrollo de su clase, se movían con soltura dentro del MNR y no encontraban nada en su vida diaria que los empujara a diferenciarse del MNR.

Sin embargo, la historia de los obreros en el MNR será la historia de su creciente diferenciación con el propio movimiento democrático en general; la lucha por conservar su identidad dentro del lugar de su alianza con las otras clases será a la vez lo que configure la construcción de su independencia de clase. Esto se funda, en primer término, en ciertos logros programáticos internos, como la Tesis de Pulacayo, que es aprobada en 1947, bajo la indudable influencia trotskysta. Pero un programa avanzado no garantiza todavía una avanzada práctica de clase. Se funda, en segundo lugar, y de una manera más importante, en el hecho de que el proletariado resulta un caudillo automático, una clase más eficaz, penetrante y organizada que cualquiera otra inclusión dentro del pacto democrático; resulta, en consecuencia, de su propio *poder de hecho*, que sale a la luz en los grandes acontecimientos de 1952.

5. *El antiimperialismo*, que pasa de ser una retórica heredada de la reforma universitaria a un análisis de situaciones concretas

a partir de la revisión de la cuestión del Chaco, en la que, sin duda, juegan un papel fundamental la *década infame* argentina y el imperialismo inglés. Montenegro, por ejemplo, que fue quizá el hombre más influyente en la formación ideológica del MNR, tuvo un papel muy notorio en la nacionalización de la Standard Oil en 1937. La lucha posterior contra los llamados “precios de democracia” para los minerales bolivianos y en el no reconocimiento de Villarroel por los Estados Unidos, aparte de la doctrina Rodríguez Larreta y el Comité Guani, organizados para acosar a los regímenes de Perón y Villarroel, dejaron una tradición antinorteamericana en el MNR; pero es una tradición que sería rápidamente relegada a los pujos de la violenta lucha de clases desatada en 1952. El imperialismo, entonces, con la actitud pragmática que adoptó Eisenhower, se convirtió en una amenaza mediata en su cotejo con el inmediato acoso del movimiento obrero. Éstas son no sólo las influencias en general, sino también el orden de influencias en la creación de este movimiento.

EL ESTADO DEL 52

El Estado burgués se constituye, entonces, antes que la burguesía; pero hay que distinguir entre la necesaria dependencia relativa de la fase de la clase obrera respecto de la fase del Estado burgués, y la falacia que supone que el desarrollo de proletariado corresponde al desarrollo de la burguesía. Con este recaudo, distinguimos cuatro fases dentro del ciclo del MNR, o si se quiere, del Estado del 52, que estamos viviendo todavía:

1. *Fase de la hegemonía de las masas.* Aquí el proletariado es la clase dirigente del proceso democrático-burgués. El aparato represivo es el pueblo en armas; el ejército ha sido disuelto en la batalla del 9 de abril. La oligarquía es reprimida en cuanto clase, y la represión en gran medida está en manos de las propias masas. El proletariado, aunque no ha asumido todavía el carácter de clase para sí, impone o ejecuta por sí mismo el carácter radical de las medidas adoptadas en torno a la nacionalización de los

capitales extranjeros en la minería, y la revolución agraria. Es la clase obrera la que arma a las demás clases del pacto democrático y la que las organiza. La organización de las masas es la principal adquisición democrática de ese período.

2. *Fase semibonapartista del poder.* Éste es el momento que mejor se aproxima al modelo estatal concebido en el proyecto del MNR. Aunque fue pensado como un estatuto de largo plazo, a la manera del sistema mexicano, no obstante, la autonomía relativa del Estado emerge aquí como un cruce ocasional o forma de tránsito; una correlación de modos de producción en flujo y la propia articulación atrasada de un modo de producción con el otro ofrecen una base impropia para la práctica real de la ilusión teórica de la autonomía del Estado. No obstante, esta independencia relativa, inmediatamente circunstanciada, se expresa en la aparición del subfenómeno de la mediación.

La burocracia lechinista actúa como mediación con relación a una clase obrera en situación de reflujo; los caciques se han convertido en intermediarios con el campesinado, que domina el territorio, y el propio Ovando, que es el agente de la reorganización del ejército, y por consiguiente el jefe titular de la burocracia estatal militar, es un mediador con relación al ejército. Se negocia ya con el imperialismo, aunque todavía desde una posición de cierta fuerza y autodecisión que se basan en las masas.

3. *Fase militar-campesina.* Aquí es ya importante el desdoblamiento en el seno de la burocracia. Como la autonomía relativa es un paso cualitativo o ascenso de la unidad de la burguesía, allí donde no existe la unificación estatal de la burguesía, que es impensable aquí, porque la burguesía no existe ante sí, no está sino en el arranque de su acumulación misma, tampoco hay unidad de la burocracia estatal. En todo caso, la burocracia que surge como soporte del nuevo Estado en la suma de sus órganos, se alía con el sector más atrasado, satisfecho y estático de las masas, bajo la dominación directa del imperialismo. La presencia semicolonial de los norteamericanos en el aparato represivo del nuevo Estado es un dato impactante de la modernización de ese aspecto represivo. Los mecanismos de mediación sobreviven todavía, pero el

concepto mismo de *mediación* está siendo rápidamente sustituido por el de *control estatal*. La ruptura política entre la burocracia civil y el proletariado minero, que queda momentáneamente aislado, es montada por la inteligencia imperialista, y facilita la emergencia de estas fases conservadoras del nuevo aparato.

4. *Fase militar-burguesa*. La burguesía ya se ha reconstituido como clase, es decir, se ha constituido como clase política en su nueva extensión, y la derecha militar se ha enlazado con ella. La mediatización en el campo es en ciertos sectores lo suficientemente estable como para que se abandone el pacto militar-campesino o los sectores campesinos, que se rebelan como resultado del nacimiento de nuevos apetitos democráticos, sigan la misma suerte que la clase obrera, o sea que se ejerza una dictadura frontal sobre la clase obrera y sobre todos los sectores que secunden su descontento. Todos los sectores propiamente estatistas han sido desplazados.

CONDICIONES DEL CAMBIO DE FASE

Desde luego, no es el objeto taxonómico lo que aquí interesa, sino la adopción de perímetros de análisis. Cuando los fenómenos sociales ocurren sobre masas en movimiento, no sólo los codos de ruptura, sino los propios cambios de acentuación, no pueden ocurrir sino por medio de golpes de mano o imposiciones bruscas desde el lugar social donde se asienta el poder real. En efecto, no se puede concebir, por ejemplo, la sustitución de la fase 1 por la fase 2 sin que se produzca un codo de ruptura o desgarramiento, que está dado por el desplazamiento del aparato represivo del Estado del pueblo en armas al ejército reorganizado. Se da un cambio de carácter de clase en el aparato del Estado burgués; no es ya el proletariado el que encabeza la revolución burguesa, sino la burocracia que, defensivamente, opera como conjunto. Es un golpe de Estado dado por la burocracia contra el proletariado.

El desbaratamiento de las fases siguientes, como contraparte, implica solamente la subrogación de hegemonías de las fracciones dentro de la burocracia, como administradora del poder

estatal burgúes o de la burguesía misma, que ensaya su poder directo unificado contra la burocracia y el proletariado. Pero es una linealidad expositiva. Con Torres, por ejemplo, el proletariado ensaya ya su retorno al estatuto del 52, en condiciones que han sufrido sus naturales mutaciones y, en cambio, la burocracia miliar intenta restablecer el momento semibonapartista, con la consecuencia de ser vencidos ambos. Pero no es un solo proyecto el que se derrumba, sino dos: sólo la derrota los une; cada uno es vencido en su propio propósito.

LA TEORÍA DE LAS ETAPAS

La propia discusión en torno a las primeras fases de la revolución burguesa, el examen provisional de sus resultados, tienen como efecto la creciente diferenciación entre las posiciones sociológicas burguesas y la interpretación proletaria.

Para la clase obrera, por ejemplo, una pregunta capital era la que se refería a por qué hay hegemonía proletaria en 1952, una hegemonía automática, no preconcebida en concepto por nadie, y por qué se produce la pérdida de hegemonía.

La prueba de que la clase siente como insuficiente una explicación subjetiva de dicha pérdida está en que sus dirigentes, los que presuntamente habrían entregado el movimiento de masas, no son desplazados. Es una clase menos cautelosa. La división del movimiento obrero habría sido, en esa coyuntura, un hecho inevitable. Aquí, por cierto, hay una temprana conciencia de que la clase debe moverse siempre *como toda la clase*, o sea que, como dice el *Manifiesto comunista*, los sectores avanzados del proletariado “no tienen intereses que los separen del conjunto del proletariado”, que el proletariado, en suma, debe vivir como conjunto su propio atraso y su propia evolución. La condición natural es la existencia de la democracia proletaria, es decir, la democracia de la clase para sí misma, la lucha ideológica en el interior de la clase.

En segundo término, como derivación, viene la crítica de la teoría de las tapas y su consecuencia, que es la asunción de la tesis de mayoría general.

Se sabe de dónde viene, en Bolivia, la teoría de las etapas. La descripción más clara de esta posición sigue siendo hasta hoy la esbozada por el teórico del MNR Walter Guevara en su documento *Manifiesto a los electores de Ayopaya*, aunque no es la única, ciertamente. Guevara postula allí específicamente que la revolución burguesa debía cumplirse a plenitud en el país para que fuera posible después plantearse la revolución socialista. Guevara, en lo que posteriormente sería una práctica política muy generalizada en Bolivia, aplica la jerga y las propias categorías del marxismo a una postulación propiamente burguesa; es explicable, por otra parte, que el mismo Guevara, a partir de la posición de las etapas, en el momento del paso del proletariado de clase hegemónica a clase complementaria del poder, terminara por postular, con menos rigor aún que en el *Manifiesto*, que la dirección de la revolución correspondía a la clase media, situándose así a la derecha de la propia burocracia estatal.

La implicación de las tesis de Guevara abarcaba, sin embargo, a todos los sectores no proletarios del régimen. Era un supuesto de ellas advertir que el propio desarrollo de las fuerzas productivas, tácito en el impacto revolucionario, convocaba a un desarrollo conjunto, paralelo e intercorrespondiente de la burguesía y el proletariado, y que debía hablarse por tanto de *revolución nacional*.

La crítica de la teoría de las etapas suscita varias conclusiones sumamente útiles para el conjunto de ideas que designamos como *sociológica de la clase obrera*. En primer término, que el desconocimiento de las etapas, que es un impulso característico de masas en las que el carácter espontáneo prima todavía sobre su desarrollo consciente, no puede conducir sino a que las etapas se expresen contra la clase obrera, en mengua de su capacidad real de poder. En segundo lugar, que las etapas, sea que se considere a la revolución burguesa misma como una etapa, sea que uno considere las etapas en el seno de la revolución burguesa, pueden y deben ser cumplidas bajo la hegemonía y el poder de una clase no burguesa y, en el caso, del proletariado. En tercer lugar, que es demagógico hablar de *clase media* en el mismo sentido que se habla de *burgue-*

sía o de *proletariado*, y que dicha mención se refiere al punto en el que emerge la burocracia estatal semibonapartista o, más bien, al lugar social en que el desarrollo de la burguesía no es el desarrollo del proletariado, sino en su aspecto excedente, el cuantitativo, y aun eso dentro de determinadas formas de desarrollo económico y que, por consiguiente, es totalmente concebible la ejecución de las tareas burguesas al margen de la burguesía.

Pero, en los hechos, cualquiera fuera el orden de sus protestas ideológicas, el proletariado *se vio obligado* por la combinación de su débil desarrollo cualitativo (que hacía una paradoja con la densidad de su poder material) y la urgencia derivada del *hueco estatal* que acompañaba a la crisis nacional del 52.

¿Qué quería decir empero aquello de que *se vio obligado*? En 1952, el proletariado no tenía intereses que lo diferenciaron del campesinado; pero, al realizar la consigna burguesa de la tierra, al dirigir el proceso de la revolución agraria, al mismo tiempo que cedía la forma del aparato estatal a la pequeña burguesía, el proletariado estaba habilitando al movimiento campesino para pactar directamente con el Estado, desde el que había recibido la tierra, al margen del proletariado. Por lo tanto, mientras en 1952 tenía una cómoda hegemonía, aun a pesar de su inconclusión interna de clase, porque representaba a la *mayoría general*, en 1954, cuando la crisis ya se expresaba como falta concreta de productos, tenía ya que atenerse a su mera fuerza numérica, sus intereses se habían diferenciado de los del campesinado: se veía relegado a un rol complementario y era, en suma, una clase aislada, que había avanzado, pero al precio de romper la alianza que era la clave de su poder. Objetivamente, esta misma clase que repudiaba la teoría de las etapas había venido a practicarla. Claro está que, en un análisis superficial, habría quien dijera que esto ocurría porque la izquierda no había leído *sobre el impuesto en especie*. Pero la subsunción de la teoría no se realiza a través del conocimiento teórico, sino por medio de la discusión de la clase en su momento concreto.

El segundo sector de desconcierto de la izquierda se sitúa en la órbita de las ideas económicas. En lo que es una curiosa paradoja

con relación a las ideas argentinas de la misma época, que establecían que el mal de su país radicaba en la extensión, en Bolivia se desarrolló, prácticamente desde el principio del siglo XIX, el concepto de la inferioridad geográfica del país.

El propio mariscal Santa Cruz, con su frustrada Confederación Perú-Boliviana, estaba sin duda ya practicando estas concepciones especialistas que, por otra parte, se fundaban en un hecho hartamente real, cual era el desplazamiento de los centros interiores a los puertos por la llegada del comercio inglés.

Pero fue el Plan Bohan el que entrevió, a principios de la década de los cuarenta, las posibilidades de un avanzado desarrollo capitalista en torno al área de Santa Cruz de la Sierra, en la parte occidental de los llanos orientales. La gente del MNR, por lo demás, tuvo ocasión abundante de ver en la Guerra del Chaco las dimensiones de la no integración territorial del país. En los hechos, no sólo la integración del Oriente, sino el propio cambio de eje económico territorial, en una franca fuga de la centralización en el altiplano minero, la tierra del “metal del diablo”, se convirtieron en verdaderos fetiches de la política económica que puede inclinarse a voluntad sobre la base de la *tabula rasa* política del 52. De esta manera, Paz Estenssoro sobre todo, Walter Guevara y Alfonso Gumucio condujeron la ideología económica del MNR hacia una concepción geográfica, territorialista y agrarista del desarrollo. Todo ello, por lo demás, de un modo sugestivo en extremo en su coincidencia con los criterios circulantes en el momento alemán de la construcción de la unidad. Habría que recordar, por ejemplo, las menciones de Marx referentes a la inferioridad geográfica de Alemania y el papel de los ferrocarriles. Pero era algo que se hizo rápidamente coincidente con los intereses norteamericanos, que se situó de hecho dentro de la división del trabajo que podía admitir el imperialismo en ese momento y era, por tanto, una política típicamente burguesa en sus planes de integración, pero abandonando toda política de industrialización, que era posible sobre todo en torno a la minería nacionalizada y el petróleo, que resultaron prácticamente abandonados a su propia suerte. Como eso coincidió con la instancia del reflujo de la clase

obrero, la izquierda no podía contraponer a esos planes sino una política defensiva, y era evidente que, tanto en el momento de su auge como en el de su influencia complementaria, era una clase obrera que carecía de ideas económicas con relación al mismo poder en el que, sin embargo, influía políticamente de un modo determinante.

LA TESIS DE PULACAYO

Consideremos, sin embargo, no el lado de la perplejidad del proletariado, sino de su lucidez, y en este orden de cosas sin duda la llamada Tesis de Pulacayo (tesis central de la FSTMB) es sin lugar a dudas la prueba más rotunda del carácter avanzado que adquirió esta clase desde su más temprana aparición en la política del país.

Para mencionar sólo algunos de sus aspectos, los más generales, una correcta tipificación de la formación económico-social del país:

Bolivia es un país capitalista atrasado. Dentro de la amalgama de los más diversos estadios de evolución económica, predomina cualitativamente la explotación capitalista, y las otras formaciones económico-sociales constituyen herencia de nuestro pasado histórico. De esta evidencia arranca el predominio del proletariado en la política nacional.²

Una definición sin duda sorprendente, si se la ubica en la fecha de su aprobación, noviembre de 1946, bastante antes de que la cuestión de las formaciones económico-sociales y de los modos de producción fuera discutida en el continente.

Por otra parte, la tesis sostiene que

[...] la particularidad boliviana consiste en que no se ha presentado en el escenario político una burguesía capaz de liquidar el latifundio y las otras formas económicas precapitalistas; de realizar la unifi-

² Tesis de Pulacayo, 8 de noviembre de 1946.

cación nacional y la liberación del yugo imperialista. Tales tareas burguesas no cumplidas son los objetos democrático-burgueses que inaplazablemente deben realizarse. Los problemas centrales de los países semicoloniales son la revolución agraria, es decir, la liquidación de la herencia feudal y la independencia nacional [...] El proletariado de los países atrasados está obligado a combinar la lucha por las tareas demo-burguesas con la lucha por las reivindicaciones socialistas.³

El desconocimiento de toda posibilidad de dirección pequeño-burguesa:

La clase media o la pequeña burguesía es la más numerosa y, sin embargo, su peso en la economía nacional es insignificante. Los pequeños comerciantes y propietarios, los técnicos, burócratas, los artesanos y los campesinos no han podido hasta ahora desarrollar una política de clase independiente, y menos lo podrán en el futuro. El campo sigue a la ciudad y en ésta el caudillo es el proletariado.⁴

Sobre quién debe encabezar la propia fase democrático-burguesa:

Señalamos que la revolución demo-burguesa, si no se la quiere estrangular, debe convertirse sólo en una fase de la revolución proletaria [...] Mienten aquellos que nos señalan como propugnadores de una inmediata revolución socialista en Bolivia; bien sabemos que para ello no existen condiciones objetivas. Dejemos claramente establecido que la revolución será democrático-burguesa por sus objetivos y sólo un episodio de la revolución proletaria por la clase social que la acaudillará. La revolución proletaria de Bolivia no quiere decir a las otras capas explotadas de la nación, sino alianza

³ *Ibid.*

⁴ *Ibid.*

revolucionaria del proletariado con los campesinos, artesanos y otros sectores de la pequeña burguesía ciudadana.⁵

En cuanto a su proyecto estatal:

La dictadura del proletariado es la proyección estatal de dicha alianza. La consigna de la revolución y dictadura proletarias pone en claro el hecho de que será la clase trabajadora el núcleo director de dicha transformación y de dicho Estado. Lo contrario, sostener que la revolución democrático-burguesa, por ser tal, será realizada por sectores “progresistas” de la burguesía y que el futuro Estado encarnará en un gobierno de unidad y concordia nacionales, pone de manifiesto la intención firme de estrangular el movimiento revolucionario.⁶

A pesar de lo extraordinario que resulta que el proletariado como conjunto adoptara una tesis tan avanzada en un momento en que, después de todo, no había dicho todavía su plena palabra, la historia fue más lejos que la tesis, o cumplió sus previsiones de un modo más retorcido y, por otra parte, resultó muy evidente que la clase no tenía las condiciones para llegar allá donde llegaba sin embargo su tesis.

Por ejemplo, en el problema que Marx llamaba de la “iluminación” desde el sector de punta. Primero habría que resolver si no es posible la existencia del foco o enclave capitalista como enclave mismo, es decir, como un polo en el que, si se quiere, hay un modo de producción capitalista, pero no articulado con los demás sectores de la formación, cuyo único dato de unidad es el dato político, lo que algunos llaman el *Estado aparente*.

Aquí no sólo falta la *propalación* del modo principal, sino que puede faltar la articulación misma. No era el caso, por cierto. El mero hecho de que se hablara de la *rosca* como la combinación entre los latifundistas y la empresa minera mostraba ya que la

⁵ *Ibid.*

⁶ *Ibid.*

iluminación existía. Pero aquella burguesía propiamente oligárquica, muy preocupada con su restricción y no con su expansión, era en cambio el freno principal con que se encontraba no sólo el proletariado (que era sin duda su enemigo), sino las propias clases preburguesas, los sectores que ya se sentían en disposición de convertirse en burguesía. Es cierto que lo que había de *iluminación* era lo que permitió al proletariado avanzar sobre las capas campesinas y aliarlas a su tarea (no por azar el centro de la revolución agraria fue Cochabamba, la zona más integrada a la economía minera); pero lo que no había de propalación del modo de producción de punta impidió la expansión numérica del proletariado y, en la fase de su aislamiento, que era previsible aunque no está en la tesis, el hecho numérico se volvía decisivo. El cerco de la clase obrera se convirtió en una muralla china.

Esta preburguesía, o si se quiere, los agentes políticos de la burguesía en construcción, lograron a su turno canalizar la revolución agraria (que, en efecto, implantó el proletariado de acuerdo con todo el mandato de la tesis) y plantearon la unidad nacional de una manera propiamente burguesa; la claudicación estatal del proletariado no le permitía realizar las tareas burguesas que la burguesía no había sabido realizar. Estas tareas volvieron a su titular, aunque, obviamente, se limitaron a lo que se le permitía hacer a una burguesía dependiente.

Para mayor abundancia, el campo no siguió a la ciudad sino hasta realizar sus propias consignas; la alianza con el campesinado y la pequeña burguesía urbana fue mucho más inconstante de lo previsto y, en fin, el propio proletariado acabó practicando no su tesis, sino la de sus rivales (la teoría de las etapas, por ejemplo), o sea que la clase considerada como conjunto que no había tenido tiempo de asumir su propio programa. El programa, a su turno, habría necesitado de un contorno teórico, que lo desarrollara y, además, cuando se es tan poco numeroso y las alianzas son tan decisivas, habría sido necesario que incluso los sectores más avanzados de las otras clases de la alianza tomaran este programa como propio, es decir, que se diera una *irradiación*. Pero nada de esto alcanza para disminuir la suprema importancia histórica de este

tipo de adquisiciones; se puede comentar la tesis o transformarla o explicar por qué no se cumplió a la hora de la crisis, pero las clases no retroceden del punto al que han llegado con sus programas, y la educación de la clase se hace en torno a eso.

DETERMINACIÓN DERIVADA DE CLASE

Hacia 1952, arrasado el sistema político oligárquico y su propia base económica, prácticamente disuelta la clase de los terratenientes del campo, la burguesía (la que existía como grupo marginal al Superestado minero, es decir, la burguesía tomada en su expresión concreta y no en su contenido histórico) estaba reducida a su expresión mínima y no disponía de perspectivas. Sin embargo, ése fue el momento en que se organizó el moderno Estado burgués boliviano, al cual llamamos por eso *Estado del 52*. Se puede decir que en ese momento, porque lo querían conscientemente o porque no tenían otro remedio, *todas las clases perseguían fines burgueses, menos la burguesía*, que seguía atada a la costumbre de una superestructura derrotada. Pues al no poder fundarse en la propia clase a la que quería servir, el Estado en este caso es anterior a la clase a la que serviría; el Estado abrogaría sin miramientos el germen burgués sobreviviente, crearía su nueva burguesía, le daría el tiempo, los medios y la imaginación para que se constituyera como clase.

Ésta es la cuestión de la determinación derivada de una clase en otra. Sin duda, no era la primera vez que una clase social daba lugar al poder de otra y, por último, en su consecuencia histórica diferida, a la constitución de una tercera. Esto es, por el contrario, algo clásico de las revoluciones burguesas de tipo democrático.

En el caso boliviano, es la clase obrera la que conquista un poder para el que no es capaz todavía, como clase misma, y lo entrega a su aliado más verosímil como clase burocrática, que es la pequeña burguesía, portadora ya de los ideales burgueses (aunque en contradicción concreta con la burguesía misma preexistente), que es débil y carece de un proyecto propio, que es

incapaz siquiera de la tarea de interpretar el hecho. La burguesía nueva se construye aplastando políticamente a la vieja burguesía.

CAOS SOCIAL Y PEQUEÑA BURGUESÍA

El núcleo de ubicación de la acumulación originaria de la burguesía, de la que tampoco puede decirse que se constituya como *clase política* sino alrededor de 20 años después, es el Estado.

Como los mismos supuestos ideológicos (que como hemos visto eran difusos) pueden dar lugar a diferentes desarrollos, es probable que la propia fase de la dictadura de las masas (1952) haya dado lugar a que maduraran en el seno de la MNR propensiones que ya estaban de un modo germinal en su interior.

En el supuesto de que la desgracia del país no era la existencia de una burguesía, sino la insuficiente existencia de una burguesía nacional y su correlato, la lucha por la integración nacional, la construcción del Estado nacional, los puntos de acumulación, se enquistaban en el capitalismo de Estado (creado en su parte fundamental por la racionalización de las grandes empresas mineras) y las zonas de recursos naturales de nueva apertura. En lo que era ya un plan consciente, la Comibol se convirtió en empresa generadora de empresas, en empresa de construcción de la burguesía comercial ampliada y, por otro lado, sus excedentes fueron desviados hacia el desarrollo capitalista de Santa Cruz de la Sierra.

Esta es la razón por la que la lucha obrera giraría —tanto en el tiempo de la Tesis de Colquiri como durante la Asamblea Popular— en torno a la cuestión de la minoría nacionalizada.

Mencionemos ahora el impacto del caos económico-social, o lo que se vive como caos, que es el vuelco del estilo cotidiano de vida social, en los grupos intermedios. No es el de Bolivia, por cierto, el único caso en que la revolución democrática se acompaña de una gran crisis agrícola, un desorden general en la economía, aparte del descenso de la producción minera y el desatamiento de la inflación en gran escala. Esto no afectaba de una manera decisiva a los campesinos que, aun sin aportar excedente agrícola al mercado, en el peor de los casos mantenían sus

condiciones de vida en un estatus que se hacía ventajoso porque iba acompañado de la expulsión de los patronos, de la libertad política y la participación. Ya entonces, en efecto, los campesinos dieron la base social para la supervivencia del esquema político, y por el otro lado, aunque esto Eder jamás habría podido entenderlo, incluso la llamada *estabilización monetaria*, que fue quizá el más drástico plan antiinflacionario implantado en la América Latina, habría podido sobrevivir si los campesinos no hubieran comenzado entonces a practicar su concurrencia al mercado.

La situación era bastante diferente en lo que respecta a la pequeña burguesía urbana. Despojada de sus privilegios políticos, con el voto universal, clase cuya pretensión era conservar el orden social abstracto, a diferencia de los obreros y los campesinos sin tierra, que aspiraban a sustituirlo, grupo de ahorristas, empleados, artesanos, comerciantes sin reservas económicas, etcétera, no podían sino vivir como un momento demoníaco, aquel de la ruptura del orden político, que iba además acompañado de un proceso inflacionario violento. El proletariado, incapaz de retener la concentración del poder en torno a sí mismo, luchando en los tiempos siguientes por retener la fuerza inicial, desorganizando aún más el sistema, no podía ofrecer a la pequeña burguesía su propio orden en la política ni en la economía.

Al no haber ni existir una respuesta diferente a esta crisis, se produce el reingreso del imperialismo norteamericano por la vía de la ayuda. Tal como se ha dicho antes, el imperialismo a su turno confirma las características del plan de desarrollo agrarista y territorial del MNR y lo fortifica canalizando su ayuda en el mismo sentido, es decir, acelerándolo. El precio que se paga por esta ayuda es la interrupción específica de todo hipotético plan de industrialización que, en ese momento, sólo podía concebirse en torno a la producción minera. En los hechos, Estados Unidos impone que el proyecto de constitución de la burguesía se dirija hacia la producción primaria, y suprime toda posibilidad de creación de industrias pesadas y de integración de la minería, que habrían sido su único remate racional. Pero esto se basa ya en la quietud o satisfacción del campesinado y en el *élan* del orden en

la pequeña burguesía urbana, que está dispuesta a pagar cualquier precio por ello y que, no hay que olvidarlo, es la mayoría de las ciudades. Esto se puede decir también de otra forma: una mayoría conservadora había sustituido a la mayoría revolucionaria del pueblo y exacerbado los aspectos moderados que preexistían a ambas, mayoría conservadora y mayoría revolucionaria, en el seno de la clase burocrática.

LA TESIS DE COLQUIRI

Tales son, entre otras, las razones por las que un programa más avanzado que la capacidad de poder real de la clase no puede aplicarse aún en el momento de control material de la situación que logra el proletariado en 1952. Sin embargo, aunque los obreros no consolidaron la continuidad de su ofensiva, demostrarían en los años siguientes su extraordinaria consistencia defensiva. Fue por medio del fracaso de los intentos de organizar mecanismos de mediación correspondientes a la fase semibonapartista que se derrumbaría el proyecto histórico del Estado burgués de 1952.

Ya durante el gobierno de Siles Suazo (1956-1960), el régimen se empeñó en la construcción de un sindicalismo dependiente del Estado, a la manera de lo que había ocurrido con los sindicatos campesinos. Aunque no vale la pena entrar en la anécdota de estos acontecimientos, por lo menos el incidente producido hacia 1958 entre los sindicatos de Catavi y Huanuni es algo que resulta ilustrativo. Los mineros, a partir del Plan de Estabilización, que constituye el verdadero reingreso del imperialismo de los manejos de los asuntos bolivianos, estaban ya en oposición al régimen del MNR. El gobierno logró éxito por lo menos en ciertos puntos, como Huanuni y las minas del sur. Se produjo entonces un enfrentamiento armado sindical que concluyó en la toma de Huanuni por los mineros de Catavi-Siglo XX, hechos que incluían la ejecución del dirigente principal de la línea gobiernista, Celestino Gutiérrez. Era, todavía, la imposición del aparato armado que conservaban los mineros del año 1952.

Todavía el proletariado minero tenía influencia en el MNR como para imponer la vicepresidencia de Lechín, cuando Paz Estenssoro fue elegido presidente por segunda vez, en 1960. Pero Paz Estenssoro completaría la línea iniciada por Siles, con el llamado Plan Triangular, que reorganizó la minería nacionalizada excluyendo el Control Obrero y otras formas de participación proletaria en el manejo de las minas. La Tesis de Colquiri expresa este período de ruptura del proletariado con el Estado bonapartista, lo que, por otra parte, selló la imposibilidad misma de desarrollo de dicha forma estatal.

Veamos algunos de sus puntos:

- “El gobierno ha demostrado la manera persistente y que no ofrece la menor duda, que está vivamente interesado en eliminar toda injerencia obrera en el manejo de las empresas y de la cosa pública”. (Referencia a la supresión del Control Obrero con derecho a veto y otras medidas).⁷

- “Declara que los sindicatos no deben convertirse en agencia de partido político alguno, aunque éste se encuentre en el poder y se autodenomine revolucionario. La Federación no sustenta el apoliticismo, sino una política independencia de clase [...] De hoy en adelante, los mineros se colocarán a la cabeza de su clase para enseñarles a seguir su propio camino y a defender sus propios intereses, a marchar detrás de su propia bandera”.⁸ Aquí se dan ya los elementos de la superioridad del sindicato sobre el partido como característica básica del movimiento revolucionario boliviano, a lo que nos referiremos después.

- “El sindicato es la forma elemental del frente único de clase, en cuyo seno coexisten las tendencias políticas y religiosas más diversas, con la única condición de que aquéllas se inspiren en principios revolucionarios”.⁹

⁷ *Tesis de Colquiri*, prólogo y notas de Guillermo Lora, La Paz, s.e., 1964.

⁸ *Ibid.*

⁹ *Ibid.*

- “El gobierno pretende hacer trabajar a los mineros bajo la amenaza del terror y excluir total y radicalmente a la clase obrera de la dirección de la Comibol. Si prospera este criterio, se habrán acentuado las características burguesas de la estatización [...] Los obreros propugnamos una tesis opuesta: deben ser la capacidad creadora de la clase trabajadora (que se expresa sólo cuando está organizada colectivamente), su voluntad de vencer y la certeza de su rol dirigente las que se transformen en el cimiento real de una nueva administración de las mismas, que permita sacarlas de su actual caos y aumentar sensiblemente los índices de producción”.¹⁰

- “La suerte de las minas es la suerte del país mismo y no puede plantearse al margen del destino del poder político”.¹¹ (En los dos párrafos anteriores se está gestando ya lo que se llamará *proyecto de cogestión*, que se planteará en la Asamblea Popular, en tiempo de Torres, como veremos también luego).

- “La revolución no tiene más garantía ni más defensa que las milicias mineras”.¹² (Esto es una reminiscencia del 52).

- “El gobierno antiobrero tiende a resolver los conflictos sociales mediante la despótica intervención de las Fuerzas Armadas [...] Los mineros sólo podemos tener una respuesta a esta situación concreta: armarnos y disciplinarnos, a nuestro turno, para rechazar con la violencia la amenaza de masacre [...]”¹³ (Ya se está definiendo el rol de árbitro de la situación que asumen las Fuerzas Armadas, entre el Estado bonapartista, cada vez con menos sustento de clase, y el proletariado, que se ha desvinculado de él. Ésta es la base de la fase militar-burguesa del Estado del 52).

Se puede situar entre los años 1956 y 1964 el período de desprendimiento de la clase obrera del MNR, es decir, del movimiento democrático burgués como conjunto. Pero puesto que la burgue-

¹⁰ *Ibid.*

¹¹ *Ibid.*

¹² *Ibid.*

¹³ *Ibid.*

sía misma no era capaz de concebir su proyecto estatal, y que la propia burocracia, la verdadera portadora de dicho proyecto, no habría podido sostenerlo sino en tanto estuviera sostenida a su turno por la clase obrera, fácil es advertir hasta qué punto, junto con el proyecto burgués burocrático, fracasó también la única perspectiva auténtica de que podía disponer la burguesía que se estaba conformando. Con todo, es notorio el carácter defensivo que ya tiene esta tesis, que sin duda es mucho más coyuntural que la de Pulacayo; aunque los obreros denuncian la defección del MNR, no dejan de situar la debacle del esquema del 52 en su verdadero punto de agotamiento: “*El imperialismo —dice la Tesis de Coloquiri— ha impuesto sus planes al gobierno del MNR*”.

El resultado de esta premonición de la ruina del proyecto burocrático estatal, de la frustración de la clase obrera como clase hegemónica sin capacidad estatal y de su diferenciación con relación al movimiento burgués, sería primero el repliegue hacia el sindicalismo mismo y, cuando ya haya una instalación inicial de los partidos obreros en su seno, el lanzamiento de su propio proyecto estatal, que se configuró en la Asamblea Popular de 1971.

MODERNIZACIÓN DEL APARATO ESTATAL

Un proceso como éste no podía ocurrir sin una modernización considerable del sistema estatal. Ello sucede por varias vías:

- Ampliación del área territorial real de alcance estatal mediante la integración económica y política de grandes zonas que, en lo previo, no eran sino periféricas al acontecimiento estatal.
- Expansión del ámbito humano de validez del poder mediante la democratización política y económica, que se traduce en la incorporación del campesinado al funcionamiento estatal.
- Reconstitución y ampliación del aparato represivo del Estado, con la creación del nuevo ejército.
- Construcción de un importante sector capitalista de Estado.

- Constitución y desarrollo de un núcleo burocrático estatal e instalación de sus correspondientes mecanismos de mediación.

CONTRADICCIÓN BUROCRÁTICA Y BURGUESÍA

En este momento tenemos ya un poder político de dirección burguesa. Pero de ningún modo hay que confundir a un Estado que se ha modernizado, con un Estado moderno. Incluso dentro del puro segmento estatal, como ha ocurrido además con un modo tanto más terminante en cuanto al itinerario de los modos de producción, *la alteración del tipo de sucesión de las categorías estatales europeas es todo un carácter histórico*. Si el trabajo de la unificación, tomado en su consideración más general, es algo que abarca toda una época, comprendiendo a la vez sus aspectos especiales, humanos y de modo de producción, no es por cierto la menor de sus obtenciones aquella que se refiere a la propia unificación de la clase dominante —la burguesía, en todas sus fracciones— en el hecho estatal. La propia burocracia debería ser un fruto cualitativo de la unificación de las fracciones de la burguesía. En el caso boliviano, por el contrario, la burocracia dará el curso objetivo que haga posible la unificación de la burguesía, pero cuando ésta se unifique, verá a la burocracia como su rival y se producirá una regresión en la manera estatal, aunque dentro de la nueva dimensión dada.

Como es clásico en este tipo de revoluciones, el nuevo poder desarma a las masas que le han dado el poder. La reorganización del ejército es la forma que adquiere ahora el desarme de las masas, la sustitución de un aparato represivo por otro. La fase semibonapartista, que cumple con el doble papel de suprimir la crisis económica que proviene como secuela supérstite de la crisis revolucionaria del 52 y de iniciar la acumulación de la nueva burguesía, se asienta en la alianza entre la burocracia civil (el MNR) y la burocracia militar. De hecho, se trata ya de una dictadura tanto sobre las masas, que han perdido la actividad del 52 o están ya mediadas, como sobre los sectores reaccionarios, que todavía se proponían una restauración del estatus anterior a 1952.

Con todo, ello no podía suceder sin importantes conflictos tanto entre las clases que en conjunto estaban interesadas en la revolución burguesa como entre los gérmenes y las fracciones dentro de las propias clases que se movían en torno al nuevo poder, es decir, a la nueva dominación.

El frente policlasista, que ya estaba encabezado de un modo directo por la pequeña burguesía después del fracaso estatal del proletariado de 1952, se fue apoyando cada vez más en la alianza entre el Estado y el campesinado. El Estado era todavía pequeñoburgués y la diferenciación de clase en el seno del campesinado no se había declarado aún. Con Siles Suazo y el segundo Paz Estenssoro, por ejemplo, ya era esta alianza la que mandaba; pero el proletariado, aunque vencido en su propósito de clase, aunque resistiendo a la política de desarrollo burgués en ascenso, se mantenía todavía dentro del MNR. Siles y Paz Estenssoro todavía podían usar a la clase obrera como argumento *a contrariis* para negociar con el imperialismo. O sea que esta alianza hizo el *minimum* para sobrevivir como burocracia; la falta dejada por el desahucio obrero del sistema, que no produciría sino unos años después, es lo que restaría margen de movimiento y aun de permanencia al proyecto burocrático.

Es del todo distinto lo que pasa con el ejército, es decir, con la burocracia militar. Ella fue fruto indirecto de la revolución, y en cambio sí un resultado directo del momento en que la revolución se vio obligada a pactar con el imperialismo.

Por el contrario, la reorganización del ejército fue una de las condiciones del reconocimiento por el imperialismo. Puesto que su propia existencia y la totalidad de su equipamiento provinieron de los Estados Unidos, fue un ejército que se organizó en los términos de aquellos que existían bajo control neocolonial norteamericano, y así ocurriría aun en aspectos de tanta inferencia local como lo que se llama su *doctrina militar*.

Por eso Barrientos significa ya la liquidación del período semibonapartista, el desplazamiento de la pequeña burguesía, que había logrado concretarse como burocracia semibonapartista, y la alianza directa entre la burocracia militar y el campesinado, con

exclusión sistemática de la clase obrera. Nótese que sigue siendo una burocracia la que gobierna —la militar—, es decir, un sector de la *clase estatal*. Pero cuando la burguesía hubo concluido su proyecto de constitución, con Bánzer, se trataba ya de la alianza entre la burguesía minero-comercial del altiplano y la burguesía capitalista rural del oriente la que gobernaría el país. En todo caso, por su origen, su ideología y su papel concreto, el ejército representaría en la política al estatuto semicolonial, en tanto que la clase obrera, en ausencia de una burguesía ya constituida, sería la clase más avanzada: no en tanto socialista; *sería incluso la clase capitalista más avanzada del país*.

LA REPETICIÓN TENDENCIAL

Este decurso nos conduce a ciertos razonamientos adicionales acerca de lo que se puede llamar *la materialidad o viabilidad material de un sector social*. Se diría que tanto aquellos grupos cuya decadencia comenzó casi de inmediato a su composición (la burocracia), como aquellos de tardía composición, como la burguesía (composición que se infiere de un factor ajeno a ella) y aun los que se planteaban su vida como un proceso de autodeterminación interna y gradual, como el proletariado, todos en conjunto parecían tender a su repetición y, sobre todo, a la repetición intensificada de sus momentos culminantes. Es decir, cuando pensaban en sí mismos *recordaban* el que fue su momento superior, y aunque no parecían proponerse otra cosa que la reiteración (los militares reaccionarios, como los barrientistas en lo básico, el sistema anterior al 52; la burocracia, el momento semibonapartista, el proletariado, el 52, etcétera), las nuevas condiciones adecuaban su comportamiento de tal manera que, en su aspecto palpable, se hizo algo bastante diferente. Ninguno de esos sectores, en efecto, logró la reproducción de su momento. La burguesía, porque su acumulación, una vez comenzada, tiende a su propia prosecución, o sea que, mientras exista el capitalismo y no se afronten crisis especiales, deberá ser cada vez más poderosa, o sea cada vez más diferente de sí misma, aparte de todo aquello que tenga que ver

con la reconstrucción de su contorno, etcétera; el proletariado porque, a su turno, consigue su propia agregación clasista y no retrocederá sino excepcionalmente de sus adquisiciones como clase (una adquisición sólo práctica, en todo caso; descubre lo que siempre podía pero, hasta que la clase no lo sabe, es como una potencia encogida. Por eso se llama *acumulación de conciencia* al descubrimiento o reconocimiento de una posibilidad otorgada por su colocación en el proceso productivo más su devenir subjetivo). Esto es algo así como un cambio hacia adelante; estos grupos no se repiten porque se enriquecen. Pero la burocracia no logra repetirse con éxito porque se empobrece; una vez que ha derrochado la perspectiva de la mediación, que es vista en la etapa semibonapartista como una necesidad por todos, una vez que las puntas se han acostumbrado a vivir sin su intermediación, entonces ya no se funda sino en una memoria o en un propósito estatalista sin mayor envergadura en su impacto sobre los intereses materiales de las clases. Su episodio de retorno tiene por eso esa fragilidad fundamental.

Esto nos ayuda a explicarnos la contradicción entre Bánzer y Ovando-Torres. El ejército tenía el monopolio formal del poder y, por tanto, aunque como conjunto representaba al Estado burgués, aunque era de hecho la fase de emergencia del Estado del 52, en aquello se manifestaba la contradicción entre los sectores militares propiamente estatalistas (porque en este sector se vivía el Estado como un deber patrio), que aspiraban a la reconstrucción de la fase semibonapartista, aunque ésta vivió bajo la hegemonía de la burocracia militar y no de la civil (de la cual, sin embargo, resultaron algo así como un devenir) y los sectores militares que estaban ya incorporados, aun en lo personal o familiar (a través de esta forma constante de acumulación que es la corrupción desde el aparato estatal, muy amplia en los altos mandos a partir de 1964) a la nueva burguesía, y que se proponían acelerar la acumulación capitalista con una dictadura lata sobre las masas, dictadura que, por lo demás, se insertaba mejor con el *rush* anti-comunista que vivía la región geopolítica.

Así no obstante, esta propia discriminación, que contenía en potencia no sólo la contradicción ejército-ejército, sino también —asimismo en potencia— otra ejército-burguesía, pero, de un modo mucho más inminente, la coincidencia clase obrera-ejército (en lo que se expresa el hecho de que la clase obrera es a la vez la más avanzada clase capitalista y su negadora) y la separación automática entre Estado burgués y clase obrera, es algo que no se incorporaría a la conciencia proletaria sino después de discusiones importantes, sobre todo aquellas que se localizaron en la cuestión del método. De allá resulta el estudio de las otras clases como parte del conocimiento de la propia y la conciencia de que, mientras el campesinado se prepara para nuevos apetitos democrático-burgueses, es decir, para una nueva revolución democrática, el comportamiento de la burocracia estatal, específicamente la militar, tendía a conformar una alianza con el proletariado que duraría hasta el instante mismo en que se tomara el poder; en ese instante, en efecto, la burocracia recordaría su religión estatal y aplicaría la contradicción Estado burgués-proletariado. La formidable conducción obrera en los hechos de octubre de 1970, que dieron lugar al gobierno de Torres, fue la aplicación de sus reglas del conocimiento interclasista en Bolivia.

ESTRATEGIA DE LA BURGUESÍA NACIONAL

El sector estatalista o progresista o nacionalista del ejército, el sector militar de la burocracia estatal creada por el MNR, se expresaba en el llamado Mandato de las Fuerzas Armadas, con el que subió Ovando y gobernó Torres, y en la llamada *Estrategia socio-económica del desarrollo nacional*. Puesto que este segundo es uno de los pocos documentos en los que ha habido influencia de las corrientes sociológicas continentales sobre una definición boliviana, vale la pena hacer algún hincapié en él.

Para la *Estrategia*,

La dependencia y la marginalidad constituyen los rasgos centrales de nuestra sociedad.

No se trata aquí solamente de la subordinación histórica del país a otros más fuertes, sino que se apunta al hecho de que la estructuración interna de su economía y su vida social y política se deriva básicamente de las formas que asume la dominación.¹⁴

Se define a la marginalidad como:

[...] el resultado del desarrollo desigual de la sociedad dependiente. Cada una de las grandes etapas de cambio de los países metropolitanos ha generado cambios en la organización de la economía, de la sociedad y del Estado en los países periféricos. Pero como esos cambios no se hicieron para responder a necesidades internas, en los países latinoamericanos se ha producido una situación en la cual se combinan y se integran, en el mismo momento, modos y niveles de producción, de estratificación y de poder político correspondientes a etapas distintas del desarrollo capitalista de los últimos siglos, dando como resultado un proceso de desarrollo desigual y combinado.¹⁵

Ya aquí podemos esbozar algunas observaciones:

1. El rasgo central de la sociedad no está dado por la dependencia y la marginalidad, sino por la naturaleza de clase de su sistema estatal-económico. Aquí, en cambio, se apunta como carácter principal. Esto mismo de *naturaleza de clase*, sin embargo, es sólo una manera de aludir a lo que es la fisonomía o el perfil de la formación económico-social, entendida de dos maneras: primero, como un proceso, es decir, como formación económico-social que atraviesa el tiempo; esto que llamamos hoy *formación económico-social boliviana*, con sus grandes variaciones espaciales

¹⁴ *Estrategia socio-económica del desarrollo nacional [1971-1991]*. Bolivia, La Paz, Ministerio de Planificación y Coordinación, 1970.

¹⁵ *Ibid.*

y fisiognómicas, sin embargo, no es algo que nazca junto con el mercado mundial ni aparezca cuando lleguen los portadores del mercado mundial; en segundo término, como remate o conclusión de este proceso, caso en el cual, en efecto, nos interesamos en la forma de la unidad, es decir, en el modo de la articulación de aquella desigualdad histórica acumulada. En ambos casos, sin embargo, decir que la marginalidad define al país o que la dependencia es su rasgo central, sería lo mismo que decir que su “rasgo central” es su polilingüismo o su falta de integración nacional, o cualquier otro carácter zonal de una formación que, sin embargo, debe conocerse como conjunto. Vamos a ver después, en la medida en que ello es posible, cómo la propia dependencia está determinada por la sociedad que la recibe, aunque obviamente determinándola a la vez en el grado en que el tipo de recepción lo admite.

2. No es que la lucha de clases dependa del carácter de la dominación, porque en este caso la sociedad dependiente no podría producir sino dependencia indefinidamente, e incluso las propias luchas de los sectores oprimidos no podrían moverse sino en los términos dados por la conservación del sector opresor. La propia dependencia y la dominación en general dependen, por el contrario, del modo de definición interior de la lucha de clases, aunque es obvio que, hasta que no triunfe la línea de liquidación de la dependencia, esto no hace sino condicionar una dependencia que de todas maneras debe suceder. Aquí la externización del análisis tiende a suprimir o disminuir o eufemizar la importancia fundamental de la lucha de clases.

Este defecto del ángulo o perspectiva es algo decisivo dentro de la *Estrategia*, es decir, en su desvalorización. En la fase que vivimos en Bolivia, por ejemplo, el “rasgo central” está dado por la existencia de la revolución burguesa en el 52, es decir, el tipo de sociedad a que dio lugar. Pero la revolución no fue resultado de la dependencia ni de la marginalidad; por el contrario, existió a pesar de la dependencia y de la marginalidad, existió *contra* ambas.

3. Tampoco significa nada decir que una sociedad es desigual y combinada. Todas las sociedades en general, incluyendo

las socialistas, son desiguales y combinadas. Lo que interesa en un análisis es el modo en que se manifiesta la desigualdad y la combinación; desigualdad y combinación que, en efecto, aunque encuadradas, como es natural, por el modo de producción a escala mundial, dependen, sin embargo, tanto del proceso de la formación, es decir, de sus predeterminaciones, como, en lo actual, otra vez, del desarrollo interno de la lucha entre las clases.

4. En cuanto a la marginalidad, el “rasgo central” de Bolivia como país no es la ausencia de las masas sino su espectacular presencia reiterativa, a pesar de sus débiles conexiones con el mercado interno en el juego de la economía (aunque esto mismo —lo del mercadeo— es algo que podría discutirse bastante).

Pensar que “la impermeabilidad e incomunicación entre los diferentes estratos sociales” es parte de ese carácter (el rasgo central), es también ignorar momentos estelares imprescindibles de la historia del país. Lo característico de esta historia, en efecto, es la continua comunicación política entre sus clases, estratos, grupos y segmentos, y eso es lo que explica la insurrección del 52 o los períodos de Ovando y Torres, etcétera.

La evolución de los hechos históricos habla más bien de períodos de incomunicación y de períodos de intensa comunicación, de fases de permeabilidad y fases de impermeabilidad.

5. Aparte de ello, errores de hecho, pero muy abultados. Ejemplos: decir que “el desarrollo del sector minero (como consecuencia de las reformas estructurales, *v.gr.* la *Estrategia*) crea condiciones para la organización de la clase obrera”, es llanamente falso. Por el contrario, la propia nacionalización de las minas fue un evidente resultado de la organización de la clase obrera.

Lo mismo cuando se dice que “la descomposición de la vieja clase latifundista posibilita una primera movilización del campesinado”. Es falso otra vez. Las luchas agrarias en Bolivia son muy antiguas y no se puede suprimir de un plumazo, por ejemplo, la participación campesina en la Guerra Federal de 1899 ni los movimientos mismos posteriores a Villarroel, que fueron parte de la construcción del 52.

Otro tanto cuando se dice que “la Revolución de 1952 fue encabezada en parte por sectores medios (profesionales, maestros, periodistas, empleados, etcétera)”. Aquí hay omisión de la clase obrera, que tuvo un rol aplastantemente superior al de todos los mencionados.

M.P. DE PUNTA, M.P. DE RESABIO

La *Estrategia* dice que

[...] para la explicación de la marginalidad económica y social, la dependencia juega un papel central en nuestro país, como en los demás países latinoamericanos, las relaciones de dominación a que históricamente fueron sometidos, se fueron modificando concomitantemente con las transformaciones que ocurrían en las economías de los países desarrollados. Esto significa que, en cada una de las etapas de cambio en las formas de dominación, se han generado transformaciones que ocurrían en las economías de los países desarrollados. Esto significa que, en cada una de las etapas de cambio en las formas de dominación, se han generado transformaciones en las estructuras económicas, sociales y políticas de los países periféricos. Pero como estas transformaciones se realizaron en forma desarticulada, y además como las mismas tuvieron su origen en fenómenos exógenos a los países periféricos, el resultado fue un proceso de desarrollo desigual en los distintos sectores de la economía y en diversas formas de relación social, tanto desde el punto de vista regional como sectorial. Asimismo estas transformaciones no fueron totales en cada etapa. Siempre perduran en los países periféricos vestigios de formas de producción y de relaciones sociales no superadas totalmente. Así se genera una situación en la cual se integran, en el mismo momento histórico, formas y niveles de producción, de estratificación social y de poder político correspondientes a etapas históricas distintas de las relaciones de dependencia.¹⁶

¹⁶ *Ibid.*

Esto es verdad en el mismo sentido en que, por ejemplo, la producción prefeudal se volvió marginal con relación a la feudal cuando ella apareció, y está en similar situación respecto de la producción mercantil simple y así con el capitalismo, etcétera. Pero no se dice por qué allá la aparición de un nuevo régimen productivo fue también un modo de disolución del anterior, y por qué eso no ocurre aquí, donde la eternización de las fases predecesoras —en el concepto de la definición que da la *Estrategia*— parecería ser la regla.

Tal sucede porque se presta una atención sobresaliente al *momento de la llegada* a la periferia de las fases del capitalismo del país central (cuando la economía mundial ya existe) y no *al modo de recepción* de esa fase, que es, a juicio nuestro, lo fundamental de esta imbricación, o sea lo que da el tono de un tipo u otro de subdesarrollo. Esto se puede decir de otra manera: lo decisivo no es el modo de producción que se sitúa en la cúspide o punta —lo que de cualquier forma tenía que ocurrir en un mundo que se ha hecho mundial—, sino cuál es el resabio o resaca o supervivencia que impide la plenitud o generalización del desarrollo de ese modo de producción dominante pero no generalizado.

Pero ésta no es la visión que desarrolló la *Estrategia*. Para ella, lo normal es la fase del país central que llega a la periferia. Dentro de eso, “perduran” los vestigios o hay relaciones “no superadas totalmente”, pero como un incidente del episodio central, que es la fase que ha llegado. Perdura mientras no hay progreso, y el progreso las superará. Nos parece que las cosas suceden al revés. Las previsiones de Marx sobre el desarrollo del capitalismo en la India no se cumplieron, y ello no fue fruto de la ineficiencia inglesa sino de los modos de relacionarse que tienen las formaciones económico-sociales que provienen de la fase no mundial de la historia. No sólo que el sector de supervivencia o resabio no es algo simplemente “no superado del todo”, sino que determina la posibilidad o potencia del sector de punta. Es el resabio el que impide o mata *ad ovo* la posibilidad de aparición autónoma de la burguesía como clase, no como supercolocación, sino como nacimiento interno, y es el resabio, por último, el que en general,

a nuestro modo de ver, define a largo plazo la inviabilidad del desarrollo capitalista de un país como Bolivia.

Nos parece que estamos ante un quid de cuestión. Si la burguesía no tiene aquí un surgimiento original es porque no nace como resultado de la fase autónoma de la formación económico-social, sino de la fase de la irrupción del centro sobre la parte a la que convertirá en periferia. Aun esto empero con sus propios reparos. Los mismos conquistadores no podían venir sino con lo que eran, es decir, con su propia formación económico-social, que no había completado tampoco su unificación (si es que España la completó jamás), y era ilusorio por tanto pensar siquiera en la uniformidad de una fase de la formación de traslado cuando, además, la propia complejidad española no podía existir aquí ni siquiera con lo que tuviera de feudal, de mercantil o de burgués, omitiendo la resaca o resabio de las propias formaciones precolombinas.

Por otro lado, no solamente este tipo de capitalismo no tiene en los sectores precapitalistas a un enemigo, sino que, por el contrario, en gran medida *se funda* en la existencia de dichos sectores precapitalistas. ¿Cómo podía, por ejemplo, la oligarquía minera, aquella mínima burguesía de carácter oligárquico, imponerse sobre el poder político de la oligarquía latifundista del sur en la Guerra Federal de principios de siglo, sin apoyarse en el movimiento encabezado por Zárate, el Temible Willka? Por otro lado, ¿podrían el MNR (partido pequeñoburgués portador de los ideales de la nueva burguesía) y el proletariado imponerse sobre el Superestado minero al margen de aquel movimiento campesino en el que se mezclaban la lucha por la división de las haciendas y la reivindicación de las comunidades?

Finalmente, es la misma aplicación de la ley de las formaciones económico-sociales la que permite interpretar la diferencia de desarrollo capitalista entre unas y otras zonas del espacio histórico latinoamericano, y también la desigualdad interna de desarrollo capitalista dentro de las mismas naciones; eso y no la teoría de la dependencia. Si el desarrollo capitalista es más acelerado en el polo oriental de Bolivia (por ejemplo en Santa Cruz), se debe a que allí existen menos resabios que en el sector occidental y, por

consiguiente, una vez creada una infraestructura mínima, puede desenvolverse sin mayor resistencia. Lo mismo ocurre en el desarrollo comparado de los países latinoamericanos. Aquellos que tienen que afrontar menos resabios son los que están dispuestos para adquirir un mayor desarrollo capitalista. La disposición de buenos recursos naturales o de una población previamente acostumbrada a la producción capitalista pueden ser ventajas, pero no son las decisivas.

¿Qué habrá ocurrido entonces? ¿Se podrá decir que “las transformaciones que ocurrían en las economías de los países desarrollados” llegaban de maneras diferentes a los distintos lugares? Si la determinación mayor viniera de la fase del país central, ¿cómo es que no somos países uniformes? Pero es, en cambio, el índice de resistencia el que explica que dicho impacto tenga implicaciones en todo diferentes en su comparación entre una formación económico-social y la otra.

Con todo, lo que es un obstáculo para un pleno desarrollo burgués capitalista no lo es para el desarrollo del proletariado ni de su sistema político. Esto es algo que vamos a ver en un momento.

TEORÍA DE LA DEPENDENCIA Y NACIONALISMO REVOLUCIONARIO

Aun con estas considerables salvedades, la exposición de tal esquema de desarrollo en torno al *continuum* dependencia-marginalidad no deja de tener sus propios e indiscutibles méritos. En el fondo, ésta fue la “ideología” con la que actuó el sector progresista del ejército y el propio nacionalismo en general. Por cuanto ellos son aliados, ocasionales pero importantísimos, del proletariado, es una posición netamente más progresista que aquella que se tipifica en Bánzer y que expresa la alianza entre la burguesía minero-comercial del altiplano y la burguesía capitalista rural del oriente.

Veamos cómo se produce dicho ensamblamiento. Dice la *Estrategia* que

Como los diferentes sectores sociales se vinculan entre sí, los grupos dominantes internos sustituyen a la gran minería y a los latifundios, sin conformar un grupo nacional fuerte y autónomo capaz de constituir un frente con los grupos populares, para hacer viable el proceso revolucionario del 52.¹⁷

Es decir, debe crearse dicho “grupo nacional fuerte y autónomo capaz de constituir un frente con los grupos populares”. Para ello, se deben cumplir los

[...] dos objetivos principales de esta Estrategia: liberación de las estructuras de dependencia y participación popular, que están inseparablemente unidos y se exigen recíprocamente. Para lograr la participación popular en la tarea de liberación y de superación de la marginalidad, *debe aprovecharse el dinamismo existente en los grupos populares, reactualizándolos sobre nuevas bases.*¹⁸

Está claro que la *participación*, término con el que la sociología burguesa sustituye a la movilización de las masas, no puede ser entendida como el acceso de las clases oprimidas no burguesas al poder. Debe, por el contrario, *aprovechar su dinamismo*, o sea, su actual capacidad de movilización, pero *reactualizándola sobre nuevas bases*, es decir, con una mediación, una participación condicionada que en el mejor de los casos podía parecerse al momento del reflujo obrero en la fase semibonapartista, pero de ningún modo a la hegemonía de las masas del 52.

Es una exposición franca de la posición de la burocracia militar semibonapartista. Es lógico, por otra parte, que esta corriente preste una atención tan considerable a las tesis dependentistas, puesto que para el nacionalismo revolucionario en general la contradicción entre la nación y el imperialismo se sobrepone a la contradicción interna entre las clases que no son libres sino cuando la nación es libre; una vez que es libre la nación, recién se

¹⁷ *Ibid.*

¹⁸ *Ibid.*

puede discutir cuáles son los términos de la libertad de cada una de las clases dentro de la libertad de la nación. La nomenclatura dependentista simplemente dota de nuevos ropajes y apariencias a las doctrinas contenidas, por ejemplo, en Montenegro, sea en *Nacionalismo y colonijaje* o en *Documentos*.

LA TESIS DE LA CENTRAL OBRERA BOLIVIANA

El mencionado renacimiento de las tesis estatistas y nacionalistas que se expresa en la *Estrategia*, que en realidad encarnaba el ideario económico-social del rapto militar bonapartista de Ovando, fue replicado por la clase obrera por medio de la Tesis Política de la Central Obrera Boliviana (COB), que se aprobó en mayo de 1970. El hecho de que a las tesis de la Federación de Mineros sucediera ahora una Tesis de la COB demuestra que el proletariado minero estaba entonces ya en condiciones de imponer su posición a toda la clase. Se recogen en ese documento las experiencias del 52, es decir, la colocación de la clase frente a un movimiento democrático más extenso que ella, así como la conciencia que se adquiere de la importancia de la democracia como tal para el libre desenvolvimiento de la clase, después del período de Barrientos. Éste, al fundar su gobierno, de corte rotundamente pronorteamericano, en la alianza entre los sectores conservadores del ejército y el campesinado ligado al nuevo sistema estatal, había concentrado la acción violenta del aparato represivo sobre la clase obrera. El resultado de ello fueron las mantanzas de 1965, en la mayor parte de los distritos mineros, y la que ocurrió en 1967 en Catavi, aparte del encarcelamiento y la prisión de los dirigentes sindicales de algún relieve.

En primer término, en esta Tesis figura la descalificación de un proceso revolucionario que tenga en su dirección a una clase no proletaria y su necesaria frustración:

La historia enseña que en la presente etapa en que se desintegra la dominación imperialista, los países atrasados alcanzarán la meta de la civilización, vale decir, del desarrollo integral y armónico, sola-

mente por la vía socialista. Las tareas democráticas, que ciertamente no pueden ser ignoradas, para realizarse en forma plena precisan que el proletariado se convierta en dueño del poder político, como portavoz de la nación oprimida, de nuestros hermanos campesinos y de la población pobre de las ciudades [...] El proceso de tipo democrático burgués que estamos viviendo no tiene posibilidades de mantenerse indefinidamente como tal. Se transforma en socialista mediante la toma del poder por la clase obrera o fracasa.¹⁹

Por otra parte, un rechazo específico de las postulaciones contenidas en la *Estrategia del desarrollo económico social*, a que nos hemos referido en las páginas anteriores:

El nacionalismo burgués o pequeñoburgués busca consumir una serie de reformas estructurales, o sea, pretende superar las formas de producción precapitalistas con la finalidad primordial de modernizar el país, abrir campo a las inversiones foráneas, al capital financiero y mantener indefinidamente el régimen capitalista. El desarrollo estilo CEPAL, los programas de nacionalizaciones y los tímidos intentos de planificar algunos sectores de la economía no tienen más que ese sentido.²⁰

Sobre el nacionalismo militar:

De una manera general, los gobiernos militares nacionalistas aparecen en el escenario debido a la inoperancia y el fracaso político de la burguesía, como carta sustituta para consumir la transformación capitalista indicada más arriba. Es claro que el ejército a su izquierda (porque también existe este fenómeno) es producto de la clase dominante de las peculiaridades nacionales, y por eso mismo lleva indelebles los rasgos de las limitaciones y la impotencia propias de las burguesías nacionales de la época actual.²¹

¹⁹ Tesis política de la Central Obrera Boliviana (COB), La Paz, 6 de mayo de 1970.

²⁰ *Ibid.*

²¹ *Ibid.*

Una recapitulación de la posición obrera frente a los anteriores gobiernos nacionalistas:

Declaramos los trabajadores que en su momento apoyamos a dichos gobiernos ya señalados (los nacionalistas). Los apoyamos no desde el punto de vista puramente lírico, sino con una activa militancia revolucionaria. Sin embargo, fueron estos gobiernos, a pesar de todo, los primeros en abandonar su pose antiimperialista y en concluir como enemigos de la clase obrera y del pueblo [...]

El proceso democrático se estancó en sus albores y, luego, caímos en un mayor predominio del imperialismo, comprobamos, en carne propia, que los procesos democráticos y nacionalistas que no son dirigidos por el proletariado y transformados en un proceso socialista, concluyen siempre en la frustración y la derrota.²²

Sobre la independencia de clase:

Nuestra posición frente a los procesos democráticos dirigidos por la pequeña burguesía no es otra que mantener nuestra independencia de clase, desde el momento en que dichos procesos no resuelven el problema nacional y menos las contradicciones de nuestra sociedad. La táctica de la clase obrera es entroncarlos en la estrategia final del socialismo. Nuestro objetivo es el socialismo y nuestro método para alcanzar dicha finalidad histórica es la revolución social que nos permitirá transformar el proceso nacionalista en socialista.²³

Sobre el capitalismo de Estado:

Para nosotros los trabajadores la lucha antiimperialista tiene un solo contenido: la lucha por el socialismo. Están equivocados aquellos que se afanan por darle otro contenido. Diariamente se viene especulando que el nacionalismo es ajeno tanto al capitalismo clásico como al socialismo. Se insinúa que una política neutra entre ambos

²² *Ibid.*

²³ *Ibid.*

extremos, que llega a su punto culminante bajo la forma de capitalismo de Estado [...] algunos teóricos de esta tendencia sostienen que la América Latina puede lograr su pleno desarrollo económico siguiendo el “modelo nacional del capitalismo de Estado”, por conciliación entre el capital privado con la economía estatal. Ambas formas de economía, al no salir del área del sistema capitalista, concluyen consolidando nuestro atraso y dependencia [...]

No debemos olvidar que Bolivia es, fundamentalmente, un país atrasado. Y es atrasado porque continúan pendientes de realización ciertas tareas democrático-burguesas. Por tal razón, está cerrada toda posibilidad de desarrollo económico integral dentro de las formas de una economía capitalista, sea ésta privada o estatal, o la llamada “concertación” de ambas, mientras no se rompa definitivamente con el imperialismo.²⁴

Sobre la hegemonía del proletariado y su sistema de alianzas:

La experiencia de 1952-1964 nos enseña que una revolución, para ser victoriosa, no debe detenerse sino continuar hasta el fin, y que el problema decisivo es la cuestión de saber qué clase controla el poder. No basta la acción insurgente de las masas sino definir quién asume la dirección de esa insurgencia. No basta la participación heroica de la clase obrera en los acontecimientos del país, sino la forma que asume esa participación y si ella actúa en pos de sus propios objetivos. Es preciso, en fin, que conquiste el rol hegemónico en el curso de la lucha, atrayendo hacia su lado a las masas campesinas y a los amplios sectores urbanos [...] El problema que se le plantea al proletariado boliviano es el de constituirse en una poderosa fuerza social y política independiente y actuar dentro de la apertura nacionalista y democrática para conquistar el poder. En este sentido, los trabajadores rechazamos toda posibilidad de volver a la experiencia negativa del llamado “cogobierno”, que cerró el camino de la clase obrera a la conquista de todo el poder y que, al haberse convertido en un instrumento de control y freno de la

²⁴ *Ibid.*

pequeña burguesía sobre los trabajadores, terminó en el mayor de los desprestigios por la traición que significó al rol histórico del movimiento obrero.²⁵

LA ASAMBLEA POPULAR

Es sobre la base de esta Tesis que se constituye en 1971, durante el gobierno de Torres, la Asamblea Popular. La Asamblea misma fue una evolución orgánica del Comando Político de la clase obrera, que dirigió la huelga de masas que impuso el triunfo de Torres, su contragolpe, frustrando el golpe derechista del sector reaccionario del ejército en octubre de 1970. La clase obrera no se entregó entonces a un abstracto antigolpismo: posibilitó el éxito del sector democrático del ejército, pero en lugar de incorporarse a él, se abocó a la organización de su propio poder.

¿Cómo se definió a sí misma la Asamblea Popular? En su Estatuto dice: “La Asamblea Popular es un frente revolucionario antiimperialista dirigido por el proletariado”.

Luego, explícitamente:

Reconoce como su dirección política al proletariado y declara que su programa es la Tesis Política aprobada por el IV Congreso de la Central Obrera Boliviana, realizado en mayo de 1970.

La representación proletaria será indefectiblemente el 60% del total para efectivizar su dirección política dentro del frente antiimperialista.²⁶

No pueden participar en la Asamblea todos los partidos, sino aquellos que suscriban la Tesis de la COB y que tengan antecedentes no contrarios a la clase obrera.

En las bases de Constitución, se dice que

²⁵ *Ibid.*

²⁶ Asamblea Popular, Estatuto, 1 de mayo de 1971.

Hay que recoger una experiencia que confirma a plenitud la teoría y que debe desarrollarse: el funcionamiento de la COB como asamblea popular después del 9 de abril de 1952. En los hechos se erigió en un poder real y no legal. Obligó al Gobierno a dictar las medidas reclamadas por las masas populares. El poder de la clase obrera y las organizaciones profesionales y políticas representó en ese breve período la fuerza concentrada del proletariado, cuya primacía sobre los demás sectores se manifestó en la acción ejecutiva propia, sin acondicionarse al gobierno de la Nación. Por tanto, la Asamblea Popular debe expresar, en lo fundamental, los intereses del pueblo dirigido por la clase obrera.²⁷

Aquí, naturalmente, se nota una clara conciencia del carácter estatal que tiene la Asamblea, lo cual se ve confirmado en el párrafo que habla de que

[...] aún no actuamos en una revolución social, pero el período de transición de la época actual, principalmente en nuestro país, induce a conformar órganos del gobierno central que constituyan la expresión de una política propia y de concentración de fuerzas que asignen a la Asamblea la verdadera calidad de poder dual.²⁸

Pero la Asamblea no es tampoco una negación a secas de toda la política del gobierno democrático:

El carácter independiente no supone prescindencia o neutralidad, desde que la Asamblea Popular, al luchar por la liberación nacional, sostendrá las medidas revolucionarias, actuará conjuntamente con el Ejecutivo contra el fascismo y el imperialismo o alternativamente se pondrá frente al Gobierno cuando las medidas de éste atenten contra los intereses del pueblo y se aparten del proceso.²⁹

²⁷ *Ibid.*

²⁸ *Ibid.*

²⁹ *Ibid.*

LOS PROBLEMAS HISTÓRICOS DE LA ASAMBLEA POPULAR

Éstas son las bases teóricas y las enunciaciones de la Asamblea Popular. Veamos ahora su índice de eficacia histórica y sus obstáculos.

La Asamblea era obrerista; pero eso no era sino literatura, puesto que no era eficaz en la misma medida en que era obrerista. Ahora bien, el sobredesarrollo de las corrientes sindicalistas con la política boliviana es algo que resulta de la historia del movimiento popular; no es una mera forma: es como si estuviera dentro de él. Es verdad (ésta es una correcta apreciación de Guillermo Lora) que los obreros bolivianos casi nunca concibieron el sindicato como un mero sindicato. En los grandes momentos sobre todo, las organizaciones obreras funcionan como una suerte de soviets, asumiendo tareas que corresponden al Estado.

Incluso cuando existe el doble poder, en 1952, no se habla en él del *poder obrero* (es decir, de la ideología proletaria encarnada en el partido obrero) a un costado y del poder burgués al otro. Se habla, en cambio, de la COB —es decir, la organización sindical— y del partido democrático-burgués, como si los sindicatos hubieran ocupado el papel del partido bolchevique.

En el ascenso de las masas, tal como sucedió en Bolivia, los sindicatos son determinantes, pero en cambio los partidos no lo son en los sindicatos. La FSTMB, por ejemplo, siempre fue más importante y poderosa que los propios partidos a que pertenecían sus integrantes. El sindicalismo sobrevive a todas las persecuciones, pero, en contraste, ningún partido logra reemplazar al MNR en el control de los sindicatos, control que, además, el MNR perdió muy temprano. Hay pues una hipertrofia en el papel de los sindicatos que caracteriza a todo el proceso histórico boliviano.

Es un fenómeno que también se manifestó en la Asamblea Popular, incluso en sus requisitos estatutarios.

Era correcto, para mencionar un caso, establecer un predominio proletario, es decir, una superioridad cualitativa sobre la cantidad del proceso, que eran los campesinos, clase burocrática, dependiente y osificada en la conquista democrático-burguesa de

la tierra. Esto significaba que no se elegía un proceso democrático-formal, sino que se pensaba en efecto en la construcción de la dictadura del proletariado como definición del doble poder. Pero si esto era un soviet, era un soviet sin el partido de la clase obrera, y así, en lugar de que triunfara la ideología proletaria en manos del partido revolucionario, triunfó la línea sindicalista, que sólo a medias respondía a los partidos. Los dirigentes sindicales, *v. gr.*, pertenecían a partidos que votaron contra Lechín; pero ellos mismos votaron por Lechín, porque era miembro de la Federación y ésta lo había resuelto así.

La confusión entre lo que es la ideología proletaria, la posición obrera y la condición obrera se mostró típicamente. Se daba más importancia a la extracción de clase y aun al origen de clase (condición obrera) que a la ideología del proletariado y, en todo caso, la posición obrera (es decir, la posición de *esa* clase obrera en coyuntura) dio un matiz sindicalista a la Asamblea. Por esta vía, se puede decir que la Asamblea Popular fue la fase más alta del proceso populista de las masas bolivianas, en lugar de ser el primer órgano de poder de la revolución socialista.

Veamos también otro aspecto que puede llamarse *el de la no correspondencia entre las organizaciones y el movimiento de bienes*.

Los mineros habían entrado en la política en la década de los cuarenta. Fue el MNR quien los introdujo, y también el que metió en la política a los campesinos en la década de los cincuenta. Hasta entonces, ambos sectores no existían para los fines de la política, sino por irrupciones. La política se definía en el margen correspondiente a las capas urbanas intermedias. Por eso el MNR pudo desarrollarse como un auténtico partido de masas. El MNR dio a las masas su carácter (pequeñoburgués, nacionalista, populista), y las masas dieron su carácter al MNR, que se amoldó a ellas a lo largo del tiempo; fue un partido radical cuando las masas eran radicales (en el 52); cuando las propias reformas demoburguesas despertaron sentimientos conservadores en ciertos sectores de las masas, como los campesinos, el MNR se hizo conservador. Aquí corresponde una digresión, para el buen desarrollo del asunto. Es el problema de la relación entre las masas y los partidos de la

izquierda. La movilización de las masas, ¿se desprendía de los partidos, había sido organizada por ellos o, por el contrario, los partidos de izquierda se beneficiaban, en la negociación política, con un ascenso de masas previo a ellos?

El populismo es la forma en que existieron las masas de Bolivia, y el espontaneísmo su método, el MNR su partido, Lechín su jefe sindical. Naturalmente, el populismo ya fracasó como fórmula de poder en 1964, el espontaneísmo ha sido vencido cuantas veces ha sido necesario por el ejército, el MNR no vino a ser sino un harapo de lo que fue, y Lechín no sobrevivía en el momento de la Asamblea sino en la medida en que se amoldaba a los hechos, casi como una costumbre de los sindicatos. Pero cuando Ovando abrió las compuertas que contenían a las masas, cuando dejó el barrientismo, las masas existieron de la única manera que sabían existir: espontáneamente. Esto puede decirse de otra manera: las masas se movilizaban hacia un lado y los partidos hacia otro; los partidos eran como parásitos de una movilización de masas que no les pertenecían; trataban de explotar ese movimiento pero, en definitiva, no lo conducían y, por el contrario, acabaron por seguirlo. Aquí sí, como dijo Lenin de 1905, “Las organizaciones habían quedado atrás respecto al crecimiento y la envergadura del movimiento”.

¿Cómo eran, por ejemplo, las masas obreras en ese momento? Eran populistas; su dirección ya no lo era y sus dirigentes eran lo mejor que había en toda la política del país. Pero las masas mismas, por su visión de la política, por sus hábitos, por sus propósitos, son populistas. Su punto de decisión política era la asamblea, como la plaza del pueblo entre los campesinos, pero no el partido. La propia Asamblea Popular, al exacerbar el acento en la consideración del concepto de la condición obrera, al hiperbolizar la extracción de clase y la ideología de clase, era una institución que seguía las inclinaciones auténticas de las masas, su patriotismo obrerista, pero sin organizarlos para llegar a un grado político superior. Es una realidad desgraciada: la deserción del MNR corroboró el defecto de las masas bolivianas, que es la desviación sindicalista. Cuando el ascenso de masas es expresa-

do sólo por un instante por un partido que no asume el carácter final de dicho ascenso o no puede cumplir las tareas que le pide, se puede decir que la historia sucede de una mala manera.

Aun en esas condiciones, sin embargo, la Asamblea fue la más avanzada expresión del poder obrero, una experiencia que no había existido jamás en parte alguna de América Latina. Hay que preguntarse por qué el proletariado fue súbitamente poderoso el 7 de octubre y cómo fue tan débil políticamente durante el barrientismo. Las cosas se presentan como si no fueran una misma clase, sino dos clases distintas; tanta es la diferencia entre un momento y el otro. Es, otra vez, algo que resulta no de su colocación en el proceso de la producción, que es el mismo en un momento y en el otro, sino de un devenir interno como clase y, aún más que eso, de su acumulación como acontecimientos, es decir, de su historia en cuanto clase, que es lo que le da lo que se puede llamar *un modo de ser*. Está a la vista que la clase tiene flujos y reflujos, que su comportamiento es distinto en situaciones distintas; pero es básicamente una clase victoriosa y tiene un ánimo ofensivo. En una misma colocación estructural, una clase puede, en efecto, desarrollar una distinta personalidad según el grado de éxito que tenga en su táctica, en el azar de sus dirigentes, en la fortuna de sus operaciones. ¿Cómo era que esta clase, que imponía la ley a todas las demás, que tuvo en el 52 un poder tan inmenso como para liberar a otra clase, la más extensa, un poder, convengamos, más grande que su propia madurez, sin embargo no pudo organizar, en mayo del 65, la mínima resistencia ante la ofensiva de la Restauración? ¿Y cómo ahora, en octubre del 70, podría otra vez obligar a un gobierno a aceptar formas así sea nacientes de un poder dual, en una suerte de esfuerzo de restablecimiento del estatus histórico del 52?

Estos hechos tienen una relación o dependencia respecto de lo que ocurrió en Ñanchahuazu en 1967 y en Teoponte en 1969. En ambos casos se verá hasta qué punto el aislamiento del proletariado conduce, al contrario de lo que podría suponerse, a una pérdida en su carácter, de qué manera su verdadero *tempo*

no se realiza sino en conexión con las otras clases, cómo, para el proletariado, la posición natural es la de dirigir al frente de clases oprimidas y no el aislarse de ellas. En ambos casos, en efecto, en Ñancahuazu y Teoponte, se intenta la instalación de focos guerrilleros; en ambos casos, el ejército reprime salvajemente a la guerrilla y la extermina. La guerrilla no consigue sobrevivir; tampoco logra, por consiguiente, su expansión política hacia las masas. Sencillamente, no tiene tiempo para hacerlo, es vencida en su fase primera. Pero una cosa es el fracaso militar y otra el fracaso político, y aun es posible un fracaso político inicial, localizado, y un éxito político diferido, difuso. Las repercusiones de las experiencias guerrilleras en la formación política del país serían inmensas, en efecto, y la guerrilla tendría arraigo allí donde no se lo proponía o donde se lo proponía menos. ¿Qué quiere el foco guerrillero en materia de movilización política? Quiere la actividad, el respaldo y la conciencia de los campesinos, inicialmente los del lugar donde se desarrolla. Pero el campesinado había creado en Bolivia una relación de dependencia no respecto a la clase obrera, que lo liberó *realmente* desde el Estado del 52, sino respecto al aparato estatal como tal, es decir, con relación a la máquina estatal desde la que ya formalmente se hizo la liberación. Se dice por eso que es una *clase funcionaria*: cree en cualquier poder que le respalde la posesión de la tierra, que ha sido su objetivo político secular, su programa único y su identificación. He aquí cómo el precoz desarrollo democrático-burgués expandió el elemento humano de asiento del Estado que estaba creando. Pero lo de Ñancahuazu y Teoponte se afincó en el corazón de las pequeñas capas medias, que era la juventud pequeñoburguesa de las universidades y colegios.

Con este fundamento, las masas se movilizaron en tiempo de Torres con cierta eficacia, puesto que para ello les habilitaba la ruptura del aislamiento obrero, y con ciertas flaquezas, porque no lograban vencer del todo las endeblesces de su pasado. No renunciaron a ellas, ciertamente; en alguna medida, las desarrollaron. La Asamblea fue —de algún modo— el desarrollo culmi-

nante de las desviaciones esenciales del proceso revolucionario boliviano.

La ausencia o vacío que explica esa distorsión es la falta de la existencia de los partidos obreros, o, si se quiere, la existencia insuficiente de los partidos obreros. El MNR no fue jamás el partido de la clase obrera. La clase obrera militó en su seno casi en su totalidad, en determinado momento, pero eso no quería decir que fuera el partido de la clase obrera. No era un partido marxista-leninista ni era el partido de una clase, sino la alianza de varias clases bajo la hegemonía ideológica y práctica de la pequeña burguesía. Pero era el partido debajo del cual, y en cuyo nombre, se produjo el ingreso del proletariado a la política, su manifestación superestructural. En este sentido, era el partido al que la clase obrera se refería en aquel momento de su desarrollo.

Cuando el MNR fracasó en su intento de hacer una revolución democrático-burguesa dentro del cuadro de la dominación imperialista, cuando se frustró la expansión económica e institucional que se procuraba desde dentro del capitalismo dependiente, se produjo una pérdida o desgarramiento. La clase obrera dejó de tener un punto político de referencia, por lo menos uno que tuviera la eficiencia y la extensión del MNR. En un esfuerzo, que no era consciente, el movimiento de masas intentó reemplazar al partido en el seno del sindicalismo mismo; nadie lo decía, pero allí operaba, en los hechos, cierta oscura convicción de que la diferencia entre sindicato y partido no estaba sino en la amplitud de su propósito, que el partido era como un sindicato más avanzado y que, por consiguiente, el sindicato podía atribuirse históricamente el papel del partido. Pero esto, que operaba en los hechos tanto como se enmudecía a sabiendas en las discusiones, a la vez que acentuó la deformación del proceso, resultó largamente insuficiente. La Asamblea Popular intentó reemplazar ese vacío en la conducción de las masas, porque otra vez de un modo heterodoxo impuesto por la realidad de la situación era como si los soviets hubieran estado compuestos en Rusia mayoritariamente por los sindicatos. Quería ser el instrumento político del movimiento sindical, instrumento todavía sindical en lo básico (porque

se fundaba en la extracción de clase), aunque con la participación de los partidos de izquierda (que prestan más importancia a la ideología de clase, o deberían hacer tal). Pero la Asamblea no tenía tiempo para lograr su extensión; apenas si existió lo suficiente para decir que existió. Lo preocupante de su programa, y no de su existencia, era parte de la inoperancia obligatoria que resultaba de su conformación sindicalista.

La preocupación porque la Asamblea existiera, en lugar de conformarse con que la COB asumiera la representación política de la izquierda, como ocurrió en el 52, demuestra ya hacia dónde iba la conciencia de la izquierda. Estaba claro que Bolivia tenía un poderoso movimiento de masas que, por las modalidades de su desarrollo, intentaba con grandes dificultades crear *a posteriori* una vanguardia política (por una vía ecléctica, no ortodoxa), casi contrariando el decurso normal del crecimiento político, en el que la vanguardia debe crecer junto al movimiento, impulsándolo, corrigiéndolo y siguiéndolo. La prueba de que esta carencia estaba en la conciencia de la izquierda es que la Asamblea existió; la prueba de que no existió en el grado suficiente es que el predominio sindicalista era todavía un requisito estatutario.

ALGUNAS CONCLUSIONES

En todo caso, cualquiera que fuera la debilidad interna de la Asamblea, estaba claro que se trataba de una avanzada clase obrera y que los propios problemas teóricos que proponía eran de una importancia singular. Ahora bien, un pensamiento sociológico marxista no puede surgir con verdadera fuerza sino allí donde hay a la vez un poderoso movimiento obrero. Es un *pendant* necesario: donde no hay pensamiento obrero, el impulso espontáneo de la clase se interrumpe. Donde no hay impulso espontáneo, la sociología marxista se vuelve ciencia pura, y ya no es marxista. Es el tipo de problemas que va planteando la clase en su desarrollo lo que da lugar al pensamiento marxista.

Si “las ideas de la clase dominante son las ideas dominantes de cada época”, es evidente que la burguesía, que aun en su for-

ma secundaria no hace sino acabar de constituirse en Bolivia, no es una clase realmente dominante. La difusión del pensamiento marxista tiene tal extensión en el país que, desde 1952 hasta hoy, ningún gobierno se atreve a excluirlo, por ejemplo en los sindicatos o en las universidades, por lo menos en su uso terminológico. Las mismas ideas que la burguesía expone son aquellas que supone que pueden ser aceptadas por el movimiento obrero. El proletariado, sin embargo, no ingresa en la política real del país sino en la década de los cuarenta y, aunque adquiere un crecimiento fulminante, no hay duda de que se trata de una clase joven. Los obstáculos que le impiden tomar el poder, incluso cuando se configura como la clase materialmente vencedora, son entonces los que se derivan de su propio desarrollo interno.

Aquí nos topamos con la cuestión de la adecuación o asimilación. Aunque el proletariado es en Bolivia mucho más proletario que la burguesía como burguesía, por las razones dichas, sin embargo carga también con las derivaciones de su participación subordinada en una gran revolución democrático-burguesa y, en general, debe decirse que sólo sus sectores avanzados son hoy clase para sí; la clase en su conjunto es también una clase inconclusa. Ha dejado de ser ya una clase en sí, pero no ha llegado todavía en bulto a ser una clase para sí.

Desde el momento de la transposición escolástica y elemental de las ideas marxistas hasta hoy, la experiencia teórica del proletariado boliviano ha recorrido mucho trecho. Sin embargo, si la asimilación se produjera sólo por la vía del estudio del marxismo, los grados de inmadurez que el proletariado detecta en cada una de sus derrotas serían sólo consecuencia de la falta de lecturas de los intelectuales de la clase obrera.

Es algo que poco tiene que ver con el promedio general del nivel cultural de un país. Sea bajo o alto dicho promedio cultural abstracto, una clase se plantea los problemas que le ocurren. Por eso, el socialismo científico le sirve de fuente indispensable, pero la adecuación de la tesis general y universal a la táctica inmediata es algo que no se puede aprehender sino en las discusiones in-

ternas de la clase, en su crítica a las posiciones emitidas desde las otras clases y en su invasión práctica a las clases que debe someter.

Un país atrasado puede producir una avanzada clase obrera y, por el contrario, los países avanzados suelen implantar mecanismos de alienación y aristocratización eficientes como para impedir el desarrollo de su clase obrera. Éstos son supuestos que hay que tener en cuenta en todo debate sociológico en torno de Bolivia.

El proceso de integración de la clase obrera en Bolivia puede distinguirse a través de tres etapas:

1. La etapa del espontaneísmo de clase. En este momento, el carácter espontáneo del movimiento obrero es lo predominante de un modo casi absoluto. Dura desde 1940 hasta 1952, por lo menos, aunque sus resabios son por demás considerables en todo lo posterior. El carácter meramente espontáneo de esta etapa no podría sino servir a las modalidades populistas del MNR, cuya principal figura obrera fue Juan Lechín.

2. Es obvio que movimientos verdaderamente espontáneos no ocurren sino por excepción. Por tanto, cuando se habla de espontaneísmo se hace alusión a un carácter dominante. Ha habido antes una distribución molecular de la agitación, que es un riesgo ideológico y, por otra parte, tampoco es imposible adoptar al propio espontaneísmo como un pensamiento, una manera de concebir la actuación de las masas en el momento revolucionario. La descripción del movimiento espontáneo como un carácter esencial del proceso revolucionario puede ser una teoría; de otra manera, no habrían existido Rosa Luxemburgo ni el primer Trotsky.

3. El momento de la construcción del partido de la clase obrera. Lo importante en este campo no es tener en abstracto la idea de la necesidad del partido, sino que ella sea una necesidad conscientemente apetecida por la clase. Es verdad que los partidos marxistas existen desde hace varias décadas; pero sólo adquieren un contenido importante cuando los obreros abandonan el

populismo, que ya ha defecionado, sufren nuevos fracasos en la reiteración de sus incursiones de tinte espontáneo, y, en cambio, logran éxitos inusitados allí donde la conducción es llevada por los partidos obreros, como ocurrió en la transformación democrática del régimen de Torres y en la construcción de la Asamblea Popular, aunque cargando con el peso de la tradición anterior.

De cualquier forma, el concepto fundamental que se deriva de las discusiones en la clase obrera boliviana es el de *la acumulación en el seno de la clase*. Esto tiene derivaciones importantes y se refiere de hecho a los métodos de la clase obrera. La propia aseveración de que la clase no excluye ningún método y de que no se liga tampoco a ninguno en especial, de que la transferencia del método y el repliegue desde el método son opciones propias del partido y no de la agrupación elemental, en fin, todo ello, no halla su implantación sino en la lucha teórica con los sectores que penetran en la discusión obrera ya comprometidos con métodos específicos, como es el caso de los grupos maoístas y los vanguardistas en general. La experiencia guerrillera del 67, en la que murió el comandante Guevara, fue uno de los acontecimientos-fuente de esta discusión.

Con todo, se distingue entre lo que son métodos de lucha y método de conocimiento. Para lo segundo se parte, como es elemental en el marxismo, del análisis de las situaciones concretas desde el punto de vista de la composición de clase de la situación y, aunque esto no es para nada una novedad para un sociólogo profesional, sí lo es como práctica intelectual en manos de una dirección obrera; por consiguiente, las cuestiones no ligadas al devenir de la clase se vuelven librecas y la clase no las adopta.

Si se analiza la actuación de los obreros en el momento de la Asamblea Popular o las huelgas generales organizadas por los fabriles en medio de la represión más extensa, en 1972, o la huelga campesina de Cochabamba de 1974, está claro que nada de eso habría sido posible si la masa no hubiera tenido ciertos métodos incorporados así, es decir, si no se hubiera producido esto que llamamos *la acumulación* en el seno de la clase. Pero, en cambio,

los intentos de implantación de focos guerrilleros en Nancahuazu y Teoponte, o la débil experiencia de enfoque maoísta en Santa Cruz, en 1971, demuestran que no se trataba de métodos no incorporados.

En cambio, de las experiencias de 1952 y 1971 surge ya la elaboración en principio de una teoría del Estado de la clase obrera, sobre todo a partir de las discusiones acerca del poder dual que, a escala latinoamericana, fueron prácticamente exclusivas de Bolivia, aparte de algún planteamiento lateral en Chile. Pero no hay duda de que es en Bolivia donde las discusiones en torno del tema adquieren una real envergadura.

He aquí, por último, una lista de los temas que han sido discutidos por el movimiento obrero boliviano y que se pueden exponer en este trabajo:

1. Teoría de la crisis nacional general.
2. La acumulación en el seno de la clase.
3. Problemas de la mutación en el seno de la revolución interrumpida.
4. Sobre la cuestión nacional en un país atrasado.
5. Estructuras del cambio del poder político en la fase no proletaria.
6. Relación clase-partido-Estado.
7. La irradiación de clase. Problemas que emergen de la expansión de la clase obrera.
8. Discusión sobre el sujeto del poder político en las revoluciones democráticas avanzadas.
9. El carácter de la revolución en Bolivia.
10. Sobre las alianzas. Diferenciación campesina, la lucha democrática por la influencia en los sectores intermedios.
11. Condiciones tácticas de la explotación de las divisiones interburguesas.
12. Carácter del partido en países atrasados con procesos democrático-burgueses esporádicos.
13. La teoría de la semicolonía aplicada a la experiencia nacional.

14. Problemas del reconocimiento interno de la clase y las regresiones en el movimiento obrero.
15. La cuestión de los métodos.

LAS MASAS EN NOVIEMBRE¹

Tocqueville escribió que “no es en el ejército donde debe buscarse el remedio a los vicios del ejército, sino en el país”.² Esto parecería decir que hay un anhelo de castigo en el que lo recibe, a la manera de los discursos actuales de la microfísica del poder.³ Es cierto que es mucho pedir a un país como Bolivia que se declare además culpable de lo que sus militares han hecho, y no lo es menos que no se pueda evitar un sentimiento de escarnio cuando se delibera acerca de esta historia.

El rencor sirve de poco. En realidad, no sirve de nada, o sea: *el rencor no conoce* ni aun cuando sea él mismo legítimo. Lo que importa de la frase de Tocqueville es que el ejército, si es que tal llamamos al monopolio del aparato represivo del Estado o *stricto sensu* a la violencia organizada y legítima del Estado, no es algo que existe en el aire. Tiene, por cierto, una relación de intensidad con el Estado. El ejército, en otros términos, culpable aparente de este complejo de situaciones, es como la síntesis del Estado. Lo reduce a su epítome represivo, mas si ello puede ocurrir es porque el Estado mismo es la síntesis de la sociedad.

¹ Texto extraído de *Bolivia hoy*, México, Siglo XXI, 1983, pp. 11-59.

² Véase Alexis de Tocqueville, *La democracia en América Latina*, México, FCE, 1957.

³ Véase Michel Foucault, *Microfísica del poder*, Madrid, La Piqueta, 1978.

Ocurre con esta síntesis lo que con otra cualquiera. Puede ser que el riñón sea la síntesis de lo que el cuerpo es, pero no se hace un cuerpo con un riñón. Aspira a reproducir en una suma lo que sintetiza, pero es como ello *más* su astucia o calificación. En este sentido, el ejército es la síntesis connotada del Estado, y el Estado la *síntesis connotada* de la sociedad. El principio de la connotación es la base de todo el razonamiento de la política. El ejército, la necesidad final o fondo arcaico del Estado; el Estado, el límite dentro del que se permite existir a la sociedad: la sociedad, la ley del Estado, el Estado, la ley de la sociedad. Pues bien, ninguna institución (y todas las instituciones son formas organizadas de los fracasos humanos) encarna de un modo tan trágico, épico y enfermo la *razón de Estado* o irresistibilidad como el ejército. Los soportes (los oficiales, carne y hueso) de este órgano de la irresistibilidad (el ejército, institución) viven ello de una manera tal que la absolución está inmersa en el acto mismo: lo que se hace allá, en el seno de la liturgia militar, está dentro de la razón del Estado. Los actos de uno, en ese escenario, llevan en sí su propio perdón. La *carga* de la acción es distinta de otra cualquiera. Los hombres comunes pensamos en cambio en los militares como en hombres comunes. En esta dicotomía, que proviene tanto de la ideología esencial del Estado como de la ideología con que uno se juzga a sí mismo, radican los términos provisionales de la contradicción presente.

CIRCUNSCRIPCIÓN DEL ASUNTO

No nos proponemos en este trabajo cosa distinta que digresiones de sentido común acerca de dos años de la historia de Bolivia, disquisiciones elementales. Nos interesan sobre todo el ejército como *quid* de la clase dominante y las masas, o sea que es la historia de una enemistad. Podríamos proponerlo también por la vía contraria: decir, por ejemplo, que lo que nosotros llamamos *opresores* no son solamente opresores sino que tienen, por otra parte, las razones de su propia moral ideológica para hacer tal cosa y también ciertas razones *técnicas*, por decirlo así. O sea que la *ra-*

zón reaccionaria como explicación del mundo existe lo mismo que la nuestra, y la superioridad de una o de la otra es algo que debe probarse. Falta por resolver cuál es la prueba de una superioridad. Decir, por otra parte, que un oprimido, en tanto no demuestre lo contrario (es lo que tratamos de hacer), es siempre culpable de no haber sabido vencer. Se dice fácil; en cambio, *vencer, mandar*, son actos que conocen muy pocos hombres. Aprender a mandar es quizá el problema más profundo que debe encarar en cualquier época toda clase que quiere ser libre.

Sin duda éstas son aserciones, pero no lo es el cavilar sobre los temas consecuentes al dilema de la democracia en Bolivia. Intentaremos por tanto un razonamiento acerca de la crisis de fines de 1979 en Bolivia, que es en verdad el tema central, por cuanto se refiere a un momento crucial de la autodeterminación nacional-popular; acerca de la crisis misma como núcleo preeminente del conocimiento de una sociedad atrasada; de la hegemonía no socialista o hegemonía *pobre* de la clase obrera; de la transformación del instinto clásico de la autodeterminación en democracia representativa convertida en una ambición de masa; en fin, de las dificultades de la *representación* de la democracia en una formación abigarrada, de las etapas dentro del Estado nacionalista revolucionario o de 1952, y de la inserción de lo que hemos llamado *mediación prebendal* en el proceso de constitución de un Estado nacional. Es necesario todo esto todavía para contradecir la reaccionaria teoría que aspira a segregar países inteligibles y países no inteligibles.

TEORÍA DEL GOLPE DE ESTADO

Señalemos de principio el eje factual de una discusión de esta naturaleza. En lo aparente, ello debería estar dado por el golpe militar del 17 de julio de 1980, con el cual el ejército, con el general Luis García Meza al mando,⁴ se hizo del poder y negó del

⁴ García Meza se convirtió en una figura notoria porque dirigió la represión de los días de Natusch. Con todo, su ascenso estuvo vinculado a factores también

modo más radical, entre todos los posibles, los resultados de una elección general en la que el principal candidato opositor, Hernán Siles Suazo, había obtenido las condiciones necesarias para proclamarse mayoritario. La Presidencia de la República debió habersele entregado 20 días después en cumplimiento de lo que dice la Constitución Política del Estado. Tratábase, en este país donde el género está demasiado cultivado, de la agresión más despótica, literal y cruda, no digamos a la democracia representativa, sino al sentido republicano más elemental.⁵

Con el pasar del tiempo, uno puede hacerse preguntas: ¿por qué llevar las cosas a esta relación de inmediatez tan procaz? Bastaba con haber impedido, así fuera con la *candidatura de Rojas*,⁶ que Siles Suazo venciera hacía tan poco tiempo. Con todo (y esto va a lo nuestro), lo que ocurrió en los magníficos días temibles de noviembre de 1979, nueve meses antes de esta fecha, fue en cambio *una crisis social y no una mera adversidad de la democracia representativa*. Después de las masas de noviembre, el golpe de agosto era ineluctable. Es ésta una premisa primaria respecto a todo el discurso posterior.

En la construcción de la política en esta sociedad, ¿cuál es el significado de lo que se llama un *golpe de Estado*? Es, hay que decirlo, una suerte de costumbre colectiva o, más bien, es la manera que adoptan el cambio político y la sucesión en el poder en Bolivia. Primera consecuencia, no se trata de una anomalía o

extramilitares. En los hechos, él tuvo que derrocar internamente, rompiendo la línea jerárquica militar, primero a Reyes Villa y después a Rocha Patiño, como generales a cargo del comando en jefe. García Meza, de quien se decía que era pariente de la presidenta Gueiler, condicionó de un modo agresivo todo ese infortunio y preparó el golpe a la luz del día.

- ⁵ Uno de los aspectos que más llaman la atención en este golpe de mano de los militares es la poca avidez que ellos demostraron por presentar argumentos, cualesquiera que ellos fueran. Paz Estenssoro había dado en 1964 el justificativo de la lucha contra su reelección, y ese papel lo cumplió con Torres la Asamblea Popular. Para lo de García Meza no hubo ninguna explicación, y en cambio la legitimación del proceso electoral era indiscutible.
- ⁶ Esto alude a la novela de Armando Chirveches, *La candidatura de Rojas*, que hace una descripción costumbrista de las elecciones en el período oligárquico laboral (1880-1930).

ruptura en la normalidad de la vida. Hablando está eso mismo —esa anomalía— del grado en que lo que se puede llamar el *contrato de la constitución del poder*, o pacto de acatamiento, es algo todavía por resolver en Bolivia, sea porque los factores reales de la sociedad no pueden expresarse (por el *estupor de los siglos*) o porque hay un desacuerdo entre la manifestación democrática y la determinación real del poder, sea porque no hay un espacio en el que puedan pactar aquellos que controlan los términos centrales del poder y aquellos que deberían aceptarlos.⁷

El principio al que nos atenemos es aquel que advierte que en la erección moderna del poder, la legitimidad es algo que debe ser verificable. En otros términos, la cuantificación probable en la estructuración de los órganos y soportes del Estado es un correlato de lo que se ha llamado el advenimiento del yo, o sea, de la igualdad humana comprendida en términos de ciudadanía, es decir, entre la democratización social del capitalismo y la democracia representativa. Se trata nada menos que de la inserción del cálculo o contabilidad racional o predictibilidad, que es un principio que emerge de la universalidad del mercado, en el universo de lo político. En el fondo, por tanto, la democracia con representación no es sino un episodio más de lo que se ha llamado la *reforma intelectual*.

La manera de los hechos bolivianos desmiente, sin embargo, esta lógica de la historia. ¿Acaso no es verdad, como lo demuestran tantas de nuestras vivencias, que un golpe de Estado puede ser tanto o más legítimo que un poder que se achaca a sí mismo el ser “representativo”? En la memoria de la masa, Villarroel o Torres fueron más legítimos (más democráticos y representativos) que Barrientos o Hertzog, para no hablar de Urriolagoitia y

⁷ Se puede decir que el núcleo central del poder está dado en Bolivia por el grupo de los exportadores mineros (que combinan la influencia de la minería mediana sobre la minería estatal, en la práctica controlada por aquélla), la oligarquía cruceña y en orden decreciente las demás, el ejército, la Iglesia, de un modo complejo. Las cifras electorales demostraron la falta de validez consensual de este comando.

Peñaranda.⁸ Es por eso que el *golpe de Estado* retiene una suerte de incertidumbre propia de los acontecimientos incommutables, cuando no es el cariz de un hábito social. Ahora bien, sin la consideración de los hábitos y de los mitos es poco lo que se puede avanzar en el análisis político. Si la democracia representativa es, después de todo, eso, la compatibilización entre la cantidad de la sociedad y su *selección* cualitativa, *ergo*, aquí el azar, la confrontación carismática, la enunciación patrimonial del poder y su discusión regional son tanto más posibles que su escrutinio numérico. No se puede llevar cuentas allá donde los hombres no se consideran iguales unos de otros, o sea, donde no prima el prejuicio capitalista de la igualdad sino el dogma precapitalista de la desigualdad.

Una vez y otra volveremos sobre este asunto. La forma abigarrada y desigual de la sociedad impide en gran medida la eficacia de la democracia representativa como cuantificación de la voluntad política. Con todo, se debe convenir a la vez en que la igualdad siempre comienza por su forma. La forma *igualdad* precede a la condición *igualdad*. Es su prelucción. En otros términos, el amor por *formas determinadas* es ya el anuncio de la existencia subterránea de los acontecimientos sociales. Eso se verá en el propio análisis de este artículo. Por otro lado, eso mismo nos llevará a dudar entre si lo que se prepara en Bolivia es un pacto democrático o una revolución social. En realidad, hay tantos elementos para pensar en una cosa o en la otra. No obstante ello, si la *conjuración* a la Catilina es un arte tan nativo, y si todo cuanto ocurre comienza siempre o termina en un golpe de Estado, si éste es casi un elemento de nuestra vida personal, tal es porque no existe el

⁸ En 1966, Barrientos hizo una elección que lo reeligió, con la complicidad a la larga inexplicable de Ovando. Hertzog fue “elegido” en 1947, cuando el movimiento obrero estaba fuera de la ley y había un vasto movimiento campesino. Urriolagoitia desconoció en 1951 las elecciones que él mismo presidió, que fueron ganadas por Paz Estenssoro, giró un cheque abultado del Banco Central en favor de él mismo, entregó el Palacio a los militares y se mandó a mudar. Peñaranda, cuyo nombre quedó asociado con la masacre de Catavi y los “precios de democracia”, fue elegido por un número ridículo de votos en 1941.

pacto o acuerdo constitutivo, y sin eso la democracia se vuelve una discusión de abogados sobre un contrato que no existe. Bolivia, en este sentido, no tiene una Constitución, ni podría tenerla.⁹

Un golpe de Estado desencadenó la insurrección de abril de 1952 (la Victoria Nacional),¹⁰ y un golpe de Estado puso fin al proceso de la Revolución Nacional iniciado por esa insurrección,¹¹ que fue como un noviembre convertido en abril.¹² El pacto de masas que fue la huelga de hambre en 1977¹³ puso término a la dictadura de Bánzer mediante el golpe que indujo, y otro golpe como éste sepultó la impostura de Pereda, que la había sustituido. Golpe también fue el de García Meza, que rompió la breve fase del auge democrático representativo que se había iniciado con aquella memorable huelga de hambre de las mujeres mineras.¹⁴ Por eso importa tan poco la forma *coup d'état* y tanto, como contraparte, lo que cada uno de ellos convoca o contiene o remata.

LA CRISIS COMO MÉTODO

Tenemos que mientras la democracia representativa no expresa aquí sino circunstancias o islas de la voluntad social, y en tanto el golpe de Estado, cualquiera que sea, no significa por sí mis-

⁹ Sin embargo, hay pocos países que hayan tenido tantas Constituciones. Nos referimos a lo ilusorio de la Constitución como ley de leyes allá donde se ha producido la constitución de lo político.

¹⁰ El golpe militar que intentó el general Seleme en abril de 1952 se convirtió en una insurrección popular, con participación central de los obreros. *Victoria nacional* es la manera en que por *uso popular* se bautizó a la insurrección.

¹¹ El golpe militar de noviembre de 1964, encabezado por los generales Barrientos y Ovando.

¹² Juego de términos para aludir a la semejanza entre los hechos de masas de noviembre de 1979 y la transformación del golpe en insurrección en abril de 1952.

¹³ Un pequeño grupo de mujeres mineras inició en 1977 una huelga de hambre para pedir el retorno de sus maridos y la reposición de sus trabajos. Esto se propaló de una manera inmensa y en determinado momento había en el país centenas, y quizá miles de huelguistas de hambre. Así terminó la dictadura de Hugo Bánzer.

¹⁴ Éste es el golpe del 17 de julio de 1980.

mo casi nada (neutro en su naturaleza), en cambio la crisis es la forma clásica de la revelación o reconocimiento de la realidad del todo social. Esto contiene un modo patético de la manifestación. En principio, en efecto, el poder debería representar, o sea exponer, a la sociedad. No podría hacerlo porque desaparecería y, en consecuencia, la niega, o al menos la enmascara. La crisis se postula por tanto como el fenómeno o la exterioridad de una sociedad que no tiene la posibilidad de una revelación cognitiva empírico-cotejable, sociedad que requiere una asunción sintética de conocimiento.

Si se dice que Bolivia es una formación abigarrada es porque en ella se han superpuesto las épocas económicas (las del uso taxonómico común) sin combinarse demasiado, como si el feudalismo perteneciera a una cultura y el capitalismo a otra, y ocurrieran sin embargo en el mismo escenario; o como si hubiera un país en el feudalismo y otro en el capitalismo, superpuestos y no combinados. Tenemos, por ejemplo, un estrato, el neurálgico, que proviene de la construcción de la agricultura andina, o sea de la formación del espacio; tenemos por otra parte (aun si dejamos de lado la forma *mitimae*)¹⁵ el que resulta del epicentro potosino, que es el mayor caso de descampesinización colonial; verdaderas densidades temporales mezcladas, no obstante, no sólo entre sí del modo más variado, sino también con el particularismo de cada región, porque aquí cada valle es una patria, en un compuesto en el que cada pueblo viste, canta, come y produce de un modo particular y todos hablan lenguas y acentos diferentes sin que unos ni otros puedan llamarse por un instante la lengua universal de todos. En medio de tal cosa, ¿quién podría atreverse a sostener que esa agregación tan heterogénea pudiera concluir en el ejercicio de una cuantificación uniforme del poder? De tal manera que no hay duda de que no es sólo la escasez de estadísticas confiables lo que dificulta el análisis empírico en Bolivia, sino la propia falta de unidad convencional del objeto que se quiere estudiar.

¹⁵ Desplazamiento forzoso de poblaciones que hacían los incas con fines de dispersión cultural e imposición lingüística o quechuización obligada.

Detener la descripción de este punto no llevaría, con todo, sino a pensar que se trata de una dispersión condenada a la dispersión. La entidad social, sin embargo, es una realidad poderosa de una manera enigmática. Esto pertenece a un género de evidencia que contiene sus propias contradicciones (quizá como toda evidencia). Todo ello —mercados, épocas, latitudes, hablas, rostros— pertenece a lo que algunos llaman un *fondo histórico*, que es una acepción más compleja que la unidad fetichista.¹⁶ Es algo sobre cuya causa no vale la pena disputar. Si es el fruto de la apropiación del hábitat o del papel mercantil de Potosí o del convulso destino vivido a lo largo y ancho del tiempo, sea cual fuere, aquí sin duda, desde el *Memorial de los Charcas* hasta Viedma, Toledo y el tambor mayor Vargas,¹⁷ hay una entidad que se reconoce a sí misma. Pues bien, hay una medida en que el sentimiento de la identidad es la prueba de que la identidad existe. La gravedad que tiene la pérdida del litoral, por ejemplo, no consiste en el territorio ni en el excedente que generó, sino en la amputación de la lógica espacial de esta unidad, su congruencia ecológica.¹⁸ Los acontecimientos, teniendo por ellos desde el espacio hasta la familiaridad y la violencia, han producido las premisas inconscientes de la unificación, y en esto es natural no concebir la nación como un mercado. El problema radica en esto, en que la *intersubjetividad* existe¹⁹ antes de las premisas materiales (supuestas premisas) de la intersubjetividad. La realidad

¹⁶ Fue Gramsci quien habló del “fetichismo de la unidad” para aludir al culto mecánico de la uniformidad en lugar de atender a los problemas cultural-ideológicos de la unificación.

¹⁷ Véase Francisco de Toledo, *Tasa de la visita general*, Lima, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, s.f.; Francisco de Viedma, *Descripción de la provincia de Santa Cruz de la Sierra*; *Memorial de los Charcas*, crónica inédita de 1582 (Archivo General de las Indias); José Santos Vargas, *Diario de un comandante de la independencia americana, 1814-1925*, México, Siglo XXI, 1982.

¹⁸ Véase John Murra, *Formaciones económicas y políticas en el mundo andino*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1975.

¹⁹ Véase René Zavaleta, “Notas sobre la cuestión nacional”, en *Teoría y política en América Latina*, México, CIDE, 1983.

no es entonces cuantificable, o la cuantificación no expresa a la realidad sino de un modo remoto, desconfiable.

A contrapelo, la historia, como economía, como política y como mito, se ofrece como algo centrado en la crisis. Es en la crisis que es algo actual porque la crisis es un resultado y no una preparación. La crisis es la forma de la unidad patética de lo diverso, así como el mercado es la concurrencia rutinaria de lo diverso. El tiempo mismo de los factores (y la principal diferencia entre un modo de producción y otro es la calidad del tiempo humano) no actúa de un modo continuo y confluyente, sino en su manifestación crítica. La producción comunitaria o parcelaria en la Bolivia alta, por ejemplo, no sólo es distinta en su premisa temporal agrícola a la oriental, por el número de cosechas y las *consecuencias organizativas* del trabajo del suelo, sino también a la minera, que es ya la supeditación o subsunción formal en acción. El único tiempo común a todas estas formas es la crisis general que las cubre, o sea la política. La crisis, por tanto, no sólo revela lo que hay de nacional en Bolivia, sino que es en sí misma un acontecimiento nacionalizador. Los tiempos diversos se alteran con su irrupción. Tú perteneces a un modo de producción y yo a otro, pero ni tú ni yo somos los mismos después de la batalla de Nanawa; Nanawa es lo que hay de común entre tú y yo. Tal es el principio de la intersubjetividad.²⁰

El conocimiento *crítico* de la sociedad es entonces una consecuencia de la manera en que ocurren las cosas. Esto debería ocurrir siempre; la naturaleza de la materia debería determinar la índole de su conocimiento. La manera de la sociedad define la línea de su conocimiento. Entre tanto, la pretensión de una gramática universal aplicable a formaciones diversas suele no ser más que una dogmatización. Cada sociedad produce un conocimiento (y una técnica) que se refiere a ella misma.²¹

²⁰ Sobre el asunto de la intersubjetividad véase Jünger Habermas, *Problemas de legitimación en el capitalismo tardío*, Buenos Aires, Amorrortu, 1975.

²¹ Hay que distinguir con todo entre la reiteración absoluta, que es propia de las leyes naturales, y el consumo social de esa reiteración, que es algo local y para

LA MULTITUD EN AUGE

Podemos ya escribir por qué postulamos la remisión del análisis no a la secuencia elección-golpe de junio-julio de 1980,²² sino más bien al conjunto de los episodios de masa que ocurrieron en noviembre de 1979. En el ejercicio de aquellas *costumbres colectivas* (las de la conjuración ancestral), el general Natusch Busch, desde un torvo carisma de cuartel, encabezó entonces un pronunciamiento militar²³ destinado a desconocer el gobierno provisional de Walter Guevara,²⁴ que era el fatigado producto al que había llegado el eclecticismo (tan primerizo) del esfuerzo electoral. Guevara, con todo, era también el requisito de la elección siguiente.²⁵ Representaba, él mismo, un desacuerdo entre

cada caso. La transferencia de categorías o paradigmas en cuanto a las ciencias sociales es más complicada.

- ²² Las elecciones en que triunfó Siles Suazo por tercera vez se llevaron a cabo el 8 de junio de 1980. El golpe se produjo el 17 de julio de 1980.
- ²³ El amanecer del 1 de noviembre de 1979 se anunció que el coronel Alberto Natusch Busch se había hecho cargo del poder. Se practicó lo que dice la doctrina del ejército para casos como éste, o sea despliegue inmediato y total sobre la ciudad, y el toque riguroso de queda, algo que no se pudo hacer cumplir. Aunque Natusch ofreció la nacionalización de la minería mediana y el aumento de sueldos y salarios, la matanza empezó de inmediato. Sobre esto corre la versión de que García Meza, en el comando de la represión, fue donde Natusch no quería ir. Esto quizá explique ciertas vacilaciones de alguna parte de la izquierda en ese momento y la posterior adhesión franca de otra al nuevo intento que hizo Natusch en 1981. Sin duda un hombre afortunado en este sentido. No cabe empero sino atenerse a lo que dicen los hechos: que las matanzas se realizaron en su nombre y sin su desmentido actual ni posterior.
- ²⁴ Véase René Zavaleta, “La fuerza de la masa: de Bánzer a Guevara Arce”, en *Cuadernos de Marcha*, segunda época, N° 3, México, septiembre-octubre de 1979. Con una cicatería que se parecía más a una consolidada mala voluntad, Paz Estenssoro y Siles convinieron a lo último en definir el total *empantanamiento* de la decisión del Congreso eligiendo a un viejo compañero y rival, el abogado Walter Guevara Arce. Guevara no consiguió sino tres meses de un interinato muy complicado como pago de una larga carrera política (que tuvo como momento principal el “Manifiesto de Ayopaya”, el más importante documento etapista de la época). La elección de Guevara se hizo el 10 de agosto de 1979, cuando las fanfarrias golpistas se agitaban por minutos.
- ²⁵ El encargo fundamental del Congreso a Guevara fue la realización de la elección siguiente, que debía realizarse al fin de su presidencia *ad interim*, un año después.

el fundamentalismo militar y los bienpensantes civiles, porque Natusch era aquello y Guevara, esto.

Con un aborrecimiento radical por las formas, por lo parlamentario y lo jurídico, Natusch se refugió en el Palacio Quemado mientras sus hombres cumplían la doctrina para la que habían sido preparados sobre todo en Panamá:²⁶ su fugaz hospedaje en el Palacio no pudo ocurrir sin causar al menos 700 muertos.²⁷ Esto mismo es un decir, porque hay muertos y muertos. Lo que se produjo en realidad fue una asonada de la multitud, un aquelarre de la muchedumbre. El actor fue el pueblo de La Paz. Mientras los políticos hesitaban acerca de si aquel felino disfrazado de militar boliviano se parecía más a Busch mismo, a su vínculo²⁸ o a Barrientos,²⁹ los helicópteros ametrallaban sin discriminación a las gentes apeñuscadas en las esquinas de la ciudad, sin duda en actitud de rechazo. En la demostración de su mejor estirpe, más como alma de la sociedad civil que la de las inopes demoras partidarias, la COB³⁰ convocó entonces a la huelga general. Esto

²⁶ Desde 1964, todas las promociones que egresan del Colegio Militar en Bolivia son trasladadas a Panamá por un tiempo a completar su formación. Sobre eso véase el folleto de Sergio Almaraz *et al.*, *El nacionalismo revolucionario contra la ocupación extranjera*, La Paz, s.e., 1964.

²⁷ Es lo que este hombre y sus amigos dejaron como recuerdo a Bolivia.

²⁸ Germán Busch Becerra, héroe de la Guerra del Chaco y dictador suicida (véase A. Céspedes) del nacionalismo revolucionario, tío de Alberto Natusch Busch, el de noviembre. Busch había sido el más carismático de los cuatreadores bolivianos en la Guerra del Chaco, y sin duda conformó una leyenda. Amparándose en ella, Natusch intentó —y en una medida modesta lo logró— hacerse de cierto caudillaje en un ejército que había perdido todos sus caudillos. Natusch es un ejemplo terrible de lo peligrosa que puede ser un alma confusa.

²⁹ Audaz hombre de pleitos que, con base en cierto desprecio infinito por todas las cosas, se convirtió en el dueño de Bolivia por un período de seis años (1964-1970), hasta que su helicóptero fue derribado no se sabe por quién en una quebrada de Arque. Fue un agente del imperialismo y el fundador de la mediación probendal en Bolivia.

³⁰ Central Obrera Boliviana, máximo organismo de masa de los trabajadores bolivianos. Malgrado su estatuto, es un organismo que rebasa a la clase obrera, aunque la privilegia. Está compuesta también, hoy por hoy, por los estudiantes y los campesinos, así como por los trabajadores no productivos y *white collars*. Lechín es, desde hace muchos años, su figura principal.

mismo tenía ya su propia profundidad. Era la primera huelga general obrera que se hacía en defensa de la democracia representativa.³¹ Los hechos, sin embargo, no hicieron más que agravarse y cargarse de significados. Fue también la primera vez que el campesinado como un todo se pronunció por el apoyo a la huelga general obrera, o sea que se trataba ya de un eje de constitución de la multitud, si se quiere, de un bloque histórico. Era la recomposición de la alianza de 1952. No hay antecedentes en América Latina de un apoyo moral de tal carácter a una forma urbana típica como es la huelga.³² En lo que es más importante aún, como acumulación de masa, se produce la incorporación de los métodos políticos de la lucha agraria clásica al patrón insurreccionalista de la clase obrera. La ocupación del territorio demostraría entonces quiénes son los amos reales (porque el espacio ha sido *apropiado* de una manera esencial) y quiénes son los ocupantes militares del país, o sea que el acoso representa aquí no sólo la transformación de la cantidad en calidad, que es retórica, sino la reducción del Estado a su verdad final, que es territorial: es Katari cercando a La Paz.³³ Todos los *pueblos* y ciudades son cercados por la gran *jacquerie* campesina, que tiene, además, la inseguridad de haber sido ordenada por un comando obrero. Es, en la práctica, la unión entre Tupac Amaru y la insurrección de abril, que fue obrera. La definición del campesinado (sobre todo el aymara) en esta coyuntura es un hecho aún más trascendental que su propio brillante comportamiento electoral. En la teoría

³¹ La consigna de la huelga general de 1979 era ésta en primer término, el respeto por el resultado electoral. Es cierto que Gueiler suscribió de inmediato todos los consejos del Fondo Monetario Internacional (FMI) (entre los cuales, la confiscación habitual del salario popular). Las reaccionarias medidas del gobierno de Gueiler precipitaron la expansión de la explosiva protesta urbana a la consistente resistencia campesino-territorial. Pero no se puede hablar de dos episodios sino de uno con dos fases.

³² Véase John Murra, *Formaciones económicas y políticas en el mundo andino*, *op. cit.*

³³ Julián Apasa, el cuarto Katari, que adopta el nombre de Tupac Katari, jefe de la mayor parte de las acciones militares del movimiento tupacamarista. En homenaje a él el milenarismo aymara actual se llama katarismo.

de la *fuerza de masa*, que no corresponde exponer aquí, es obvio que es un caso de interpelación proletaria sobre grandes masas precapitalistas. Esto no necesita ser revelado. Debe resumirse diciendo: la revuelta de la multitud, conmovida de una manera no quiliástica sino programática, porque la interpelación es proletaria, cancela el último proyecto viable de carisma militar y es probable que también, en su sustancia de largo plazo, el propio método precapitalista del *golpe de Estado*, o sea, la inducción no verificable del poder.

Las masas, que habían sido siempre clandestinas respecto a la democracia representativa, componen su asonada ahora bajo el lábaro de la democracia representativa, que se incorpora a su memoria de masa o acumulación en el seno de la clase. Cualquiera que sea la evolución del pensamiento general sobre la cuestión obrera, no hay duda de que aquí la masa se ha constituido en torno a la interpelación proletaria.³⁴

Desde el punto de vista del estudio del Estado, la crisis de noviembre es sin duda el mayor acto separatista de las masas fundamentales con relación al molde hegemónico del Estado de 1952. Los bolivianos temen mucho al término *separatismo*, porque son, igual que los italianos, separatistas en general. Ésta es la principal fuerza que tienen nuestros enemigos sobre nosotros. El acto fundamental de este Estado, aunque sería ridículo plantearlo así a sus propios creadores, fue la universalización del ideograma nacionalista revolucionario. Esto se vio claro en las tres elecciones de los setenta. Sin duda aquí el único vencedor incuestionable fue el Nacionalismo Revolucionario (NR), que es como la *ideología general*.³⁵ Los propios partidos marxistas resultan tributarios furtivos de esta ideología dominante. Es cierto

³⁴ Véase René Zavaleta, "Forma clase y forma multitud del proletariado minero en Bolivia", en *Bolivia hoy*, México, Siglo XXI, 1983. La multitud es entendida aquí como la forma *modificada* de la clase. Es un hecho que el pueblo acató la proclama obrera.

³⁵ No sólo en su sentido ideológico más global. Aunque esto es algo que debe calificarse, no cabe duda de que las discusiones políticas actuales son, para todo fin práctico, discusiones interiores al nacionalismo revolucionario.

que el mismo Bánzer, como heredero de Barrientos, era como la elocución reaccionaria del NR. A pesar del triunfo general de ese ideograma, los *actos prácticos* (porque ésta es la producción de la psicología general) de los mismos que *votan* por el NR muestran un sentido de rebasamiento de la vigencia de aquella hegemonía. Es cierto que en Bolivia se es nacionalista revolucionario incluso cuando no se sabe que se lo es; con todo, la trágica aventura a la que se lanzó Natusch, acompañado por tres o cuatro doctores corruptos, iba a desatar un verdadero acto de ruptura ideológica y de restauración de la multitud. He aquí cómo la historia hizo cosas grandes a partir de pasiones viciosas. Puesto que el conjunto de la política se refiere al NR, por consiguiente la política misma está ahora obsoleta, porque hay una nueva multitud.

Un acto constitucional de las masas: el chaleco NR queda angosto para esto. Con todo, las propias masas mostrarían de inmediato una gran perplejidad respecto a su propio programa hegemónico. El asenso no sólo virtual sino llano y factual de la orden de la COB por los campesinos, o sea la jefatura política de la COB sobre la gran mayoría, se acompaña de un modo desesperante con la proclamación inmediata de un pálido programa de correctivos tecnocráticos a la economía.³⁶

En todo caso, la crisis de noviembre reprodujo de una manera casi física los términos constitutivos tanto de la historia nacional-popular del país como los recuerdos más conservadores de la clase dominante, o sea que cada uno de los polos *recordó* su historia, como si lo de hoy no fuera sino la obligación de lo que dormía en el pasado. Hace cuatro siglos que el señorío practica un “Proceso Mohoza” contra los indios de Bolivia.³⁷

³⁶ En el mismo momento de su máxima hegemonía, cuando el campesinado y todo el sector popular urbano acatan la huelga de la COB, ésta emite un documento económico en términos lánguidamente cepalinos. Pocas veces se pudo ver tan clara la contradicción entre el gran poder del organismo y la pobreza de su programa para el país. Véase René Zavaleta, “Forma clase y forma multitud del proletariado minero en Bolivia”, *op. cit.*

³⁷ Bautista Saavedra, autor de una pieza sociológica tan célebre como *El ayllu*, fue también, de manera significativa, quien siguió el juicio contra los aymaras alzados en Mohoza, aldea de la provincia pacaña donde se produjo una matanza de

Desde otro punto de vista, la crisis de noviembre manifiesta las imposibilidades centrales del Estado boliviano (o sea los límites no democráticos de la revolución democrática de 1952), aun después de su enriquecimiento conceptual posterior a ese momento. El atávico pavor al alzamiento, o sea la idea latente de que *la indiada carga*. *Aguaitar*, por ejemplo, es un verbo campesino. El territorio es el privilegio militar de los que son muchos. Toda la lucha debe girar en torno a la concepción del acecho y del cerco, de la transformación de la geografía en poder. Es en estos términos, poco menos que éónicos, que la masa cancela la lógica del pacto militar-campesino.³⁸ Por consiguiente, si los obreros salen un día de su clausura corporativista, será en el desarrollo de una propuesta surgida del movimiento campesino. Fue Marx quien escribió sobre la *timidez real*: no convertir en política lo que ha existido ya en la violencia de la praxis es como no desearse a uno mismo, querer disolverse.

COMEDIAS POLÍTICAS Y ELECCIONES GENERALES

Veamos cómo se puede cotejar ese concentrado o núcleo con la manera que adquirió la puja electoral. Ni duda cabe de que cuan-

blancos y blancoides dentro de los acontecimientos de la Guerra Federal. En último término, esto devino el juicio, si no a una raza, a una nacionalidad o etnia. Las piezas de este proceso son jugosas al máximo para el estudio de la visión de los vencedores. Esto no fue óbice para que él mismo a su turno, ya presidente, masacrara a los indios de Jesús de Machaca.

³⁸ El llamado “pacto militar-campesino” se estatuyó en el ascenso de Barrientos. En principio parecía una pura manipulación. Después se pudo ver que respondía a sentimientos conservadores reales en el campesinado, a un conformismo explicable después de la realización de *todo* su programa, que no consistía más que en libertad y tierra. Ésta es la base social de todos los regímenes militares que se deslizan sucesivamente hacia formulaciones más y más semejantes a las del razonamiento “social-darwinista” clásico de la oligarquía. Un ejemplo de las ideas racistas de la oligarquía es el libro de Gabriel René Moreno, *Nicomedes Antelo*. Bánzer pensaba lo mismo, aunque es seguro que no leyó este ensayo. Con ese pensamiento, realiza las masacres del valle, con las que se da fin al pacto militar-campesino y comienza la era de la adscripción campesina al órgano obrero (la COB), la era del sentimiento katarista.

do la protesta se condensó hasta ser insoportable, con la huelga de hambre, el bloque banzerista³⁹ estaba convencido de que siete años de dictadura y fáciles vacas gordas habían acobardado a los durísimos sectores populares, o sea que la filfa pura del crecimiento económico había reeducado a la turba en torno al desarrollismo y el orden. La mediocridad del alma se convirtió con Bánzer en un sistema político. Con un optimismo en verdad inexplicable, este hombre que nunca parecería haber estado aquí, pensó sin duda que la promiscuidad entre el poder (que le había resultado baratísimo), el dinero (o sea la mediación prebendal, la *hoja sagrada*⁴⁰ convertida en articulación política),⁴¹ y lo que él pensaba (con esa triste ilusión que todavía consideraba su pensamiento) como una transformación reaccionaria de la opinión pública (si así puede llamarse al rencor constante) habían conformado un esquema invencible.

Siles Suazo, como candidato de la coalición a la que se dio el nombre (en verdad bovárico)⁴² de Unidad Democrática Popular

³⁹ Bánzer, hombre lanzado por la oligarquía cruceña en 1971, hizo un gobierno compuesto casi en su totalidad por gerentes. El poder se articuló por la vía prebendaria, pero también adquirió, por tanto, cierto acento patrimonial. El poder servía para construir los patrimonios, pero también el patrimonio se volvió un requisito para la política. Los hombres de negocios se hicieron ministros.

⁴⁰ Fue con Bánzer que cobró importancia el tráfico de cocaína, sobre todo hacia Estados Unidos. Un ministro suyo —Tapia— fue detenido en Canadá con un importante contrabando de esa droga, cuyo consumo en raciones ínfimas es una costumbre tradicional del hombre andino.

⁴¹ Esto no se dice en abstracto. Sin duda, la instalación de los servicios de inteligencia norteamericanos y de redes ligadas a él en el tercio final del gobierno del MNR (y ya como gran despliegue de Barrientos) determinaron cierta decadencia del método golpe de Estado. Desde entonces, excepto los golpes de sorpresa de Ovando (sorpresa cerrada) y de Torres (sorpresa política, abierta), no podía existir un golpe que no fuera aprobado por los yanquis. Con el modo prebendario, Bánzer añadió a esta nueva certeza anticonspirativa la cohesión efectiva, porque compró las lealtades, o sea que el ejército estaba unido en efecto.

⁴² Es Tamayo quien entiende por *bovárico* la tendencia al calco burdo de los modelos europeos a las necesidades americanas. El desdén filosófico de Tamayo por eso es quizá el aspecto más respetable de la actitud hacia los bolivianos como pueblo. En todo caso, los usos *bovéricos* son lamentablemente frecuentes. Falange, por ejemplo, se funda a fines de los treinta, por inspiración de Puente, pensando ni

(UDP), triunfó (porque hasta las sociedades más tristes producen cierto género de triunfos) en las elecciones convocadas por Bánzer en 1978, por Padilla en 1979 y por Gueiler en 1980.⁴³ Las circunstancias, es claro, eran diferentes en cada caso. Mientras Bánzer jugaba a la sonreída ilusión del maximato, Padilla en la política, como aquél en la literatura, hacía prosa sin saberlo, en tanto que Gueiler había sido puesta para eso y estaba resuelta a no hacer más.⁴⁴ Siles Suazo representa entonces un decisivo cruce de

siquiera en la Falange española sino en la chilena, disidencia católica del Partido Conservador de ese país. El Partido de Izquierda Revolucionaria (PIR) mismo se funda después de una visita de José Antonio Arce a Chile, y la disidencia del PIR que funda el Partido Comunista de Bolivia (PCB) está formada por militares del PIR que habían ido a una escuela de cuadros en Chile. El Partido Socialista, entonces de Quiroga y Aponte, se funda con ese nombre como consecuencia del triunfo de Allende en Chile, e intenta utilizar esa introducción en sociedad de inmediato. Lo mismo puede decirse del MIR, que referido a una radicalización católica chilena, toma el nombre de un partido asimismo chileno. A ningún hombre de cuello y corbata se le habría ocurrido llamarse *katarista*, por ejemplo. Estas originalidades son propias de otra clase de gentes. La UDP misma toma demasiado del hombre de la Unidad Popular.

⁴³ Según los datos que extraemos del diario *Presencia*, órgano de la jerarquía católica, en general confiable para estos fines, los resultados de las tres elecciones, tomando en cuenta a las agrupaciones más significativas, habrían sido más o menos los siguientes:

Elección de 1978 (cómputos sobre el 75%)

AND (Bánzer-Pereda)	757.204
UDP (Siles y aliados)	222.066
MNR (Paz Estenssoro y aliados)	155.165
PS1 (Quiroga Santa Cruz)	7.970

Elección de 1979

AND (Bánzer)	218.587
UDP (Siles y aliados)	528.696
MNR (Paz Estenssoro)	527.184
PS1 (Quiroga Santa Cruz)	70.765

Elección de 1980

AND (Bánzer)	220.309
UDP (Siles y aliados)	507.173
MNR (Paz Estenssoro)	263.706
PS1 (Quiroga Santa Cruz)	113.959

⁴⁴ Lidia Gueiler, primera mujer que llegaba a la Presidencia en Bolivia, malbarató

caminos. Por un lado, a diferencia del hombre que era él mismo poco antes, asumía ahora que los obreros y los militares eran las fuerzas estratégicas fundamentales. No se trataba sólo, por tanto, del *quantum* electoral, en el que el MNR podía confiar, sino en la cualidad de esa victoria: Siles pareció comprender que excluir al lado proletario del pacto democrático no induciría sino a repetir en pocas semanas lo que había ocurrido con el MNR en 12 años, y esto es lo que explica su alianza con los comunistas.⁴⁵ La suma de estas fuerzas, las del populismo clásico y los núcleos obreros, a la que se debe añadir una verdadera corriente generacional (el Movimiento de Izquierda Revolucionaria [MIR]) y la forma política que sobrevive de los intentos guerrilleros de la década anterior, genera un bloque invencible, al menos en lo electoral. Por sí misma, la UDP configura una novedad considerable en lo que se puede llamar el *saber* político local. De hecho convoca al reemplazo de los cánones simples y mesiánicos (a la manera del MNR de 1941)⁴⁶ por la idea del bloque histórico, como un contrato en el que debe ocurrir la reforma intelectual.⁴⁷ Siles, por tanto, como hombre de la UDP, pero sobre todo como el político de visibilidad mayor entre los que con talante más consecuente se opusieron a

una ocasión formidable para insertar a un vastísimo sector inédito en un país con importante tradición en cuanto a la participación femenina.

⁴⁵ Sin duda, Kolle, secretario general del PCB, desarrolló una política inteligente hacia Siles y el MIR. Con todo, en el ánimo de Siles, en aquel entonces por lo menos nada inclinado hacia la perspectiva marxista, pesó mucho más la cuestión obrera. Allí las dos fuerzas reales son la fuerza carismática de Lechín y la fuerza orgánica del PCB. Lechín hacía muchos años que se había convertido en algo así como un *hombre intratable* (a pesar de cierto *charm* personal muy cultivado); los comunistas, en cambio, parecían hombres serenos, cooperativos y, lo mejor, inviables.

⁴⁶ El MIR, con todo, a pesar de tener una gran parte en favor suyo en la formación de la UDP, retrocedería después a las formas más locales de la ambición partidaria, o sea que abandonaría la idea del bloque clasista, quizá fatigado por la problemática historia posterior a la UDP.

⁴⁷ Por este concepto entendemos nosotros, quizá abusando del léxico gramsciano, la instalación de una visión racional y materialista del mundo, lo cual contiene las ideas de antropocentrismo, eclecticismo político, sistematización popular de la ciencia y autodeterminación a todos los niveles, desde las regiones hasta las mujeres y los indios, o sea el dogma democrático.

la dictadura tan ocasional de Bánzer, obtuvo entonces un éxito personal y político en la primera elección del período (la de 1978).

La consistencia con que actuó el movimiento campesino, sobre todo el aymara en el departamento de La Paz, tanto con relación a las tres elecciones (de un modo aún más relevante en la primera) como respecto a la crisis social de noviembre, es un verdadero viraje de la sociedad boliviana. Veremos después cómo la apetencia democrático-representativa es una consecuencia de las medidas estructurales de la revolución democrática. De cualquier forma, el campesinado, que había sido la base de la forma militar posterior a 1964,⁴⁸ es ahora la novedad esencial en el período. La Paz misma es una de las zonas más poderosas del país por el concepto que se elija. El despertar político de los *collas*⁴⁹ resultaba un tanto tardío, porque el auge campesino tuvo su epicentro en los cincuenta en Cochabamba. Los vallunos habían sido el polo de centralidad en la revolución agraria; ahora, con todo, el katarismo⁵⁰ ponía el peso de las formas organizativas milenarias: era como el *ayllu en acción*.⁵¹

El grado en que el nacionalismo revolucionario había perdido su imputación de masa y era en cambio un *lip service*, o ideología de emisión en manos de quienes nunca creyeron en él, se vio claro con Bánzer. Fue en su gobierno que se intentó la importación de rodesianos blancos, y fue en él que se practicó la esterilización no

⁴⁸ A partir del pacto militar-campesino.

⁴⁹ Llámase así a los hombres del altiplano que componían una de las cuatro partes geográficas del Tahuantinsuyo (Kollasuyo).

⁵⁰ Barrientos visitó en 1967 el poblado altiplánico de Achacachi, y allá, para sorpresa suya, se desató una súbita pedrea. Éste fue el origen del llamado Movimiento Campesino Independiente, que actuó en forma minoritaria, porque así lo decía su estatuto, en la Asamblea Popular en 1971. A su turno fue el origen del movimiento katarista, que contempla diversas corrientes, desde la propiamente indianista (*mitka*) hasta las más próximas al movimiento obrero. Este poderoso movimiento fue determinante en el carácter de masas que adquirió la democratización en el período 1978-1980. Su asiento básico fue el departamento de La Paz.

⁵¹ *Ayllu* es la forma ampliada de la comunidad familiar.

consentida de mujeres indias.⁵² No se puede saber en qué medida el *katarismo* fue una respuesta inmediata a esta verdadera provocación del banzerismo que veía con ánimo tan suelto el racismo oficial y el nacionalismo revolucionario como ideas compatibles, aunque esto es algo más complejo.⁵³ En cambio, la terminante votación paceña resultaba en 1978 inesperada y peligrosísima, porque se había asentado en el departamento que tiene la mitad de la economía y de la población del país (aunque dejemos de lado su tradicionalidad). La Paz, como región misma, se mostraba como una zona en rebelión contra el Estado de 1952 en cuanto tal.

LA DISOLUCIÓN HEGEMÓNICA DE 1952

Vamos a ver qué significaba ello en términos propiamente estatales. La integración espacial, de un modo explicable en quienes habían vuelto de la Guerra del Chaco,⁵⁴ procedía como postulación aun a la propia integración democrática, pero ambas no eran sino episodios de la formación de la nación. Es en ese sentido que Carlos Montenegro reprochaba a los que “se sienten clase en vez de sentirse nación”. En eso al menos el MNR tuvo éxito, sin dudas;

⁵² Tras la independencia de Rodesia, diversos países racistas, incluso Alemania Occidental, hicieron gestiones para el traslado masivo de blancos sudafricanos (rodesianos) al sur de América Latina. Llegaron a tener una oficina propia para gestiones en La Paz. Se hablaba de la instalación de 150.000 personas de este origen en los llanos de Apolo (La Paz) y el Beni. En cuanto a la esterilización de las mujeres indias, es algo que está documentado por la denuncia oficial de la Iglesia católica.

⁵³ El proceso de caducidad del Estado de 1952 se advierte en la evolución cumplida desde un indigenismo vociferante (que comenzó con la publicación por Villarroel de *La creación de la pedagogía nacional de Tamayo*) hasta un confeso plan de construcción de una Bolivia blanca. El embajador de Bolivia en México, Waldo Cerruto, justificó este hecho señalando que así Bolivia “sería un país mejor dentro de unos siglos”.

⁵⁴ No debe extrañar que fueran ex combatientes de esa guerra los que construyeron la carretera Cochabamba-Santa Cruz en Bolivia, y la Transchaco en Paraguay. Las dificultades de comunicación obligaron a Bolivia a movilizar el doble de tropas con menos eficacia actual que Paraguay. Era esperable que de eso se dedujera un pensamiento espacialista.

jamás el Estado boliviano fue tan universal en este territorio y sobre esta población.⁵⁵ La integración del Oriente y la inclusión de los campesinos en la política son rostros de este plan; la consistencia que había adquirido el tramado estatal se demostró en su impenetrabilidad respecto a la guerrilla del Che Guevara, entre otros ejemplos.⁵⁶ Con todo, una hegemonía nunca existe de una vez y para siempre. Mientras en 1952 el MNR, es decir, el Estado del 52, no necesitaba esforzarse para alcanzar con su hegemonía a todo el país (con la excepción de minorías inescrutables), ahora era una hegemonía, la del nacionalismo revolucionario, con una larga historia. Esto significa que *las hegemonías envejecen*, y ésta tendía, en lo particular, a hacerlo porque se trata de una historia nacional de ciclo corto. La decadencia hegemónica del NR surgió esta vez también como cierto deslizamiento de la validez del Estado del 52 en cuanto a su ámbito territorial y su acervo humano. La pequeña burguesía se hizo más nacionalista-revolucionaria cuando la clase obrera dejó de serlo, al menos en sus sentimientos, o sea en sus *razonamientos aún no organizados*.

El “separatismo” (en la forma en que nosotros lo entendemos), o sea la *escisión* en el sentido de cierto desacatamiento en el consenso respecto al fuero de irresistibilidad del Estado o soberanía era aquí una evidencia, como ocurre en todos los casos en que se ingresa a una fase de disolución de la forma estatal. El replanteamiento de la cuestión territorial no podía sino trasladar

⁵⁵ La conexión con el Oriente, por medio de la carretera Cochabamba-Santa Cruz, y los caminos 1 y 4 tienen en este sentido el mismo valor que el voto universal, o sea el complemento de la lógica de la reforma agraria, lógica antes unificadora que democrática. En todo caso, el ámbito estatal se amplió inmensamente en lo humano y aun en lo espacial.

⁵⁶ Véase René Zavaleta, “El Che en el Churo”, en *Marcha*, Montevideo, 8 de octubre de 1969. Desde los primeros encuentros ocasionales con los guerrilleros, los campesinos hacen lo que cualquier hombre organizado: consultan con sus direcciones. Puesto que las direcciones están conectadas al aparato del Estado, el ejército tiene aquí una fuente de información de primer orden. Esto significa que quien venció a la guerrilla fue el Estado de 1952, que tenía todavía una validez indudable sobre los campesinos a quienes el Che Guevara quería reclutar.

el principio de la autodeterminación a las regiones. La paranoia de la unidad, por tanto, no sólo no produce ese fetiche sino que las regiones existen más que nunca ahora que se ha dado cierta unidad. Éste es un aspecto de pesadilla para el patriotismo vulgar, pero es, en realidad, un momento lógico del flujo democrático. Escisión existe, por ejemplo, desde hace años en los departamentos de la periferia, y en particular en Santa Cruz, donde la validez del Estado ha tenido que negociarse casi en cada ocasión.⁵⁷ Escisión, a la vez, en los propios distritos mineros, donde o manda el sindicato o la única forma de validez posible del Estado es la represiva (habida cuenta de que la superioridad de la represión es como una negación del carácter del Estado moderno). Pero, además, ¿acaso no hay una vida civil autónoma y paralela en todo el mundo campesino, donde se dan siempre dos clases de autoridades, la *legal* y la *real*? Suponer que los campesinos creen más en la Ley del Registro Civil que en sus formas tradicionales de apareamiento es en verdad no conocer de nada.

Pues bien, si la dominación de un Estado avanzado es siempre ideológica, ¿cómo soportar ahora, por parte de aquellos que son o se asignan ser parte de la *clase estatal*, que la escisión alcanzara no sólo al departamento central del país —La Paz— sino también, dentro de él, que se situara en la falla neurálgica de la viabilidad nacional, que se encuentra en los campesinos indios, o mejor, en los indios a secas, jamás absorbidos por esto en el nacionalismo revolucionario. Al unísono decían entonces los

⁵⁷ Más o menos desde 1967, cuando decae la influencia de Sandoval Morón. Se tiende a ver el regionalismo sólo como una ruptura de la norma unitaria. Es también, por cierto, parte de un proceso de democratización. Es explicable que las regiones quieran tener que ver con las decisiones centrales. De cualquier forma, el electorado cruceño siguió en general los lineamientos del voto nacional. Paz Estenssoro demostró tener un mayor consenso que Bánzer en este departamento, a cuya opinión éste (Bánzer) trató de envenenar con la propaganda de un particularismo enconado. En último término, el propio Siles obtuvo casi el mismo número de todos que Bánzer, o sea que entre Paz y Siles tenían el doble que Bánzer en el propio departamento de Santa Cruz.

kataristas:⁵⁸ queremos poner nuestro color en esta que se dice es la fiesta de los colores.

Dentro de los propios órdenes de integración de lo que fue el bloque dominante (del NR) en un ápice, ¿no es acaso cierto que, no obstante que el nacionalismo revolucionario como ideologema captaba todavía a la mayoría ancha del electorado, Siles Suazo y el propio MIR contenían la escisión con relación a esa ideología dominante? Porque aquí debemos distinguir las escalas. Paz Estenssoro pensaba en el NR como en algo dotado de un jefe para siempre y que debía existir y mandar en la forma en que había existido siempre, aunque aceptando a todos los que habían pasado por ahí. Puesto que a veces el acuerdo viene de la dificultad, Siles, en su rivalidad mortal con Paz, captó de inmediato que la lucha política atravesaba al propio NR, lo cual lo sabía Lechín desde hacía muchos años por instinto corporativo. Siles entonces violó una regla de la hegemonía como totalización, porque pensaba en el triunfo del NR a través de la alianza con los sectores que no eran nacionalistas revolucionarios. Siles, por tanto, suponía que el nacionalismo revolucionario debía dividirse de un modo moral⁵⁹ y formular un nuevo bloque en el que tuviera superioridad, pero no monopolio. Guevara parecía inclinarse a la transformación del Estado de 1952 en un *Estado de derecho*, y en todo caso presumía que las cosas no habían estado bien pensadas. El MIR, a su turno, creía en el nacionalismo revolucionario, pero postulaba

⁵⁸ El katarismo fue un movimiento de una gran autonomía en lo que respecta a su surgimiento y sentido. El volumen de votos kataristas en 1978 fue tan grande que si la UDP lo hubiera previsto mínimamente, habría debido tomar el poder de inmediato. Esta misma incapacidad impidió que se diera cuenta posteriormente y que se intimidara ante la dimensión que tomaban los acontecimientos, todo lo cual indica hasta qué punto el proceso social no se correspondía con el proceso político.

⁵⁹ Guillermo Francovich escribió un ensayo, *El cinismo*, se supone que dedicado a describir la psicología de Paz Estenssoro. Fuertes retratos hostiles al mismo son los de Céspedes (*El presidente colgado*) y de Guevara (*Radiografía del jefe*). En todo caso, la acusación principal de Siles giró en torno al fracasado intento de reelección de Paz en 1964, o sea la usurpación personalista del poder de la Revolución Nacional.

de hecho que su salida consistía en el advenimiento de una nueva clase *política* para administrarlo, o sea que el MIR creía en el MIR, pero dentro del Estado de 1952.

En lo que es importante para nosotros, la división principista (esto es decir en realidad demasiado) dentro del nacionalismo revolucionario contenía nada menos que la propia división del Estado de 1952. Tampoco debe descuidarse al hablar de esto el doble significado de entidades como el Partido Socialista (PS1) y el MIR; por un lado, sin duda, divisiones progresistas dentro de la ideología democrática; por otro, *blood and flesh*, divisiones irrefractables de la propia clase dominante tradicional, como una certificación de que para vivir debía hablar el lenguaje (al menos el lenguaje) de los que no estaban en ella. Cada *fin de raza* tiene sus propias argucias.⁶⁰

Las cartas estaban mostrando, en todo caso, la decadencia a la vez inconclusa y sin atenuantes de la eficacia factual del Estado de 1952.

LA CUESTIÓN DEL FRAUDE

Ante la primera victoria de Siles,⁶¹ Bánzer y Pereda (éste, tan sólo como hombre de paja del primero), no atinaron sino a la organización (esto es una manera de decir) de un fraude propalado y global. Esto mismo, empero, en una condición en la que ya no se tenía ni siquiera la capacidad para un fraude verosímil.

El fraude, lo mismo que el golpe de Estado, no cambian las cosas sino de un modo relativo. Es una evidencia, por ejemplo, que el personal del MNR hizo un grado de fraude en todas las experiencias de voto universal, y esto en gran medida por la sola razón de que se pensaba que ello estaba en la naturaleza de las cosas. Con todo, en aquellas elecciones no se estaba definiendo nada, o a lo sumo se definían los flancos menores de debilidad

⁶⁰ La expresión *fin de raza* es de Carlos Medinaceli, *Estudios críticos*, La Paz, Charcas, 1938.

⁶¹ En 1978. Las cifras están en la nota 43.

de un sistema por lo demás cerrado en una suerte de unanimidad despótica. Para los campesinos, la ceremonia electoral tenía otro significado: votar contenía de una manera lo que estaba de otra en las tres etapas del derecho total sobre la *sayaña*;⁶² todos eran parte de una escuela de formación del individuo moderno, o sea del *citoyen*. Es cierto que estamos lejos en el tiempo antes de que tal adviniera.

En su extremo, la única elección con voto universal que adquirió una forma verificable, con la lógica de un mercado político moderno, fue la que ganó Siles en 1980, y es lo que agrava el salvajismo del golpe de García Meza. Se ha dicho por eso que, en todo lo anterior, el MNR, después de haber conquistado de verdad al pueblo, lo sobornó de inmediato, o sea que aquí el transformismo no servía sino para disfrazar la realidad con la cara de sí misma, pero con tonos más intensos.

Hay aquí sin duda un problema de reverencia hacia la forma política o de miramiento. Se verá cómo el propio escrúpulo social hacia los escrutinios es también una construcción objetiva.⁶³

Formados en las costumbres electorales del Estado oligárquico-liberal, en la política de *cheque contra cheque* o en el célebre *plata, pisco y palo*, educados en esta candidatura a lo Rojas, es decir, en la socialiña comercial y el cohecho obvio, los movimientistas no encontraron nada mejor que repetir en otro grado los recuerdos de su juventud política, aunque no había necesidad de hacerlo, en absoluto. Barrientos a su turno no podía privarse de poner una impronta fraudulenta en la elección que hizo para sí mismo, porque era fraudulenta toda su existencia política.⁶⁴ Barrientos en persona era un timo, pero el pacto militar-campesino, no. Era un farsante montado en un hecho social.

⁶² *Sayaña*, palabra aymara que significa *parcela*.

⁶³ Hay un momento en cada sociedad en que se pasa de modalidades fraudulentas de la democracia a formas verificables. Esto debe ocurrir porque la verificación se ha convertido en algo socialmente necesario.

⁶⁴ No es un mero decir. Barrientos fue un auténtico contrabando político de los norteamericanos, y en particular de Fox.

En cambio, el fraude de Bánzer en favor de Pereda y el vacilante fraude de Padilla para Paz Estenssoro (que ahora vivía como necesidad premiosa la que antes había practicado como un desborde evitable), no tenían el mismo contenido. Estos fraudes no exageraban la realidad, sino que intentaban reemplazarla.⁶⁵ La situación se parecía más bien a la espantosa bulla de platos rotos que ocasionó el fracasado intento que hizo Urriolagoitia por fraguar una victoria en favor de Gonsálvez en 1951.⁶⁶ En otros términos, si se tiene un 40% real de los votos, quizá se puede convencer a las gentes de que se tiene en verdad un 50%, pero el propio ruido social hace imposible que se las persuada de que se tiene un 80% si lo que hay en verdad no es más del 20%. Una regla, digamos, del realismo político más elemental recomienda que no se crea ni siquiera en la falsedad que uno mismo ha inventado. Esto mismo, dejando de lado la cuestión de la *mayoría de efecto estatal*,⁶⁷ o sea de aquellos términos referidos a la determinación *actual* del estado. En este aspecto, se puede decir que Siles Suazo lo tenía todo, todo menos el ejército. Para decirlo en plata, Bánzer hizo lo que hizo, en la *invención de Pereda*, acelerando así la demolición moral de ese estado. Es cierto que era un hombre, a esas alturas, que creía que podía hacer cualquier cosa.

Aquí, en el alud electoral aymara (aunque no sólo aymara), se daba en el voto universal la premonición de lo que estallaría con sangre y hierro en la crisis desatada por la ambición de Natusch. Esto es, el *advenimiento campesino*, la proclama de que *el hombre político se había constituido allá donde antes no se encontraba sino una masa indiferenciada o predemocrática*. Es aquí donde veremos

⁶⁵ En efecto, como se ve en las cifras de la nota 43, se sabe que Siles sacó más votos en la elección de 1978 que en las dos posteriores. Sin embargo, Pereda aparece con una cifra fantásticamente alta. La irregularidad era tan grande que el propio “vencedor”, Pereda, pidió la anulación de la elección, aunque tomó la Presidencia.

⁶⁶ Esto se refiere a la elección de 1951, todavía con voto calificado, en la que Paz Estenssoro triunfó sobre el candidato oligárquico Gabriel Gonsálvez.

⁶⁷ Véase Lenin, *Las elecciones a la Asamblea Constituyente y la dictadura del proletariado*, en *Obras completas*, t. XXX, Buenos Aires, Cartago, 1972.

el calculado radicalismo de las masas en su compleja relación con su sobrefaz partidaria.

La UDP, en efecto, fue como un parásito del estruendo campesino y obrero y, en todo caso, algo así como la traducción de la rebelión plebeísta en un paramento institucional que tenía un saber todavía muy doctoral y en último término señorial sin vuelta.⁶⁸

El hecho está dado de la manera siguiente: por varias razones, algunas más correctas que otras, en 1978 esto que podemos llamar la *plebe en acción* o la multitud en acto consciente, era todavía una expresión *no plebeya* del poder, porque el instinto de lo servil dice que lo plebeyo debe adquirir una expresión señorial (aquí nadie se engañaba en que el propio Estado del 52 no había roto en nada la lógica señorialista del país), pero no apoderarse de él. Es el mismo complejo de inferioridad de masa de 1952, y de tantos otros casos.⁶⁹ Se podría decir que esto configuraba una relación de *reciprocidad* entre los amos y los siervos, pero esto nos complicaría demasiado. Tal gradualismo (el electoral) indica con todo una gran diferencia respecto de la situación catastrófica de noviembre, en la que las masas proclamaron el poder de la COB y no el poder de Siles Suazo.

La masa despliega lo que aquel voto (de todas maneras inexplicable)⁷⁰ contenía, es decir, su virtualidad insurreccional, porque en efecto *la ocupación de los caminos y la asunción territorial, el cerco de las aldeas, son la insurrección del que no tiene armas. Ex post*, podía verse a la vez que jamás estuvo tan cerca la UDP del poder como en la burlada victoria electoral de 1978. Defenderla, entonces, habría significado el poder, pero también habría supuesto vencer *junto a la multitud en acto*. En lo que puede ser una

⁶⁸ La escasa presencia de hombres de extracción realmente popular en las listas de la UDP es en verdad algo que llama la atención.

⁶⁹ Las anécdotas sobre esta incertidumbre frente a la propia victoria son numerosas en el continente. Por ejemplo, Aparicio Saravia frente a Montevideo en 1904 o Villa Zapata en el Palacio Nacional, sin otro plan que el de tomarlo.

⁷⁰ Esto es un decir. Se quiere resaltar que son las masas las que optan por Siles y no Siles ni la UDP que seducen a las masas. Esto, en cuanto a los campesinos, es indiscutible.

aseveración en algún grado injusta, nosotros consideramos que *no se quiso* vencer porque aquellas condiciones señalaban ya la negación del espíritu del nacionalismo revolucionario, la superstición del Estado, a lo que en el fondo todavía pertenecían todos. Era, por tanto, preferible tragarse un 78 que vencer con un 79.

“LES GRANDES MANŒUVRES”

Sigamos la tendencia de esta sociedad a pasar de continuo de lo épico a lo burdo y recapitulemos las alternativas de la segunda elección. Pereda protestó con un buen humor inaudito contra el fraude que lo había elegido a él mismo. Saltimbanqui integral, *derrocó* a Bánzer y resolvió por ende ser uno más de los presidentes de facto de Bolivia. Eso duró menos que el cumpleaños de su hija.

Padilla, que en ese momento parecía ser un hombre menos incongruente de lo que señalaron después sus memorias,⁷¹ encabezó un movimiento militar (Karachipampa), más decoroso que heroico, de protesta contra el doble atropello compuesto por el fraude de Pereda y, después, por el achacamiento de la Presidencia al mismo. En una de esas operaciones administrativas que los militares bolivianos siguen pensando que es un golpe de Estado, Padilla despidió por tanto a Pereda con bastante urbanidad. Convocó entonces (estamos ya en 1979 —porque incluso este tiempo circular avanza) a una nueva elección general.

Es la época de las *grandes manœuvres* de la decadentísima casta política local. Era un secreto a voces, y así lo dijo Padilla, titular de ese poder tan escueto (Fellman Velarde mediante),⁷² que era una elección que, si existía, era para que la ganara el doctor Paz Estenssoro, sin duda el más baqueano de los políticos del país. La derecha, o si se quiere los *insiders* de la política, estaban más conscientes de sus recientes derrotas que la UDP de su victoria. En desacuerdo con ello, y en tren de cierto temblor pánico, ac-

⁷¹ Véase David Padilla, *Decisiones y recuerdos de un general*, La Paz, Boliviana, 1980.

⁷² Fellman no tuvo empacho en declararlo así a la prensa.

tuando en esto como oráculo de la extrema derecha, Bánzer postuló entonces a Bánzer, convencido de que todo se había debido a la majadería de postular a un principiante (Pereda). Se debería captar lo que significa aquí la división del *establishment* político. El conjunto de los factores de la *Realpolitik* se inclinaba empero más hacia Paz Estenssoro, que al fin y al cabo había sido un caudillo populista de carne y hueso, y no a Bánzer, mero soldado de fortuna. Como dijimos antes, Padilla hizo un fraude amortiguado en favor del viejo caudillo tarijeño. El descenso electoral del nombre de Paz Estenssoro había sido, sin embargo, tan grande que ni aun así pudo vencer a Siles, lo cual fue un verdadero percampeo mayor.⁷³

El de Paz Estenssoro no era un deterioro cualquiera. Por alguna razón, el siglo en la práctica está poblado en más alta medida por los nombres de Montes y de Paz.⁷⁴ Por consiguiente, revelaba el desgaste del propio Estado al que se lo asociaba y las *novedades* en el seno del nacionalismo revolucionario. A Paz Estenssoro, como hombre próximo a Busch y ministro de Villarroel,⁷⁵ habían invocado los combatientes de la insurrección de abril.⁷⁶ Era, el de Paz Estenssoro, el nombre que conocían los campesinos *neobelcistas* de la reforma agraria, que a la hora de la *reciprocidad* habían exclamado: “*Ama konkawaichu Víctor Paz*”.⁷⁷ Era lógico que aun un comando rabulesco como el de los rosqueros bolivianos supusiera que este patronímico era ahora un antídoto para el súbito arraigo rural-aymara de Siles Suazo, hecho éste en verdad

⁷³ Ésta es en realidad la clave de la descomposición de la estrategia oligárquica. Los empresarios estaban tan seguros de que la fórmula Paz sería exitosa, que ellos mismos se apresuraron a incluirse en sus listas.

⁷⁴ Montes fue presidente dos veces (1904-1909 y 1913-1917) y también Paz Estenssoro (1952-1956, 1960-1964). Ambas figuras son las principales del liberalismo y del nacionalismo revolucionario, es decir, de los dos movimientos políticos más importantes del siglo.

⁷⁵ Paz fue colaborador de Busch y ministro de Hacienda de Villarroel. Por eso este último es conocido como el gobierno Villarroel-Paz Estenssoro.

⁷⁶ La causa formal de la insurrección de 1952 fue, en efecto, el desconocimiento de la victoria de Paz Estenssoro.

⁷⁷ Literalmente, “No nos olvides, Víctor Paz”. Canción campesina de Charazani.

insólito. Por decenios, desde la *prensa nacional* hasta la Iglesia, todos los aparatos ideológicos de la reacción habían inculcado a las almas simples (los campesinos) que los comunistas querían despojarlos del pegujal. ¿Acaso el propio cardenal (Maurer) no los había convocado a tomar las armas contra el comunismo en 1953?⁷⁸ Existía la esperanza, por otro lado, de que la inusitada fuerza de Siles en lo rural-paceño se debiera, en 1978, a las posturas racistas, anticampesinas y regionalistas de Bánzer y que, por tanto, la distancia (breve en realidad, considerable en la lógica temporal lugareña) redujera el monto de ese voto antibanzerista. En otros términos, el comando oligárquico decidió que Paz Estenssoro tenía todas las ventajas de Bánzer y ninguna de sus deficiencias, que poseía las condiciones para derrocar la inclinación, que se pensaba ocasional, de los campesinos. Nada de esto obstó para que Siles Suazo repitiera su victoria seguido esta vez de cerca (al menos en las cifras de Padilla, aunque más creíbles que las de Pereda, tampoco convincentes del todo) por Paz Estenssoro.

Con Padilla, que trató de reducir el *método Pereda* a términos más verosímiles, se llegó a una suerte de *cul-de-sac* de la democracia en la forma de Rojas. Hay, en efecto, un momento detectable en cada sociedad política en el que el fraude deja de tener toda utilidad apodíctica y se marchita como método. Éste es, lo esperamos, el momento de Padilla en Bolivia.

Padilla quería obtener mucho a un precio bajísimo. Buscó por tanto la falsa elección de Paz Estenssoro (con la que estaban de acuerdo todas las *fuerzas vivas*) o, al menos, un empate posible que devolviera al ejército cierto papel cesarista, porque la idea *tutelar* es la más gratificante entre todas para los militares de Bolivia. Al no reunir ninguno de los candidatos la mitad más uno que exige, de un modo poco realista, la norma constitucional, la clase política logró un penoso acuerdo en torno a Walter Guevara Arce, político constitutivo del nacionalismo revolucionario de buen prestigio intelectual.

⁷⁸ Maurer no sólo hizo esto. También dijo en su momento que Barrientos recorría los lugares, como San Pablo, repartiendo la verdad.

En los cuatro ciclos lunares que abarcó la vida de poder verdadero de Guevara, gobernó él con un ademán de presidente *tout court*, es decir, olvidando a cada instante su ocasionalidad e interinato, como si la legitimación debiera provenirle de la mera existencia de su talento personal. Entró por tanto en una contradicción exasperada con los militares, que no pensaban en ceder este grado de poder ni otro ninguno (porque nadie que tiene fuerza cede lo que cree que es suyo). El desenfado más bien áspero y aforístico con que gustaba planear las cosas Guevara ayudó a que cuajara la conjuración de la asociación más propiamente castrense, cuyo jefe de camada era Natusch (a él volvemos).

Eso significa otro género de restauración (a la barrientista), o sea el desconocimiento de la (aparentemente) débil legalidad democrático-representativa, lo que se encarnó en el golpe encabezado por aquel coronel en noviembre de 1979. De Natusch, García Meza no fue sino la prosecución y agosto de noviembre y el 80 del 79. Con todo, si las masas vetaron con éxito a Natusch, éste se llevó al menos la cabeza de Guevara en su estampida. De allá surgió un nuevo interinato de reemplazo (en este país en el que la eternidad parece componerse de interinatos) de Lidia Gueiler, dirigente femenina también tradicional del NR que, con la lección aprendida de la peripecia de Guevara, ya no intentó ser independiente en nada. Eso, desde luego, tampoco sirvió de mucho, porque las cosas estaban determinadas.

Con esa pertinacia que se parecía al estoicismo, el país llegó así, con el ejército desacatado sin tapujos, a la tercera elección del ciclo democrático que, tras el costo enorme del deterioro de la credibilidad política y los muertos de noviembre, fue sin embargo quizá la única elección verificable al mínimo entre todas las que se han realizado bajo el imperio del voto universal en Bolivia. La victoria de Siles Suazo, de la UDP y de la izquierda en su conjunto no reconoció atenuante porque no había discusión posible sobre si se había obtenido o no el 50% requerido (en la suma de votos de la UDP y el PS1 de Quiroga Santa Cruz).⁷⁹ Ocurría esto hacia

⁷⁹ El PS1 de Quiroga Santa Cruz conquistó al menos el 10% de los sufragios. Con

mediados de junio. No pasaron muchas semanas, no más de nueve, sin que las Fuerzas Armadas ejecutaran el golpe de Estado que García Meza había anunciado de modo tan taxativo.⁸⁰

DISCUSIÓN SOBRE LA DEMOCRACIA

Se sabe que la anécdota es la elocuencia de los hechos, pero también su encierro. Esta *pequeña historia*, o historia de pequeñas gentes, no ofrece en principio sino una algarabía de personajes fugaces y mal encarados. Hemos de ver, con todo, como tratamos de hacer en la descripción del alzamiento de la multitud, el significado subterráneo de los hechos. Por ejemplo, para advertir los defectos de un uso general del concepto de *democracia* referido a situaciones en movimiento o a escenarios que por sí mismos contienen factores contrapuestos.

Si consideramos la democracia como materialidad, es decir, el grado de igualdad que tienen los hombres, pero no en el *cielo* de la ley ni en su autorrepresentación, sino en su carnalidad, su consumo social y su ser cotidiano,⁸¹ es una petición de principio que ni ahora mismo, tantos años después de la revolución democrática, ni nunca en el pasado, Bolivia ha sido un país democrático. Por el contrario, aquí sí que unos hombres *mueren como perros para que otros hombres coman como cerdos*. Ésta es la patria de la injusticia social, y, si no fuera por sus masas, sería mejor que no

esto Siles llegaba, aunque con alguna dificultad, a la mayoría absoluta, porque se suponía que, para la ratificación del rango presidencial, los votos socialistas seguirían esa dirección.

⁸⁰ A partir de su autoimposición como comandante en jefe, García Meza hizo jactancia de su desprecio por el sistema constitucional y no escondió a nadie que el ejército se preparaba para intervenir en cuanto lo considerara necesario. La falta de fuerza de las instituciones para oponerse a esto que era en sí mismo un delito, la befa pública de la ley, era flagrante.

⁸¹ El sentido de democratización social. “Aquí Marx se refiere a la construcción del ‘estado de separación’ o desprendimiento, o sea al advenimiento del yo en el sentido de que no se reconoce la existencia del individuo antes del capitalismo o de que sólo en el capitalismo el rudimento del viejo individuo concluye su acto”. Véase René Zavaleta, “Cuatro conceptos de la democracia”, en *Dialéctica*, N° 11, Universidad Autónoma de Puebla, 1982.

existiera Bolivia. Sociedades como Bolivia, Perú y algunas más están condenadas entre otras cosas por la depravación de la desigualdad entre sus propios hombres.

No obstante, en 1952, y esto como implantación del estilo de la *plebe en acción*, o sea de la lógica tumultuaria a la revolución burguesa, se inició un proceso en cierto grado sustantivo de *democratización social*.⁸² Es un proceso penosísimo cuya premisa está dada por los conceptos de individuo (*individuo jurídicamente libre*, en el sentido de Marx) y de organización (o sea los sesgos que adopta la constitución de la multitud). El auge de la proclama democrático-representativa del período del que hablamos es una consecuencia de la instalación en *masse* de ambos conceptos en la historia de Bolivia. La premisa de esta composición es en verdad la distribución de la tierra, y aquí se ve que ella, la tierra, no era sólo la Pachamama.⁸³ *La sayaña es el requisito de la independencia personal*. El voto verificable es el resultado diferido del derecho perfecto sobre la parcela, su posesión real y la consagración del *hombre en estado de organización*. El *yeoman* destruye al *fellah*; el *yeoman* es la escuela del *citoyen*.

El principio organizativo (en el que sin duda los campesinos avanzan mucho más que los obreros desde 1952) es, por otro lado, la condición para la construcción del mercado. Por eso se ha hablado, con el mayor buen sentido, de la *construcción represiva del mercado*.⁸⁴ La obstrucción de la concurrencia del *runa* al mercado es la más consciente de las tareas del señorío agrario. El control del mercado es en realidad su única participación real en el ciclo productivo. Por eso no era posible una construcción espontánea del mercado: sin el fusil y el sindicato, o sea sin los

⁸² *Ibid.*, éste es un término de Weber.

⁸³ Deidad indígena que representa a la tierra.

⁸⁴ Éste es un término que recogemos de Silvia Rivera Cusicanqui. Los hacendados no sólo disponían del poder general del estado, que era una ultimidad, sino de sus propias formas represivas inmediatas cuya función básica era monopolizar la concurrencia del excedente al mercado. A eso no se le podía oponer sino un órgano represivo aún más consistente. Eso fue el sindicato armado. No debe confundirse con la llamada *comercialización forzada*.

elementos de la represión corpuscular en las manos mismas de la masa, la obstrucción del mercado habría inutilizado la propia distribución de las parcelas y su reivindicación jurídica. O sea que la constitución de la masa, como hombres libres y como organización, es el acto revolucionario, porque de la distribución territorial se puede retroceder, pero de la conformación de la multitud no. Sin organización no era posible el mercado, ni aun en la escala por cierto módica en que existió.

Esto, del lado campesino. Tampoco puede negarse, poniéndonos en el otro costado (aunque la persistencia y la continua reconstrucción del cosmos representativo o ideación señorial es la tesis central de nuestro planteamiento),⁸⁵ que a partir de 1952 hubo una reforma limitada pero real de la ceremonia señorial en las costumbres, lo cual implica cierta transformación ideológica, es cierto que respetando la ideología constitutiva de la casta dominante, que es la que viene de la Conquista y la encomienda. Con la cabeza apenas transformada de sus padres, los hijos se aficionaron a cierto esnobismo populista. En qué medida lo esnob puede convertirse en algo verdadero u olvidarse en cuanto la verdad de la vida asome la nariz, es algo que también debiera comentarse.⁸⁶

En todo caso, el episodio importante consiste en la adopción de la democracia representativa al acervo político o a las acumulaciones hegemónicas de las masas. Esto es lo decisivo del período 1978-1980. No es algo que ocurra en el vacío. Ocurre fundándose (y desarrollando hacia ello) en los pródromos sociales otorgados por la *democratización real* iniciada por las reformas del 52.

No obstante, sería ilusorio sin remedio sostener que existe una tradición democrática (en el sentido representativo) entre

⁸⁵ Esta persistencia debe sin duda remitirse a la discusión sobre lo que se ha llamado *el momento constitutivo*. Algunos elementos para ello en René Zavaleta Mercado, "Determinación dependiente y forma primordial", en *Investigación Económica*, N° 163, México, enero-marzo de 1983.

⁸⁶ Esto ocurrió de un modo muy evidente con los "hidalgos pobres" del MNR, que vivieron la hegemonía de las masas del 52 casi con el mismo terror que los que no eran del MNR. Es probable que obedezca a las mismas razones el reordenamiento conservador de la política posterior a la crisis de 1979 y el golpe de García Meza.

las masas bolivianas. Todo lo contrario, eso aquí no produce sino sospechas. Tal como se dijo: ¿por qué, a los ojos populares, es tan inargüible que el año de Torres⁸⁷ fue democrático? Porque en él existió la libertad obrera. Con Torres, que no hizo elecciones ni pensó en ellas, y no con Barrientos, que sí las hizo. *Las horas democráticas* son, para las masas y su memoria, Busch, Villarroel, dictadores ambos,⁸⁸ o al menos gobiernos de facto como el que de manera tan significativa resolvió ser el MNR en 1952;⁸⁹ el MNR que, aunque fundaba la legitimidad en una victoria en las urnas, desechó no obstante todo lo que no fuera su propio poder después de la victoria armada, sobre todo el Parlamento que, habiendo sido elegido junto al MNR, fue desconocido por un acto de masas.⁹⁰ Hay toda una literatura para manifestar este desprecio popular por la que se llamó, con el gracejo propio, la *democracia huayraleva*.⁹¹ Debemos buscar una explicación para el hecho de que la misma muchedumbre que habló con tanto sarcasmo de los “precios de democracia” contra los norteamericanos, era ahora capaz de poner el pecho para defender una democracia representativa que, al menos en su apariencia, no era tan diferente de aquella de los huayralevas y los “precios”.

Dentro de los cuatro conceptos que hemos definido de la democracia se tendrá por tanto que, allá mismo donde la democratización social es débil o nula, la democracia representativa

⁸⁷ Torres se proclamó presidente de Bolivia, con el apoyo crítico de la COB, en octubre de 1970. Fue derrocado el 21 de agosto de 1971.

⁸⁸ Germán Busch (1937-1939); Gualberto Villarroel (1943-1946).

⁸⁹ Paz Estenssoro y el MNR ganaron en efecto las elecciones de 1951, cuyo desconocimiento originó el breve gobierno de Hugo Ballivián. La insurrección proclamó el derecho al poder que emergía de aquellas desconocidas elecciones. Llegado Paz de su exilio en Argentina, él y el MNR prefirieron constituirse en un gobierno revolucionario.

⁹⁰ Porque el Parlamento elegido junto a Paz no fue jamás convocado. Había desaparecido de la atención de las masas, que ya no estaban en eso.

⁹¹ Criollismo utilizado por el diario *La Calle*, ridiculiza aquella democracia restringida a la órbita de los caballeros. *Huayraleva*: leva al viento. Los “precios de democracia” son los que fijaron los norteamericanos al estaño como contribución de Bolivia al esfuerzo de la guerra.

llega sin embargo, sobre la base de aquélla, a imponerse como un ideal de las masas. La mediación está dada por la democracia considerada como *autodeterminación de las masas*,⁹² es decir, como la capacidad actual de dar contenido político a lo que haya de democratización social y de poner en movimiento el espacio que concede la democracia representativa. Vamos a ver cómo se combina esto con lo que se ha llamado la *acumulación en el seno de la clase*.

Se debe, en efecto, diferenciar la libertad como adquisición inherente o incorporación al temperamento, es decir, entenderla como el equivalente a la independencia personal en el plano grupal, de la libertad como estatuto verificable del poder, o sea como ejercicio de la introducción racional de la autodeterminación en la formulación del Estado. En cuanto a la relación de ambas con la democratización real o social, es un tema que, no obstante su sustantividad, es algo que no existe sino referido a cada caso.

El decurso del Estado de 1952 muestra una creciente confiscación de la libertad popular, o sea de su autodeterminación como masa, de aquello que es lo que en su ultimidad se piensa en Bolivia como el dogma democrático. Es un proceso que no hizo sino proseguirse desde Paz y Siles hasta Barrientos y Bánzer. La historia del Estado de 1952 es la historia de las mutilaciones a la autodeterminación popular, aunque es verdad que el momento más amplio de la autodeterminación de toda la historia del país es el momento constitutivo del Estado de 1952.

Con todo, es un proceso de acumulación de clases, lo cual vale para la multitud en su conjunto. Aquí hablamos de las consecuencias colectivas del conocimiento, aunque también del papel de la masa en la proposición de la hipótesis social en explotación de su propio horizonte de visibilidad. La idea de la autonomía obrera, y a la vez de su identidad a partir de una forma particular de relación con las clases no proletarias, el apotegma del estatuto de

⁹² Esto se refiere al cotejo de los significados de *democracia*. Un país puede tener un grado relativo de democratización social y aun tener instituciones democrático-representativas, y sin embargo carecer del impulso democrático de la autodeterminación.

la no desorganizabilidad de la clase, o sea el principio de la organización permanente, la aplicación del supuesto de *irradiación* a todo el margen histórico de su existencia, o sea la autorreflexión no productivista de su destino, el sindicalismo entendido como pacto político difuso y no sólo como instancia defensiva en el seno del Estado, la propia democracia interior de la clase como condición de toda la lógica democrática general, ¿quién ha hecho esto sino la clase obrera? La propia experiencia vital dice que la clase es su colocación estructural o económicamente estratégica más su propia historia, intimidad o acumulación, es decir que debe *constituirse* aún para ser lo que ya es en potencia, construir su acto. En otros términos, eso que llamamos *la clase para sí* es algo que puede o no ocurrir, según la naturaleza de los actos de los hombres, aunque es cierto que es imposible al margen de su marco estructural. La historia de la clase es, por tanto, parte de su *medio compuesto*. La integración de la democracia representativa a este brillantísimo acervo de la memoria de clase es quizá el mayor logro de la república. De la misma manera que el mero movimiento social sumado al sindicalismo en su forma espontaneísta (esto es, una ideología, no sólo lo espontáneo) y primaria eran suficientes para la acumulación en 1952, ahora, en 1978, la forma partidaria adquiriría una relativa validación. La democracia, en cualquier forma, se convierte en una bandera de las masas, de masas que se habían educado en el vilipendio de ella.

Pero no ocurre lo mismo con la burguesía. Si es verdad que por otro concepto, la democracia representativa es un acto de Estado en sentido de que es el conocimiento necesario para reajustar una superestructura que tiende a la *estasis* a una base económica cuya ley o fatalidad es la reproducción ampliada, habría sido lógico que la burguesía estuviera interesada, al menos en su enunciación, en la inserción de tal *método* en los usos del Estado burgués de 1952. Aquí nos encontramos con un doble desarreglo: por un lado, con una burguesía que no tiene que ver tanto con el Estado de 1952 como con su ocaso; por otro, con que lo que llamamos *burguesía boliviana* es en realidad su viejo núcleo

oligárquico, ahora con *maneras de mesa* burguesa, pero con muy pocas de las conocidas como *ideas burguesas en su cabeza*.

El descreimiento de esta clase en la democracia proviene de su fracaso en ella. Sin duda alguna prefiere, con un instinto obstinado, la vía más céntrica del golpe de Estado, cambio dentro del no cambio, subrogación temporal entre sus fracciones. Por esta vía entra en un curso infernal. La supresión del ámbito democrático impide la manifestación o enunciación de la sociedad civil. *Ergo*, el poder domina a ciegas porque no dispone de esa lectura.⁹³ En estas condiciones, la inestabilidad política es inevitable.⁹⁴ Aquellos que no podían *votar* su descontento lo dicen en el motín o en los descontentos de la “economía moral” de la multitud.⁹⁵

La democracia representativa, en tan débiles términos, no existía sino para destruir las únicas condiciones en que habría sido aceptable para la clase dominante, es decir, en la esterilización de masas organizadas, violentas y pobrÍsimas.

Es cierto que aun desde el punto de vista de la *cantidad* popular, la democracia representativa es un indicador sólo relativo en Bolivia con relación a eso que se llama *la mayoría de efecto estatal*. La lógica de la representación —*un hombre, un voto*— sólo es válida donde los hombres son iguales al mínimo. En Bolivia, los núcleos de la decisión política (*policymaking*) se sitúan en las tres ciudades principales, en dos o tres centros de concentración

⁹³ Aquí se considera la democracia como un método de seguimiento de los movimientos de la sociedad civil. “La democracia está aquí insinuada como un acto del Estado. Es la conciencia del Estado calculando las reverberaciones de la sociedad civil. La sociedad civil en esta fase gnoseológica es sólo el objeto de la democracia, pero el sujeto democrático [es un decir] es la clase dominante, o sea su personificación en el Estado racional, que es el burócrata. La democracia funciona, entonces, como una astucia de la dictadura. Es el momento no democrático de la democracia”. Véase René Zavaleta, “Cuatro conceptos de la democracia”, *op. cit.*

⁹⁴ Sin embargo, deberían considerarse los 20 años de paz liberal y los 12 de la estabilidad movimientista.

⁹⁵ Véase E.P. Thompson, “La economía ‘moral’ de la multitud en la Inglaterra del siglo XVIII”, en *Past and Present*, N° 50, febrero de 1971.

campesina y en los distritos mineros.⁹⁶ Se puede decir que quien triunfe en esos puntos perentorios tiene el poder, *aunque no tenga la mayoría*. Tal es el grado en que la democratización real califica (determina) la validez de la forma representativa democrática.

Los episodios de noviembre dan por tanto material abundante acerca de las posibilidades y las imposibilidades de la democracia representativa en Bolivia, lo cual quizá equivale a decir que las activas masas de noviembre fueron, como concentrado de la historia, más importantes que las tres elecciones en su conjunto.

En resumen: la recepción de la tierra sumada a la *construcción represiva del mercado* (el principio organizativo) se deriva en un *élan* hacia el mercado. Es aquí, o en torno a ello, que se produce el advenimiento del yo o la erección del individuo, sin lo cual no puede hablarse del trueque ideológico que es el requisito del MPC, y menos aún de la revolución intelectual. Tal es la consecuencia más trascendente de la movilización de masas que acompañó a la revolución agraria en la que los campesinos fueron actores organizados y no meros receptores. La democracia entre 1978 y 1980 no es sino el desarrollo o maduración de ese proceso y, sin eso, ni la UDP ni el bloque de noviembre hubiesen podido existir. Instalado este impulso en la sociedad, todavía se podría discutir sobre la forma que debe adoptar la representación y la propia viabilidad de ella como sistema político en un país como Bolivia.⁹⁷

CLASE DOMINANTE, IDEOLOGÍA DOMINANTE

Los personajes verdaderos de esta lucha no son siempre los antagonistas aparentes. En noviembre de 1979, como se ha visto, la huelga general obrera se convirtió de inmediato en *la huelga*

⁹⁶ Véase René Zavaleta, “La fuerza de la masa: de Bánzer a Guevara Arce”, *op. cit.* “El abigarramiento clasista y económico de la sociedad se manifiesta en la incertidumbre en la construcción del poder político, o sea que hay una suerte de correspondencia entre la sociedad política y la sociedad civil, pero sólo porque ambas son atrasadas”.

⁹⁷ Con esto se postula que la “*forma*” representativa es algo todavía por verse, aunque ya no la validez de la idea democrático-representativa en la masa.

política de todo el pueblo en un despliegamiento hegemónico muy considerable.⁹⁸ Esto lleva aparejada la paralización de la producción general y la ocupación del territorio, lo cual significaba la confrontación entre el *triunfo desarmado del pueblo* y la *derrota armada del ejército*. Noviembre es, pues, el compendio de la circulación hegemónica en Bolivia. Las elecciones de 1979, no obstante ser tan reveladoras, sólo son los aprestos hacia noviembre, y las de junio posterior, su consecuencia. El golpe de García Meza, entre tanto, es sólo la exacerbación pantagruélica de la sombría ilusión de Natusch.

Es el enfrentamiento del bloque histórico dominante, lo que implica una agregación no sólo horizontal sino también a lo largo del devenir del tiempo: en su corazón no está la burguesía, vértebra económica pero no hegemónica, sino el ejército, en tanto es el *Angst* del Estado. Esto no debería ser simplificado. Es cierto que se trata ya de la manera que adquiere el bloque dominante en su recomposición *dentro* de los nuevos términos postulados por 1952. Existe también su contorno hegemónico, los elementos conservadores en el seno del pueblo. Sería grotesco pensar que el 17% de los votos de Bánzer estuvo compuesto por burgueses. Los oficiales mismos, si debieran ser adscritos en algún compartimiento clasista, deberían serlo en el de los trabajadores asalariados no productivos: aquí, no obstante, está en el medio el *pathos* de la irresistibilidad, y hay por eso un elemento de mesianismo o encendimiento que imbuje el alma de estos hombres con un halo irracionalista: lo último que harán es referirse a su condición estructural.

En todo caso (así lo veremos mejor, luego), tras la claudicación de la burocracia civil del Estado en 1964, burocracia que gobernaba la autonomía relativa que había emergido del auge de masas de 1952,⁹⁹ y el deslizamiento del poder hacia el lado mili-

⁹⁸ Aunque en principio la intención de la COB no era sino oponerse a las medidas económicas, muy al corte del FMI, que se había visto obligada a tomar Lidia Gueiler, las repercusiones del hecho rebasaron de modo largo ese propósito.

⁹⁹ Llamamos así al período propiamente revolucionario (1952-1954).

tar de la burocracia;¹⁰⁰ tras el desmoronamiento sucesivo de las mediaciones alzadas en 1952 con relación a la clase obrera¹⁰¹ y, al final, con Bánzer, de las mediaciones hacia los campesinos; en suma, tras la pérdida universal de la *letra* de su legitimación, sin duda estamos ante un aparato que se ha replegado a su fase de emergencia, que es el ejército, o sea su *espíritu* en estado puro.¹⁰² El ejército, en efecto, que puede todavía invocar el pacto militar-campesino con Barrientos, no puede conseguir como apoyo sino a los gerentes *neoburgueses* con Bánzer. El Estado de 1952 se ha encogido a su último reducto. Para esto, importa ya poco qué piensan los oficiales sobre 1952.¹⁰³ Son el recurso final de algo que ni siquiera aman ni comprenden.

La historia de Bolivia, al menos a partir de los cuarenta, es eso: un duelo entre el ejército y la clase obrera (habrá que repetirlo siempre). Es sólo un modo de decir las cosas: un duelo entre el bloque que ha debido resignarse de modo precoz al amparo de su intrínquilis represivo puro y un bloque alternativo que está bajo la dirección *práctica* de la clase obrera, aunque dentro de los límites de una hegemonía incompleta. La clase obrera es todavía incapaz de su propio proyecto o alcance hegemónico, pero no hay un solo proyecto democrático que pueda plantearse al margen de la clase obrera. Conscientes o no del modo de hacerlo, de un modo más intenso o gradual según las épocas, ambas puntas tienen su

¹⁰⁰ El MNR monopolizó en la práctica el papel de la clase general o burocracia; Ovando, con todo, se las arregló para que existiera cierta burocracia militar, que es la que tomó el poder en 1954, aunque ya quebrando su línea jerárquica.

¹⁰¹ Lechín fue el mediador clásico con relación a la clase obrera, y Ovando respecto de los militares. Pero fueron miles de dirigentes quienes cumplieron con esta función, la de mediadores, que representaba la modernización efectiva del Estado.

¹⁰² En el sentido en que usa estos términos Luis H. Antezana. Véase "Sistema y procesos ideológicos en Bolivia (1935-1979)", *op. cit.*

¹⁰³ Para ver hasta qué punto el MNR fracasó en el intento de implantar las ideas nacionalistas revolucionarias entre los militares, y en cambio el grado en que se impuso la modalidad oligárquica tradicional por medio de hombres como Sanjines Goitia, véase W. Brill, *Military Intervention in Bolivia, the Overthrow of Paz Estenssoro and the MNR*, Washington, Institute for the Comparative Study of Political Systems, 1967.

propia concepción de país y su destino, se atribuyen una suerte de soberanía o irresistible y proclaman por tanto su derecho a reformar la realidad a su propia imagen.

Claro está que podemos saber con cierta precisión qué es el bloque dominante porque está en su acto. En tanto, sólo podemos saber lo que es todavía el bloque popular, pero no lo que será, porque ahora no es sino un movimiento. En todo caso, los actores circulan en cierta medida. Los campesinos, *v. gr.*, que por antonomasia debieron componer el partido democrático, fueron en su momento la fuerza de asiento del bloque dominante. Las fragmentaciones o desgarramientos del bloque dominante, entre tanto (que son propios de la vecindad de la crisis), se expresan en la participación de sectores democrático-burgueses en la forma que adopta el partido popular. Esto es lo que explica en gran medida a la UDP o la índole de la inserción del PS1 en el movimiento popular.¹⁰⁴

Que Paz Estenssoro o Guevara se presentaran como el rostro civil de ese bloque, o que Bánzer postulara su poder militar avalado y designado por los civiles y además un programa mucho más reaccionario (porque mientras los primeros representaban la desviación *agrarista*¹⁰⁵ del desarrollo económico, esto es, el momento en último término más imaginativo de la revolución burguesa, Bánzer no contenía sino el prebendalismo y una versión regionalista de la acumulación), nada de esto podía significar que la *última ratio* de los tres dejara de ser el ejército, *id est*, el Estado en la hora de la intensidad represiva. En otras palabras, podían ellos ser más desarrollistas y nacionales o más prebenda-

¹⁰⁴ Las contradicciones son frecuentes en la política de Bolivia. Siles fue el jefe del temidor revolucionario y después jefe también del despertar democrático. Quiroga fue un opositor apasionado al MNR de la hora de las masas, pero también, después, el denunciante más esforzado de las dictaduras prebendarias. Los casos podrían proseguirse bastante.

¹⁰⁵ Paz Estenssoro, Guevara y Gumucio definen la línea económica de la revolución en un sentido territorialista y agrarista y no industrialista y antiimperialista. En todo caso, el contenido estatalista de esta política es mucho más progresista que la que los norteamericanos impusieron después, a partir de Siles (1956).

listas, regionalistas y racistas, pero todos confluían en el *espíritu* del Estado de 1952.

Por otra parte, que la UDP en cuanto alianza más extensa que la clase obrera *per se* (y aun más extensa que el contorno de irradiación de ella) fuera la titular de las tres victorias de Siles Suazo tampoco quiere decir que la UDP pudiera ser nada *fuera* del movimiento obrero. La clase obrera podía existir al margen de la UDP, aunque impotente; pero la UDP no sería la UDP (no podría existir), sin la clase obrera. Considerado fuera de su alianza con los obreros, Siles mismo no habría sido nada diferente de Paz Estenssoro o Guevara. Dejar las cosas dichas de esa manera sería con todo reducirlas hasta su desaparición. En efecto, mientras que para Paz o Guevara la clase obrera no parecía tener sino una importancia periférica para su razonamiento, y en tanto que su eliminación política (de la clase obrera) era un requisito para todos los planes de Bánzer, Siles Suazo se apercibió, tras algunas hesitaciones, de la importancia crucial de esta clase. Acalló entonces un anticomunismo bien antiguo en él y se dispuso a la alianza.

Lo que califica como democrático o no a un proyecto, como lo hemos dicho antes, es la opinión o recepción de los proletarios. Esto es una ley en Bolivia: donde no hay consenso obrero, no hay legitimación. A ello debe sumarse que el grado de la autonomía proletaria dentro de la alianza de clases es también la medida en que ella, la alianza, es democrática. Con un instinto certero (aunque quizá demasiado instintivo) de la política, Siles Suazo tomó nota por lo demás de que la *quanta* nacionalista-revolucionaria, indisputable en las tres comprobaciones, no podía producir sino un poder paralizado e ilusorio si no lograba al menos un *modus vivendi* elemental con las fracciones estratégicas. Eso dice que, sin el asenso obrero, los militares no hacen otra cosa que matar gente; sin la solución de la cuestión militar, ni los obreros ni nadie pueden hacer tampoco nada distinto que perseverar en sí mismos. Con todo, aun para establecer la *paz imposible*, para lograr la tranquilidad militar, la amistad movilizadora de la clase obrera era la condición.

La clase obrera a su turno había aprendido del momento de su soledad clasista¹⁰⁶ que la única manera de ser ella misma era el serlo en medio del pacto democrático. Ni el más rabioso obrerista podría, en efecto, suprimir el hecho de que la Tesis de Pulacayo, por ejemplo, es del mismo año que la mayor agitación campesina del siglo, si quitamos la fase del Temible Willka y la conmoción orgánica de 1952; año, 1947, que es también el del mayor rencor *villarroelista* del pobrerió urbano.

Todo esto parece componer un cuadro perfecto. En los hechos, no obstante, ni Siles tenía la vocación para comprender la grandeza de los obreros ni la clase obrera era capaz de ofrecer un programa a toda la nación:¹⁰⁷ el programa que sostuviera, envolviera y ampliara la perspectiva vital de Siles, que era combativa pero no enjundiosa. El decurso posterior de las cosas demostraría, por lo demás, que la izquierda (llamemos así a esta protesta) estaba muy lejos de haber superado la pauta de su inconsciente, sellado con hierro por el *espíritu* del Estado de 1952. La propia composición de sus listas electorales enseña de una manera implacable la prevalencia continua de la extracción señorial en ellas, tal si se diera por sentado —como los atónitos obreros victoriosos de 1952— que quienes debían gobernar lo que resultara debían ser los que siempre habían ordenado en el país, así fueran los más jacobinos entre los integrantes de la casta señorial secular. Ni siquiera la más radical de las retóricas, como la de Quiroga Santa Cruz, podía desmentir tales nefastos datos centrales con los que asomaba su cabeza la historia ancestral del país. Bolivia había sido desde siempre un país de los señores y nadie, ni en la izquierda ni en la derecha, como no fuera la plebe pura en su rabia más cerrada, pensaba que tal cosa pudiera cambiar en lo esencial. Esto es

¹⁰⁶ En un ademán táctico certero, Barrientos precipitó las matanzas de 1965 y 1966 con las que el movimiento obrero quedó aislado en una ruptura de la que no saldría sino con la definición izquierdista de la pequeña burguesía tras el frustrado intento de Che Guevara.

¹⁰⁷ La Tesis de la COB proclamó el socialismo, pero el programa de correctivos de noviembre ni siquiera alcanzaba para hacer un programa elemental de reformas.

cierto: los pueblos miran a veces como su libertad lo que suele no ser sino una disputa de reemplazo entre las estirpes de sus amos.

Así de lejos estaba, en el mismo momento del auge de las masas, la redención de los indios de Bolivia.

EL EJÉRCITO DE 1952

Veamos en qué condiciones llega el ejército, ahora *summa summarum* del poder, al golpe de julio de 1980. Por supuesto que el ejército, como cualquier otra corporación, pertenece en primer término a su propia historia, como todo el mundo. Por tanto, no nació así: un germen siniestro se convirtió en el cuerpo entero. Es como si el tiempo se ocupara en una tarea extraña de volver cada día más grande una culpa original.

En el día mismo del golpe, en la ciudad de las *matanzas de Yáñez*,¹⁰⁸ el sentimiento de que jamás había ocurrido algo así persignó la percepción común que se tuvo de aquellos acontecimientos. Se quería decir que nunca el terror había sido aplicado en términos de una saña tan general. Era más bien una sensación, porque después se pudo ver que el terror había seguido más bien el principio de la penetración que el de la extensión. Fue algo grave, con todo. Desde la brutal sencillez con que se puso fin a la vida de Quiroga Santa Cruz (cuya ascendente historia política expresaba mejor que nada la fascinación que había venido a ejercer el gesto de la izquierda sobre los intelectuales) hasta las matanzas de Caracoles y los distritos mineros, para no hablar de las del campo (sobre cuyas bajas no se lleva cuenta en Bolivia por hábito nacional), todo habla de la organización de un escarmiento. La manera un poco neroniana con que se demolió aquella vieja casa de la Federación de Mineros, como si en esos adobes estuviera la clase obrera misma, así como las vesanias éstas, en las que asombra sobre todo la intensidad de la pasión con que se les comete, todo esto no obstante, todavía es legítimo decir que era

¹⁰⁸ Véase G. Moreno, *Las matanzas de Yáñez*, La Paz, Juventud, 1976.

el fondo de la historia del país y del ejército mismo lo que estaba preparando una cosa así.

Pues sabemos todos que hay siempre dos ejércitos dentro de cada uno, una suerte de esquizofrenia propia de la institución. Hay, en efecto, el ejército de la centralización y de la nacionalización: es el ejército el que debe *sentir* los aspectos nacionales que preexisten a la nación o que están detrás del particularismo, tan de la entraña de esta tierra, y de la visión corporativa del mundo. Por otro lado, el ejército clásico, cuya razón de base es el miedo de *la noche triste*. La función de este ejército es resistir al cerco de los indios y el 9 de abril no es sino la actualización de un atavismo llamado Katari. Bolivia resulta, para esta perspectiva, aquello que ha quedado intramuros, cercado por el malón de la indiada.

En la historia concreta de este ejército, el de 1952, no cabe sino sorprenderse por la corta escuela que dejaron los rasgos villarroelistas¹⁰⁹ de Ovando y Torres. Sin duda esta insólita amnesia de cuerpo es algo vinculado al fin de la era de la conjuración clásica,¹¹⁰ el prebendalismo,¹¹¹ y a la propia reconstrucción burguesa del Estado. Esta oficialidad tiene ahora una historia que no es la del Chaco ni la de Radepa: aquí los oficiales han sido sometidos (y se han prestado a ello) a una suerte de *brainwashing* o rehabilitación en primer término por la vía de la concurrencia al terror. De la práctica del terror se pasa sin remedio a la gratificación por el terror; de otro modo, no habría un solo culpable que no se hubiera ahorcado. Es un ejército entrenado por lo que, sin rigor, podemos llamar *la doctrina norteamericana*. Los oficiales

¹⁰⁹ Debería decirse en rigor *radepistas* por la logia Radepa (Razón de Patria), de la que era dirigente Villarroel.

¹¹⁰ “Que la conspiración fracasase con una reiteración tan terca decía que, fuera por la mediación prebendal, fuera porque se hubiese instalado en efecto la religión del Estado en la cabeza de los oficiales o fuera el pavor de la irresistibilidad, fuera tan sólo porque el aparato de inteligencia se hubiera hecho más vasto y eficiente, este sistema no era más divisible [...] Era la nueva consistencia del aparato estatal en Bolivia lo que hizo que Bánzer durara siete años en el poder”. René Zavaleta, “La fuerza de la masa: de Bánzer a Guevara Arce”, *op. cit.*

¹¹¹ Barrientos lo fundó con el tráfico de cocaína que ahora alcanza, según la revista *Newsweek*, los 2.000 millones de dólares por año.

que ahora aparecen como comandantes, prefectos, presidentes de entes autónomos, embajadores y lo que se quiera, están ya en las matanzas obreras de 1965 y 1966,¹¹² que son un plan premeditado, una celada tendida al proletariado minero con fines de ejemplarización y aislamiento político. Están también en las carnicerías de Sacaba, Epizana y Tolata;¹¹³ presentes sin duda en el exterminio de los guerrilleros de Ñancahuazu y Teoponte.¹¹⁴ Eso para mencionar algunas jornadas. Las circunstancias son siempre las mismas: uso de armas pesadas, de la aviación y la sorpresa sobre hombres y mujeres desarmados y míseros pueblos abiertos, excepto en el caso de los guerrilleros, donde su inferioridad equivalía a lo mismo. Las matanzas bolivianas se han hecho famosas. El propio golpe militar de noviembre de 1964, que inaugura la era castrense de la que no hemos salido aún,¹¹⁵ empieza con la aniquilación por ametrallamiento aéreo de al menos un centenar de milicianos movimientistas en el cerro de Laikacota, en La Paz.¹¹⁶ Con tal historial, no es correcto decir que las cosas empezaron en mayo, sin hablar también de los días de Natusch Busch en noviembre.

El lugarteniente y también inspirador de García Meza es el coronel Arce Gómez, jefe de los grupos paramilitares en el golpe de julio. Es claro que los aparatos paramilitares son hoy parte de la Doctrina de Seguridad Nacional en América Latina, refutando lo que habría podido pensarse en cualquier tiempo anterior. Una cosa era un miliciano,¹¹⁷ enemigo del ejército; otra, un paramilitar actual, por lo general un mercenario específico y a veces sólo un

¹¹² Las de 1965, matanzas mientras en todos los distritos. En 1966, la masacre de San Juan en Siglo XX-Catavi.

¹¹³ Matanzas de campesinos en el valle de Cochabamba, en 1974.

¹¹⁴ Asiento con el que son conocidos los dos intentos guerrilleros de 1967 y 1970.

¹¹⁵ Con el que se derrocó a Paz Estenssoro.

¹¹⁶ Éste es un cerro de gran valor estratégico, situado entre el centro de La Paz y Miraflores, asiento del Gran Cuartel General.

¹¹⁷ En principio, los milicianos eran sólo los obreros y campesinos en armas. Después se contrataron mercenarios para la misma tarea en una evolución expresiva.

oficial en función paramilitar. Tampoco esto es algo que carezca de historia previa en el país.¹¹⁸

A la formación represiva del ejército, cuya propia colocación espacial se refiere a la imposición del orden interno y no a la defensa de la frontera, se suma entonces el terror paramilitar y los métodos de julio concluyen en la ejecución de lo que se puede llamar *el terror cupular*. Tampoco esto, de lo cual la muerte de Quiroga Santa Cruz es el paradigma, dejaba de tener antecedentes como los asesinatos de Torres en Buenos Aires y de Zenteno Anaya en París.¹¹⁹ Lo de Quiroga, con todo, fue algo más profundo que un asesinato. Luego vamos a ver por qué. De cualquier forma, la historia política se desarrolló rebasando de un modo largo la más bien modesta capacidad de análisis de la izquierda, enferma ahora como antes no sólo de tristes ideas, sino de un antiintelectualismo que se diría militante. Las explicaciones, como es sabido, giraron básicamente en torno a la intervención argentina¹²⁰ y la cuestión

¹¹⁸ Barrientos, que no era capaz de tomar el desayuno sin consultar con los gringos, apareció de pronto —cierto que en las postrimerías de su poder y de su vida— con la historia de que era necesario organizar las FURMOD (lo que significa más o menos Fuerzas Unidas de Represión para el Mantenimiento del Orden Democrático), lo cual se prosiguió después con el Ejército Cristiano Nacionalista. La idea se mantuvo a lo largo del tiempo, desde los crímenes del tiempo de Ovando hasta el asesinato de Quiroga, y posteriormente la dirección local del MIR. Son los mismos personajes. Monroy, por ejemplo, actúa en todos esos episodios, aunque acabará asesinado, lo más probable que por sus propios compañeros, en 1982.

¹¹⁹ Juan José Torres fue asesinado con la complicidad del aparato argentino en 1976. Zenteno Anaya fue también muerto a tiros de un modo que quedó en el misterio cuando era embajador boliviano en París. Cada uno en su línea, eran rivales ostensibles de Bánzer.

¹²⁰ Se habló de un virtual recorrido de la frontera a cargo de los militares fascistas argentinos. Esta suerte de versiones son siempre muy exitosas entre los jingoístas, incluso si ellos mismos son perseguidos por los fascistas. Tal descripción resultó la más socorrida para la difundida perplejidad con que se encontró de pronto todo el movimiento democrático que, contra todos los indicadores de la realidad, parecía al punto no saber qué había pasado. Ocurrió algo semejante en 1971, cuando la versión universal de la izquierda fue que Torres había sido derrocado por Brasil, o de que la clave estaba en los nazis alemanes refugiados en Bolivia, como Altmann, que hubieran financiado a Bánzer, cuyo apellido coincidía demasiado con ello. El tropicalismo de los tristes trópicos puesto en

de la cocaína. Una causa emergente (los argentinos, la cocaína) habría alterado —a su juicio— un curso de las cosas que de otra manera habría estado a salvo. Así de ocasional sería la historia del país. Los hechos enseñan más bien que Bolivia contenía al mismo tiempo grandes masas activas y también reflejos estáticos profundos. Las estructuras sociales, incluso la boliviana, suelen ser más conservadoras de lo que parecen, y hay siempre un poderoso conjunto de medios reaccionarios en cada país. En este caso, la propia revolución democrática había ido concediendo los medios para el montaje del aparato que actuó sin éxito con Natusch y con éxito con García Meza.

QUIROGA SANTA CRUZ

La pasión y la muerte de Quiroga Santa Cruz son por eso tan reveladoras por todo concepto. Con el rango que le daba el ser el mejor orador de su tiempo, Quiroga asumió una peligrosa certeza en la impugnación del sistema prebendario que se desarrolló en su forma más general con Bánzer.¹²¹ Se puede decir sin vuelta que

la cabeza de los módicos teóricos izquierdistas de América Latina se dio al punto de elaborar un teorema entero sobre el *subimperialismo brasileño*, como una nueva fase dentro del MPC. O sea que había una verdad, que era el MPC y una subverdad, que era el subimperialismo brasileño. Todo esto, es claro, fundado en algunos datos sin duda reales, porque tan cierto es que los norteamericanos utilizaron a los militares brasileños para financiar la conspiración de Bánzer y que los nazis actuaron de lleno en su gobierno, como que lo que daba pábulo a unos y otros gorilas brasileños y mercenarios nazis era el cuadro local de las clases, que se habría definido lo mismo con ellos que sin ellos.

En 1980 no hay duda de que oficiales argentinos actuaron en la comisión de los actos terroristas iniciales y en las torturas, como no la hay del inmediato soporte que dio el préstamo argentino (200 millones de dólares, que llegó después a 400 y finalmente a 700) a un García Meza en apreturas ante el tardío doctrinarismo de Carter. Pero en atribuir todas las cosas a esto no actuaba sino un complejo de inferioridad de un país que ha perdido demasiados territorios en manos de sus vecinos. En los hechos, la Argentina carecía de la consistencia nacional para una aventura de semejante envergadura, y lo mismo pudo decirse en su hora de Brasil. En cuanto a los norteamericanos, que son los verdaderos amos del país, no necesitaban conspirar con nadie para hacerse de sus propios objetivos.

¹²¹ Puede decirse que si bien el prebendalismo es eficaz sólo en determinadas

Quiroga fue el denunciante más insobornable y poderoso de ese tiempo aciago. De la manera miserable en que fue ultimado, en el cumplimiento más protervo de una promesa hecha por García Meza ante el país entero, se puede encontrar la medida de lo que esto comprendía.¹²² El desenfado absoluto con que actuaron tan al desnudo García Meza y todo el extremismo militar era la prueba del nivel de no retorno al que había llegado la política y de la impotencia de la sociedad civil, ahora sí ocupada por su propio Estado, el cual, a su turno, se había reducido a su mera expresión armada.

En el juicio de responsabilidad de Bánzer, Quiroga dirigió el conjunto de sus comprobaciones a un único punto irremediable: todo el sistema de Bánzer se fundaba en la corrupción en diversas formas, es decir, en la *prebendalización del sistema estatal*.¹²³ A decir verdad, en principio no debería haber habido mayor sorpresa por ello. El propio MNR había convertido el capitalismo de Estado en el método de la acumulación originaria de la recomposición burguesa. De allá, del Estado de 1952, salieron en la práctica todas las fortunas actuales de Bolivia. Es lo que se llama el *camino extraeconómico* de la acumulación, y en esto Bánzer no hizo más que generalizar el método hasta dejar el mayor endeudamiento de la historia del país. Bánzer con todo era consciente de lo que hacía, y también de sus propios negocios. No era por tanto esto lo que exasperaba de Quiroga: Bánzer no podía proponerse *además* pasar a la historia como un hombre honrado. El encono

condiciones, ellas se dieron sin duda en el ciclo que va de Barrientos a Bánzer. A partir de entonces la estructura militar en su conjunto usufructuaría privilegios legales e ilegales (porque es cierto que no es tan grande la diferencia en Bolivia) y esto sirve para acentuar la impostación corporativa que se le impone. El más desamparado de los oficiales pasa a tener más derechos naturales que cualquier civil.

¹²² García Meza declaró que la institución armada y él mismo en persona sabrían *poner en su lugar* a Quiroga. La idea de su eliminación sin duda circulaba ya entonces en este tipo de oficiales.

¹²³ Weber define la “prebenda” como una “remuneración vitalicia y no hereditaria de su titular por concepto de servicios reales o ficticios, en forma de rentas del cargo”. Ver Max Weber, *Economía y sociedad*, México, FCE, 1944.

provenía de la posición en cierto modo dual de Quiroga: interior, por una parte, a la propia clase a la que denunciaba, y exterior a ella a la vez, porque así lo elegía. Quiroga¹²⁴ estaba revelando en su persona la ruptura de la clase dominante. Era un testimonio viviente de una disidencia que es el indicador indudable de la aproximación de la crisis.

La contribución de Bánzer radicó por tanto en la construcción de cierta nueva identidad para el estatus de lo militar. En la práctica, con la dispersión de las canonjías y las sinecuras que se convirtieron en la norma de vida de la unidad militar; enseguida, con el emplazamiento en el alma de los oficiales del dogma de su impunidad, que es una traducción degenerada hacia lo subjetivo del principio de la irresistibilidad del Estado. En otros términos: *para nadie es legítimo enjuiciar al ejército, el ejército debe ser considerado para todo fin intocable, los oficiales en general son intocables (no enjuiciables) y cada uno de los oficiales debe ser intocable porque ellos son los portadores del espíritu del Estado*. Quiroga por tanto era el menos indicado para romper este principio, y Bánzer el menos llamado para comenzar el juicio a la corporación.

Bien vistas las cosas, ésta era en fin de cuentas la única manera de hacer lo que se llama en psicología un acto de *supresión*. Para la representación o internacionalización militar, los obreros de 1965-1966 o los guerrilleros o las dos decenas de asesinados para esconder la venta clandestina de armas a Israel¹²⁵ o los campesinos de 1974 o Quiroga, desde luego, estaban desafiando a la patria, no a Bánzer. La patria es el orden de cosas que existe; la patria es, entonces, el Estado de 1952 en la forma en que existe hoy. Actuaron, pues, en torno a esta razón final, y ella sirvió para exorcizar todo.

Mediante una denuncia cuyo alcance era más bien republicano o ético-moralizante, porque inculpaba a la burguesía por no

¹²⁴ Lo cual vale decir, sin discusión, para una gran parte de los dirigentes del MIR.

¹²⁵ Bolivia simuló la compra de armamento a diversos países, Bélgica en particular, para entregarlas a Israel, cuando la venta a ese país estaba vedada. Este *affaire* y los otros del barriestismo causaron unas veintitantas muertes.

cumplir con la ley burguesa (lo cual era, después de todo, como creer en ella), Quiroga descubrió, haciendo gala de un inmenso valor civil, algo que en realidad todos habían hecho por apañar: la lógica prebendal era la única con que contaba ahora el Estado de 1952. No sancionar a Quiroga habría equivalido a la aceptación de que el ejército y los militares que por él mandan son también parte de un mundo laico, de un mundo enjuiciable.

Está claro que, al menos de 1964, la incidencia creciente del aparato represivo se acompaña por la disolución de la efectualidad ideológica de este Estado que ha empezado a vivir en un hueco hegemónico. Los hombres del reconstruido bloque dominante habían derrochado aquel excepcional margen de legitimidad que había dado al Estado que generó la revolución democrática en 1952. Se diría que, desde Bolívar mismo, no hubo jamás un contorno de legitimidad tal en la historia del país. Podía en cambio sostenerse, hacia mediados de 1980, que se llevaban ya 16 años en que el ejército buscaba una solución para un problema que no era militar.

Esto mismo puede ser dicho de otra manera en el decurso de la historia de este Estado, habiendo vencido y absuelto en la práctica a la burocracia civil que era como la *clase general* del sistema, sin tener a la vista una burguesía unificada y ni siquiera realmente constituida, los militares, puestos en el monopolio del poder desde 1964, y aun antes de ello,¹²⁶ adoptaron una visión corporativa de las cosas, o sea que se dieron al hábito de pensar más en el destino de los militares en la nación que en la influencia de la suerte de la nación sobre el ejército. Esto producía un resultado contradictorio. Mientras el Estado, por medio de su brazo de fuerza violenta aplastaba a la sociedad y la acallaba, parecía que todo iba bien. En realidad, la sociedad acallada fermentaba su desquite, acumulaba reclamos que nadie podía ver porque se había suprimido la lógica de la visibilidad social. Cuando, por

¹²⁶ El *esprit de corps* se explica por la doble humillación a que los sometió el MNR, casi sin darse cuenta, no sólo al obligarles a rendir homenaje a su propia derrota sin otra explicación, sino también con los salarios casi simbólicos que les impuso por años, es cierto que junto al país entero.

cualquier razón, en este caso por la erosión política de Bánzer, la sociedad civil podía expresarse, lo hacía de un modo cataclís-mico. En esa instancia, el Estado carecía, como es obvio, de las mediaciones correspondientes. No había razón alguna para que el rebasamiento abrumador del marco político-estatal por parte de la sociedad civil, que sin reposo mostraba el ademán de su autodeterminación, no produjera en su contrario el renacimiento exasperado de las *costumbres militares*.

Estamos ante el crepúsculo del partido de 1952, del Estado de 1952 y quizá también de la propia ideología de 1952, aunque ésta es, como es usual, lo más persistente. Pero el mismo hecho ideológico como tal, la articulación subjetiva, han sido relegados, por cuanto su ejercicio requiere un mínimo democrático. Es un Estado que no vive hoy de consenso sino de la prebenda estampada en un excedente concreto (la cocaína en lo básico) que debe practicar la *violencia política* o perecer. Sin embargo, es un aparato que tuvo su pujanza, su poder y su gloria. En 1952, por ejemplo, el radio de disponibilidad de las masas ante el MNR era tan grande que se pudo imponer a Ñuflo Chávez, de quien se decía que era descendiente del fundador español de Santa Cruz de la Sierra, como el máximo dirigente campesino. Terratenientes como Álvarez Plata fueron también dirigentes campesinos y, en general, el MNR podía constituir dirigentes a sabor, incluso entre los propios obreros. Las mediaciones no sólo no debían ser compradas, sino que podían ser instauradas del modo más arbitrario. Las gentes recibían con cierta ansiedad positiva este proceso, con cierta avidez. Estamos muy lejos de aquello: hablamos de la fase prebendal o pretoriana de aquel Estado.

Pues bien, el fundador de la época de la prebendalización fue el general René Barrientos Ortuño. Se dice que en la primera reunión de gabinete después del derrocamiento de Paz Estensoro, en 1964, distribuyó sumas de 10.000 dólares a cada uno de sus ministros. En realidad, Barrientos propaló este sistema sobre todo en el ejército y en el campesinado, las dos puntas del pacto militar-campesino, que fue su base social. Bánzer extremó el método y fue con él que el Estado se asoció con el narcotráfico. Ésta

es también la base de García Meza, aunque él fuera a su turno como el símbolo de las tendencias desorganizadoras que trajeron en sí una mediación tan primitiva como ésta.¹²⁷

Deberíamos ver con todo qué viabilidad real tiene un Estado organizado sobre esta suerte de mediaciones. El propio acto prebendario debe fundarse en un grado de validez del poder; no puede existir sobre la nada. En efecto, si el terror fuera exitoso de un modo infinito, nos estaría gobernando algún descendiente de Gengis Kan. Si la cooptación prebendal fuera exitosa, Patiño habría sucumbido por avaricia. Las cosas no suceden así. El Estado es en último término lo que es la sociedad. Dentro del Estado, por otra parte, nada es tan difícil como construir un aparato represivo eficaz en profundidad, entre otras cosas porque la represión no es la inteligencia y porque el que dispone de la fuerza tiende sin cesar a su autonomía. ¿Por qué iba a ser entonces eficiente el ejército allá donde el Estado mismo está en un proceso de atrofia hegemónica, de dispersión y decadencia?

Sostenemos nosotros que Bolivia ha entrado en un ciclo de crisis orgánica que no tardará en convertirse en una crisis nacional general. Desde el momento en que el Estado de 1952 tenía una hegemonía real (o sea que tenía como único medio de dominación el ideológico) que se mostraba compatible por tanto con el monopolio de las armas por el pueblo, hasta la ruina de la autonomía relativa, el desplazamiento del poder hacia los militares (y por fin la pretorianización) y la pérdida sucesiva de la base social de esa dictadura con la ruptura del pacto militar-campesino, que ejecuta Bánzer con esa suerte de alucinamiento de los que son portadores de la pérdida de lo mismo que representan, vemos que el Estado de 1952 ha necesitado menos de 30 años para llegar al borde de la deslegitimación prerrevolucionaria que el Estado oligárquico alcanzó en más de 50 años de predominio. Es indudable que esta secuencia está exteriorizando la formación de una crisis

¹²⁷ Batista desorganizó el Estado cubano por practicar métodos prebendarios que rebasaban la legitimidad de que se disponía. No pasó por cierto lo mismo en México, donde, al ocurrir dentro de una ancha legitimación, las prácticas prebendales son un elemento articulador.

estatal. La manera de los acontecimientos de 1979 y un gran número de hechos coetáneos proponen que será también una crisis social de vasto alcance.

Es un proceso de desagregación que afecta en primer lugar al ejército mismo. En 1964, el ejército actuaba todavía bajo el mando ostensible de Ovando, que fue su reorganizador y jefe político efectivo (aunque era ya tan ilustrativo que la reorganización fuera poco menos que un acto conspirativo). En 1980, no sólo llegó el ejército a un aparato desolado (el Estado), sino que debió practicar su propia disgregación para hacerlo. Es una secuela decimonónica. García Meza, con cierta cómoda brutalidad surgida de su colusión con lo de la cocaína, debió romper el principio de la obediencia jerárquica, que es el secreto de la coacción impersonal, o sea de la violencia legítima.¹²⁸ García Meza y la *clique* terrorista destituyeron, en verdaderos golpes de Estado en el interior del ejército, a dos comandantes en jefe antes de que pudiera él mismo asumir el rango. Actos éstos casi físicos, aceptados a regañadientes pero también con un gran oportunismo por la clase política, hacen que ésta piense (porque conoce mal este mundo mítico, trágico y tánico-destructivo) que el golpe mismo había sido derrotado en el vientre del cuerpo llamado a cumplirlo. Si García Meza no acataba a sus *mandos naturales*, parecía lógico que hubiera dentro quien no acatara a García Meza. No era sino una suplantación de la forma real de los sucesos.

Los militares a la García Meza decían otra cosa: que había que golpear al punto porque cada día después sería más difícil. Eso, obedeciendo al viejo instinto militar que advierte que un corazón resuelto vale más que una escuadra perpleja.

¹²⁸ Véase Max Weber, *Escritos políticos*, México, Folios Ediciones, 1982.

FORMA CLASE Y FORMA MULTITUD EN EL PROLETARIADO MINERO EN BOLIVIA¹

1

La tesis del atraso estructural del proletariado minero andino está descrita del modo más enfático por el historiador peruano Heraclio Bonilla.² Se trataría, según él, de “un proletariado incipiente, es decir, minoritario frente a las otras fracciones de las clases populares”.³ Sería, por otra parte, “un proletariado asociado a la fases más primitivas del desarrollo económico. En suma, un proletariado no industrial y no urbano”,⁴ “proletariado de transición, es decir, a diferencia del proceso ocurrido en las áreas centrales del desarrollo capitalista [...] un proletariado que no quebró y no quiebra todavía definitiva e irreversiblemente sus lazos con el campo”.⁵

Se puede discutir de entrada la asociación que hace Bonilla entre la idea de “proletariado incipiente” y su carácter minorita-

¹ Texto extraído de *Bolivia hoy*, México, Siglo XXI, 1983, pp. 219-240.

² Heraclio Bonilla, *El minero de los Andes*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1974.

³ *Ibid.*, p. 24.

⁴ *Ibid.*

⁵ *Ibid.*

rio, sobre todo si ello se relaciona con las “otras fracciones de las clases populares”. En principio es difícil recordar proletariado alguno⁶ que hubiera sido mayoritario de veras en alguna parte; pues no lo eran, sin duda, ni el ruso ni el chino ni el de país cualquiera donde haya ocurrido lo que se ha llamado una revolución proletaria. Si se hipertrofiara el argumento, habría que decir que un proletariado no dejaría de ser “incipiente” sino cuando fuera a la vez mayoritario, al menos con relación a “las otras fracciones populares”. Marx precisamente previó en los *Grundrisse* lo contrario. Los rusos, por ejemplo, o los franceses de 1948 habrían sido, del modo más típico, “proletariados incipientes”.

El concepto que, sin embargo, nos interesa debatir con mayor detención con el objeto de que sirva para el análisis actual del proletariado boliviano es el que relaciona el supuesto atraso político del minero de los Andes con su asociación a las “fases más primitivas del desarrollo económico”. De aquí se desprende ya una tesis general: el carácter más avanzado de un proletariado está vinculado con su colocación productiva: mientras más alta sea la composición orgánica del capital, más combativa, consciente y socialista será esa clase obrera, etc.⁷ No es por cierto una guisa de razonamiento que pueda atribuirse tan sólo a Bonilla. Marx mismo, a propósito de Inglaterra, pensó cosas semejantes, y es toda la tradición de cierto economicismo que existe en torno al análisis de las clases sociales que contiene al mismo tiempo una visión que sitúa el desiderátum de la historia en los países centrales.

En la misma línea de reflexión, Poulantzas atribuye a Anderson y Nairn la siguiente postulación referida a sus análisis sobre el desarrollo de la sociedad inglesa:

La clase obrera no habría encontrado una ideología “burguesa” constituida, correspondiendo a una dominación política “pura”

⁶ Si consideramos como proletario sólo al trabajador productivo. *Stricto sensu*, el llamado proletariado indirecto no lo es.

⁷ Véase Fernando Cortés y Ana Jaramillo, “Relaciones de poder en los conflictos laborales”, en *Revista Mexicana de Sociología*, N° 2, México, 1980.

de la clase burguesa, que hubiese podido “transformar” en “ideología proletaria”,⁸ lo cual por cierto contiene una llamativa ponderación: lo que se puede llamar *ideología proletaria* tiene como su condición la existencia de una “ideología burguesa constituida”. En consecuencia, el carácter “tradeunionista-económico-corporativo” de la clase, situada dentro de una formación social donde la burguesía tiene finalmente un lugar “subalterno”, no puede —según estos autores— encontrar allí una ideología burguesa coherente y transformar⁹ en “conciencia de clase” del proletariado, en ideología revolucionaria.¹⁰

Tal es lo que se dice de la “más burguesa de las naciones”. Calcúlese hasta qué punto tendría que ser válido para el análisis del proletariado minero dentro de una sociedad civil como la boliviana... Si volvemos a un análisis materialista, o al menos racionalista, del caso, nos parece que tanto Anderson como Nairn (si nos atenemos a Poulantzas) atribuyen a una difuminada *ideología burguesa* el papel que en realidad incumbe al contorno de ideas, representaciones y símbolos que circuyen a la subsunción real, o sea la revolución intelectual antropocéntrica que es propia de esa instancia. Esto, desde luego, nos llevaría a un punto que no incumbe a esta ponencia. Si la “condición” de la ideología proletaria en Bolivia fuera la existencia de una “ideología burguesa constituida”, ¿a cuál tendríamos que referirnos? ¿Quizá a la historia del “se acata pero no se cumple”? ¿Podría ser a los silogismos de consecuencias de los *doctores dos caras*? ¿Pensaríamos entonces en la teoría del “pueblo enfermo”? La “transformación”, que

⁸ Nicos Poulantzas, “La teoría política marxista en Gran Bretaña”, en *Hegemonía y dominación en el Estado moderno*, México, Cuadernos de Pasado y Presente, N° 48, 1969, p. 89.

⁹ La *transformación* consistiría, se supone, en la prolongación de la idea racional o antropocéntrica del mundo más allá del horizonte de visibilidad de la ganancia, o sea la sustitución del horizonte oscuro de la burguesía o la visión implacable de la sociedad entera. En todo caso, la idea es sugestiva en cuanto uno pertenece a su contrario, en cuanto piensa en él.

¹⁰ Nicos Poulantzas, “La teoría política marxista en Gran Bretaña”, *op. cit.*, p. 104.

duda cabe, aquí no es posible. En cambio, en el caso de Bonilla, no es que nosotros opongamos el criterio de una no dependencia general entre el grado de desarrollo de la clase y las condiciones de su comportamiento productivo, sino que nos parece que habría sido más prudente extraer una conclusión más focalizada de los hechos que detectaba en su investigación, o sea hablar de Cerro de Pasco cuando se habla de Cerro de Pasco, y decir algo más o menos parecido a lo siguiente: en la contradicción de influencias precapitalistas y condiciones capitalistas, por alguna razón, hasta entonces, se impusieron las primeras. Eso, como está a la vista, no puede valer sino en el ámbito que Bonilla estudia, y eso mismo hasta prueba contraria. Con todo, su trabajo se llama *El minero de los Andes* y, por lo tanto, nos es útil para cotejarlo con una historia tan parecida en sus personajes como opuesta en su desarrollo, cual es el papel de los mineros de la historia de Bolivia del siglo XX o, al menos, en la de los últimos 50 años.

2

Hace varios años que la controversia acerca del concepto de *trabajo productivo* se ha ido instalando dentro de los estudios sociales.¹¹ Dicha discusión no podía concluir sino en lo que los italianos llaman la cuestión de la “centralità operativa”.¹² Sin duda, la importancia del asunto es la mayor entre todas. Probablemente el propio sentido del marxismo esté en cuestión. Con todo, el desiderátum de tales dilemas es relativo. En el caso que debemos exponer, el boliviano, se necesitaría un alma demasiado simple para oponerse al aserto de que si bien la “centralidad” proletaria no es un hecho resuelto a nivel de toda la sociedad ni al de

¹¹ Ian Gough, *Marx's Theory of Production and Unproductive Labour*, NLR 76, noviembre-diciembre de 1972; H. Braveman, *Trabajo y capitalismo monopolista*, México, Nuestro Tiempo, 1974; André Villalobos, *Classes sociais e trabalho produtivo*, Rio de Janeiro, CEDEC, 1978.

¹² Véase Massimo Cacciari, “Transformación del Estado y proyecto político”, en VV.AA., *La teoría marxista de la política*, México, Cuadernos de Pasado y Presente, N° 89, 1981, pp. 234-235.

la teoría *stricto sensu*, pero sí lo es al menos con relación a todas las formas constitutivas del movimiento democrático y aun a su propia interacción contradictoria con el bloque dominante. No es por eso una exageración decir que, al menos desde 1940, la historia de Bolivia es un duelo entre los militares y la clase obrera.¹³ En pocos lugares en el mundo es tan acabada la *centralidad* obrera como en la implantación de lo nacional-popular en Bolivia.

Esto hace una suerte de apotegma. Se recuerda con ello, como es natural, que la de 1952 fuera la primera insurrección obrera triunfante en América Latina (en realidad no ha habido otra, y quizá lo único parecido sea el 17 de octubre argentino), así como el papel dirigente, aunque no hegemónico, de los obreros en las transformaciones democráticas consiguientes. La visibilidad de toda la política boliviana posterior giraría sin solución de continuidad en torno a este personaje clasista. Baste con mencionar coyunturas tan elocuentes (y a la vez tan inorgánicas) como la de la Asamblea Popular,¹⁴ o el hecho de que la clase obrera fue el punto de arranque y la cobertura fundamental del único momento auténticamente democrático representativo que ha vivido el país.¹⁵ Explicar esta casi desproporcionada influencia no puede ser una tarea sencilla. Con todo, aquí se intentará ofrecer algunos elementos para ello.

3

Veamos en primer término el escenario, o sea el *locus* minero. De partida advertiremos la coetaneidad del aislamiento geográfico del *locus*, que es como una partícula en medio del vacío, y su aislamiento social. Las descripciones que se han hecho de los lu-

¹³ Porque los militares son el corazón del Estado y, en la práctica, los obreros son el corazón de esta sociedad civil. Véase René Zavaleta, *La formación de la conciencia nacional*, Montevideo, Diálogo, 1967.

¹⁴ G. Lora, *De la asamblea popular al golpe del 21 de agosto*, Santiago, OMR, 1972.

¹⁵ Para una justificación de esta aseveración véase René Zavaleta, *Las masas en noviembre*, La Paz, Juventud, 1983.

gares en que se montaron los campamentos o distritos mineros no pueden ser más intensas. Aquí, como diría Darío al comentar la novela *En las tierras de Potosí* de Jaime Mendoza, el único personaje es el viento.

Sin duda, esta aridez o vacío en torno al *locus classicus* desempeñó un papel en la gestación de los profundísimos sentimientos corporativos de los mineros. Al desprendimiento que resulta del vacío del contorno sucede cierto hiato cultural equivalente, porque la mayor parte de los mineros, al menos en sus centros especiales, como Siglo XX, son hombres originarios de los valles de Cochabamba. Eso se explica en parte por la mayor concentración demográfica de la zona donante, Cochabamba, pero también porque era allí donde la tenencia de la tierra era relativamente (aunque esto era poco significativo en aquella Bolivia) más progresista.¹⁶ Quizá pueda derivarse de esto una más temprana tendencia a la descampesinización.¹⁷ Al disponer en gran medida de su origen cultural común, el estar como extrañados en un

¹⁶ Véase A. Céspedes, *El metal del diablo*, Buenos Aires, El Mangrullo, 1976; F. Ramírez Velarde, *Socavones de angustia*, La Paz, Librería Editorial GUM, s.f.; C. Soria Galvarro, *Con la revolución de las venas*, La Paz, Roalva, 1980.

¹⁷ Las observaciones de Brooke Larson acerca del papel de Cochabamba con relación a la formación potosina, son del mayor interés. En primer lugar, surge Potosí como un importante mercado de productos agrícolas: “La concentración de 120.000 personas en los estériles alrededores del pueblo minero, lo hicieron totalmente dependiente de la importación de bienes básicos para la supervivencia”. En segundo lugar, el propio Estado, y en particular Toledo, hacen una *construcción coercitiva* del primer mercado interno: “El estado [...] aceleró la formación del mercado interno en el espacio económico peruano [...] La explotación económica basada en la propiedad privada se apoyó en la coerción político-legal del Estado que, a corto plazo, promovió el sector exportador, la especialización regional y el comercio terrestre”. Luego de poco tiempo, “la mayor parte del grano era enviado a Potosí por terratenientes individuales de Cochabamba”.

De alguna manera, la propia Cochabamba incaica se adelantó a la gran descampesinización que haría Potosí: “Antes de la conquista española, los valles de Cochabamba estaban habitados por un mosaico de aproximadamente 40 grupos étnicos...”. “El modo inca de consolidar el control sobre Cochabamba y sobre otros territorios nuevos era el de trasplantar nativos de otras regiones *mínimas*”. Finalmente, “a finales del siglo XVII, la movilidad laboral se había convertido en el problema crítico del Estado colonial en Perú y Bolivia [...] la vagancia es-

escenario diferente y ante la mentalidad propia de la pérdida del *locus* previo (elemento fundamental de la descampesinización), sin duda actuaron también en la composición de la psicología de esta clase obrera.

El aislamiento, por cierto, no es una ventaja, y aún más, en términos de flujo hegemónico se puede decir que *a la larga* es un *handicap* para los mineros, incluso en términos militares.¹⁸ Con todo, aquí convendría considerar el factor de “insistencia” estructural. Si se tiene en mente que el ingreso de los mineros a la política se sitúa por lo general (pero esto es una convención) en el comienzo de los cuarenta, y más propiamente en la masacre de Catavi (1941),¹⁹ debemos suponer que han discurrido tres generaciones desde aquel corte simbólico. Ahora bien, el número de obreros, aun en el caso de que se considere su contorno, escasamente se ha incrementado desde entonces, y es posible que haya disminuido. Significa eso que se trata de proletarios hijos de proletarios, es decir, obreros de *extracción* obrera, obreros hereditarios. Una situación por cierto en nada comparable a los valores de los grandes *proletariados de primera generación*²⁰ de México o Brasil *inter alia*. Si a la locación espacial y cultural, *factor de insistencia*,

taba más generalizada en la zona sur que en casi cualquier otra parte del imperio español”.

Las consecuencias parecen ahora previsibles: en el siglo XVIII “la Provincia de Cochabamba tenía la más alta proporción de indígenas sueltos, no segregados, en Bolivia, y era también conocida por su gran población mestiza” “(el 90% del total de población indígena de Cochabamba [...] estaba registrado en los listados tributarios como ‘forasteros’)”.

Como punto de remate, “el mercado campesino era el punto terminal de aproximadamente la mitad del valor de las importaciones de otras regiones andinas a la provincia. Más importante aún, el mercado campesino estimuló el crecimiento de la industria de textiles de algodón después de 1760 [...] El mercado campesino local fue el mayor impulsor de la expansión de la producción textilera”. Véase B. Larson, *Cambio agrario en la economía colonial: el caso de Cochabamba, 1580-1800*, Bogotá, Estudios Rurales Latinoamericanos, 1980.

¹⁸ Véase Régis Debray, *La guerrilla del Che*, México, Siglo XXI, 1975.

¹⁹ Opinión completamente controvertible. Es dudoso decir que el tema minero fuera un tema “nacional” antes de los cuarenta.

²⁰ Véase Paulo Schilling, *El expansionismo brasileño*, México, El Cid, 1978.

se suma este hecho de la extracción o estirpe, resulta que estaban ellos en condiciones de formar comunidades que tuvieran “sus propios códigos, mitos, héroes y patrones sociales”.²¹

4

La bien conocida Tesis de Pulacayo²² tiene sin duda un mérito propio por haber enunciado esta centralidad de facto que iba a asumir el proletariado minero. La Tesis postula un “gobierno propio de la clase obrera, teniendo como eje la alianza obrero-campesina”, o sea que correspondería a la primera el papel dirigente, “no obstante su escaso número”, lo cual es como la tesis de Heraclio Bonilla, sólo que invertida: en aquel caso el número lo determinaba todo, y aquí no importa nada. En los hechos nadie podría discutir que el escaso peso demográfico de los mineros fue siempre un elemento adverso para ellos, así como la soledad territorial fue al mismo tiempo su escenario, su defensa y la forma de sus imposibilidades. Con una fe tan exultante en el destino obrero habría sido difícil que la Tesis o sus autores estuvieran dispuestos a admitir que los mineros resultaran a la vez capaces de determinar en tan extensa medida los acontecimientos, y sin embargo incapaces de ser la referencia de sí mismos, o sea de la independencia ideológica.

En todo caso, lo del *escaso número* es algo que debe relativizarse. La teoría del medio compuesto,²³ que hemos mencionado como algo ausente en el razonamiento de Bonilla, es quizá la que mejor nos sirve para el análisis de esta situación o complejo. Mientras que por *clase social* se entiende un objeto lógico-formal, el medio compuesto es ya el ámbito en que las clases y los estratos no clasistas ocurren, o sea que se hace referencia a una hibridez,

²¹ Véase A. Kerr y Siegal, *American Journal of Sociology*, Chicago, 1954.

²² Véase Tesis de Pulacayo (tesis central de la Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia), 1946.

²³ La teoría del medio compuesto es lo que la “formación económico-social” es a las grandes unidades sociales. La han desarrollado sobre todo los sociólogos franceses de la década de los sesenta.

sea porque en la sucesión los padres pertenecen a una categoría y los hijos a otra, o porque en la misma —sea la familia o el barrio o la ciudad— conviven más de una categoría clasista. Es un concepto que de suyo nace de la imposibilidad del análisis clasista con el mero manejo de categorías analíticas. Lo que importa entonces es el aspecto que define lo compuesto del medio, porque se supone que aquí la diferencia de los factores debe concluir en una *unidad hegemónica*. A ello sumamos nosotros el concepto que designaremos de manera provisional como el *acto de irradiación*.

El razonamiento podría plantearse de la siguiente manera: el compuesto grupal es lo que es su colocación estructural, o productiva si se quiere, más la índole de la interpelación constituida. Es decir que exista o no la “centralidad” como un *fatum*, rasgo que preferimos dejar pendiente, ella debe estar no obstante *constituida*.²⁴ En el caso del tipo de medio compuesto que Bonilla describe en *El minero de los Andes*, es claro el resultado de la interpelación de la *iluminación* desde el vasto *background* precapitalista sobre el núcleo de trabajadores productivos capitalistas, de los campesinos sobre los obreros. Esto ocurre en el caso boliviano en la dirección exactamente opuesta porque es verdad que la irradiación ha constituido el bloque de la clase mucho más allá de su “escaso número”. No sólo es verdad que los mineros hacen un acto de irradiación o iluminación sobre su propio medio ambiente o atmósfera inmediata (es decir, sobre los comerciantes de los distritos mineros, las “amas de casa”, etc.). Imprimen también el sello de lo que ha devenido el modo de vida obrero al conjunto del lugar en que viven, ciudad o aldea, hasta comprender en ello, al menos en ciertos casos, al propio campesinado del circuito inmediato.²⁵ La irradiación alcanza en su ultimidad a toda la clase obrera y también al campesinado no vinculado al *locus*.²⁶ Las

²⁴ Véase Michel Foucault, *La verdad y las formas jurídicas*, Barcelona, Gedisa, 1980.

²⁵ Véase Olivia Harris y Javier Albó, *Monteras y guardatojos*, La Paz, Cuadernos de CIPCA, 1975.

²⁶ Lo cual comenzó con la Confederación Campesina Independiente hacia el fin del gobierno de Barrientos, en 1968, y desembocó en el apoyo campesino a la huelga de 1979, que ya configuraba una alianza.

modalidades de la organización del llamado *sindicalismo campesino* existen a imagen y semejanza del sindicalismo obrero, pero es cierto que aquí el sello tiene un origen histórico.²⁷ El propio sindicalismo de los trabajadores asalariados no productivos tiende a ese patrón, o al menos a la recepción hegemónica del hecho organizativo obrero. Tal es el alcance de la influencia obrera sobre la sociedad boliviana.

5

El concepto de irradiación desliza el campo del análisis de la descripción estructural a la sistematización de la política como lógica de coyunturas. No obstante, el argumento del “escaso número” no es decisivo ni aun en el marco de una inferencia puramente cuantitativa, inferencia que es cierto que computa la irradiación obrera en el medio compuesto familiar y en el conjunto obrero. Se calcula que hay unos 60.000 mineros en Bolivia, pero la composición de la clase obrera, en sus componentes elementales, es mucho más extensa. A esto deben sumarse los 40.000 hombres que van *per annum* a la zafra del azúcar y del algodón en el oriente, que sólo trabajan cuatro meses en el año, aunque es lógico omitir la compra de fuerza de trabajo por parte de los campesinos ricos (piqueros) y las migraciones temporales a la Argentina, que son de difícil ponderación.

Sector	Individuos	Agregación familiar*
Minero	60.099	236.189
Fabril	145.380	571.343
Construcción	78.211	307.369
Petróleo	1.599	6.284

²⁷ Los mineros, respondiendo probablemente a su extracción, se lanzaron al campo, sobre todo cochabambino, después de la insurrección de abril. Eso explica el modo proletario que tiene la forma del sindicato campesino.

<i>Sector</i>	<i>Individuos</i>	<i>Agregación familiar*</i>
Ferrovionario	6.000	23.580
Totales	291.289	1.144.765

* La unidad familiar media es de cinco personas.

Población del país en esa época: 4.600.000.

Fuente: Censo de Población y Vivienda de 1976.²⁸

En un país con el abigarramiento de Bolivia se debe considerar por lo demás otro tipo de situaciones sociológicas. Es un hecho, por ejemplo, que el número de trabajadores de Comibol²⁹ fue reducido casi en un tercio desde 1952.³⁰ Con la tasa de irradiación del país sería absurdo interpretar al ex obrero como un no obrero. Los mineros desocupados participaron en un número elevado en la colonización de Caravi, Alto Beni y Chapare, zonas de nueva frontera agrícola; computarlos como campesinos sería un error. Los de Caranavi fueron la base del movimiento campesino “independiente”, que es en realidad el antecedente de la adscripción masiva del campesinado a la COB en 1979.³¹ De esta manera, aunque se redujera el impacto de la irradiación a

²⁸ También debe tenerse en cuenta que la productividad del minero es 2,3 veces el promedio de la economía en su conjunto. Según este mismo censo, la población económicamente activa es de 1.5000.000 personas que se distribuyen así: 15% de obreros, 23,1% de empleados, 9,1% de trabajadores familiares no remunerados, 47,9% de trabajadores por cuenta propia, 0,9% de patrones y empleadores. El 4% trabaja en explotación de minas y canteras. De este cálculo se excluye toda la agricultura. Se ha considerado, de acuerdo al análisis censal, que hay dos ocupados por hogar, aunque no todos ellos son trabajadores productivos en sentido capitalista, o proletarios. Sin embargo, en las ramas productivas, en el 43% de los casos, dos ocupados del hogar son productivos, y en el 57% restante sólo uno de ellos. Eso implica que en el primer caso se debe multiplicar la irradiación por 2,5 y en el segundo por 5. En consecuencia, debe multiplicarse el conjunto por 2,93.

²⁹ Corporación Minera de Bolivia, el ente estatal creado con base en la fusión de las empresas nacionalizadas en 1952.

³⁰ En 1956 había 36.000 trabajadores en Comibol. Este número se redujo a 29.000 en 1960 y a 24.000 en 1975. Agradecemos el asesoramiento de Miguel Fernández en este punto.

³¹ Véase *supra* nota 26.

sus puntos más inmediatamente verificables, eso mismo no sería desdeñable sobre una población que dudosamente llega a los seis millones *hic et nunc*.

Por otro lado, del excelente análisis que ha hecho Laurence Whitehead³² del comportamiento electoral de los mineros (estudio que, por desgracia, no comprende el período 1978-1980, que es quizá el más rico) se desprende, por una parte, que la influencia de los mineros, aun en el plano meramente electoral, era ya importante dentro del propio Estado oligárquico.³³ Se refiere ello, por otro lado (aunque esto es ya una inferencia nuestra) a lo que se llama una *mayoría de efecto estatal*, que es algo que cobraría su real importancia posteriormente.³⁴

Whitehead calcula, comparando los resultados de las elecciones de 1923, 1931, 1940, 1942, 1944, 1946 y 1951, realizadas todas bajo el sistema del voto calificado (es decir, con exclusión de los analfabetos, que son una gran mayoría, sobre todo entre campesinos y obreros), que la influencia electoral de la FSTMB³⁵ alcanzaba al 10% y varias veces al 15% del electorado. Esto en una colocación de práctico exilio político. De cualquier forma, el hecho de que Paz Estessoro triunfara en 1951 en la provincia Bustillo de Potosí, que es el arquetipo de *lo* minero en el país, por 2.748 votos contra 17 de Gosálvez, el candidato del *establishment*, o que en Inquisivi, que es la provincia de La Paz a la que pertenecen los “minerales” de Quime y Caracoles, recibiera 1.358 votos contra 16 para Gosálvez y 49 para los otros candidatos, es algo que demuestra que la insurrección de abril se estaba preparando

³² Véase L. Whitehead, “Miners as Voters”, en *Journal of Latin American Studies*, noviembre de 1981.

³³ Por *Estado oligárquico* se entiende por lo general en Bolivia la fase iniciada por la revolución federal que concluyó con la revolución de 1952. Sin embargo, debería ponerse su punto de partida en los regímenes conservadores.

³⁴ Véase Vladimir Lenin, *Las elecciones a la Asamblea Constituyente y a la dictadura del proletariado*, Moscú, Progreso, s.f.

³⁵ Véase René Zavaleta, “La fuerza de la masa”, en *Marcha*, N° 3, México, 1979; L. Whitehead, “Miners as Voters”, *op. cit.*

mediante la hegemonía del movimiento nacional-democrático en los centros neurálgicos o estatalmente privilegiados del país.

Estas cifras tienen que parecer insignificantes a cualquier observador no boliviano. En otros trabajos hemos advertido que la institución democrático-representativa no contiene en modo alguno los mismos significados en sociedades homogéneas (como los Estados Unidos) que en sociedades abigarradas o heterogéneas.³⁶ En el caso de estas últimas, la topografía electoral está en extremo diferenciada, y esto es lo que en último término justifica la idea de la *mayoría de efecto estatal*. En otros términos, como lo ratificarían las elecciones de 1978 a 1980, quien conquista la mayoría en La Paz, Cochabamba y Santa Cruz, dos o tres centros campesinos como Achacachi y Cliza más los distritos mineros, *tiene* el país, porque aquí la democracia es un recuento hacia la confrontación literal. Es un razonamiento que puede resonar como no muy democrático, pero es verdad que describe la construcción del país tal como es.

Aunque el poderío de esta clase o fracción de clase es mayor aún en su alcance numérico que el que se supone en lo común, no hay duda de que quienes hacen una apología de su colocación cualitativa, o sea del alcance superior al de su número, se fundan a la vez en hechos que son comprobables. El que una clase que no se convirtió de clase en sí (sí es que de eso se puede hablar aquí) en clase política sino en 1940 y sí, apenas algo más de 10 años después, en 1952, podía ya plantear una dilemática situación próxima a una suerte de poder dual en el sentido de la taxonomía leninista-trotskista y si, por último, podría ya ejercer una densidad hegemónica tan lata como en 1979, ¿no será un objeto lógico de estudio como movimiento social? Sobre todo en un mundo en el que no hay una sola clase obrera occidental que haya obtenido avances políticos verdaderamente importantes.

Sostenemos nosotros que los mineros bolivianos tuvieron una precoz conciencia de la superioridad estratégica de su colocación (la “experiencia de masa”) y que su ascenso coincidió con

³⁶ Véase René Zavaleta, “La fuerza de la masa”, *op. cit.*

la decadencia del eje político-empresarial que se juntaba bajo el término de Estado oligárquico o, preferiblemente, de “rosca”.³⁷ Puesto que había un ascenso de masa en torno suyo, dentro de ello la organización proletaria, que era casi su instinto, pudo obtener una intensidad y una eficacia que eran poco menos que incomparables.

Se produce aquí un resultado paradójico. La sucesión de sus inmensos éxitos, desde la guerra civil de 1949³⁸ hasta su papel dirigente en lo político en la insurrección de 1952,³⁹ la erección de la leyenda obrera, de su dignidad política, todo aquello no podía conducir sino a que el proletariado minero boliviano adquiriera una psicología triunfalista, ultimativista y obrerista. Es, por cierto, una herencia que ha cobrado un elevado costo a esta clase. Se puede sostener que no hay un sentimiento más fallido que el de invencibilidad o de superioridad militar que tienen los mineros bolivianos sobre el ejército regular, sin duda como resaca falaz de la insurrección de 1952. Este sentimiento o programa (porque el programa en último término es eso, la relación entre la ideología o percepción y la acumulación consciente de la ideología) no puede vencer en estas condiciones, a pesar de ser tan apasionante en su carácter.

6

El estudio de los mineros bolivianos ha sido hecho desde diferentes enfoques. Un equipo de la Universidad de Cornell⁴⁰ hizo

³⁷ Se moteja así, en lo popular, a la oligarquía en Bolivia.

³⁸ Esta guerra civil duró unas tres semanas. El MNR se apoderó de cinco de los nueve departamentos. La participación de los mineros en las acciones fue decisiva, sobre todo en Potosí, donde la lucha fue más sangrienta. Los mineros ejecutaron a varios rehenes norteamericanos tras advertir que lo harían si el ejército usaba armas pesadas sobre los campamentos.

³⁹ La toma y la ocupación de Oruro por los mineros en 1952 fue fundamental para impedir la marcha de los regimientos del sur sobre La Paz. También tuvo importancia la participación de los mineros de Milluni; en los hechos, sin embargo, toda la participación obrera acataba ya a la Federación de Mineros.

⁴⁰ “El informe Cornell” (UMSA), en *Cuadernos*, La Paz, Universidad Mayor de San Andrés, 1968.

una interesante cuantificación de la vida en las minas bolivianas. Por otro lado, se han hecho estudios antropológicos, como los de Nash,⁴¹ y testimoniales como los Chungara⁴² e Iriarte.⁴³ A lo último, hay cierta abundancia de literatura apologética sobre los mineros que va desde obras de gran vuelo creativo, como la de Almaraz,⁴⁴ hasta trabajos vigorosos desde el punto de vista político, como los de Lora⁴⁵ y Soria.⁴⁶

Se podría discutir bastante acerca de las posibilidades generales de la cuantificación metódica en una formación como la boliviana. La *intersubjetividad* que subyace a lo que hemos llamado la *irradiación*, por ejemplo, es difícilmente medible, y en todo caso la medida no nos da el hecho. Por otro lado, la visualización del comportamiento minero a través de su canon mítico tampoco conduce, al parecer, sino a resultados aporéticos, porque no hay duda de que el testimonio no sólo lo es del que lo da, sino también del que lo recoge, y sobre todo mientras más remoto sea. Que el minero crea en el “tío” o que se atenga a la verdad del *yatiri* no ha sido obstáculo para el desarrollo del principio organizativo. Por el contrario, el que el minero desarrolle la entidad de hombre libre en el grado en que lo ha hecho, su adjunción sin duda resuelta a la técnica productiva, conservando a la vez tantísimo elemento de su identidad, está mostrando una relación con la

⁴¹ Véase J. Rojas y J. Nash, *He agotado mi vida en la mina*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1976.

⁴² Véase M. Viezzer, “*Si me permiten hablar...*” *Testimonio de Domitila, una mujer de las minas de Bolivia*, México, Siglo XXI, 1977.

⁴³ Véase G. Iriarte, *Galerías de muerte: las minas bolivianas*, Montevideo, Tierra Nueva, 1972.

⁴⁴ S. Almaraz, *Réquiem para una república*, Montevideo, Marcha, 1968.

⁴⁵ G. Lora, *Historia del movimiento obrero boliviano*, Los Amigos del Libro, 1967.

⁴⁶ C. Soria, *Con la revolución en las venas*, La Paz, Roalva, 1979. Los criterios de no bolivianos suelen estar cargados de prejuicios. R. Vandyck, *v. gr.*, encuentra que la dirección minera es un ejemplo de *organización con vocación burocrática*, lo cual por cierto suena insólito (“Le mouvement ouvrier bolivien et la révolution nationale”, en *Sociologie du Travail*, París, s.e., 1969). Por otro lado hay quienes, como M. Grondin, piensan que no se puede considerar al proletariado minero como clase porque tiene un promedio laboral útil de cinco años.

modernización completamente distinta de la que tiene, por ejemplo, el hombre de la marginalidad latinoamericana, en el cual se produce una ilación de supresión-interpelación exógena que no resulta deseable para nadie.⁴⁷

Encontramos nosotros que en el universo minero se da una relación entre la facticidad o eventualidad y la *proporción de masa*, que es mucho más rica que las vías mencionadas para su estudio. Al fin y al cabo lo más importante del conocimiento es la actuación colectiva frente al conocimiento. Señalar los orígenes mágicos que sobreviven en medio de un discurso, por lo demás en todo racional-explicativo, es tan poco apodíctico como el miedo a los lobos que pueda tener el hijo de un obrero alemán. Preferimos, por tanto, la construcción “histórica” del hecho y su consecuencia de masa. En tal sentido, el “tío” o la Virgen del Socavón difícilmente servirán en algo para explicar, por ejemplo, lo que fue la Asamblea Popular como objeto ideal de la política y como recuerdo del atraso obrero.

En el análisis del movimiento obrero boliviano, dentro de nuestra modesta tradición sociológica, se ha utilizado el concepto de *acumulación en el seno de la clase* para describir la relación entre memoria colectiva, supresión-consagración y enunciación activa, o sea que es una metáfora referida a los mecanismos de selección positiva y negativa en los movimientos del conocimiento colectivo. Sin duda este mecanismo es un *Diktat* del hecho minero; el asunto se plantea por lo común en América Latina más cerca de Foucault o de Popper que de esta manera, que es más bien autóctona. Lo crucial aquí es el supuesto de la *adquisición*. Nos atenemos siempre al concepto de *masa*. No es, por tanto, el acto de un especialista, y ni siquiera el de un intelectual orgánico, sino la incorporación o la adquisición de la masa. Dicho en otras palabras, en una determinada proposición, incluso si los términos de su integración resultan correctos, este supuesto, el de la acumulación en el seno de la clase, afirma que la hipótesis

⁴⁷ Véase José Nun, “Superpoblación relativa, ejército industrial de reserva y masa marginal”, en *Revista Latinoamericana de Sociología*, N° 2, 1962.

no es válida si no está *adquirida*, o sea, si no se ha hecho parte del buen sentido general o prejuicio popular después de la selección.

Esto es lo que ocurrió con los avatares consiguientes a la Tesis de Pulacayo.⁴⁸ Aprobada en 1946, cuando hacía poco más de un quinquenio del ingreso de los mineros en la política, era sin duda lo que se llama una tesis ultraizquierdista. Lo que resultaba peligrosísimo era que los mismos hombres que habían aprobado posiciones tan finales, ahora, en 1952, se tomaban el Palacio Quemado y el poder entero. Una cosa es, empero, lo que uno cree que piensa y otra lo que uno piensa realmente. A pesar de las exuberancias obreristas de aquella tesis, el comportamiento efectivo de la clase obrera en 1952 fue muy diferente. Demostró tener una “reciprocidad” mucho más importante de lo que se suponía con la burguesía que llegaba a la historia junto con ella. En la masa había un anhelo de pertenencia y difusión en el movimiento democrático general y no de hegemonía sobre él. Por consiguiente, la Tesis de Pulacayo era un programa que no había sido “adquirido”.

En Bolivia, por otro lado, los partidos existen en el seno de los sindicatos, así como en Chile los sindicatos existen *en* los partidos. Con esto decimos que hay una superioridad de la entidad *sindicato* sobre la entidad *partido*. Esto es resultado de los términos de la constitución del minero como entidad clasista. Es una clase “sindicalista” porque ésta es la forma superior de organización incorporada o adquirida por la acumulación de clase. El sindicato, a su turno, tiene que ver sólo de un modo relativo con la idea que se tiene de él por lo general. Aquí el sindicato es la formulación proletaria de una organización social mucho más extensa. Es el trabajador de la mina en estado de autodeterminación pura más su irradiación o iluminación, lo cual incluye a campesinos, comerciantes, mineros independientes (pequeñoburgueses mineros) y asalariados no productivos.

⁴⁸ Véase Tesis de Pulacayo, *op. cit.*

El dogma sindical es algo sostenido hasta su última consecuencia.⁴⁹ La historia de su período ascendente ha hecho del minero un hombre de actitud subitánea: eso porque la iniciativa de la masa y de cada individuo en la masa tiene que ver con la premisa del *obrero total*, que es de lo que se deriva el carácter subrogable y enjuiciable del dirigente.⁵⁰ El presupuesto es que *la desorganización no es obrera*. La falta por cualquier razón del dirigente no significa sino que alguien debe reemplazarlo, pero esto no sería posible si lo que se dice, en peyorativo espontaneísmo, no contuviera a la vez iniciativa o solicitud de la masa.

7

Los supuestos de la concurrencia espontánea (que no es lo mismo que el espontaneísmo, que es ya una línea de interpretación)⁵¹ y

⁴⁹ Una cosa era, por ejemplo, que el margen hegemónico dado por la revolución de 1952, sumado a la subidentidad de las masas vencedoras, situara a Lechín y a todos los dirigentes del *momento general* de lo nacional-democrático como mediadores. Perdido ese margen o legitimidad, Siles intentó sin embargo reconstruirlo *desde arriba* y al margen de los mediadores originales. Ésta fue la experiencia de los llamados “reestructuradores” y de los sindicatos paralelos semejantes al que en Huanuni dirigía Celestino Gutiérrez. En realidad, la formación de este sindicalismo dependiente es lo único que habría podido evitar la ruina del Estado de 1952, que es hoy imbatible. Esto, sin embargo, contradecía gravemente los niveles alcanzados por la acumulación obrera. Remató aquello en una guerra sindical que concluyó con la toma de Huanuni por los sindicalistas de Catavi-Siglo XX y la muerte por colgamiento de Celestino Gutiérrez. No hubo después intento serio alguno de reconstruir el sindicalismo minero *desde* el Estado. El apotegma de la unidad está fuertemente instalado entre los obreros.

⁵⁰ Véase M. Viezzer, “En los últimos 20 años se han formado varios dirigentes sanos y fuimos aprendiendo la importancia de bien escoger a los dirigentes y de tener para con ellos una gran solidaridad, controlándolos, apoyándolos y criticándolos cuando no actúan como deben. Aquí en las minas, los compañeros nos controlan bastante y si no les convence lo que hacemos, aun el obrero más humilde nos llama la atención y nos critica”. M. Viezzer, “*Si me permiten hablar...*” *Testimonio de Domitila, una mujer de las minas de Bolivia*, op. cit., p. 38.

⁵¹ Lora es sin duda el expositor del espontaneísmo en la teoría, y Lechín en la práctica. La idea del primero es que la clase en sí es el programa más su movimiento espontáneo. En el segundo, aparte de algunas influencias concretas de tipo anarquista, subyace el criterio de que la COB es ya el organismo superior de

de la acumulación subjetiva no siempre son compatibles. La agregación que implica esta última requiere cierto grado de primacía del jefe obrero; no obstante, la propia lógica del control permanente, una lógica antiburocrática,⁵² es a la vez la manifestación de lo espontáneo y el obstáculo de la formación del acervo táctico. Los momentos más exitosos del sindicalismo minero son los que se integran con consignas relativas, complejas y revisables. Si la táctica es, como se dice, la zona donde se puede fracasar, el grado de adultez orgánica se da por la aptitud de avanzar o retroceder conforme a la valorización de la situación por el comando obrero.

El movimiento de octubre de 1970, por ejemplo, asume el carácter de lo que se llama en la teoría del sindicalismo una *huelga de coerción*.⁵³ Se dio aquí una reminiscencia consciente de la trama de 1952, es decir del “cogobierno MNR-COB”.⁵⁴ El fácil jacobinismo posinsurreccional se tradujo en medidas en extremo radicales en su apariencia. Ejemplos de ello son el control obrero con derecho a veto, los ministerios obreros y las milicias obreras. Los sindicatos aprendieron muy pronto que, aunque lo de las milicias suponía en la situación el monopolio del aparato represivo, nada de eso, ni milicias ni control obrero, significaba nada si ocurrían dentro de la indiferenciación del movimiento democrático, es decir, sin la autonomía proletaria. En los hechos, los ministros obreros, los controles, etc., se constituyeron en mediadores del nuevo Estado.⁵⁵

la revolución proletaria. También esto puede encontrarse en el testimonio de Víctor López a Susana Seleme (mimeo).

⁵² Véase la nota 50.

⁵³ *Huelga de coerción*: “obligar a los poseedores del poder político, el gobierno o el parlamento a hacer o dejar de hacer algo”. Véase Parvus, “Golpe de Estado y huelga política de masas”, en VV.AA., *Debate sobre la huelga de masas*, primera parte, México, Cuadernos de Pasado y Presente, 1975, pp. 7-56.

⁵⁴ Véase René Zavaleta, *El poder dual*, México, Siglo XXI, 1974.

⁵⁵ Lechín era el mediador ante la clase obrera, o sea el representante del Estado nacionalista-revolucionario ante la clase obrera y de ésta ante el Estado político que resultó de 1952. Ovando fue el mediador ante los militares, o sea portador del sentimiento militar, en gran medida anterior a 1952, y enemigo sentimental de él, y por otro lado el introductor del nacionalismo revolucionario como la

Los dirigentes de 1970 tuvieron esto en mente. La coyuntura proponía un contexto golpista clásico, y el golpe de Estado es la forma incorporada o corriente del cambio político en el país. En lugar de embrollarse en una complicada discusión acerca de si la guerrilla, el golpe o la insurrección eran las vías del cambio obrero, adoptaron una política de buen sentido, aunque eso tampoco puede considerarse ajeno a la acumulación subjetiva que, como dijimos, pertenece ya a un papel consciente. Pues era inminente el golpe reaccionario *antiovandista* de Miranda, y esto mismo causaría el contragolpe *ovandista* de Torres (que era el segundo político de Ovando), la COB determinó la *huelga de coerción* que impuso a Torres. Torres, demostrando que el Estado a su turno tiene su propia memoria, propuso a la COB el cogobierno, o sea la reposición, ilusoria sin duda, de los términos de 1952. La COB contestó a ello constituyendo la Asamblea Popular, es decir, un órgano de poder independiente del propio Torres, cuya presidencia se había determinado.⁵⁶

Esto demuestra que el movimiento obrero era capaz de hacer una selección de los elementos integrantes de su memoria, o sea que era un momento de superioridad de la *acumulación en el seno de la clase* sobre la autoconcepción espontaneísta del obrero como multitud o como plebe en acción, y no como clase. Si esto era parte de un proceso, se trataba de un proceso heterogéneo. Así lo demostraría el sentido opuesto que adoptó el movimiento huelguístico de junio de 1976, en el que de un modo curioso volvió a aparecer el nombre de Torres.

El sentido de la acción de abril de 1976⁵⁷ es la determinación de la legalidad obrera por medio de la acción directa, que es el método básico del sindicalismo minero. En un operativo realmente sorprendente, la Federación Sindical de Trabajadores Mineros de

nueva razón del Estado. Cuando el radio o alcance hegemónico de 1952 se encogió, lo cual es un proceso, pero tuvo su núcleo de puntualización en la ruptura entre Lechín y Paz Estenssoro, aquél se convirtió de mediador en separatista y de inmediato Ovando, instigado por Barrientos, hizo lo propio.

⁵⁶ Véase René Zavaleta, *El poder dual*, op. cit.

⁵⁷ Véase Guillermo Lora, *Movimiento obrero contemporáneo*, La Paz, Masa, 1979.

Bolivia (FSTMB) logró movilizar de modo clandestino a centenares de delegados que habían sido elegidos a su turno en asambleas secretas, realizadas por lo general en el socavón. Ofrecían así, con el Congreso Minero, un *fait accompli* a Bánzer. En el Congreso mismo se impuso el pliego con una escala de aumento de salarios no negociable, con convocatoria de huelga general a plazo fijo (dos meses) en caso de que no se satisficieran esa y otras demandas. El pliego, por tanto, negaba hasta la vía que se había utilizado para la organización del Congreso y, en todo caso, proponía, con una petición no negociable y con sólo un plan máximo de lucha, un modo táctico ajeno a la tradición de la FSTMB. Los militares no sólo tuvieron tiempo suficiente para ocupar los distritos mineros y preparar la represión, sino que la huelga se precipitó con el asesinato de Juan José Torres en Argentina. Durante siete semanas se resistió desesperadamente en las minas, pero el movimiento fracasó en su integridad. Aquí no hay duda de que se impuso la línea maximalista y espontaneísta que provenía de la tradición de 1952, es decir, la autorreflexión del proletariado minero como revuelta y de su organización como multitud mesiánica.

8

El momento culminante de esta relación se da *circa* 1979 con la transformación de la lógica democrático-representativa en un principio de masa. Si se coteja con lo que se ha descrito en las páginas anteriores, se verá que la democracia para los mineros y para los obreros en general no era identificada sino con la libertad sindical.⁵⁸ Era posible decir incluso que el insurreccionalismo era lo orgánico a la clase, lo cual es explicable por el carácter de su símbolo central. El período de 1970-1980 manifiesta no sólo la incorporación de obreros y campesinos al uso político del voto y la disputa por la hegemonía considerada como *opinión pública*⁵⁹

⁵⁸ Véase René Zavaleta, “Las masas en noviembre”, *op. cit.*

⁵⁹ Está claro que aquí, aun para conservarse en su acumulación, el movimiento obrero debe invadir a la sociedad o recogerla.

—lo que implica la lucha por un programa obrero para toda la nación—, sino también un compromiso tan radical que contenía la posibilidad de sostener con la lucha de masas la validación de lo democrático-representativo. Debe decirse que éste es quizá el único período que pueda merecer el nombre de tal en la historia entera del país.

Por qué estas clases tan desdeñosas de la formación del poder conforme a normas, de la estipulación del formalismo racional y de lo verificable, se convierten en partidarias de ello, es algo que no acepta una explicación rutinaria. Se puede decir que la parcelización convirtió al viejo *fellab* rural en propietario libre (una suerte de *yeoman* pobre), y que esto es la base material para la constitución del *citoyen* rural.⁶⁰ Sólo la acción directa permitía a los mineros, por lo demás, actuar como ciudadanos, pero el sindicato fue siempre, sin duda, la escuela de la democracia, o sea, una escuela de ciudadanía.

Natusch intentó, en noviembre de 1979, la cancelación draconiana de todo el proceso democrático-representativo. La COB respondió como en 1970, con la convocatoria a la huelga general, sólo que esta vez en resguardo de la democracia representativa. La gran sorpresa sociológica está dada, sin embargo, por el acatamiento activo del campesinado a la huelga obrera. Esto significaba en verdad la cancelación de facto del llamado pacto militar-campesino.⁶¹ Por sí mismo, no necesita pedirse atención al hecho del campesinado apoyando en *masse* una huelga de obreros. Los campesinos utilizaron sus propios medios que, desde luego, no son los obreros: el asedio, la paralización de los caminos, el cerco de los poblados, la ocupación virtual de todo el territorio no urbano. Su líder principal, Genaro Flores, se convirtió en el segundo hombre de la COB.⁶² Esta expansión súbita de la hege-

⁶⁰ Véase René Zavaleta, “Las masas en noviembre”, *op. cit.*

⁶¹ La cancelación de este pacto, cuya efectividad clasista es lo que explica todo el período barrientista, había comenzado con las *jazqueries* cochabambinas ocasionadas por la devaluación de la moneda y los precios anticampesinos en 1974. Esto no era sino la preparación del 79.

⁶² Flores, hombre de brillante trayectoria en la reconstrucción campesina, que-

monía obrera y la virtual proclama de que la COB era el comando democrático, fue vivida por los propios dirigentes obreros con una suerte de perplejidad.⁶³ Educados en aquello que se llamó en su momento el “racismo obrero”,⁶⁴ tenían sin duda pocas explicaciones para la opción obrerista que había adoptado el campesinado. Se había conformado un nuevo momento peligroso. El golpe ultraderechista era inevitable. Un movimiento social demasiado extenso estaba replegado dentro de la UDP, que era como su inocente rostro electoral, y se puede decir que por medio de García Meza no actuó sino la *razón del Estado*.

9

Para los fines de la discusión, se pueden resumir estos aspectos del desarrollo del movimiento obrero boliviano de la siguiente manera:

1. El razonamiento acerca de los mineros bolivianos demuestra que si bien la colocación estructural de una clase social es un problema que no puede omitirse con todo, es tan importante como eso la manera en que ocurre su historia, o sea su devenir. Cada clase es, entonces, lo que ha sido su historia. Suponer que el desarrollo de una clase depende mecánicamente del desarro-

dó paralítico a causa del atentado que sufrió a manos del aparato represivo de García Meza.

⁶³ La perplejidad se expresa, como ejemplo, en lo que ocurrió en el documento propuesto a Lidia Gueiler sobre reivindicaciones económicas luego de la nueva devaluación (*Análisis del modelo económico de la dictadura fascista*, mimeo, 1980). El mismo momento en que alcanzaba el máximo esplendor su ámbito hegemónico, fue la hora en que los campesinos apoyaron como propia la huelga obrera, o sea que expresaron su inclinación hacia la “pertenencia” proletaria, cuando la clase obrera era hegemónica como nunca sobre el país, entonces la COB, en un proceso típicamente contradictorio, propuso un documento de correctivos a la política económica que hicieron un papel pobrísimo si se los compara con la denuncia social de la interpelación de Paz Estenssoro con motivo de la masacre de Catavi, por ejemplo, en 1941.

⁶⁴ Esta expresión surgió de las grandes limitaciones que se impusieron a la participación campesina en la Asamblea Popular (1971).

llo general del país (en lo económico y aun en lo cultural), es una hipótesis refutada por todos los datos de la realidad.

Ahora bien, el devenir interno de la clase depende a su turno no sólo del modo de su propia agregación, porque eso no ocurre en el aire, sino también del grado de recepción o de incursión del contexto. La formación radical de la clase obrera boliviana, en explotación de su centralidad (que aquí no resulta de la teoría del plusvalor de Marx sino, o también, de una evidencia verificable), no puede explicarse sino en el cotejo con la insolvencia de las mediaciones desorganizadoras o sustitucionistas emprendidas por el Estado.⁶⁵

2. La historia de esta clase ilustra acerca de lo que puede llamarse *el conocimiento horizontal de la sociedad*, si pensamos en el saber culto como un conocimiento vertical.⁶⁶ Aquí la experiencia de masa (en el sentido de *fuerza de masa* que es pensado por los clásicos como una fuerza productiva *per se*) no sólo se refiere a la construcción de la certeza de sí misma de la clase, lo cual explica su personalidad o temperamento, y también sus fracasos, sino también a un modo de conocimiento. Está verificado algo que figura en el modo del rastreo de la táctica o la composición de la táctica dentro del marxismo y de otros movimientos y escuelas sociales. La idea del soviét, por ejemplo, es una obra espontánea de las masas rusas y no de los teóricos del Estado bolchevique que “aprendieron” de aquéllas. Del mismo modo, los momentos dentro del proletariado minero, o sea los grados de la adquisición, resultan en extremo elocuentes para el estudio de toda la formación social boliviana y de su Estado.

3. El máximo momento clasista o *pathos* hegemónico es la crisis social de noviembre de 1979. Esto demuestra que mientras la crisis es la fuente de conocimiento de los hechos sociales profundos, que son siempre ilegales frente al orden, las elecciones tienen en Bolivia un valor cognitivo relativo o expletivo. Éste es

⁶⁵ Véase nota 50.

⁶⁶ Este uso proviene de la diferenciación entre *civilización* y *cultura*, que es de la filosofía alemana.

el momento en que se muestra a la vez el flanco de fracaso de lo que se puede llamar la *utopía minera* (lo cual tiene una connotación debidamente mesiánica). En efecto, mientras el conjunto del proceso electoral, o sea la verificación cuantitativa del poder, advierte que el ideograma *nacionalismo revolucionario* es todavía la ideología nacional de Bolivia (así no sea más que porque *no se saben decir las cosas de otra manera*, así como se cree que un árbol no es más que un árbol para todo el mundo, como una revelación o evidencia), y si bien hace ya muchos años que el proletariado es una clase peligrosa o clase descontenta o separatista, con todo, aun cuando el propio resultado de su irradiación, la mayoría del pueblo, le requiera de urgencia la constitución de un nuevo patrón hegemónico, la clase obrera “recuerda” entonces su impotencia clásica que es, lo mismo que su fuerza, la de 1952: factualmente dueña del país es, sin embargo, incapaz de introducir una nueva visión de las cosas, es decir, una *reforma intelectual y moral*.

Una clase no puede mantenerse como escisionista o cismática demasiado tiempo frente al poder. Por eso, este estancamiento o continua *anamnesis* de su subalternidad puede ser ya el signo de formas nuevas de mediación, cooptación o mediatización que el Estado ejercite sobre ella.

4. De lo anterior debe derivarse una pregunta que es básica. Es una afirmación genética: quizá una vez que se ha nacido, uno no hace más que desenvolver las condiciones de aquello. ¿Hasta qué punto es posible para una clase la sustitución o la reinducción de las características propias de su momento constitutivo? ¿Cuánto tiempo puede durar la deslealtad hacia el Estado?⁶⁷ Parece ahora evidente que la clase obrera boliviana tal como es tiene la capacidad corporativa de imponer la frustración del nacionalismo revolucionario como proyecto histórico-material, pero

⁶⁷ La construcción de la lealtad es particularmente interesante en Inglaterra. Véase Edward Thompson, *Tradicón, revuelta y conciencia de clase*, Barcelona, Crítica, 1984.

no del nacionalismo revolucionario como ideologema, es decir, como término del intercambio en un mercado que no tiene otro.

Es la fuerza de la clase obrera la que ha inducido a la brutalización del Estado de 1952 y a la pérdida moral de todos los soportes de su proyecto, civiles y militares. Las propias políticas reaccionarias (la de Estados Unidos, la del FMI, la de la clase política local, que es en el fondo profundamente señorialista, lo cual es como decir ajena al hecho obrero) han promovido, impidiendo la industrialización o al menos políticas más progresistas de distribución del ingreso y un arraigo elemental del excedente, que ocurra en Bolivia un proceso mínimo de conformidad, de aristocratización o tradeunionización de la clase obrera. No es secundario lo que aconteció con los mineros del cobre en Chile o con los petroleros venezolanos y, desde luego, es impensable que una expansión súbita de su número sustituya el carácter mismo de la clase, como ocurrió en México, en Brasil o Argentina, de diferente manera. Todo ello induce a preguntarse cuál podrá ser el destino final del radicalismo de los mineros bolivianos.

IV. AMÉRICA LATINA

PROBLEMAS DE LA DETERMINACIÓN DEPENDIENTE Y LA FORMA PRIMORDIAL¹

Se dice que el imperialismo en su sentido actual connota o revela a la vez “al sistema capitalista como un todo y a la dominación política y económica de los países avanzados dentro de aquél”.² No siempre ha sido así. En la acepción original, *imperialismo* no significaba sino la fase monopólica del modo de producción capitalista, o sea que “no es un fenómeno político o ideológico sino que expresa las necesidades imperativas del capitalismo avanzado”.³ Preferimos nosotros la primera definición porque, aunque resulte importante el perfil estructural o modelo de regularidad obtenido como categoría misma, la aparición del proceso no ocurre nunca con sólo su esencia o núcleo: una determinación estructural está siempre revelada por su forma ideológica, y la combinatoria de ambas, estructura e ideología, debe producir siempre una política.

En este trabajo queremos proponer un razonamiento acerca de la cuestión de la *construcción de la política* en torno a la tensión

¹ Texto extraído de *América Latina: desarrollo y perspectivas democráticas*, San José de Costa Rica, FLACSO, 1982, pp. 55-83.

² Véase David B. Sutcliffe, “Conclusion”, en *Studies in the Theory of Imperialism*, Londres, Longman, 1972.

³ Véase Tom Kemp, “The Marxist Theory of Imperialism”, en *ibid.*

entre formas autoritarias y movimientos democráticos, considerados en su punto originario. El espacio al que nos referiremos es el de las actuales experiencias autoritarias en América Latina. Supone ello la consideración de los movimientos contradictorios entre el flujo (decreto o ucase) de los centros mundiales, en especial Estados Unidos, hacia la periferia, lo cual habla de la determinación exógena de la forma política (que computaremos como el momento de homogeneidad del modelo político regional, por cuanto se refiere a un estatuto común a un número importante de países y capaz de imponer un patrón político)⁴ y la causación histórico-local dentro de la formación (es decir, su heterogeneidad, porque aquí atendemos más bien a la *differentia specifica* de las sociedades), o sea su forma primordial.⁵ Haremos también algunas consideraciones acerca de la relación entre el excedente económico⁶ y la disponibilidad democrático-representativa, así como sobre los márgenes de constitución hegemónica o hegemó-

⁴ Es obvio que no consideramos en esto el acto imperialista como una mera “emanación” objetiva de una estructura relacional. La condición objetiva puede tener diferentes expresiones subjetivas. Por ejemplo, la ideología del imperialismo norteamericano hacia América Latina tiene antecedentes anteriores a su dominación económica. En todo caso, como emanación o como selección, aquí nos referimos al *input* o momento activo del centro sobre la periferia, elemento sin duda central para comprender las formas políticas de estas sociedades. En algunos casos se ha tendido a vincular de un modo inmediato la fase del centro con la fase local.

⁵ Por forma primordial comprendemos la combinatoria propia de la formación económico-social. Véase René Zavaleta, “Movimiento obrero y ciencia social”, en *Historia y Sociedad*, N° 3, México, 1974.

⁶ Para el concepto de *excedente económico* véase Paul Barán, *Excedente económico e irracionalidad capitalista*, Córdoba, Ediciones Pasado y Presente, 1971. En todo caso, lo que acá interesa es la *ratio* entre el proyecto político, la disponibilidad de los medios materiales o recursos económicos y la idoneidad política. Un tipo de óptimo, por ejemplo, puede resultar de un amplio excedente económico, incluso si no hay una gran disponibilidad política o maleabilidad en la sociedad. El correlato entre la capacidad de evaluación social o lectura y la disponibilidad en la sociedad civil puede también, en un caso, sobrepasar la determinación propia de la situación con excedente.

nica negativa⁷ que suelen aparecer en el seno de las experiencias autoritarias.

DESCRIPCIÓN DE LOS CICLOS

El primer aspecto que debemos examinar es el grado de autorreferencia (*selfidentity*) de que disponen este tipo de sociedades, la medida en que determinan su propia política y, en fin, el grado en que han constituido un núcleo autodeterminativo. La tendencia de los estudios actuales consiste en suponer que si el núcleo autodeterminativo existe, existe cada vez menos. Magdoff, por ejemplo, habla del “surgimiento de la firma multinacional como una entidad más poderosa que el Estado-nación”,⁸ en tanto que autores como Raymond Vernon han podido escribir que “conceptos tales como la *soberanía nacional* y el *poderío económico nacional* aparecen curiosamente privados de significado”.⁹ Poulantzas, en uno de sus últimos trabajos, ha ido más lejos. Se viviría la propia disolución de los viejos Estados nacionales. “No se asiste a la emersión de un nuevo Estado por encima de la unidad nacional subyacente a los Estados nacionales existentes”. Pero no sólo eso: “el modo de reproducción de las metrópolis se reproduce, bajo forma específica, en el interior mismo de las formaciones dominadas y dependientes”.¹⁰ O sea que aquí Poulantzas asigna a la entidad multinacional no sólo la aptitud de disolver a los viejos Estados nacionales, sino también la de reconstruir a su imagen y semejanza las propias “formaciones dominadas y dependien-

⁷ Porque un acto con profundidad autoritaria genera creencias. Tal es el sentido en que hablamos de *hegemonía negativa*. Véase Norbert Lechner, “Poder y orden: la estrategia de la minoría consistente”, en *Revista Mexicana de Sociología*, México, diciembre de 1978.

⁸ Véase M. Barret Brown, “A Critique of Marxist Theories of Imperialism”, en *Studies in the Theory of Imperialism*, *op. cit.*

⁹ R. Vernon, *Sovereignty at Bay*, Nueva York, Basic Books, 1971.

¹⁰ Véase Nicos Poulantzas, “La internacionalización de las relaciones capitalistas y el Estado-nación”, en *Las clases sociales en el capitalismo actual*, México, Siglo XXI, 1976.

tes”, lo cual por cierto va más allá de la más extensa de las tesis dependentistas (la de Quijano), que hablaba al menos de una correspondencia cerrada entre la historia local y la fase de la historia central, pero no de la ocupación de aquélla por ésta.

Proponemos la deliberación acerca de este asunto en torno al dibujo de dos ciclos relativos que, a nuestro juicio, expresan bien la hora de homogeneidad del *input* o provisión política. Adviértase de principio que asumimos que no existe una opresión sólo estructural, esto es, que ella provoca un tipo u otro de proposición consciente de la política. Los ciclos por valorar serían:

1. *El ciclo de disolución de las experiencias populistas-representativas que ocurrió entre 1963 y 1965.* Se trata de un ejemplo característico del flujo o emisión del centro a la periferia. En este período, varios países latinoamericanos viven una serie de golpes de Estado o desplazamientos inducidos en el poder con características idénticas entre sí, en su modalidad operativa, aunque en países diferentes en todos unos de otros. Es una secuencia que se inicia con la caída de Juan Bosch en República Dominicana a fines de 1963. En el curso de 1964, serían también derrocados Carlos Julio Arosemena en el Ecuador, João Goulart en Brasil y Víctor Paz Estenssoro en Bolivia. En 1965, en lo que puede considerarse el punto de ápice de este ciclo, Arturo Illia fue depuesto por el golpe encabezado por el general Onganía en Argentina.¹¹

2. *El ciclo de constitución de los actuales regímenes autoritarios en el Cono Sur.* Éste se inicia con el derrocamiento del gobierno populista de Juan José Torres en Bolivia (1971), con la formulación del esquema de militarización efectiva del poder con man-

¹¹ Véase Juan Bosch, “Crisis de la democracia en América Latina en la República Dominicana”, suplemento de la revista *Panoramas*, N° 14, México, marzo-abril de 1965; Thomas Skidmore, “Origins of Politics and Economic Policy Making in Authoritarian Brazil, 1937-1971”, en Alfred Stepan, *Authoritarian Brazil*, New Haven, Yale University Press, 1973; Oscar Braun, *El capitalismo argentino en crisis*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1973; William H. Brill, *Military Intervention in Bolivia: The Overthrow of Paz Estenssoro and the MNR*, Washington, Institute for the Comparative Study of Political Systems, 1967.

tenimiento de cierto manto democrático-representativo, hacia 1973, en Uruguay, el golpe que pone fin al gobierno de Allende en Chile el mismo año y el de los militares argentinos contra el segundo peronismo, en 1976. Es sin duda pertinente considerar la dictadura militar brasileña como una experiencia de premonición de estos modelos.¹²

Es verificable que el centro lineal del ciclo 1 está dado por la controversia en torno al aislamiento diplomático de la Revolución Cubana. Todos los regímenes abatidos coinciden en sólo dos aspectos: en ser de origen representativo, eso es, producto de procesos electorales, y en su oposición a la presión diplomática norteamericana que propiciaba la ruptura colectiva con el régimen cubano. Por razones diferentes, sólo Bosch y Goulart aparecían como el fenómeno de compulsiones sociales más vastas que tendieran a rebasarlos.¹³ Con todo, lo que interesa a la índole de este análisis es la existencia de episodios homológicos, o sea la capacidad de producir resultados o formas homogéneos

¹² Véase Jorge Gallardo Lozada, *De Torres a Bánzer*, Buenos Aires, Periferia, 1972; James Petras, *América Latina: economía y política*, Buenos Aires, Periferia, 1972; Oscar Landi, "La tercera presidencia de Perón: gobierno de emergencia y crisis política", en *Revista Mexicana de Sociología*, N° 4, octubre-diciembre de 1978; Juan Carlos Portantiero, "Economía y política en la crisis argentina, 1958-1972", en *Revista Mexicana de Sociología*, N° 2, abril-junio de 1977; Pedro Vuskovic *et al.*, *El golpe de Estado en Chile*, México, FCE, 1974; Jorge Landinelli, "El movimiento obrero-popular y la crisis del Uruguay liberal", tesis de maestría, FLACSO, s.f.; Tomás Vasconi, *Gran capital y militarización en América Latina*, México, Era, 1978; G. de Sierra, "Introducción al estudio de las condiciones de ascenso de las dictaduras", en *Revista Mexicana de Sociología*, N° 3, 1980; P. Evans, *A triplice aliança*, Rio de Janeiro, Zahar, 1980; Acta para el proceso de Reorganización Nacional y Jura de la Junta Militar, 24 de marzo de 1976. También los llamados Decretos del Nuevo Orden, en Bolivia, hacia 1972.

¹³ Para entonces, Arosemena no producía más que símbolos antiimperialistas, en tanto que Paz Estenssoro se había convertido ya en un hombre en quien confiaba el Departamento de Estado para el poder en Bolivia (véase S. Almaraz, *Réquiem para una república*, La Paz, UMSA, 1968). El caudal de la movilización en Brasil y República Dominicana demuestra que debajo de Goulart o de Bosch se acumulaban fuerzas sociales mucho más extensas. En todo caso, todos ellos coincidieron con México en la posición de no aislamiento de Cuba.

por una decisión política (emisión o decreto) desde el centro de poder. La formación exógena de los *coup d'État* demuestra que, aunque al precio de un desgaste indudable, el aparato político norteamericano tenía la fuerza necesaria para imponer tales desplazamientos sobre condiciones nacionales que quizá no los habrían elaborado por sí mismas. La *diplomacia de castigo* no se enmarca aquí sino en un término primario, pero contiene la revelación de una virtualidad. A diferencia de esto, en el ciclo 2, la tendencia homológica es más orgánica y directa, se diría que más estructural: no se trata sólo de un castigo sino de la subsunción de un modelo político, lo cual resulta por demás iluminador, porque enseña a la vez una concepción acerca de la insercionalidad real de los modelos políticos, es decir, del sentido de obediencia de la práctica hacia el plan si éste es funcional.

Es llamativo el que en todos los ejemplos del ciclo 2 la autonomía democrática de las masas adquiriera en lo previo una desenvoltura y un volumen más extensos que el marco democrático-representativo previo, o sea que se tratara del arrasamiento de la institución democrática por el auge democrático de la multitud.¹⁴ La democracia representativa aparecía como un cebo para la democratización real o autodeterminación, pero ésta, la democracia como autoconstitución, debordaba las débiles reglas de la democracia representativa. Los casos pueden resumirse de la siguiente manera, siguiendo el orden temporal de su existencia:

BOLIVIA

En la contradicción antagónica entre una conspiración militar derechista encabezada por el general Rogelio Miranda y la de-

¹⁴ Véase René Zavaleta, "Cuatro conceptos de la democracia", en *Bases 1: expresiones del pensamiento marxista boliviano*, México, s.e., 1981. Si no se hace una distinción entre la democracia como medida de la concurrencia material al producto, la democracia como verificación de la formulación del poder y la democracia como actitud colectiva, o sea como la capacidad de insumir la segunda acepción en la primera, la democracia representativa en la distribución democrática, no se puede entender el significado tan distinto que tiene el término *democracia* en una situación o en otra.

fensa-sustitución de Ovando por el grupo populista militar del general Juan José Torres (octubre de 1970), una *huelga general de coerción* impone el triunfo del contragolpe del segundo. La movilización proletaria impone el éxito populista militar, pero esto no contiene un éxito paralelo de la concepción populista militar en el proletariado. Hay entonces una definición externa de la contradicción militar, determinación que se cumple desde el movimiento obrero, lo cual habla de la división del aparato represivo, que es una fase avanzada de la crisis estatal (no hay crisis revolucionaria ni escisión del aparato represivo) y a la vez de la combinación entre cierta capacidad de *hacer política* y una relativa incapacidad hegemónica, que se manifiesta en el carácter de la Asamblea Popular, por parte de la clase obrera. En todo caso, aunque Torres aspiraba a la reconstitución de la autonomía relativa del Estado, a la manera de la que existió entre 1952 y 1964, los hechos fueron más lejos que todo proyecto. La convivencia entre la sociedad civil abigarrada, desconocida y en gran medida autoconstituida, y el Estado, militarizado desde 1964, demostró ser inviable. Torres no tenía al final sino una existencia derivada, y el movimiento obrero tendía a la expansión de su ámbito de dirección político-ideológica.¹⁵

URUGUAY

Un avanzado grado de democratización social¹⁶ y una estructura política de base democrática-representativa bastante consistente, aunque acompañada por modalidades semicorporativas, componían los elementos del sistema uruguayo que provenía del

¹⁵ Véase G. Lora, *De la Asamblea Popular al golpe fascista del 21 de agosto de 1971*, Santiago, Masas, 1973; René Zavaleta, *El poder dual*, México, Siglo XXI, 1974.

¹⁶ El explosivo incremento del excedente en el último cuarto del siglo XIX y las propias tendencias igualitarias de la masa inmigrante que coincidieron con aquél “gratificaron”, en efecto, a la sociedad civil uruguaya por un prolongado período. Vistas las cosas en su posterioridad, era más importante la democratización social que la política y, en todo caso, el sistema rompió su funcionamiento en la primera crisis.

momento constitutivo encarnado en lo principal por la figura de Batlle y Ordóñez, que abarcó una época entera.¹⁷ Tan sorprendente como la amplitud formativa de ese sistema fue la pérdida de su validación hegemónica, que se inició hacia fines de los sesenta: eso no se manifestaría en forma sino en los setenta, con el auge del movimiento armado (MLN) y el despliegamiento de un amplio movimiento sindical, que adquirió una pugnacidad antes desconocida; ambos confluyeron en una coalición electoral poderosa que amenazó con dar fin con el *cul de sac* corporativista al sistema electoral bipartidario. La derrota virtual del candidato oficialista (no porque fuera el del gobierno, sino porque las tendencias a la reforma del sistema contenían tanto los votos frenteamplistas como los de Ferrería Aldunate, o sea que el semicorporativismo o ley de lemas se controvertía desde sí mismo) era el vaticinio de una segura ofensiva social contra una estructura que había perdido su margen distributivo (por la disolución de excedente clásico, que había sido proporcionalmente tan vasto) y también, de inmediato, su margen hegemónico. La militarización práctica del poder defenestró una lógica política en la que ya nadie creía.

CHILE

En lo que era una de las pocas democracias representativas estables de la periferia mundial (porque aquí suponemos que el *locus* democrático tiene que ver con la captación de lo que se puede llamar, en un término discutible, el excedente mundial), Chile había configurado un sistema político comparable en todas sus estructuras al modelo político de la democracia europea en su forma paradigmática, o sea, formación pluripartidaria, con libertad electoral universal, ancha expansión sindical y autonomía relativa del Estado, o sea el desprendimiento entre la dominación política y la dominación clasista en la medida en que eso puede existir. Con todo, la dicotomía de la formación chilena permitía

¹⁷ Véase Carlos Real de Azúa, *El impulso y su freno*, Montevideo, Banda Oriental, 1964.

distinguir entre un sofisticado aparato político estatal y (a diferencia de Uruguay y Argentina, que son como el caso invertido) un débil patrón de la lealtad de un profundo arraigo estatal, que coexistía con un estatuto social oligárquico en su esencia. Con la práctica de la autonomía o mito de las masas (el poder, se supone, es conquistable por el voto), éstas, las masas excluidas por aquel segundo aspecto de la dicotomía (la débil democratización social), amenazaron sin dudas con proseguir su triunfo representativo con una reconstitución hegemónica que no por errática resultaba menos peligrosa. La robusta reacción del fondo autoritario del Estado chileno y de la sociedad chilena demostró el alcance de la forma democrática allí donde no expresaba la sustantividad de la igualdad social.¹⁸

ARGENTINA

En este país, que es una de las grandes experiencias sociales a nivel mundial, la forma democrática coincide del modo más literal con la disposición del excedente (es cierto que asociada a un momento constitutivo democrático, aunque rodeada por sus propias limitaciones, que es la inmigración masiva de europeos). La democracia representativa jamás logró volver a los niveles alcanzados en las décadas que acompañaron a un excedente que es sencillamente enorme a escala mundial (1880-1930). El país demuestra una capacidad de captación o arraigo de excedentes bastante superior, por ejemplo, con relación al Perú, del guano. El peronismo engendró o expresó (esto es algo por precisar) una nueva sociedad y también un nuevo canon estatal (aunque limitado en el tiempo). Es en el fondo un extensísimo fenómeno de democratización social, y así, mientras en la forma de su cambio político la Argentina se parecería, a partir de Uriburu, más a Bolivia o Guatemala, en cambio alcanzaría los niveles más avanzados

¹⁸ El análisis político chileno era sorprendentemente pobre con relación a la calidad del hecho. En todo caso, para el análisis de su economía es útil Aníbal Pinto, *Chile: un caso de desarrollo frustrado*, Santiago, Editorial Universitaria, 1959.

del continente en cuanto a la democratización real. Los diversos intentos de reimplantación de formas de legitimidad, con intentos civiles preperonistas o con formas militares antiperonistas, fracasarían sin embargo ante lo que fue un auténtico momento constitutivo de masas en torno a la interpelación peronista. La propia burocracia peronista, poderosa en lo sindical e indigente en lo político (porque la política es en la Argentina un atributo oligárquico), tras el retorno de Perón, se sintió a merced de las masas, que acataban sólo la norma de su patrón constitutivo.¹⁹

Idéntico aún en la misma enunciación programática, el modelo que los norteamericanos intentaron insertar en estos países se basaba en los supuestos siguientes:

a) En la reorganización verticalista de la sociedad civil se trataba de reemplazar las formas organizativas y grupales naturales (producidas por el movimiento de la sociedad) con formas de corte corporativo. Es obvio que el problema de la forma y la determinación originaria se dirigían no a la lectura de la sociedad civil por el poder, sino a la reconstrucción de la anarquía social en términos de la “gubernabilidad”. Se imagina en realidad algo así como una “constitución” o apelación de las clases, formas, partidos y mediaciones desde el Estado, o más bien desde la visión neoconservadora que se encarna en el *brain trust*, que aquí se identifica con el Estado.²⁰

b) La estrategia económica se basa en el dogma del sistema mundial, en el sentido de que nada que esté fuera de su ritual o eficacia tiene perspectivas racionales, o sea en el dogma de la irresistibilidad del sistema mundial. Por consiguiente, la transnacionalización del acto productivo se aleja de un modo esquizofrénico

¹⁹ Véase Tulio Halperin Donghi, *La democracia de masas*, Barcelona, Paidós, 1972.

²⁰ Véase P. Schilling, *Seis años de dictadura*, s.l., Cuadernos de Marcha, 1978; Golbery do Couto Silva, *Geopolítica del Brasil*, s.l., El Cid, 1978; Edgardo Mercado Jarrín, *Seguridad, política, estrategia*, Lima, Imprenta del Ministerio de Guerra, 1974; A. Cavalla, “El problema de la intervención institucional-militar” (mimeo) y *El proceso político: las Fuerzas Armadas al Pueblo Oriental*, Montevideo, s.e., 1978.

de la lógica nacional. En otros términos, el Estado nacional —se piensa— sólo culmina cuando la economía está redimensionada en grado total hacia la transnacionalización. La lógica de la inserción viable en el sistema mundial es más importante que la lógica de la agregación nacional. El maniqueísmo de la “bipolaridad” del mundo conduce al anhelo de estar comprometido o inserto de la más profunda manera con el centro, que en este caso no es sólo dominante sino también hegemónico (ésta es la razón del satélite privilegiado), consecuencia explicable del grado de seducción del desarrollo tecnológico-económico obtenido por la potencia culminante.²¹

c) La doctrina llamada *de la seguridad nacional*, que es el lado político-militar de la teoría de la ingobernabilidad de la democracia, es la ideología oficial explícita. Hay en ella una escisión lógica: la solución a la dependencia es la organización final de la dependencia. El uso masivo de los *media* se funda en el principio de la recepción, o sea de la “opinión pública” como *output*. Se distribuye una *Weltanschauung* irracionalista cuyo componente incluye los ideogramas del occidentalismo, el eurocentrismo, el hispanismo, o su equivalente, anticomunismo, pancatolicismo, etc. De alguna manera, todo esto no es sino la explotación o expansión de sentimientos representativos reaccionarios existentes en el inconsciente colectivo de estas sociedades (aunque aquí debe considerarse la cuestión de la tradición dual).²²

²¹ Véase T. Moulian y P. Vergara, *Estado, ideología y políticas económicas en Chile, 1978/87*, Santiago de Chile, Cieplan, 1980; A. Ferrer, “El monetarismo en Argentina y Chile”, en *Comercio Exterior*, México, enero- febrero de 1981.

²² El concepto de *Occidente* ocupa un lugar céntrico dentro de este razonamiento. Contiene un rol mesiánico que se asigna como propio de la esencia europea: “West it the West and never the twain shall meet” (Kipling). Sin duda uno de los conceptos capitales del pensamiento de la derecha en el mundo. Con todo, es también a la vez un mecanismo de alienación dentro de los propios sectores progresistas. Hay un nacionalismo en América Latina, por ejemplo, que piensa que lo occidental es parte de lo latinoamericano. El esencialismo o culturalismo reaparece a la vez, apenas revestido, en varias posiciones de la propia izquierda. Es, en todo caso, una de las palabras sagradas, como lo cristiano, en el discurso fascitizante.

d) El modelo distingue entre el pequeño terror y el gran terror. Mientras que el primero suele ser el soporte de la contestación, el segundo contiene una representación del mundo, o más bien una representación sustitutiva del mundo. El modelo propone la generalización del terror como un movimiento de reconstitución ideológica, o sea que la función de lo represivo no se dirige a la entidad verificable del resistente, sino a la reconstrucción del horizonte de referencias. Es lo que se llama *la erección de una hegemonía negativa*.

CONDICIONES IDEOLÓGICAS DE LA EMISIÓN

El modelo descrito, que es desde luego su origen formal, pero no su conclusión práctica, sugiere la hipostasización de un núcleo estatal superestructural sinónimo y bases materiales histórico-sociales discrepantes y a veces compartimentadas.²³ La superestructura, se dice, debe ser autóctona, o sea que es originaria en su naturaleza. Se puede prolongar este razonamiento y decir que la superestructura expresa la diversidad de la historia del mundo. No puede hablarse de ella como regularidad o mismidad en cuanto al modelo de reiteración o paradigma del modo de producción capitalista, pues su carácter está dado por el sesgo articulador o formación económico-social.²⁴

El hecho mismo de que el proyecto o modelo vertical-autoritario existiera²⁵ habla *per se* de la forma de la “construcción de

²³ Las diferencias son notorias. La Argentina es el país más globalmente capitalista en el continente, y Bolivia quizá sea el que tiene un más extenso sector precapitalista de resabio. Brasil, el país que tiene una más amplia capa marginal, y el Uruguay casi no tiene algo equivalente. Chile, a su turno, cuenta con una estructura económico-social no democrática y sin embargo con arraigados hábitos democrático-representativos.

²⁴ Véase René Zavaleta, “Las formaciones aparentes en Marx”, en *Historia y Sociedad*, N° 18, México, verano de 1978.

²⁵ Véase Claus Offe, “La abolición del control del mercado y el problema de la legitimidad”, en *El Estado en el capitalismo contemporáneo*, México, Siglo XXI, 1977. El principio de “governabilidad” que figura en el Informe de la Comisión Trilateral (véase “La gobernabilidad de la democracia: Crozier, Huntington,

la política” en la zona. Es verdad que no hay un solo momento orgánico que no insinúe una cadencia superestructural, porque eso está en la naturaleza de la sociedad como totalidad alrededor de totalidades. Con todo, si separamos la periferia de la política de la centralidad de la política, y tanto más si ahora nos ocupamos de un *tipo ideal* de la construcción de la política (que es el del ciclo 2), es verdad que, al menos hacia esta circunstancia, hay una homogeneidad en la enunciación estatal (o sea en el modelo sugerido para este rasgo de la superestructura) y una heterogeneidad o abigarramiento en la base histórica o sociedad civil a la que se dirige aquello. Esta es una forma falsa de unidad en una región geográfica que, sin embargo, cuenta con elementos mucho más convalidados para hablar de ello.

El paradigma norteamericano de lo vertical-autoritario demuestra, mediante otros conceptos, una determinada concepción de la ciencia política, en el sentido de conocimiento social con capacidad sobre las prácticas. Se supone aquí, en efecto, que la composición adecuada de los insumos permite llegar al prototipo y que éste, emitido desde su foco clásico, debe ser funcional con relación a una zona geográfico-política a la que se considera homogénea (ésta, como es natural, es una visión ideológica). A estas alturas no podemos sino inferir un razonamiento estimativo. La capacidad de impacto espacial (por ejemplo, Texas) de colocación de ciertas determinaciones, y aún de emisión de ejemplos o seducciones a la manera de los de la Revolución Americana no pueden sino ser considerados como antecedentes representacionales de la ideología con que los norteamericanos (*policymarkers* o comunes) miran hacia América Latina, es decir, del destino manifiesto. En gran medida, el suyo (el de su grandeza) es un país hecho contra todo lo que es o retuvo lo que es hoy América Latina. Suponer que el modelo vertical-autoritario o la

Watanki”, en *Cuadernos semestrales*, México, Cide, 1977-1978). Es claro en este sentido la capacidad del Estado para transformar o *informar* a la sociedad. Es cierto que la democracia puede impedir la gobernabilidad; pero la gobernabilidad es en absoluto incierta en un estatuto no democrático. De cualquier forma, la enunciación en esos términos del programa del “eje estatal” es claramente reaccionaria.

estructura de la fase superior del modo de producción capitalista son ajenos a este dato colectivamente subjetivo sería sin duda una vía segura hacia el error.

Sea cual fuere su origen, se trata de una visión voluntarista de la historia. Ésta no sería en modo alguno una agregación de compuestos materiales, de ciclos y procesos complejos con una coherencia causal-explicativa, sino que enunciaría el principio de que una “técnica” o comprobación sería transformativa por sí misma, en tanto fuera *ex ante* colocada sobre una prospección correcta del territorio del *output*, que es, en este caso, una parte importante de la sociedad latinoamericana. Se atribuye entonces al *saber* científico la capacidad del *querer* político efectivo allí donde nosotros, desde una posición sin duda alejada de ésta, hablamos de procesos verificables y racionales.

Todo esto desde el punto de vista que considera que la historia es el acto del país central y el recibimiento del mismo por el país periférico. Incluso si se sitúa el eje de la visión en un punto no central se podría llegar a una conclusión igualmente monista, en el sentido de que las cosas ocurran siempre en una sola dirección. Esto es lo que pasa, por ejemplo, con la teoría de la dependencia, que fue, al menos, el intento de pensar las cosas desde otro punto de vista. Dejemos de lado, por lo pronto, la tentación de pensar en el modo de producción capitalista como unicidad desde el principio, y también la otra, tan conexas, de suponer la dependencia como un modo productivo dotado de sus propias leyes. En cambio, en su razonamiento general, si el carácter básico de las formaciones sociales latinoamericanas está dado por la dependencia, y si ésta impregna al conjunto de sus instancias de tal manera que es también lo resolutivo en cada una de ellas, entonces el aspecto central de la estructura mundial habría subordinado ya en definitiva a todas las que fueron en su momento historias locales, momentos nacionales.²⁶ La propia imagen del

²⁶ El paradigma de esta concepción es A. G. Franck: “This same structure extends from the macrometropolitan center of the world capitalist system ‘down’ to the most supposedly isolated agricultural workers who, through this chain of interlinked metropolitan satellite relationships, are tied to the central world me-

sistema mundial, a la manera de Wallerstein o Emmanuel, propone cierto cálculo mundial del valor que lo inutiliza para todo análisis concreto de la lucha de clases. Añadimos a ello que, por ser la inserción latinoamericana en el sistema mundial aun más intensa que las de otras regiones periféricas, por tanto, lo que ocurriría en América Latina, sobre todo en lo referido a su ultimidad política o carácter de la dominación, no sería sino el reflejo o la correspondencia hacia procesos, decisiones o impulsiones que vendrían de los centros determinativos del mundo.

Señalamos antes el rol de la historia nacional convertida en prejuicio analítico al hablar de la aplicación norteamericana del mecanismo estructural del imperialismo. Significa ello que no obstante que la dependencia sea en términos técnicos semejante, por ejemplo, en Taiwán y Bolivia, con todo, hay algo de específico en la forma latinoamericana de la dependencia, y eso no tiene otra explicación que la ideológica. Nosotros somos un punto de referencia constitutivo de la nación norteamericana, y los taiwaneses, no. Veamos ahora las consecuencias que tienen en este orden de cosas nuestros propios prejuicios. El problema que una postulación como ésta pone en el tapete es la relación efectiva que hay entre la forma local y la existencia de un sistema mundial, lo cual por cierto no se refiere sólo al mercado.²⁷ La propia tradición

tropolis and thereby incorporated into the world capitalism as a whole" (véase A.G. Franck, *Capitalism and Underdevelopment in Latin America*, Nueva York, Monthly Review Press, 1967). Sin duda, Franck confunde el efecto de iluminación del capitalismo, que en verdad alcanza hasta el último rincón de las cosas, con la incorporación productiva. En su extremo, esta tesis deriva hacia la idea de que se somete "nuestro desarrollo a ciertas leyes específicas que lo califican como un desarrollo dependiente". O sea que existen dos modos de producción capitalista, y uno de ellos es el "modo de producción capitalista dependiente". Véase Theotonio Dos Santos, "La crisis de la teoría del desarrollo y las relaciones de dependencia en América Latina", en *La dependencia político-económica de América Latina*, México, Siglo XXI, 1975.

²⁷ Se distingue entre mercado mundial, lo cual es en sí mismo una metáfora, porque se refiere a la gran ampliación del momento de la circulación I, que precede a la constitución misma del modo de producción capitalista. Según la información que nos da el profesor Horst Greve, se entiende por *economía mundial*, en cambio, la propagación de ciertos momentos o escalas productivas. El escalamiento

anticolonialista ha inducido a los expertos en asuntos sociales latinoamericanos a dar por sentado que el atraso y la marginalidad de la región son consecuencia de una interferencia extrínseca y estructural que formaría por tanto el compuesto o marco histórico de la dependencia.²⁸ Es por eso que el antiimperialismo es más viviente en la América Latina que el estudio de las formaciones sociales de base. Es por eso que se habla más de las intervenciones militares norteamericanas que del papel de lo que es ahora América Latina en la gestación de la agricultura mundial, es decir, de la apropiación nativa del escenario. De cualquier forma, esto es como la relación entre la acción táctica y el sentimiento estratégico. No hay un solo problema fundamental de la región que no tenga que ver con la cuestión de la interferencia, pero ninguna tiene resolución si no se discuten las razones originarias. La dependencia misma debe ser considerada en torno a los patrones históricos constituidos de cada una de las formaciones sociales. En este caso, presumimos que resultaría claro por demás que las obliteraciones al desarrollo capitalista en América Latina no provienen solamente de la instalación tardía del mismo en la zona, lo cual es cierto de un modo relativo, sino que el fondo histórico latinoamericano las contenía en su principio constitutivo como osificaciones productivas y como tradiciones ideológicas. En otros términos, que el apresto de la independencia política resultó aquí más fácil que la reforma intelectual.

En este contexto, que podríamos llamar del *irredentismo latinoamericano*, no habría historias nacionales. Lo que se llama de esa manera sería sólo la repercusión en este escenario de la historia de los países donantes o centrales. La dependencia produciría dependencia de un modo permanente. Tal es esta suerte de maniqueísmo que emerge de un punto de vista demasiado es-

mundial de ambos, mercado y economía mundiales, sin embargo fracasa siempre en la composición de un sistema mundial, porque eso comporta ya requisitos ideológicos-político-culturales con vasta fuerza de determinativa local.

²⁸ Véase la nota 4.

tructural.²⁹ Sin duda, si algo puede probarse con certeza es que los movimientos y las coyunturas de los centros económicos (a los cuales aquí no se atribuye el carácter de centros históricos) actúan como causa de ciertos reflejos o derivaciones que deben producir efectos en la periferia vinculada a ellos. De eso no hay duda alguna: hoy día no existen las historias incontaminadas y hay un elemento mundial en cada historia local o nacional. Tal es la ilación propia entre la economía mundial y los procesos nacionales. Lo que importa es definir cuál es el grado de autodeterminación que puede tener una historia nacional, cuáles las condiciones en las que se produce un proceso autodeterminativo.

La capacidad de efecto que tiene el centro por su colocación estructural es algo conocido por sus intelectuales orgánicos. Es un aforismo famoso: la brisa en Washington es un huracán en Managua. Estamos, con todo, frente a una novedad. La emisión de modelos o paradigmas políticos como los que configuran el que hemos convenido en llamar el modelo 2 es ya el fruto de una concepción (la ciencia social como técnica social) y a la vez la absolutización de aquella aptitud causal. Esto es algo que tiene que ver con los mismos puntos de arranque del marxismo: cada hombre ve las cosas desde su propio horizonte de visibilidad. En otras palabras, la propia colocación dominante tiene resultados en materia de conocimiento. Un país avanzado lo es, entre otras razones, porque es una sociedad unificada, continua, cuantificable y expresable. Los países dependientes, subdesarrollados o atrasados lo son, entre otras varias razones, porque no son cognoscibles en el sentido capitalista de la ciencia social; porque tienen un vasto fondo abigarrado y no cuantificable. Nada más comprensible, por tanto, que se trate de aplicar el método de conocimiento propio a las sociedades extrañas en que se piensa.³⁰

²⁹ *Ibid.*

³⁰ Ésta es la lógica del pensamiento sistémico. En ella no se hace un planteamiento originario del poder, sino que se lo considera como algo dado. Es la disposición de los factores en torno a eso lo que interesa a lo sistémico.

La manera de establecerse que tuvo el modelo autoritario del Chile actual es bastante ilustrativa acerca de estos correlatos desiguales. Se sabe, por ejemplo —así lo demostraron los papeles de la ITT publicados por el gobierno de la Unidad Popular—, que las relaciones entre esa transnacional y Frei eran importantes, por decirlo así. La embajada norteamericana y la empresa actuaban en su turno como una sola entidad.³¹ Todo eso no sirvió para impedir el triunfo de Allende. La actividad de las agencias de inteligencia sin duda organizó la desestabilización de su gobierno y aceleró su caída, pero no se puede decir que la causa eficiente de ello fuera la intervención norteamericana. En verdad, lo que se obtuvo y lo que se perdió, se perdió y obtuvo en términos de las luchas de clases chilenas, es decir, en términos de su historia nacional. En otros términos, aunque es verdad que la de Pinochet es casi una aplicación clásica del modelo vertical-autoritario, eso mismo no habría sido posible si las condiciones chilenas no hubiesen dado lugar a su recepción.

Tenemos entonces cierto desarrollo intercomplementario entre aquella concepción que supone que un modelo es capaz de ser emitido y derramado (con lo cual se aplican supuestos propios del tipo de eje o relación que hay en determinados países desarrollados, como Alemania y Estados Unidos, entre el Estado y la sociedad), y una suerte de fatalismo que acompaña por lo menos a ciertas visiones dentro de lo que se ha llamado la *teoría de la dependencia*. Algo que quizá corresponde señalar ahora es que, ni aun en el caso de que tales premisas fueran verificables (lo cual es dudoso), se podría contar con que el flujo centro-periferia, y ni esta opción ni su contraria, la recepción dependencia-flujo, podrían ser consideradas algo constante, lineal, homogéneo. Ya no retenemos, por tanto, la cuestión de las condiciones ideológicas en que se producen los movimientos entre el centro y la periferia, sino que nos interesa el momento o corte o coyuntura del flujo imperialista y también de la recepción dependiente. Desde luego,

³¹ Los documentos fueron publicados por el gobierno de Allende en 1972. Véase A. Touraine, *Vida y muerte del Chile popular*, México, Siglo XXI, 1972.

es una observación de sentido común la que nos dice que el envío o flujo (la determinación desde el punto de vista dominante) de ningún modo es una constante. Hay sin duda momentos de gran emisión, de emisión simple e incluso de reflujo franco, o de lo que se puede describir como sobredeterminación del flujo por cambios en las correlaciones del mundo. Momento de gran emisión fue, por ejemplo, la fase de constitución misma del ámbito y el modo del imperialismo norteamericano, a lo cual de ninguna manera es ajena, por ejemplo, la doctrina Monroe. La emisión, por tanto, tiene que ver con la historia de su instalación, y lo que ahora vivimos son las dificultades (en Cuba, en Nicaragua, en El Salvador) que tienen los norteamericanos para abandonar circunstancias fetichizadas de su propia historia nacional. De esta manera, las intervenciones norteamericanas y sus conquistas territoriales, sobre todo en México, el Caribe y América Central, fueron algo así como momentos originarios de la ideología nacional norteamericana, que es como el *espíritu* con el que existe la *estructura* imperialista como fase del capitalismo. *Contrario sensu*, la Segunda Guerra Mundial enseña un momento de pobreza relativa en la emisión. Se sabe qué consecuencias tuvo esto sobre la industrialización latinoamericana.

El resultado es que el centro o comando no puede comportarse, en materia de información o detección, de la misma manera respecto a las sociedades dependientes de él como lo hace frente a su propia sociedad civil. La sociedad norteamericana es dócil frente a su Estado, y éste es sensible a lo que dice su sociedad, porque el eje adquiere aquí el carácter de óptimo estatal. Es obvio, sin embargo, que tiende a hacerlo (a comportarse como si el mundo fuera su “sociedad civil”). Eso no es así, y sin esta suerte de incertidumbres, la historia consistiría sólo en la suma de más poder hacia el que tiene más poder. A las incertidumbres se suman otras. Está en el carácter de la concepción imperialista, la obstrucción de la formación del aparato local de lectura de la sociedad dependiente; en otros términos, el mero hecho de que la determinación exógena sea al menos uno de los componentes en la construcción de la política impide que haya una relación de

conformidad entre la sociedad y su resumen o compendio político, que es el Estado, o sea que se impide la existencia de un óptimo-estatal³² en el país dependiente.

Se puede decir en resumen que no es fácil obtener categorías generales en esta materia. El carácter de cada dependencia está dado por las circunstancias de la emisión, pero también por el modo de recepción por la historia nacional, es decir, por el compuesto primordial. En otros términos, cada formación social o país elabora un tipo particular de dependencia. La dependencia por su naturaleza es un hecho particular.

LA FORMA PRIMORDIAL Y EL EXCEDENTE ECONÓMICO

Corresponde entonces hacer un comentario acerca del compuesto o forma primordial, o sea el marco de autodeterminación que tiene cada formación, el grado en que el *principium determinationis* obtiene una colaboración interior a la formación. Porque una cosa es decir que la forma primordial existe y otra que esta forma, esporádica en su naturaleza, se convierte en una estructura de autodeterminación, o en lo que Sereni llama una “nación para sí misma”. Es un nivel conexo de modo absoluto con la cuestión democrática.³³ En realidad, el grado de autodeterminación democrática es la medida negativa de la dependencia, y en tal sentido, por ejemplo, la conformación universal y verificable del poder, la intensidad participatoria en la enunciación de la voluntad general, el propio grado de igualdad en el consumo del producto nacional, son indicadores tan importantes como la propia existencia del mercado interno y la colectivización de la subsunción real o revolución intelectual.³⁴

³² Por *eje estatal* entendemos el tipo de relación que hay entre la sociedad civil, las estructuras de mediación y el Estado político. El óptimo es la adecuación o correspondencia entre unos órdenes y otros.

³³ Véase René Zavaleta Mercado, “Cuatro conceptos de la democracia”, *op. cit.*

³⁴ Véase Carlos Marx, *Capítulo VI (inédito)*, México, Siglo XXI, 1985.

En este orden de cosas, es patente que la “interferencia” o emisión tiene posibilidades de hecho muy limitadas. La acumulación obrera, por ejemplo, está influida en un grado escaso por el hecho de ocurrir frente a una empresa transnacional o frente a un capitalista nacional. Depende de otras circunstancias.³⁵ A nosotros nos interesa cavilar acerca del asunto en su relación con la materia general de la *disponibilidad* en materia de construcción de la política y, en lo que es más específico, en su vinculación con el excedente económico.

Si por *disponibilidad* entendemos un momento del ánimo general en el que, por cualquier razón, se produce una suerte de vacancia o gratuidad ideológica, y la consiguiente anuencia a un relevo de las creencias y las lealtades, lo cual es sin duda un momento sociológico excepcional, podemos sacar las inferencias siguientes: primero, *disponibilidad* no implica por fuerza *autodeterminación*; por el contrario, la historia ofrece muchos ejemplos de instancias de disponibilidad sin capacidad de autodeterminación. Por otro lado, es verdad que tampoco se puede suponer que la disponibilidad incluye o se asocia con el excedente económico; hay casos de disponibilidad con escaso excedente o aun sin él, y es más, puede decirse incluso que la disponibilidad genera excedente, al reformular la valencia de los factores de la sociedad, aun donde no existía (excedente) en lo previo. Con todo, la asociación entre ambas ideas no es gratuita. La existencia mayor o menor del excedente puede compensar la falta de profundidad del momento constitutivo y, en todo caso, es decisiva para otorgar un carácter u otro a la explotación o interpelación que sigue al momento de la disponibilidad.

Es cierto que hay probaciones empíricas posibles, aunque contradictorias. Es verdad, por ejemplo, que el período democrático representativo y aun la misma transición del Estado oligárquico a la democracia de masas, ocurren en Argentina entre 1880 y 1930, es decir, en el período de un excedente poco menos que infinito; pero la disponibilidad democrática no fue ajena a la

³⁵ Sobre todo de su propia historia o acumulación subjetiva.

inmigración, y no sólo a ella sino a que fuera un tipo particular de inmigración, el de las revoluciones democráticas fracasadas en Europa. Chile, a su turno, transforma su forma republicana (que parece una suerte de decoro institucional) en democracia oligárquica —en la que el cohecho es una interacción— hasta la autonomía relativa del Estado, que sólo se consolida con Aguirre Cerda (1938), en el período que corresponde al excedente de los nitratos (salitre), después ampliado con el del cobre, situados ambos en lo que es un azar de amplio significado ideológico, en los territorios conquistados a Bolivia y Perú.³⁶

Se podría a la vez discurrir acerca de un uso más coherente del excedente y de uno más dilapidatorio. Costa Rica y Uruguay, con excedentes modestos, cumplieron sus tareas de modernización con un éxito considerable. Perú, en cambio, con el formidable excedente del guano, no atinó a ser sino lo que había sido siempre el Perú, en expresión de Bolívar, no más que “oro y esclavos”. ¿Por qué, sin embargo, la patria típica de la depredación, el regionalismo y el “oficio de difuntos”, debía producir después, en Venezuela, una fase democrática tan paradójal coincidiendo punto por punto con la época de su excedente, a partir de los cuarenta? Extraemos de estos rasgos, quizá superficiales, una conclusión que es poco debatible: la democracia considera que como *representación* (ésta es su cantidad o verificación cuantitativa, pero su cualidad es ya la autonomía relativa del Estado político) sólo ha existido de un modo perdurable en las zonas céntricas de la economía mundial. De aquí deducen los occidentalistas que la autonomía del Estado, la forma racional del poder, la burocracia, el cálculo social, el derecho equivalente, son caracteres esencialistas de Occidente y no circunstancias derivadas de su forma de concurrencia al reparto del excedente mundial. El excedente, en cambio, empuja con éxito la transformación ideológico-moral, o

³⁶ Para la cuestión del excedente en el Estado oligárquico argentino véase N. Botana, *El orden conservador*, Buenos Aires, Sudamericana, 1977, y E. Gallo y Roberto Cortés Conde, *La república conservadora*, Barcelona, Paidós, 1972; para el caso chileno, H. Ramírez Necochea, *Historia del imperialismo en Chile*, Santiago, Austral, 1960.

sea la imposición del nuevo sentido histórico de la temporalidad (aunque eso se mencionará también como un sentido “occidental” del tiempo), y en suma produce en lo inmediato la erección de mediaciones y aparatos ideológicos angulares y la constitución del catastro sociológico o cómputo de la movilidad social.

Es por ello que resulta tan aventurado reducir la presencia de la disponibilidad a la actualidad del excedente económico. Aunque es verdad, por ejemplo, que el levantamiento y la pérdida de la democracia representativa en Argentina fueron también el levantamiento y la pérdida del excedente comparativo, aquí no se pueden omitir actos tan centrales para la acumulación originaria como la concepción fundacional del espacio, la conquista efectiva del espacio y la preparación, con todas sus distorsiones, de los pródromos moral-ideológicos de todo ello.³⁷ Por tanto, si el correlato existe, existe en todo caso como una digresión compleja.

Eso significa que si la reducción de la disponibilidad al excedente económico es una variante pirrónica de corte economista, su reverso, es decir, la disponibilidad entendida como un acto infuso, nos llevaría a entenderla como una especie de entrega mesiánica. Nos parece que debería tenerse en mente la calidad de los acontecimientos de totalización o acontecimientos multi-causales y aglutinantes. La situación revolucionaria o, si se quiere, la crisis nacional general como catástrofe propia de nuestra época, es una forma típica de disponibilidad determinativa que tiene que ver sólo de manera mediata con su causa económica. Es un fenómeno de sustitución o reconstrucción social con una referencia sólo expletiva al excedente económico. Es la profundidad de la ruptura de la *episteme* colectiva y el estado de fluidez consiguiente lo que en verdad importa.

México, que en esto es un verdadero prototipo, podía configurarse en el momento de la explosión social de 1910 como una sociedad civil gelatinosa,³⁸ es decir, desarticulada en sus elemen-

³⁷ Véase T. Halperin Donghi, *Proyecto y construcción de una nación*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1980.

³⁸ Véase R. Vernon, *The Dilemma of Mexico's Development*, Boston, Harvard University Press, 1965.

tos e incapaz de producir determinaciones homogéneas hacia el poder, y aun de influir sobre él, con un estatuto de dependencia radical en la economía y a la vez con casi nula capacidad de un proyecto de autogobierno. La no autodeterminación era un principio casi tan taxativo como lo sería después la autodeterminación en la retórica revolucionaria. Sin embargo, todo ello, la forma exógena de su economía, lo poco intrínseco del poder, la labilidad de la sociedad civil, no se concretaban sino en un ciclo de formulación “actual”, que demostró ser superficial. La *proposición de masa*³⁹ probó varias cosas. En primer término, que había cánones de impulso articulador ajenos a la manera economicista de comprender la sociedad civil, que es propia de la historia occidental; ergo, una sociedad civil secretamente más poderosa de lo que para el porfirismo era posible medir en su apariencia. Con el rebasamiento de cuanta figura institucional o estatal existiera, la sociedad en acto produjo uno de los más vastos experimentos de disponibilidad social, lo cual sin duda no es ajeno a un millón de muertos. Sea dicho de paso, la disponibilidad es el carácter propio de toda revolución, su nudo, cualquiera sea su carácter. La mexicana era una sociedad dependiente en toda apariencia, pero demostró ser una sociedad “incógnita” en todo el efecto posterior. *Dominar*, en efecto, no significa conocer, y mucho menos ser hegemónico. Por el contrario, la incapacidad de análisis de los norteamericanos como sociedad dominante sobre México resultó, como ha ocurrido casi siempre en sus análisis políticos sobre América Latina, exhaustiva. Para decirlo pronto, *todas* las previsiones norteamericanas sobre México resultaron erradas y sin duda fue la economía norteamericana la que tuvo que adaptarse a las condiciones provistas por la Revolución Mexicana, y no ésta con relación a la primera.⁴⁰

El argumento anterior puede derivarse de la siguiente manera: la economía periférica, en cuanto es parte del sistema mundial,

³⁹ Véase René Zavaleta, “La acumulación de clase”, mimeo, s.f.

⁴⁰ Véase Pablo González Casanova, Enrique Florescano *et al.*, *México hoy*, México, Siglo XXI, 1979.

es como si fuera parte de la economía central, y en ese orden de cosas, existe porque es funcional a aquélla. En contraparte, sin excepción alguna, hay siempre aspectos nacionales o intrínsecos en cada economía. El enlazamiento de la economía dependiente con la central puede incluso afectar la formación del valor en la economía central; pero si eso ocurre es porque hay cierta especificidad que hace abatir lo que sería el valor central sin ella. En otros términos, ninguna economía, ni aun la más internacionalizada, es completamente perteneciente al sistema mundial, y esto vale de un modo aun más rotundo para los otros aspectos, los ideológicos o jurídico-políticos, de la sociedad. La forma primordial, en otros términos, nunca sucumbe del todo a la determinación central. Aquella sociedad mexicana tuvo la aptitud insólita de imponer estructuras compactas de autodeterminación hacia fuera: el cotejo entre un factor (el externo) y el otro (el endógeno) se resolvió en favor del segundo. Es cierto, por lo demás, que este mismo triunfo de lo endógeno no rebasó los límites de su proyecto expreso o de su posibilidad en los términos, porque no devino sino una reformulación más avanzada del estatuto dependiente.

De cualquier forma, para la constitución del nuevo Estado nacional, la propia expansión de las masas movilizadas (las movilizaciones en esta escala configuran por sí mismas actos constitutivos) y su aptitud en cambio muy difusa por toda forma de poder que no fuera la que surgió (la *clase política* mexicana surge de la combinación de intensidad y de fatiga de las masas), dieron lugar a una circunstancia de disponibilidad que pudo ser funcional respecto del proyecto emergente, no obstante que el excedente económico, materia prima de la mediación, era en principio significativo. La profundidad del momento constitutivo mexicano contrasta por eso con la vastedad del excedente económico en el momento de la acumulación democrático-representativa de Argentina, Chile o Venezuela.

Como postulación de esta reflexión (que trata de rescatar un optimismo módico con relación a las historias nacionales) conviene adentrarnos en el decurso de lo que fue la emisión concreta del modelo norteamericano vertical-autoritario para el Cono Sur

y su actual validez. Este modelo ha sido tipificado, con cierta desaprensión, como fascista y a veces como *fascista dependiente*.⁴¹ Sobre esto existe una discusión de la que no se puede decir que haya terminado.⁴² Si fuera legítimo aquí hablar de fascismo, estaríamos ante un acto fundacional: el de la reconstrucción autoritaria de la sociedad, o sea el sometimiento final de la sociedad civil al *élan* estatal, a la manera de la historia alemana. Esto significaría que la refundación de la sociedad deberá ser algo acatado, al menos como *matteroffactness*, por un prolongado período. Son modelos que se basan en ciertas evidencias. La *ingobernabilidad* de la democracia es, ante estos ojos que ven el desarrollo del proceso social como una predestinación hostil, Kerensky engendrando a los bolcheviques sin saberlo. Por otro lado, es innegable que la democracia no era gobernable, o sea que rebasaba el límite dado por la dictadura o naturaleza de clase para la que había sido concebida. Tal cosa vale para todos los ejemplos dados.⁴³

No obstante, cotejar en lo estricto *ingobernabilidad*, a la manera de los principiantes actos de multitud del Brasil de Goulart, con una crisis nacional general no parecería expresar sino un terror largo, el que proviene del sombrío cambio del mundo causado por el ciclo de las revoluciones, y sobre todo por la rusa. La verdad es que ninguno de los países latinoamericanos, quizá con la relativa excepción de Chile, que tenía su propia historia conservadora, reunían los requisitos más elementales de este modelo superestructural que llamamos *fascismo*. No sólo porque la *ingobernabilidad* no era comparable a la crisis nacional general vencida, tal como ocurrió en la Alemania de Rosa Luxemburgo y de Liebknecht. Una cosa es, en efecto, el descontento disperso de campesinos sin tierras en un país con amplísimas tierras (Brasil) y de proletarios de primera generación, y otra el que ocurriera

⁴¹ Véase Theotonio Dos Santos, *Socialismo o fascismo: el nuevo carácter de la dependencia y el dilema latinoamericano*, Buenos Aires, Periferia, 1972.

⁴² Véase Nicos Poulantzas, *Fascismo y dictadura*, México, Siglo XXI, 1971; Ernesto Laclau, *Política e ideología en la teoría marxista*, México, Siglo XXI, 1978.

⁴³ En el sentido en que usa este término Huntington.

en la patria de las rebeliones campesinas y en el lugar autóctono de la idea del partido obrero. Por otro lado, ¿nada significará el carácter extrínseco del capital monopólico en América Latina? Alemania en cambio, si bien se rezaga en la explotación geopolítica de su propio capitalismo, es, con todo, uno de los escenarios de la reforma intelectual y no sólo un recipiente de ello. La química alemana del siglo XIX es la manifestación de la sustitución del sistema de las tres hojas por la subsunción real. Es, además, el lugar de origen del capital monopólico y, por otra parte, la idea misma de capital monopólico se vuelve un casco vacío si no se la asocia con la manera intrínseca de la subsunción real. Finalmente, Alemania, lo mismo que Italia, era como el símbolo de potentísimas determinaciones nacionales y de una débil constitución nacional. Aquí surgió el *extrañamiento junker*, bárbaramente reaccionario pero a la vez local en lo profundo. Es obvio que en países como Argentina, para dar un ejemplo, la solución de la cuestión nacional fue fácil, no postergada y a la vez con una suerte de falta de profundidad dramática, si se la compara con la nacionalización mexicana, para mencionar un caso. Por consiguiente, la intensidad simbólica de lo irracional como canal de la unidad no era requerida de esa manera. Los hechos demostrarían, por tanto, hasta qué punto el modelo fascista fue la prueba de que la política no puede ser sino el corolario de una acumulación local. En otras palabras, si el fascismo fue la suma de la tardía resolución de la cuestión nacional, del temprano capitalismo monopólico y de la solución reaccionaria de la crisis nacional general o auge de disponibilidad, todo ello no fue posible sino sobre la base de la manera de resolverse que tuvo la acumulación originaria, es decir, la derrota sucesiva de las fuerzas campesinas y, después, la solución reaccionaria de la controversia socialdemócrata.

El hecho es que el modelo, dejemos por ahora a un lado si era fascista *in nuce* o no, fue emitido. Lo fue, además —y esto es importante—, como una aserción *ejército-ejército*, o sea sin consideración primicial alguna del aparato político-ideológico y con la clara idea de que la sociedad es reformable desde arriba. Esto

es en realidad algo perentorio, contiene el apotegma⁴⁴ de que la represión decisiva constituye *ideología* y además omite (suprime) la previa. Es llamativo que los mismos que se lanzaban a explotar los lados reaccionarios del acervo ideológico confiaran tan poco en el aparato ideológico existente,⁴⁵ lo cual significa que disponían de un conocimiento preciso de ellos.

El fascismo, con todo, contiene a la vez a) un movimiento fascista de masas (porque es el *fascismo de todo el pueblo*, el *fascio*), algo característicamente totalitario y globalizante, b) un proyecto irracionalista pero incorporado profundamente en la historia del mundo, y c) una estructura fascista de poder, es decir, la superioridad indefinida del Estado sobre la sociedad. No se debe olvidar lo de Forsthoff: el Estado se transforma en “la administración del orden y pasa a ser de guardián del orden a sostén del proceso de producción”.⁴⁶ En otras palabras, el “Estado social” alemán actual es el resultado de la experiencia nazi, de todas las derrotas democráticas en la instauración del Estado y la nación alemanes, pero no es tan fácil de instalar allí donde tales derrotas no han ocurrido.⁴⁷ Proyectos o ideologemas de tipo fascista existen en todas partes, y no siempre se impregnan o incumben a un movimiento de masas. El Estado social, o el *control social del mercado*, son la consecuencia de la derrota de la sociedad civil,⁴⁸ o sea, de la resolución antidemocrática de los sucesivos momentos constitutivos⁴⁹ en Alemania, pero es verdad, a la vez, que importantes ideas conservadoras existen en los acervos nacionales de la ideología en Uruguay, Argentina o Chile, y en todo país. Esto corresponde a

⁴⁴ Véase la nota 9.

⁴⁵ Lo cual era el síntoma flagrante de que la crisis estatal se expresaba como vacilación hegemónica.

⁴⁶ Véase Jürgen Habermas, “Concepto de participación política”, en *Capital monopolista y sociedad autoritaria*, Barcelona, Confrontación, 1973.

⁴⁷ *Ibid.*

⁴⁸ *Ibid.*

⁴⁹ Con ello nos referimos a las guerras campesinas, a la manera que adquirió el 1848 alemán, y a la derrota obrera en la crisis general de los años veinte.

la dualidad esencial de toda tradición.⁵⁰ Sin la sumatoria de esos momentos no se puede hablar de la implantación del fascismo.

La tesis de la “ingobernabilidad” de la democracia deviene así una salida falsa. La supresión del acto manifiesto no produce sino la estatalidad o subestatalidad en el sentido de que el Estado debe recoger y *connotar* lo que existe en la sociedad. La democracia representativa es, en este sentido, un método de conocimiento o seguimiento de la sociedad. Es, en otros términos, un mecanismo diferido de la opresión. En efecto, el carácter no automático de la reproducción en escala ampliada no sólo exige la visibilidad de la superestructura estatal, es decir, su consecuencia o mediación, sino que, en su momento anterior, exige la pesquisa del sentido del *perpetuum mobile* que es la base económica en el modo de producción capitalista. Esto es lo que podemos designar como función vertical o *conocimiento legítimo* en el capitalismo. Jamás el modo de producción capitalista es tan legítimo como cuando conoce de esta manera. La manifestación libre de los *actos de sentido* de la sociedad civil convierte a ese movimiento en algo detectable y registrable.

El segundo movimiento de la democracia representativa consiste en su presencia en la construcción de la política. Aquí la selección libre del *personal de la soberanía* es un requisito de la idoneidad del aparato para recoger o computar la información que se ha hecho legible a partir de la libertad de las manifestaciones. La autodeterminación representativa, en este sentido, expresa el grado de la validez del Estado. En otros términos, el mito de la eficiencia de las dictaduras pertenece al ámbito de la apología de la coacción extraeconómica.

La forma primordial o autodeterminación nacional, así como el principio democrático, siguen siendo el fondo de la historia de las sociedades. Estas dos dimensiones de la democracia representativa (la dimensión de la lectura —dimensión vertical o gnoseológica— y la horizontal, o aptitud instrumental del aparato) deben ser tenidas en cuenta con relación a la interferencia exógena

⁵⁰ Véase René Zavaleta, “Cuatro conceptos de la democracia”, *op. cit.*

en la construcción de la política (presente en los modelos 1 y 2). La ventaja elemental de la enunciación democrática radica en su constreñimiento a lo que la sociedad es en realidad. La forma dictatorial, en tanto, intenta imponerle un paradigma *pantelista*, referido a una determinación vertical. Aquí es pertinente decir que todo poder verdadero, toda verdadera política, requieren una acumulación *in situ*. La construcción de la superestructura es la revelación de la diferencia específica de la formación. Los contradictorios resultados de los plebiscitos sobre proposiciones constitucionales en Uruguay y Chile o los descontentos activos en Bolivia y Argentina, los apremios democráticos en Brasil, demuestran cuál es el modo de recepción del modelo emitido por el centro norteamericano: las sociedades revelan su acumulación democrática aun en medio del intento de su interacción homogénea. La oferta (y la imposición de un modelo uniforme para estructuras disímiles) de ninguna manera ha mejorado las condiciones del Estado para lo que era el objetivo previsto, es decir, el control de la sociedad. La quimera de la abolición del sentido de lo nacional y, aun más, el *agon* de disolución de lo nacional popular, fracasan frente al sentido innato de la apropiación humana de la historia. Lo nacional sigue siendo el reconocimiento posible dentro de los términos de la transnacionalización. Pero es cierto que una cosa es imprimir el propio carácter a la dependencia y otra erigir una estructura de autodeterminación.

EL ESTADO EN AMÉRICA LATINA¹

Lo que se ha llamado la *guerra social* de Bolívar, ¿no es acaso la contradicción entre un primer movimiento reaccionario de masas y la proposición iluminista? No terminará acá la historia de los pueblos reaccionarios, y la contrarrevolución se verá varias veces como una de las formas de organización de la sociedad. ¿No es verdad a la vez que esas masas godificadas de Boves calificaron el origen sin duda mantuano del Estado venezolano? Se puede decir incluso —es una hipótesis verosímil— que Bolívar aprendió de sus enemigos y que después de esta suerte de abigeato de masas el proyecto venezolano mismo quedó teñido con su recuerdo. No sería por cierto la única vez que la sociedad civil tome un decurso más reaccionario que el Estado, lo cual sin duda contradice la sostenida idea de la masa como portadora natural de democracia. Aquí la masa reaccionaria impone un patrón que sin embargo no será reaccionario: la necesidad de hacer una guerra con las masas.

De la misma manera, podría encararse una interpretación estatal a partir del encuentro con el espacio, o sea la organización del escenario. Sí, Rusia es la lucha contra el frío. En todo caso lo fundarse en el mayor espacio desierto del planeta ¿no habrá tenido algo que ver con el origen de una burocracia lúcida y precoz como la brasileña? El Perú o México tuvieron muchos burócratas;

¹ Texto extraído de *Ensayos 1*, México, UNAM, 1984, pp. 59-78.

sin embargo, la idea de la burocracia en su validez moderna no prendió jamás. Por el contrario, se mostraron como sociedades, hasta cierto momento al menos, signadas por una suerte de infecundidad burocrática. El hecho es que los brasileños desarrollaron como Estado sentimientos o prácticas especiales opuestos a los de México y Argentina. Era como el orgullo del propio exceso, pero nadie decía que la extensión hacía mal. De esto debe inferirse que hay consecuencias ideológicas muy diferentes según el tipo de relación primaria que se produce entre el núcleo de lo social y el territorio al que se referirá. En todo caso, se podría deliberar como la brasileña o, de un modo aún más fascinante, de una *clase política* o clase general como la que emerge en México de la catástrofe revolucionaria, lo cual por cierto es algo más que un decoro inteligente.

Es cierto, por otro lado, que podemos detectar grandes momentos constitutivos, como los del Chile de Arauco y el México de la Revolución, que los explican de un modo casi exhaustivo en cuanto Estados mismos. Eso tampoco puede ser un *desiderátum* si se considera la situación de países como Perú y Bolivia, en los que la propia profundidad del momento constitutivo ancestral bloquea o inutiliza la solución de la cuestión agraria que es, después de todo, la hora decisiva de la fundación del capitalismo. Está demás decir que, en gran medida por cierto, la democracia depende de los modos de resolución de la cuestión agraria. Si esto es un momento remoto para los europeos, no lo es para nosotros.

La variedad de coyunturas largas en materia de lo que llamaremos *la ecuación social* (véase *infra*) propone también paradojas tan llamativas como el predominio taxativo, y se diría asediante, de la sociedad civil tanto en la Argentina posterior a 1930, al menos, que es el país más completo o más armónicamente capitalista de la región, y Bolivia, que es quizá el más atrasado. Esto no habla para nada del funcionamiento de una supuesta correspondencia entre la base económica y la superestructura estatal, ni tampoco, por la vía opuesta, del caso de Chile, que con una estructura social atrasada (aunque media) tuvo sin embargo un aparato estatal que era quizá el más parecido a los europeos.

En la prospección del asunto tampoco pueden omitirse momentos tan perentorios como los de la constitución de la multitud, o sea la impregnación de la libertad a la masa, la función de la violencia generada como instauración de procesos de solidaridad o reconocimiento y la actuación —complementaria o central, según los casos— del excedente como patrón de mediación o como contorno.

¿Es o no cierto que la sociedad civil que resulta es muy diferente cuando son los esclavos, por ejemplo, quienes se liberan a sí mismos, como ocurrió en Cuba, donde la guerra de la independencia era a la vez la del antiesclavismo, de cuando reciben la libertad desde el poder, como ocurrió en gran medida (aunque nada ocurre en una completa medida) en Brasil? Una cosa es, por cierto, la autoconstitución del zapatismo, campesinos que conquistan su propia tierra, y otra la descampesinización vertical autoritaria y estatal, como la que ocurrió en el vaciamiento general de la Argentina y parcial en el sur de Chile.

La violencia, por otro lado, es sin duda un acontecimiento interpelatorio de primer orden, porque estar en la violencia es lo mismo que ponerse en estado de disposición. Es la gran mortandad social el nudo de la articulación social, y no el mercado, que es en cambio su consecuencia, en México, Cuba y quizá ahora también en Nicaragua. Los episodios de un maximalismo triunfante de masas pueden, en contradicción con esos casos, clausurar por tiempo poco menos que indefinido el margen de desarrollo de las fuerzas productivas, y sobre todo de una de las más interesantes entre ellas, que es el Estado. Parecería Haití, en efecto, el caso de una sociedad cristalizada en torno a unas masas que quizá vencieron demasiado en torno a un programa atrasado, que llevaron su programa radical hasta el fin, donde, en el fin, no había nada.

Tampoco es fácil, en absoluto, el metabolismo entre excedente y apropiación estatal. El Perú del guano, que ya no era una colonia, es un ejemplo aún mejor que Potosí para mostrar que el excedente puede ocurrir a tropel sin impactar los órdenes estatales que lo ven pasar como impasibles. En contraparte, unidades

nacionales más bien modestas en su dimensión, sin duda lograron captar una parte interesante del excedente que produjeron, como ocurrió en Uruguay y Costa Rica. Ya esto por sí insinúa cierta vinculación entre lo democrático y la autodeterminación que, para este efecto, se traduce en la capacidad de absorción local del excedente.

En líneas que son casi desconsideradamente gruesas, tal es la abundancia del tema en América Latina un siglo y medio después de la enunciación de los Estados nacionales. Es a la vez lo que muestra la dificultad de una exposición sistemática y unificada del tema. En todo caso, ensayaremos la formulación de algunos módulos más o menos genéricos sobre el tema.

1. LA “TEORÍA GENERAL” DEL ESTADO

Preguntarse si había o no una teoría marxista del Estado parecía, hace unos años, una pregunta puntual. De entrada, ello mismo podía dar lugar a varios reparos. En primer término, desde luego que era una falla del marxismo no tener una teoría al respecto, dentro de la línea de que el Marx maduro se había interrumpido cuando ingresaba a la exposición de su pensamiento sobre el Estado y las clases, etc. En realidad, Marx habló toda su vida acerca de estos temas. Con todo, puesto que el capitalismo en su fase actual tiende a hacerse menos societario y más estatal, sin duda habría sido difícil que Marx previera la forma en que ocurrirían las cosas. Por lo demás, el mundo sería sencillo si tuviéramos una respuesta —de Marx o cualquiera— para todos los problemas, o aun para una línea determinada de ellos.

Por otros conceptos, dejando de lado esta suerte de resentimiento exegético hacia Marx, que no es relevante, se debe cuestionar la proposición en su principio, es decir, la medida en que es posible una teoría general del Estado en cuanto tal, o sea, un modelo de regularidad para la superestructura en parámetros de reiterabilidad comparables al concreto de pensamiento que se supone que obtuvo Marx sobre el modo de producción capitalista, es decir, el núcleo reiterable de su estructura primordial.

Un argumento en favor de la hipótesis de una teoría general sería sin duda el que viene de aquellos aspectos de la producción, o base de la economía, que determinan de un modo necesario ciertos aspectos de la superestructura. En la medida en que eso existe, se cumple sin duda la idea de la correspondencia necesaria que muchos marxistas dedujeron de la metáfora del *Überbau*. El hombre libre, por ejemplo, debe ser libre a la vez en el mercado, en el dato productivo en sí y en todo lo demás, porque no es una entidad escindible. Por tanto, la existencia de hombres libres como unidad de composición del modo de producción capitalista es una condición lo mismo en la base que en la superestructura.

De otro modo, nadie podría negar la relación que hay entre el ritmo de rotación del capital y las grandes totalizaciones capitalistas, como la nación y el Estado moderno, y aun entre el valor como forma general y la producción de sustancia estatal, o, por último, entre el patrón de desdoblamiento de la plusvalía y la formación del capitalista total. Algunos de estos aspectos han sido estudiados con lucidez por la llamada “escuela lógica del capital”. No son para nada acotaciones secundarias. Con todo, reconocido que hay aspectos de la superestructura que pertenecen al modelo de regularidad del modo de producción capitalista, o sea la consideración de éste como objeto teórico, es preciso hacer algunos recaudos necesarios.

En la base económica, por ejemplo, la reproducción es ampliada en su carácter, o sea que no hay reproducción sin valorización. Eso no ocurre del mismo modo en la superestructura. Aquí la ampliación de la reproducción no ocurre de un modo automático, es decir, como decía Althusser, “debe prepararse”. La ampliación, por tanto, es un acto consciente, del que no sería capaz un Estado meramente especular. Esto, por un lado. Por otro, está el problema del resabio. No hay duda de que a nivel productivo existe también la resaca o memoria de fases productivas previas. Esto ocurre con todo en una escala absolutamente menor que en la superestructura. En este plano, la ideología necesaria actual, o sea aquella sin la cual no se da la explicitación del acto productivo, está rodeada de una atmósfera de herencias ideológicas no

necesarias o libres, que pueden adquirir una validación capitalista, pero también una anticapitalista. Por tanto, el problema de la selección de los ideogramas actualmente necesarios debe provenir del conocimiento de los cambios que supone la ampliación productiva. O sea, otra vez, un acto consciente.

Ahora bien, el ciclo de rotación, o la generalización de la forma valor, o el desdoblamiento de la plusvalía, nos dan la medida en que se obtienen sus resultados, es decir, el grado del Estado o la dimensión de totalización, pero no nos explican el carácter de los mismos. Eso conduce a captar, como lo hace la escuela lógica, la factualidad de estos acontecimientos (como el Estado), pero no su cualidad, que sólo puede ser dada por su historia interior. Eso es lo que señala el límite de este tipo de razonamientos. En otros términos, es por esto que las categorías intermedias, predominantemente históricas, como formación económico-social, bloque histórico, superestructura, hablan de la diversidad o autoctonía de la historia del mundo, y en cambio el modo de producción capitalista, considerado como modelo de regularidad, se refiere a la unidad de esta historia o mundialización de la historia. Esto mismo es sin duda un obstáculo, no meramente argumental, para una “teoría general”.

Porque incluso proposiciones legítimas, sin duda, como la idea de la sociedad en cuanto totalidad concreta, o el apotegma de la simultaneidad entre base y superestructura, pueden conducir, si no se los tiene presentes al mismo tiempo que su correlato, que es la especificidad de la superestructura, a una suerte de supresión conceptual de la autonomía de lo político. Es pues cierto que la gran generalidad de los acontecimientos y procesos de la superestructura obedece a una lógica causal propia que sólo tiene que ver de un modo diferido y remoto con las articulaciones propias del acto productivo, al cual, por otra parte, determina a su turno. Es claro que no se solucionan los problemas diciendo que un costado depende del otro. Hay que definir las fases de determinación lineal de la infraestructura económica sobre lo superestructural y los momentos (que son netos cuando existen)

de primacía de lo político. Esto no habla de una cuestión de leyes, sino de situaciones.

El requisito del Estado es la producción de materia estatal, o sea de sustancia social, en la medida en que ella produce resultados de poder. Se puede decir que todo lo que pasa por mano del Estado se convierte en materia estatal. Es por eso que la decisión de suprimir la interautonomía entre base y superestructura, a partir de datos demasiado notorios, como el Estado productor, o el control del mercado, es una fuga retórica que, como decíamos, tiene el lado vicioso de negar o disminuir la vigencia del concepto de autonomía de lo político, ahora casi una conquista conceptual. El Estado, cuando participa en el piso productivo o en la propia circulación, no lo hace como productor privado capitalista. En otros términos, si el capitalista produce zapatos, y el Estado produce zapatos, una cosa es diferente de la otra, porque el Estado produce a la vez sustancia estatal. Si se hace cargo de una planta siderúrgica, no es hierro lo que produce, sino la determinación o carga estatal bajo la forma de hierro. Por tanto, si el Estado produce, lo hace al servicio de sus objetivos reales, que siguen siendo la calificación de la circulación de la plusvalía y la construcción del capitalista total. Pedirle por tanto abstinencia productiva, es decir, que no baje de la superestructura, es caricaturizar los conceptos. El Estado, puesto que no se debe sino a sí mismo (esa es la razón de Estado), se vale de todos los medios que existen para cumplir sus fines que, a sus ojos al menos, son legítimos por el solo hecho de venir de él. El *ethos*, por tanto, es el mismo cuando el Estado produce y cuando no produce, y lo que importa en todo caso es su naturaleza de clase, o sea, su *espíritu* como Estado. El estudio del Estado como situación concreta, como agregación histórica y como particularidad puede resultar, entre tanto, aleccionador en el más alto grado.

2. INSTRUMENTALISTAS, ESTRUCTURALISTAS, HEGELIANOS

Veamos cómo relacionar estos conceptos con las discusiones en América Latina. Por desgracia se advierte cierta tendencia a bus-

car soluciones teóricas para obstáculos teóricos, lo cual en principio parecería razonable si se tratara de actos teóricos contruidos mirando lo factual. Eso, con todo, puede adquirir cierta lógica expositiva, pero no se puede evitar la impresión de un comercio de categorías puras cerradas en un universo de categorías puras, con lo cual pierden su significación hacia fuera. En lo que se refiere a nuestra discusión, estas inclinaciones se traducen en las visiones estructuralista e instrumentalista del Estado.

En el análisis de los estructuralistas se dice que lo que importa no es quién es el titular del poder del Estado, sino que éste, el poder, es una relación objetiva, o sea que el Estado recoge en sí no sólo la imposición de la clase dominante sino también el grado de las conquistas de los sectores subalternos. Asume entonces toda la lucha social, y no sólo su resultado. Por debajo de esto trabaja el criterio que podemos llamar *de reciprocidad o complicidad*. El vencedor contiene al vencido, el oprimido en algo se parece al opresor. Es, en otros términos, la hegemonía, o al menos su premio.

Esta tendencia, en suma, o más bien esta clasificación elevada sin justificación al nivel de escuela teórica, describe al Estado en un contorno de democracia representativa, y sin duda es tributaria del supuesto hegemónico: los argumentos o los requerimientos de tu enemigo han de figurar en algún grado en la dominación a que se le somete. Después de Gramsci no se puede imaginar dominación alguna que sea estable, ni aun del modo más relativo, al margen de tal razonamiento. En la política, el sueño de las victorias totales es tan absurdo como en la guerra.

Se trata, sin embargo, de una estructura de poder que no puede descontextualizarse. Fue Hilferding quien habló del “capitalismo organizado”, y es indudable que la monopolización, el control social del mercado, no pueden desvincularse del *challenge-response* que vino tras la crisis del 29 en los países centrales. En la mayor parte de los casos, además, no se trató de una hegemonía dichosa, sino de una hegemonía fundada en la abolición de la política y en la transformación de la masa en una mayoría no autorrepresentable. De tal modo que hay aquí inconsecuencia con relación a una deuda intelectual reconocible, falta de cir-

cunscripción del análisis al área geográfica en que ocurrió (tan inadmisibles como no percibir que el capitalismo organizado o Estado estructural no ocurrió de veras sino en países captadores del excedente mundial, o sea en el centro) y una visión idílica de la subsunción hegemónica.

Es necesario tener en cuenta, por lo demás, la dualidad que es propia del Estado, porque cada Estado lo es siempre de dos maneras. En todo caso, fue Lenin quien sostuvo que el Estado es la síntesis de la sociedad. Se supone que ello quería decir que es el resultado político, su consecuencia revelada como ultimidad, pero no que se le viera como un resumen literal de ella, lo cual sería sólo una tautología. Hablamos por tanto de una síntesis, pero de una síntesis realizada desde un determinado punto de vista, una síntesis calificada. Es extraño que estructuralistas como Poulantzas retomaran la idea de la síntesis como espejo o reflejo. El Estado sería así un proceso objetivo o conclusión, es decir que no se haría sujeto nunca. Extraño, porque es un argumento que en su voluntad se dirigía precisamente contra Lenin. Hay en esto una hesitación. Por un lado, la composición hegemónica se resolvería a nivel de la sociedad civil; por otro, en los mismos llamados *aparatos del Estado*. El Estado no haría sino recoger lo que saliera de ello. La elaboración de la materia estatal en el plano de la sociedad civil es indiscutible, pero el Estado, hay que decirlo, es Estado en la medida en que se reserva el privilegio de dar su propio color o señal a ese mensaje. Por otro lado, si bien es verdad que el Estado en cuanto aparato puede ser el escenario de las luchas de clases, eso se reserva sólo para determinadas instancias. En definitiva, no ocurre sino en el Estado inestructurado o aparente y en el llamado Estado estructural, es decir, el Estado propio del "capitalismo organizado". La impenetrabilidad de la burocracia a la lucha de clases es, en cambio, la normalidad del Estado moderno. Volvemos siempre a lo mismo, porque hablar en general no resuelve las cosas.

La aparición del Estado es con todo a lo Jano, porque es el único que comparte la internidad de la sociedad y es a la vez la externidad de ella. En este orden de cosas, hay que decir que el

desprendimiento del Estado respecto de la sociedad es un proceso de la historia, o sea algo que se ha obtenido a veces, y a veces no, o que no se lo ha obtenido de un modo ocasional y patético. Sobra decir, por lo demás, que un eventual aislamiento real entre la sociedad y el Estado es una *contradictio in adjecto*, porque no producirá sino una mutua inutilidad. Es más bien un tipo de relación intermitente. Por cuanto es algo externo a la sociedad, algo desprendido o separado de ella (un aparato especial), no debe aceptar sino las controversias que ocurran dentro del margen de esa determinación esencial, que es la razón del Estado o soberanía. Desde otro punto de vista, se trata de una determinación que se parece a la relación que Bacon encontraba entre el hombre y la naturaleza, es decir, que el Estado no puede determinar a la sociedad civil si no la sigue, que la califica, pero dentro del seguimiento de su sentido. En esto, es un resultado de la sociedad.

En la gestación de la ecuación, el Estado mismo es un actor consciente (o se propone serlo) dentro de la sociedad civil, sea como productor, como emisor ideológico y aun como facción, según el momento del desarrollo de esa relación. El valor mismo es la igualdad o ecuación histórico-moral entre el bloque de la dominación, cuyo centro es el Estado, y el trabajador productivo total. Lo que devendría metafísico sería en cambio suponer que el Estado en momento alguno deje de ser un personaje central en el mercado; lo que difieren son sólo las mediaciones o las políticas con que se mueve en el mercado. El Estado, en suma, es la atmósfera de la producción (lo cual no le impide participar como productor mismo, si ello es necesario) y la precondition del mercado, aparte desde luego de ser el aval extraeconómico de la producción y el mercado.

La visión estructuralista del Estado es así lo más parecido a una dominación legal con administración burocrática. En realidad, este estado de separación limitado o autonomía relativa es quizá el hallazgo conservador más importante de la historia del capitalismo. Con todo, lo mismo que en el diseño sistémico a la manera de Habermas, es algo perfecto en la medida en que su requisito o seguro se cumpla, es decir, en la medida de su garantía

externa, que es la legitimación u óptimo social. Por consiguiente, la medida en que un estatuto dominante, más representativo o menos representativo, puede contener a la vez la lógica de las clases subalternas, es limitada en su carácter. Hay un momento en que las cosas mismas quieren pertenecer a alguien, en que todas ellas tributan al sentido esencial o *ultima ratio* de la sociedad, que es lo que encarna el Estado.

En algunos casos se tiende a esbozar una caricatura para enseñar de inmediato lo grotesca que es. Es lo que ocurre, por ejemplo, cuando se habla de Lenin y el instrumentalismo. Es cierto que Lenin apenas si mencionó el problema de la autonomía relativa, que es un nudo de cuestión, pero atribuirle una fusión necesaria entre la clase dominante y el aparato o implicar que no entendía la fuerza de la democracia en el Estado moderno supone no haber hojeado un libro tan rotundo como *Dos tácticas*.

Lenin, por tanto, no era un instrumentalista, o al menos no lo era en general. Sin embargo, el instrumentalismo como tal no es tampoco algo que carezca en absoluto de consistencia. Al menos por un período en extremo prolongado como es la acumulación originaria, o sea la organización de la supeditación real del trabajo en el capital (fase que está lejos de haberse concluido en América Latina), el Estado en efecto es instrumental por antonomasia.

Se trata de una forma extraeconómica de la acumulación, y eso por cierto no ocurre sino del modo más ocasional al margen del poder.

En su acepción más remota, es claro que el Estado es un aparato de una clase o de un bloque para dominar a otro, aunque sea de un modo diferido. En realidad, la forma instrumental es una reminiscencia de los momentos primarios del poder. En todo caso, hasta obtenerse la despersonalización del Estado, que no ocurre sino con la autonomía relativa, habrá de pasar un buen trecho. Por lo demás, las situaciones dilemáticas son abundantes. En México, por ejemplo, ¿quién representa a la clase dominante? ¿Será la clase general, que vigila los intereses largos del proyecto burgués, o la burguesía misma, que no aspira más que al reparto de privilegios inmediatos? Un Estado, por lo demás,

que controla o absorbe casi toda la dirección de un inmenso movimiento obrero, pero que a la vez entrega sin vacilación el grueso del excedente a la burguesía no gobernante. Hay aquí una sucesión de comportamientos estructurales e instrumentales que es heteróclita. Instrumentalidad, por consiguiente, si es que debe aceptarse este término de dudoso valor sistemático, no puede significar la ocupación literal y material del aparato estatal por la burguesía, aunque es claro, y en ello tiene razón Miliband, que una más homogénea y exclusiva proveniencia de clase debe tener algún significado. El reclutamiento de la clase política mexicana, por ejemplo, es cada vez más oligárquico, en la misma medida en que decae el poderío hegemónico del Estado.

Es pues ostensible el riesgo de trabajar con tales taxonomías difusas. La inmediata ocupación del Estado por hombres personalmente pertenecientes a una clase dominante no indica una visión o interpretación instrumentalista del Estado, sino una situación instrumental. Somoza reunía en sí el poder político personal, el poder militar personal y el poder económico personal, o sea que el Estado nicaragüense era instrumental por donde se lo viera. En un gran número de países latinoamericanos, bastaría con mencionar Perú y Bolivia, el conjunto de los puestos de poder exige una extracción social bien delimitada, y eso no ha sido alterado ni por el nacionalismo militar ni por la revolución nacional.

Que empresarios a la manera de Roberto Campos o Martínez de Hoz o Prado o Alessandri se hicieran cargo de situaciones céntricas del poder, es sin duda una instancia instrumental del Estado, aunque el contexto global de ese Estado no lo sea. Por eso, los términos mismos *estructuralista* o *instrumentalista* describen más bien datos factuales que marcos metodológicos para estudiar el Estado. Tampoco era por estatolatría que Hegel dio las premisas de lo que se ha llamado la escuela “marxista-hegeliana”, sino porque el Estado prusiano ocurrió de esa manera. La supremacía esporádica o de ciclo largo del Estado sobre la sociedad es un acontecimiento frecuente por lo demás, y eso es desde el capitalismo de Estado en que pensó Lenin y de la NEP hasta la “derivación” en Keynes, desde los Miji hasta la Alemania en que

piensa Offe. El Estado, en suma, no es un mero resultado, sino que contiene elementos más o menos amplios de conciencia, la capacidad de valuación de la sociedad y de incursión sobre ella. Es capaz de ser activo en el mercado y su transformación, al menos dentro de los límites de sus determinaciones constitutivas o de su naturaleza de clase.

3. LA ECUACIÓN SOCIAL O EJE

La manera abigarrada que tienen las cosas al entrelazarse propone por sí misma el concepto de *ecuación social* o *sistema político*, que es una de las acepciones que daba Gramsci al bloque histórico: el grado en que la sociedad existe hacia el Estado y lo inverso, pero también las formas de su separación o extrañamiento. El análisis mismo del Estado como aparato y como ultimidad clasista sugiere la forma de su relación con la sociedad civil. Por razones propias de cada caso, hay ecuaciones en las que la sociedad es más robusta y activa que el Estado, ecuaciones donde el Estado parece preexistir y dominar sobre la sociedad, al menos durante períodos determinados, y sistemas donde hay una relación de conformidad o ajuste. Esa relación supone un movimiento, y por eso es tan absurdo hacer clasificaciones finales sobre ello. La cualidad estatal, no estatal o intermedia de una instancia, depende de su momento. En el estatuto actual, el sindicato en México, por ejemplo, es una mediación característica, un filtro entre la sociedad y el Estado. Ocurría algo semejante con los sindicatos del tiempo de Perón, en la Argentina. Si se tomara esta situación haciendo un corte estático, debería concluirse, como quería Althusser: demasiado cooptados, leales y sumergidos en el sentido del Estado, serían en la práctica verdaderos *aparatos ideológicos del Estado* (y también políticos). Por su función, devienen en efecto brazos del Estado, y sus dirigentes en funcionarios de éste. Pero eso no ocurre de la misma manera en Bolivia, donde los sindicatos han existido siempre *contra* el Estado, ni ocurre desde luego con los sindicatos argentinos después de Perón. Las mediaciones tienen entonces un contenido aleatorio o mutante. En efecto, ¿será vá-

lido hablar de los sindicatos bolivianos como brazos, instrumentos, aparatos del Estado? Entonces lo que importa es la línea de la mediación. Puede estar en o cerca del Estado o en la sociedad misma, o pertenecer una vez a uno, a la otra, la segunda, ser una mediación volátil. El sindicato actual en Argentina o Bolivia es un órgano antiestatal, o si se quiere, contraestatal, es el escenario contrahegemónico. Puede desde luego decirse lo mismo de los partidos o las universidades y las iglesias, pero la congelación de su estatus en el nivel de aparatos es una derivación indebida del análisis institucional francés a todos los Estados.

La alteridad del Estado es por tanto la sociedad civil, aunque es cierto que la sociedad pretende convertir todos sus términos —societarios— en materia estatal. Por *sistema social* o *ecuación* entendemos entonces el modo de entrecruzamiento entre la sociedad civil, las mediaciones y el momento político-estatal. Vimos ya el carácter ocasional o aleatorio de la mediación, o sea su adscriptibilidad. La propia sociedad civil, con todo, puede tener una constitución con mayor o menor concurrencia estatal. Es un hecho que la sociedad más sana, desde el punto de vista capitalista, es aquella en que la burguesía ha podido implantar su hegemonía sin el recurso al Estado, como ocurrió en la Francia prerrevolucionaria. Por el contrario, el grado de autonomía societaria del acto hegemónico es casi un coeficiente del desarrollo estatal, porque el Estado debe intervenir más donde hay menos desarrollo de la sociedad civil. Por su parte, no hay duda de que el Estado mismo puede ser más instrumental, más burocrático-hegeliano o más popular-estructural. Lo decisivo en todo caso es retener el carácter móvil, cambiante y aleatorio de las instancias. El propio Estado, por ejemplo, aparte de su producto estatal específico, puede verse obligado, sobre todo en el Estado aparente —que es aquel en el que no se ha consolidado el estado de separación—, a comportarse como sólo una de las partes de la sociedad civil, como un par entre pares. El Estado y la sociedad, por eso, se invaden, se reciben y se interpretan de acuerdo con las circunstancias de la realidad concreta, aunque es cierto que pueden detectarse tendencias largas o histórico-estratégicas. Por ejemplo, se supone

que la Pax Tugokawa creó cierta habitualidad, y lo mismo puede decirse del dogma del Estado en Alemania o Chile.

En todo caso, está a la vista que es arbitrario sostener que todo momento estatal es reaccionario, tanto como suponer que toda determinación popular es progresista. Por el contrario, en determinadas instancias la única forma de unidad de lo popular es lo estatal. Aquí vale con todo lo que dijimos para la burguesía: un pueblo que debe recibir la unidad del Estado es un pueblo que no ha sido capaz de sí mismo. Un sindicato o un soviét, por ejemplo, en principio no son sino unidades organizativas; que ellas actúen como mediaciones o que se hagan órganos estatales, y por último órganos centrales del Estado, es un movimiento que depende de la generalidad de su determinación, es decir, de los resultados de la lucha de clases. Lo mismo ocurre con la escuela, el partido y la Iglesia. Es aquí donde puede verse hasta qué punto la definición estática de estos escalones es la ruina del análisis político. Ahora bien, en la medida en que se construya una relación de conformidad o reciprocidad entre estos momentos es posible hablar de un óptimo social.

Esto pertenece a los sueños del orden, pero ha ocurrido a veces. Por ejemplo, en Estados Unidos, a partir de la solución profunda de su dicotomía ideológica, en la guerra civil y sobre todo después de la crisis del 29.

La ecuación social o bloque nos interesa entre tanto como un instante hacia dicho óptimo, o sea, el grado en que no lo es. Si el óptimo se lograra siempre, hablaríamos de una historia paralizada. Sea como sea, no hay duda de que la ecuación no es una mera distribución sistemática. En ese esquema, pensamos en el de Habermas: se sabe cómo funciona el *compositum*, pero no de dónde proviene su composición.

La ecuación o el bloque tienen entonces elementos verificables de historicidad y azar, no es una estructura predicha. Es una obra de los hombres materialmente determinados, algo que pudo haber sucedido de manera distinta a como sucedió. Como en todo modelo superestructural, podemos obtener algunas series causales o líneas de agregación, pero en último término la teoría

del Estado, si es algo, es la historia de cada Estado. Lo que importa, por tanto, es el recorrido de los hechos en la edificación de cada Estado.

4. EL MOMENTO CONSTITUTIVO

La idea misma del bloque histórico o ecuación habla de la relación entre la sociedad civil y el Estado actuales, o sea, que dentro de una misma determinación final las cosas pueden suceder sin embargo de distintas maneras, con repercusiones grandes hacia delante. Entre tanto, lo que corresponde analizar es de dónde viene este modo de ser de las cosas: las razones originarias. Hay un momento en que las cosas comienzan a ser lo que son, y es a eso a lo que llamamos *el momento constitutivo ancestral o arcano*, o sea su causa remota, lo que Marc Bloch llamó la “imagen de los orígenes”. Éste es el caso, por ejemplo, de la agricultura o domesticación del hábitat en los Andes; lo es también, para el brazo señorial, la Conquista. Ambos son momentos constitutivos clásicos; tenemos, por otro lado, el momento constitutivo de la nación (porque una sociedad puede hacerse nacional o dejar de serlo) y, por último, el momento constitutivo del Estado, o sea la forma de la dominación actual y la capacidad de conversión o movimiento de la formación económico-social (tras su lectura, la acción sobre ella).

Un momento constitutivo típico es sin duda la acumulación originaria. Debemos distinguir en ella al menos tres etapas. Primero, la producción masiva de hombres desprendidos, es decir, de individuos libres jurídicamente iguales, momento negativo —extrañamiento— de la acumulación que supone el vaciamiento del estado de disponibilidad. Luego, la hora de la subsunción formal, que es la supeditación real del trabajo al capital. Aquí es donde debe producirse la interpelación, esto es, la supresión del vaciamiento desde determinado punto de vista o carácter. Es sin duda el momento de la fundación del Estado. En tercer lugar, la subsunción real, o sea la aplicación de la gnosis consciente, así como de la fuerza de masa y otras fuerzas cualitativas más altas a

los dos factores previos, capital como mando efectivo y hombres libres en estado de masa.

En principio ésta no es sino una enumeración didascálica. Cobra con todo una connotación más potente si se advierte que cada uno de estos episodios epocales puede ocurrir con su propia densidad, repetirse y cumplirse diferenciándose, o sea, que la historia del mundo es el advenimiento del individuo *v. gr.*, pero también cómo ocurrió ello *in situ*. Una cosa es que los hombres mismos rompan por su propio impulso colectivo el yugo feudal, y otra que sean desprendidos por un acto vertical, es decir, por algo que no viene de sí mismos. La exogeneidad de la libertad produce sólo libertad formal.

Por otro lado, debe considerarse cuál es la forma burguesa que impone la supeditación de esos hombres al mando del capital, esto es, el patrón del aburguesamiento. Una cosa es entonces que la interpelación se produzca bajo el llamado del capital comercial, o que ello ocurra bajo el capital industrial o protoindustrial; uno y otro, como es sabido, tienen sus propias ideas sobre el capitalismo.

El problema decisivo radica en la subsunción real, en su extensión y universalidad, pero también en el grado de su intensidad. Si ella, la subsunción real, no se transforma en un prejuicio de las masas, no se puede decir que haya ocurrido la reforma intelectual, o sea el antropocentrismo, la calculabilidad, el advenimiento del racionalismo, en fin, todo lo que configura el modo de producción capitalista como una civilización laica. El triunfo en ello, o su relativización, impregnarán los dos anteriores episodios, los cuales, en su fondo mismo, dan las premisas de la constitución tanto de la burguesía como de la clase obrera. Por consiguiente, incluso si se cumplen los requisitos aparentes o puntuales para la existencia del modo de producción capitalista, eso puede contener mayor o menor carga precapitalista. Tal reminiscencia o adherencia puede hacer que sociedades que tienen formas o apariencias capitalistas semejantes en su fenómeno, sin embargo den lugar a óptimos sociales muy diferentes entre sí. No es necesario reiterar la importancia de esa manera de ser para el futuro de las clases. Un

ejemplo de ello se da cuando la sociedad civil tiene escasa avidez democrática, porque no ha podido convertir la democracia en vida diaria y, sin embargo, por alguna razón, la forma del Estado político es democrática. Esto no es raro; las mujeres en Bolivia, por ejemplo, tenían derechos antes de obtener la capacidad real de utilizarlos. La democracia en este caso es vanguardista, porque se coloca por delante de la incorporación social.

Si se quisiera resumir las derivaciones de la cuestión del momento constitutivo, podría hacerse así:

a) La llamada *primacía de lo ideológico* se refiere, en principio al menos, a que la apelación a formas represivas indica una hegemonía baja por parte del Estado. No obstante, hay aquí un problema en cuanto al eje de la coerción, puesto que ella es en último término el castigo generalizado o la memoria del castigo. Por otro lado, la primacía de lo ideológico es una consecuencia necesaria de la generalización mercantil del valor. En esas condiciones, la coerción como flujo ideológico, o como coacción (moral-mercantil, debe desplazar o postergar la coerción) material que, sin embargo, es un dato hereditario de la legitimidad del poder. Incluso en el análisis en sí, el modelo de regularidad del modo de producción capitalista se obtiene por la reducción a las conexiones económicas, que no pueden existir sin premisas y consecuencias económicas muy específicas, en tanto que las conexiones extraeconómicas son vistas como un supuesto de contorno.

b) En principio al menos, el ámbito de la ideología es el del mercado, y habría que hablar así de la construcción mercantil de la identidad. Por eso mismo, habría que saber por qué en determinado momento, un momento crucial, el conjunto de los hombres está dispuesto a sustituir el universo de sus creencias, representaciones, fobias y lealtades. Esto porque es conocido el carácter resistente y osificante de la ideología: su prejuicio, su inconsciente social, eso es lo último a que renuncia un hombre. El momento constitutivo moderno es entonces un efecto de la concentración del tiempo histórico, lo cual significa que puede y

requiere una instancia de vaciamiento o disponibilidad universal y otra de interpelación o penetración hegemónica. En términos capitalistas, se supone que el resultado de esa combinación ha de ser la reforma intelectual.

Es por eso que el vaciamiento está asociado con frecuencia a tipos de catástrofe social. Sin duda la más conocida de ellas es la crisis nacional general o crisis revolucionaria, es decir, la forma clásica de cambio catastrófico en el sentido del nuevo sentido de la temporalidad. Pero también la guerra, las crisis de todo tipo, las mortandades militares, las epidemias, las migraciones masivas, e incluso la solidaridad generada por obras públicas majestuosas y la repetición de actos productivos comunes con algún insumo organizativo, en fin, todas las formas de producción de vacancia ideológica.

c) Sea que se refiera a la constitución de la sociedad en su sentido largo o a esta sociedad civil específica, o sólo al episodio estatal, en todos los casos, el momento constitutivo (que puede o no ser un pacto, porque también existe la hegemonía negativa, es decir, la construcción autoritaria de las creencias) contiene una implantación hegemónica. Esto supone la creación de un tipo particular de intersubjetividad, o al menos la calificación eficaz de la preexistente. Esto es en último término lo asombroso de la construcción de las unidades sociales de esta época. Grandes grupos de hombres, no importa si iguales en lo objetivo o no, pero con capacidad de interacción, construyen formas orgánicas de solidaridad, por lo cual unos determinan a los otros.

Esto nos conduce a la discusión sobre el sujeto de la interpelación, cosa que es siempre más aleccionadora si se la observa desde los casos que desde su enunciado abstracto. Se sabe, por ejemplo, que la agregación de la peste negra, la revolución de los precios, la emergencia del *yeoman* o su equivalente, la descampesinización, caracterizó el momento constitutivo de la revolución capitalista, al menos de la inglesa. Con todo, dejemos de lado cuán social darwinista fue este proceso; más importante que todo ello fue la interpelación antropocéntrica. Las cosas no suceden así, pero metafóricamente se podría decir que el intelectual or-

gánico de aquella Inglaterra fue en realidad Bacon, dicho de otro modo, el método experimental convertido en una preocupación de la sociedad inglesa. El primado de lo ideológico sumado a la constitución de la masa (y de la sociedad de masa), a la transformación de la contabilidad productiva en una superstición, hizo que las polémicas de los pensadores cobraran tal trascendencia. Es por eso que Bacon, Lutero, Descartes, Maquiavelo, Hobbes o Marx tienen tales contenidos epocales y sociales de los que no se les puede deponer.

Al deliberar acerca del fin del estatuto de fluidez, surge de hecho lo que podemos llamar *la predestinación relativa de las unidades sociales*. Toda sociedad y todo Estado tienen, es cierto, un momento constitutivo, pero éste puede variar mucho en su profundidad y extensión. La debilidad o poca extensión de un momento constitutivo conforma algo así como un *Estado con falta de carácter*, y lo mismo puede ocurrir con momentos constitutivos equivalentes y en contradicción, que generan la perplejidad del Estado. Con todo, no hay duda de que se produce una suerte de idolización del momento interpelatorio. Esto mismo no debe tampoco tomarse como un *fatum*, aunque lo es una gran medida, porque se deben tener en cuenta las contratendencias a la predestinación, que son, entre otras, el excedente económico y la democracia como reforma gradualista de la hegemonía, aspectos, por lo demás, vinculados.

En efecto, lo central del momento constitutivo está dado por la disponibilidad, por el momento de gratuidad hegemónica. Con todo, una disponibilidad puede ser más absoluta o pura que otras. El excedente viabiliza la edificación de las mediaciones, pero no todas las mediaciones son coetáneas al excedente ni dependen de él. Hay una disponibilidad desnuda, que es la propia de la fundación del Estado y, en contraste, la forma crematística de la mediación debe verse con relación a ella como una *hybris*.

Es obvio, sin embargo, que el excedente facilita las cosas y también las mediaciones. Venezuela, por ejemplo, está cumpliendo, sobre la base de un excedente más o menos prolongado, tareas que, como la descampesinización, no pudo llevar a cabo en medio

de las coyunturas de una historia terrible. Eso ha sido reemplazado por una suerte de descampesinización prebendaria y apacible, que suena a extraña en comparación con las formas darwinistas de la urbanización latinoamericana corriente.

De otro modo, también es cierto que la mera posesión del excedente de ninguna manera garantiza su explotación estatal, su conversión en materia estatal. En cambio, se debe ver de cerca la capacidad actual de apoderamiento, de metamorfosis estatal de los resultados posibles del excedente. Esto es ya el principio de la formulación del núcleo autodeterminativo. El Perú, con el enorme excedente de su guano en el siglo XIX, no obstante ser una formación de momentos constitutivos muy esencial (y quizá por ello mismo), mostró una incapacidad en verdad inexplicable para retenerlo. Esto se contrapone con los ejemplos de Costa Rica y Uruguay o del primer Chile (el anterior al salitre, que es el que tiene una brillante historia, que después no hace más que decaer). Ellos, los casos, indican que el intrínquilis está en la capacidad de recepción y alocación interior del excedente, en la organización de su retención y no en su mera existencia. Está claro, por lo demás, que es casi una norma en América Latina la débil capacidad de retención del excedente.

5. CASOS DE ARGENTINA Y CHILE

La exageración del momento constitutivo como *desiderátum* podría llevarnos de modo fácil a un callejón sin salida: no existiría la política sino el destino. Los orígenes sin duda están presentes siempre, hablemos de los hombres en general, de la sociedad o del Estado. Pero existe también la reconstrucción del destino. El problema radica en qué medida la carga originaria puede ser convertida. La medida en que la reforma intelectual puede seleccionarla, por decirlo así. Por otro lado, la categoría misma de revolución, como autotransformación catastrófica, contiene un nuevo momento constitutivo y, por último, se debe tener en cuenta la democracia como reforma sucesiva. Bajo estos supuestos, aunque conviniéramos en que las cosas deben remitirse a su

fondo histórico, la más somera descripción de casos en América Latina debe llevarnos a paradojas sorprendentes.

Argentina, por ejemplo, podría llamarse el caso de la democracia imposible. Sin embargo, si la democracia fuera un subproducto del desarrollo económico (según el *Überbau*), debería existir aquí más que en parte alguna en el continente. Los datos son conocidos: en la práctica sin resabios precapitalistas, la Argentina es desde hace muchos años un país urbano y homogéneo y sus problemas de base en cuanto a infraestructura territorial y social están resueltos. La distribución del ingreso es más progresiva que la de varios países desarrollados, y al mismo tiempo sus consumos reales sobrepasan los de varios de aquéllos. Lo que se llama la *democratización social* es, pues, importante aquí, y no lo es menos (esto no puede omitirse) la manera cotidiana, es decir, la costumbre democrática en la rutina. Sin embargo, el sistema político general enseña un atraso incuestionable. La inestabilidad política es endémica y la incertidumbre estatal es tan grande que sólo Bolivia, en condiciones muy distintas, ha tenido tal número de golpes de Estado como Argentina que, en la práctica, no ha tenido más que gobiernos militares desde 1930 (con interregnos pocos significativos). La forma partido misma, unidad característica de la democrática representativa, no ha logrado instalarse. Sus partidos son clientelistas, ideológicos y con escasa vida no electoral. El mayor movimiento político, el peronismo, está envuelto en una ideología irracionalista que se ha apoderado de una manera tenaz en masas que tienen un elevado nivel combativo. El primitivismo del discurso peronista es tanto más llamativo por cuanto ocurre en una sociedad que es quizá la más culta del continente. Dicho en términos más inmediatos, la propia enjundia de la sociedad civil argentina acosa, acorralla y desorganiza de continuo a un Estado que es *in petto* oligárquico, que no tiene una hegemonía sino ocasional, como la que le dio Perón, y que debe apelar sin cesar al recurso de la intervención militar.

Entre tanto Chile, desde la base de una sociedad civil poco democrática (por todos los factores considerados, que es, como la colombiana o la mexicana, regresiva en extremo, desde la dis-

tribución del ingreso hasta el acento cotidiano interclasista y lo que se puede llamar la ideología nacional, en lo básico militarista, hispana y antiindígena), con todos los indicadores del atraso moderno (aunque atenuados), sin embargo logró formar una superestructura político-estatal bastante avanzada. Quizá en ningún país se instauró de un modo tan consistente la verificación objetiva de la formulación estatal y las formas propias de ello, como el partido y el sindicato. El que los comunistas llegaran dos veces al poder en cincuenta años habla del caso más terminante de autonomía relativa del Estado en América Latina.

Argentina y Chile, por tanto, son como contraejemplos entre sí, pero no en todos los aspectos. Es indudable, por ejemplo, que la independencia del Estado chileno, su sello estructural (en el sentido de poder absorber los propios elementos contrahegemónicos), no completa su formación sino después de la Guerra del Pacífico, coincidiendo con el excedente que produce esa conquista, el salitre y el cobre. En esto coincide con la Argentina, donde también el período democrático representativo se funda o se deriva del gran excedente, que es, como el Estado mismo, posterior a Roca, y que dura hasta 1929, cuando empieza su terrible decadencia.

Una asociación hermética entre excedente y democracia parecería la fácil deducción de estas peripecias, y eso se podrá ver confirmado con la cartografía democrática del mundo que hace coincidir a los grandes captadores de excedente mundial con las democracias representativas. Chile y Argentina en sumo habrían sido democráticos cuando fueron abundantes, aunque es cierto que aun en este razonamiento habría que convenir en la mayor antigüedad y la mayor perduración de la democracia en Chile. No se trata de ignorar la función del excedente. El excedente con todo no es por sí mismo válido. Sería necio sin duda desconocer que la escasez del producto induce al autoritarismo. Sin embargo, los meandros de la agregación histórica deben ser evaluados.

Es de por sí jugoso el que en Chile se conciliaran con tanta facilidad el fenómeno democrático del Estado y su sustantividad oligárquica. La superioridad del Estado sobre la sociedad es aquí

incontrastable. Se puede ir más lejos. Decir, por ejemplo, que a raíz del momento constitutivo que significó la Guerra de Arauco, que duró varios siglos, la sociedad misma fue conformada por el Estado. El Estado es aquí la premisa de todas las cosas. El fondo militarista, hispanista y oligárquico o señoralista (peruano) de esta formación se revela como una suerte de ideología nacional, ideología compartida debido a la profundidad del momento constitutivo por oprimidos y opresores. Las “verdades nacionales” están tan cristalizadas que las raíces de la derrota de la izquierda parten sin duda de su incapacidad de desprenderse de ellas. Compartiendo el fondo ideológico del Estado, no podía erigir una propia cultura de rebelión. No obstante que, al menos en las superestructuras organizativas, políticas e intelectuales, nadie se propuso jamás romper con el dogma de Chile (porque era como romper con la historia de Chile, sacralizada por todo el mundo), es evidente, por contraste, que la Unidad Popular y Allende como caudillo mismo contenían elementos objetivos de autodeterminación de la masa, de un modo entre espontáneo e inconsciente, con cierta autocensura continua. La masa tenía rudimentos que la tendían a llevar a constituirse o identificarse por primera vez al margen del Estado y su hegemonía clásica. Chile, con todo, no era un Estado cualquiera. Puesto que la historia busca el mayor peligro, el sentimiento del desafío fue mucho mejor advertido por los sujetos de la memoria del Estado (había sin duda una burocracia lograda de modo más moderno, y el ejército no era sino parte de eso) que por aquellos que la formulaban, quienes la vivieron de un modo desorganizado. Entre la certeza del Estado y la amenaza desorganizada del pueblo prevaleció la primera, como era previsible. En la hora del advenimiento de la multitud actúa, con una implacable lógica sin remordimientos, la zona de emergencia del Estado, su garantía represiva, que es el ejército. Por eso cuando se habla de la destrucción del Estado (y éstas son palabras de Lenin que asustan hoy a los propios leninistas), se habla de la destrucción de la ideología del Estado o grado hegemónico. Esto implica una gran diferencia con la destrucción del aparato mismo. Es como una caricatura decir que destruir el

Estado significa demoler las acerías o las industrias estatales. Ello mismo plantea una diferencia en cuanto a la gradualidad. En su naturaleza, la gradualidad es inevitable en la destrucción de todos los elementos visibles del Estado viejo. Pero la destrucción hegemónica no puede ser sino no gradualista. De cualquier forma, si la resolución, y también la democracia, consisten básicamente en el reemplazo ideológico, ese desplazamiento no se produjo en Chile o fue cancelado en cuanto se lo intentó.

6. LA NACIONALIZACIÓN FALAZ

El caso argentino tiene poco que ver con esto. Si en Chile el Estado es todo (o casi todo; Spengler dijo que era el Estado en forma) y la sociedad casi nada, en cambio la ecuación argentina produce una suerte de distorsión entre una sociedad poderosa y un sistema estatal sin duda ajeno a ella, de tal suerte que una parte y la otra no se encuentran entre sí sino para negarse.

El problema aquí no radica en que el Estado niegue la sociedad, porque después de todo dominar es también eso en parte, sino en que lo haga sin éxito. En el sentido inverso, las cosas son un opuesto: la sociedad cancela al Estado.

El momento constitutivo de la Argentina moderna debe situarse hacia 1880, con la inmigración masiva de europeos, que equivalió a un reemplazo racial, la reorganización del espacio y la radical constitución del excedente. Es claro que esto existió como un proyecto socializado desde antes y se podría decir que Argentina fue después las Bases de Alberdi, en la pirática, o aun que una gran parte de ella estaba como dibujada en la cabeza de Rivadavia. A decir verdad, se trata del caso sorprendente de una utopía social convertida en plan positivo y con un alto grado de concreción posterior. La transformación de la utopía en actos estatales y la reconstrucción del cuerpo social a partir de ellos señala un óptimo excepcional; lo posterior es la historia de su difuminación.

Es también un proyecto democrático que se hizo con invocaciones antidemocráticas, como ocurre algunas veces. En efec-

to, era un plan de sustitución racial, y eso es lo que explican la Campaña del Desierto, la aniquilación de los indios y la supresión social-darwinista del gaucho, al mismo tiempo que se introducían unos seis millones de europeos. Plan racista que, por lo demás, acompaña al carácter conservador que tuvo la hora de la fundación del Estado. Que el proyecto de importación de inmigrantes fuera racista no significaba, empero, que los inmigrantes lo fueran, y es allí donde se produce una escisión en las ideologías argentinas.

Ajenos en absoluto a la lógica patricial y europeísta de ese esquema y, por el contrario, imbuidos por la pasión de grandes momentos democráticos, los inmigrantes acabarían por imponer su carácter, formando una sociedad con hábitos democráticos, al menos en comparación con el resto del continente. El ancho excedente favoreció esta suerte de esquizofrenia, porque por un lado acentuó las tendencias distribucionistas y, por otro, difirió la actualización del reto entre las dos entidades contrapuestas.

La Argentina señala, como ningún otro caso, el valor relativo de la primordialidad del mercado. Si nos fundáramos en el análisis tradicional, como el de Kautsky, una base económica como la Argentina debió haber producido una forma estatal avanzada. Aquello, lo de una base social avanzada, debe sin embargo calificarse de la siguiente manera: por un lado, porque la reunión de los coeficientes progresistas no contenían una lógica de autodeterminación y, en segundo lugar, si la subsunción real ocurrió aquí, no alcanzó a existir como reforma intelectual del Estado. Está claro que el poder se forma con supuestos no seculares de la política.

Es aquí donde se ve claro el problema de la nacionalización falaz. En la lógica economicista, *mercado interno* debería ser sinónimo de *nacionalización*, y ésta es en efecto la forma que incorporaron en algunos casos; pero también existe la nacionalización sin mercado interno, y el mercado interno sin nacionalización. La Argentina demuestra una formación anómala del mercado interno que resulta una suerte de nacionalización aparente, porque es una que no comprende al Estado.

Dicho de otro modo, si lo crucial del mercado interno es el deslizamiento de la ideología de la aldea a la ideología de la nación, el punto de ruptura sería también el de la implantación de la ideología nacional que, como lo vimos, es el espíritu del Estado moderno. ¿Qué pasa empero si la descampesinización, o sea la incorporación personal al mercado, se ha cumplido en *otro* escenario, en uno al que no se pertenecerá o se dejará de pertenecer? Ocurrirá que las consecuencias de un acontecimiento de tal naturaleza serán efectivas en un sitio distinto del que tuvo lugar el acontecimiento. El escenario de la interpelación no es algo secundario. En este caso se cumple la lógica económica del mercado interno, pero no su lógica política, que es la identidad como reciprocidad verificable. La relación entre descampesinización o integración mercantil y el *locus* es, pues, un punto de partida. En determinado momento, el excedente permitía al Estado argentino ratificarse en una cosmovisión semidemocrática o predemocrática y, sin embargo, convocar con éxito a la formación del correlato mercado interno-sociedad civil, que no tenía sino una relación diferenciada con él, de no prosecución.

Se daba así la circunstancia poco frecuente de una sociedad con fuerte sentido social de la democratización y a la vez con cierta conformidad hacia la formulación no verificable del poder, lo que indica que la democracia puede existir en la sociedad y no en el Estado, o a la inversa. En todo caso, la baja del excedente y los graves problemas siguientes advirtieron que en la Argentina y en cualquier parte los saltos tienen precios. Lo que está en cuestión, entre tanto, es la conquista y la reforma democrática del Estado, la revocación de su ideología estatal a partir de una sociedad civil ya democrática.

Enfocamos este tema a partir de un famoso texto:

En Oriente el Estado era todo, la sociedad civil, primitiva y gelatinosa; en Occidente, entre Estado y sociedad civil existía una justa relación, y bajo el temblor del Estado se evidenciaba una robusta estructura de la sociedad civil. El Estado era sólo una trinchera

avanzada detrás de la cual existía una cadena de fortalezas y casamatas [etc.]²

Al margen de que se acepte o no la idea de la articulación como algo propio de Occidente, no hay duda de que aquí Gramsci introduce un concepto capital para el estudio del Estado, que es la cuestión de la ecuación u óptimo. Vamos a dejar de lado situaciones tan activas como la del Estado aparente, o la subsunción de las formas protoestatales en la sociedad civil, de tal manera que el Estado actúa como facción, y en general todas las fases intermedias de no separación. Una cosa es, en efecto, que el óptimo no se obtenga, como en el caso argentino, y otra que la separación no haya existido.

En todo caso, identificar la existencia de una sociedad civil consistente o dura con articulación capitalista y el mercado interior, en el que todos producen para los otros y nadie para sí mismo, es válido en su contexto, pero no concluye la cuestión. El mercado interno, es cierto, es el punto ritual de referencia tanto de la nación como del Estado; pero es aún más importante conocer cómo aparece el mercado interno, o más bien cómo se erige lo intersubjetivo, que es como la trama de cualidad del mercado interno.

Además, hay formas de lo gelatinoso. Gelatinosa, por ejemplo, es una sociedad incapaz de producir opinión pública, y lo es sin duda aquella en que no se dan las condiciones para producir formas racional-comprobables del poder. El capitalismo organizado produce sin excepción formas modernas de sociedad gelatinosa. En el caso de ciertos países como Perú y Bolivia, el verdadero problema no está en la gelatinosidad de lo social, sino en su osificación: la sociedad sigue sometida a la profundidad de su momento constitutivo, porque sin duda lo más importante que ha ocurrido en este *hábitat* es la agricultura, y la agricultura es el origen del Estado.

² Antonio Gramsci, *Notas sobre Maquiavelo, política y el Estado moderno*, México, Juan Pablos, 1975, p. 96.

7. CUBA Y LA AUTOCONSTITUCIÓN DE LA MASA

En la descripción de los ejemplos chileno y argentino vimos que, con todo, aunque en los dos se da tal extrañamiento, los resultados son distintos de un modo insólito: en un caso, la ecuación muestra su sobredesarrollo militar originario del Estado sobre la sociedad, es decir, hay un acto militar de absorción de la sociedad por el Estado; en el segundo, hay formas insidiosas de no unificación de la sociedad, pues no se han resuelto en su seno las determinaciones hacia el Estado.

Interesa ahora apuntar hacia dos casos que, si bien de un modo formal, podrían asimilarse a los anteriores, y que no obstante presentan alternativas propositivas propias. Cuba, por la forma no falaz de resolución del carácter de su sociedad civil, y México, porque aunque hoy por hoy enseña una subordinación ante el Estado tan grande como la de Chile, sin embargo tienen una historia mucho más contradictoria.

En suma, nos interesará deliberar acerca del acto de masa o raptó de constitución de la multitud como determinación en la formación del mercado interno y la sociedad misma; nos interesará, en segundo término, postular, a propósito de México, el carácter esencialmente dependiente o aleatorio de la ecuación propuesta por Gramsci, es decir, la fluidez esencial no sólo de la relación entre sociedad civil y Estado, sino del propio contenido de una y otra. Dicho en otros términos, el Estado es a veces más societario y la sociedad es a veces más estatal. La compenetración no significa forzosamente un éxito. Dejamos de lado por el momento el asunto de las articulaciones precapitalistas, a las que sin duda debería prestarse una atención más amplia; es un hecho, hay que decirlo, que las formas autóctonas de articulación y autodeterminación de Vietnam resultaron más eficientes en su escenario que las norteamericanas.

En el caso cubano, tenemos en primer término el problema de la autoconstitución de la masa o formación de la sociedad civil a través de actos de masa. Éste es en realidad el origen lejano de la Revolución, porque aquello ocurrió de un modo paralelo a la

interferencia en la acumulación estatal, o sea que la falsa ecuación cubana ofrecía una dicotomía entre una sociedad civil violentamente autoconstituida y un Estado exógeno.

En 1841, 43% de la población estaba compuesta por esclavos. Por otro lado, en el transcurso del siglo XIX habían ingresado unos 500.000 africanos, 120.000 chinos, 100.000 españoles e incluso varios miles de indios yucatecos. Era obvio que existía un doble problema: por un lado, el esclavismo como tal, una sociedad en tal grado fundada en la productividad esclavista; por otro, lo cual era más decisivo, la nacionalización de una población nueva, pues al fin y al cabo los negros africanos eran tan extranjeros y nuevos en aquel momento en Cuba como lo serían poco después los italianos o los marselleses en la Argentina. Ciertamente es que la inmigración como tal, y de un modo más atroz el desprendimiento forzado propio del comercio de esclavos, debía producir una suerte de anomia ocasional, hasta el encuentro de la *lingua franca*, lo cual equivalía de algún modo al estatuto de la disponibilidad. Ya vimos las dificultades de aquella interpelación en el caso argentino.

En Cuba, lo importante está dado por el carácter que asumen las guerras de la independencia. En la primera, en la Guerra de los Diez Años (1868-1878), murieron 200.000 hombres, cuando Cuba no tenía más de 1.600.000 habitantes. Esto significa una destrucción demográfica de la octava parte. En la guerra de 1895 murieron otros 400.000 hombres. Hubo entonces una pérdida demográfica de más de un cuarto de la población, casi un tercio.

Un episodio factual profundo, la violencia o el hambre en gran escala, producen el allanamiento o aquiescencia hacia las nuevas creencias. Está claro que no hay ningún acontecimiento que remueva los elementos de las convicciones sobre la vida como la muerte general, asumiendo por ello que ocurre de forma más o menos global, para todos. Aquí, como en el caso mexicano y en algunos otros, no hay duda de que es importante tener en mente las consecuencias sociales de incitaciones de tal magnitud. Es evidente que hay varias formas de disponibilidad, pero también que la mortandad es sin duda creadora de disponibilidad social,

porque los que viven están llanos para la recepción de nuevas creencias, que, en último término, son las creencias que resultan del acontecimiento. La violencia, por tanto, es una forma no mercantil de formación de intersubjetividad, sin duda la más dramática. No es sólo por culto a los antepasados que se cultiva una sombría memoria de esas horas.

En esta materia, es tan importante lo profundo de la disponibilidad, radical sin duda, como la densidad de la apelación. Si se compara el movimiento de los pardos de Boves con la guerra de los mambíes, se advierte la diferencia entre una guerra racial pero irracionalista —negros proespañoles— y en cambio, en los mambíes, cierta transparencia moderna en la consigna central. Que la guerra juntara la lucha por la independencia, es decir, por la nación o sociedad que se estaba constituyendo ahí mismo, y a la vez por la liberación de los negros esclavos, es de un gran significado, porque a partir de ello ser cubano debía significar no ser esclavista y no ser esclavo, desde luego. No son entonces los esclavos los que reciben la libertad de los blancos o mestizo-independentistas, sino que ellos mismos conquistan su libertad al luchar por la de Cuba. Aquí volvemos a un punto ya mencionado, que es la diferencia entre el que recibe la libertad y el que la conquista.

Desde otro punto de vista, puesto que sobre el Estado no hay otro aprendizaje real que el colectivo, el localismo de la acumulación estatal es en realidad el germen del principio largo de la autodeterminación. Aplicando ya lo que será toda una concepción del asunto, los norteamericanos intentaron desde el principio una política de trasplante o injerto de sus propias formas estatales, trataron de vulnerar el principio intrínseco de cada Estado. El Estado político en Cuba, en efecto, se organiza mediante la enmienda Platt, o sea, con una determinación exógena inmediata. El Estado se refiere entonces no a su propia sociedad, sino al argumento de la dominación norteamericana, y en esas condiciones no tenía un solo soporte de captación de la sociedad. Los norteamericanos, por tanto, crearon en Cuba un Estado ilusorio, con mediaciones puramente imaginarias; dieron de esta manera un

elemento central para que la crisis revolucionara ocurriera. Ocurrió, en efecto, como la contradicción entre un Estado volátil y una sociedad temible, aunque temible de un modo invisible. La derrota del ejército de Batista no lo fue del prebendalismo, sino que probó otra vez que la dictadura misma no puede tener más efectualidad que la del Estado al que pertenece.

8. LA FORMACIÓN DE LA CLASE GENERAL EN MÉXICO

Porque es un país a la vez que una civilización, la historia estatal de México enseña quizá mejor que cualquier otra lo aleatorio que es el análisis estatal al margen de la lógica de la situación concreta. Si bien en México se pueden ver reformulaciones sucesivas de la sociedad civil y del Estado, así como la adquisición y la pérdida de la capacidad de lectura de la sociedad, el derroche de la irresistibilidad o la eficacia del uso limitado de la lógica exitosa, la propia desactualización de una ideología exitosa, en todo caso nos parece que el tema más fuerte que puede proporcionar una experiencia tan poderosa como ésta es el que se refiere a las condiciones objetivas de emergencia de una clase política, clase general. Esto es, un cuerpo racional sometido a lealtades y con una suerte de constitución no escrita pero irresistible, productora de normatividad.

Díaz heredó una sociedad grandemente desarticulada o inestructurada, gelatinosa en forma. Basta con decir que sólo 7 de los 25 estados aceptaron aportar tropas para la defensa nacional en la guerra en que se perdió Texas. En la época de la Revolución, por otro lado, se hablaban varios dialectos tan sólo en el contorno de Ciudad de México, y millones de hombres tenían sus propias lenguas interiores. Se podría decir entonces que si Díaz aparecía con este paramento patriarcal es porque quizá nadie podía construir un poder de otra forma, porque el autoritarismo estaba todavía anhelado por el estallido latente. Al menos es eso lo que parecía indicar la longevidad casi paraguaya de la dictadura, que podía hacer pensar en pueblos que desean a su dictador. La prueba de que es una sociedad más matizada o compuesta está en que ella

misma es la que produciría un movimiento de masas sólo comparable al de la Revolución China.

Es cierto que el movimiento de masas no es ajeno a la historia nacional. Ocurre sobre ciertas tendencias progresistas que son constantes en México. La independencia fue el ejemplo, una guerra agraria, como en Bolivia. Todos sus héroes (o casi) son hombres populares, desde Morelos hasta Guerrero, etc. El propio triunfo de Juárez, con su connotación antieuropea (pues él mismo era un zapoteco, lo cual podría hablar de cierta interpelación zapoteca de la democracia en México) y, en lo que es fundamental, laica. *Laico* en este caso significa más o menos la voluntad colectiva de ser hijos de nuestro propio tiempo. El coraje intelectual latente en el país se expresa aquí como en ningún otro campo, porque éste es un aspecto casi psicológico no resuelto de una manera tan perspicua en país alguno de la América Latina, para no hablar de aquellos que conservan como oficiales los aspectos oscurantistas de su cultura. México sería así un país más liberal, más agrarista y menos señorial, una patria de hombres libres dotados de violencia personal, lo cual significa que es el país latinoamericano que ha ido más lejos en la construcción de la reforma intelectual, que no es una obra de héroes académicos (aunque también lo es) sino de sentimientos de la masa. De aquí viene la extraña sensación que se tiene siempre de un país incomprendido: se podría decir sólo comprendido por su propio actor, que es el pueblo de México, ajeno incluso a todo su sector cupular.

El tema mexicano es más complejo que cualquier posibilidad de reducción a términos lineales. México es como un ejemplo de lo que se entiende por *formación económico-social*, porque la entidad, llámesele o no nación, recorre varias épocas y modos de producción y es, sin duda, reconocible en su devenir. Esto ocurre de una manera más clara aquí que en cualquier otra formación de América Latina, quizá porque es un país más reconocible a lo largo del tiempo. De manera que, en la sucesión de sus momentos constitutivos, hablamos más bien de reestructuraciones de este fondo histórico que de un único y definitivo momento constitutivo.

Por otro lado, es difícil detectar amplios actos de constitución de la multitud, que son a la vez sanciones radicales en la producción de individuos libres, como en el zapatismo y el villismo, que son horas privilegiadas de la historia de América. La propia forma de la guerra en ellos da lugar al lanzamiento masivo de jefes populares, al desarrollo de la iniciativa revolucionaria de los individuos y a experiencias de masa en cuanto a la decisión estatal. La propia transición ejidataria y la industrialización como única respuesta posible a poderosos movimientos regionales, resumen el programa que se impone como fuerza de los hechos, un programa que emerge de los movimientos de la sociedad. Con todo, esto mismo produce un fenómeno que también hará escuela en América Latina, que es la cuestión de las masas en estado social de fatiga. En ambos casos, un vastísimo proceso de democratización social, en el que sin duda la sociedad civil demuestra una superioridad escondida pero brutal sobre el Estado político, en su forma oficial u obsoleta, da lugar sin embargo no a la transformación de la subversión revolucionaria en Estado, sino a su mediatización en el Estado, por medio de la aparición estructural de la clase general o clase política. De hecho, puesto que los bandos en revuelta eran clases incapaces de representarse a sí mismas, o sea, de obtener un programa orgánico para toda la nación, dieron lugar a que surgiera este estrato, la clase general, que es específico de México en América Latina, pero un requisito de la existencia de todo Estado moderno. Ésta es la base material o social de la burocracia, y sin esa base lo burocrático no es sino una pretensión.

La astucia del Estado se convierte a partir de entonces en una escuela o cultura, y no hay duda de que las reglas estuvieron claras desde temprano en cuanto a que la legitimación es el fin principal del Estado, y la supresión política, su alternativa. En todo caso, tampoco la irresistibilidad se adquiere por la mera violencia; se necesita que conste que la violencia tiene una validez estatal, o sea que es una irresistibilidad con relación a fines. El testimonio de la violencia general y la adhesión al principio legitimador se vieron alentados después de grandes desplazamientos demográficos y de recomposición de las distribuciones sociales, como consecuencia

de un proceso de industrialización bastante masivo. Su fruto fue sin duda, en lo inmediato al menos, un grado de despolitización o politización limitada que se parece a las experiencias de los estados centrales después de los treinta.

En otros términos, la falsa inferioridad de la sociedad dio lugar a la restitución de su validez en una forma cataclísmica que fue la Revolución Mexicana. Ésta, en su turno, capaz a sus anchas de destruir el viejo Estado pero no de organizar un poder congruente con su propia fuerza, dio lugar a la reconstrucción de la sociedad mexicana en términos mucho más avanzados. El Estado, con todo, obedeciendo a ese impulso, se reconstruyó con mucha más certeza y penetración, y durante mucho parecía que aquí todos podían equivocarse, menos el Estado. Adquirió entonces el Estado una nueva superioridad sobre la sociedad civil, que se funda en la desorganización sistemática de la autonomía de la sociedad civil y su reorganización corporativa en formas prebendales o distribucionistas que se subordinan siempre a la lógica central de legitimación, la despolitización de las masas, que es extensa pero común a los países con los llamados *proletarios de primera generación*, la predictibilidad social, que se hace un arte local y su consecuencia más importante, que es la existencia de una avanzada clase política.

NOTAS SOBRE LA CUESTIÓN NACIONAL EN AMÉRICA LATINA¹

1

Es posible razonar acerca de la cuestión nacional desde el punto de vista de sus consecuencias hacia fuera (externos al ámbito de lo que es la nación o el escenario del *proceso* nacional) o considerando más bien el aspecto de su conexión interior o composición. En las presentes notas trataremos este asunto sobre todo en lo que se refiere a los elementos de la nacionalización y su interacción, con alguna inferencia hacia el problema de la disponibilidad soberanía y ateniéndonos sobre todo a los matices que adquiere el problema en Bolivia.

Una profesora francesa, Marie Danielle Demelas, escribió una interesante tesis sobre Bolivia, que tituló *Bolivia: nacionalismo sin nación*. Este apelativo expresa bien el estado de ánimo con que se encara el tema en países como Bolivia o Perú. Autores de otras nacionalidades (como Córdova, Kaplan, Halperin) hablan ya de la época de formación de los Estados nacionales como algo que hubiera concluido hace bastante tiempo. Esta diferencia

¹ Texto extraído de *Teoría y política en América Latina*, México, CIDES, 1983. Esta ponencia fue presentada originalmente en el XIV Congreso Latinoamericano de Sociología realizado en San Juan de Puerto Rico en 1981.

de momentos de visualización de la cuestión habla de por sí de las dificultades con que nos encontramos incluso para reducir la problemática a núcleos comunes. En otros términos, aunque la cuestión nacional sea como universalidad una sola, cada país latinoamericano vive una parte de ella como su núcleo problemático. Para nosotros los bolivianos, al menos, la formación del Estado nacional y de la nación misma es algo no concluido en absoluto. El carácter que tendrá la nación o la forma de revelación de la nación en el Estado: he ahí el problema en torno al que se libran todas las luchas políticas e ideológicas.

2

Veamos en primer término la nación considerada como fuerza productiva. Marx escribió que “la primera fuerza productiva es la colectividad misma”. De por sí esto nos dice que hay formas de organización de la colectividad que son superiores a otras. La nación, por tanto, y más bien el Estado nacional, serían la forma paradigmática de organización de la colectividad dentro del modo de producción capitalista. O sea que aquí tenemos una primera restricción: hablamos de naciones precapitalistas respecto del proceso capitalista de nacionalización. Pues por *nación* se entiende por lo común la construcción de un yo colectivo, es decir, la construcción compleja de cierto grado de centralización y homogeneidad en torno al mercado interno, entonces veremos el comportamiento específico del capitalismo con relación a ese proceso. Se trata en primer lugar de la construcción de una identidad colectiva o entidad histórica formada por hombres jurídicamente libres. La nación en este sentido está compuesta por hombres libres que se han supeditado (el paralelo es notorio con la subsunción formal) a una forma de colectividad, la nación, que resulta ser la más eficiente para la instalación del modo de producción capitalista.

En los hechos, cuando Lenin escribió que el Estado nacional es el escenario ideal para el desarrollo del capitalismo, se atenía con un criterio subliminal a todas las exposiciones de Marx. Esto

se lo puede decir de otra manera. Puede haber también desarrollo capitalista sin que exista la nación en la forma de su paradigma, en la misma medida en que puede haberlo (lo demuestran los casos históricos) sin que se dé la subsunción real, es decir, la aplicación de la ciencia y la máquina al acto productivo. Pero el que la implantación del modo de producción capitalista se dé sobre una base nacional o el grado en que construya o no una base nacional, la medida en que se convierta en efecto la subsunción de la ciencia a la producción en actitudes de la masa, todo eso nos habla de un nivel u otro de desarrollo del capitalismo. Por eso, la nación, por cuanto implica cierto grado de homogeneidad entre ciertos elementos decisivos que concurren al régimen productivo, es por sí misma una fuerza productiva o, si se quiere, es el indicador del grado de correspondencia entre el modo productivo y la colectividad en que ocurre. En este sentido, es *una fuerza productiva* de la misma manera que el hombre libre, la subsunción formal, la subsunción real, la transformación del tiempo, etc. Es cierto, con todo, que en rigor este papel debe ser otorgado más bien al Estado nacional o Estado-nación. Así, para el caso, si el mercado mundial es el logro histórico superior del capitalismo (entre otras cosas porque el mundo no es mundial antes, no hay historia mundial), la nación, lejos de contradecir la lógica del mercado mundial, es su requisito, su forma de organización. Pero el Estado nacional es lo que ocurre cuando la sociedad civil se ha convertido en nación y tiene un solo poder político, o sea que el Estado nacional es algo así como la culminación de la nación. Es cierto que puede haber una sociedad civil no nacionalizada o unificada en el sentido nacional, y aun una sociedad civil unificada sin un poder unificado a su turno, etc. En todo caso, es cierto que la concomitancia entre un Estado apostado sobre una sociedad civil nacionalizada constituye el óptimo del modo de producción capitalista, completa el ciclo de totalizaciones que va desde la constitución de las clases colectivas hasta la socialización de la producción.

Con fines puramente expositivos, porque se supone que hoy en día nadie trabaja en estos términos, es útil referirse a la definición más célebre de *nación*, que es la de Stalin: “Nación es una comunidad estable, históricamente formada, de idioma, de territorio, de vida económica y de psicología, manifestada ésta en la comunidad de cultura”.

Esta acepción es interesante precisamente porque podemos apoyarnos en su modo mecánico para comentar sus elementos. Si se dice, por ejemplo, que se trata de una comunidad “históricamente formada”, se puede preguntar cuál no lo es. A lo que se refiere en todo caso es a que no se trata de una comunidad de raza ni de tribu; pero nadie podrá negar que la comunidad racial o étnica es un elemento coadyuvante, favorable y a veces decisivo para la nacionalización. En determinados casos (y aquí se revela lo vicioso de razonar sobre la nación al margen de los casos históricos) no hay duda alguna de que el hecho racial fue la base causal del “reconocimiento” como nación. De tal manera, es una comunidad que a veces se basa en la simpatía de la identidad racial y a veces no.

En cuanto al territorio, su función no es menos variable. No hay duda de que hay pueblos que son hijos de la geografía, o sea aquellos en los que la respuesta (*response*) al desafío (*challenge*) del hábitat los ha obligado a ser un tipo de colectividad porque no podían ser otro. Tampoco es necesario hablar del principio de posterioridad que tiene en algunos casos el territorio con relación a la nación. Es indudable que primero existió la nación norteamericana y después su territorio actual. En todo caso, el rol del territorio resulta en general subordinado al acto articulador, que es la esencia de la nación.

Un idioma, como decía Gramsci, es una concepción del mundo; pero también es un movimiento. Lo que llamamos *idioma nacional* no es en último término sino el *modus vivendi* entre las lenguas de las unidades que concurren a la nacionalización, cuando no el símbolo de la destrucción de esas unidades a partir

del centro nacionalizador. El quechua, que ahora es visto como una lengua originaria en Bolivia, en realidad fue el fruto de los militares, primero, o sea una imposición coercitiva, y después la *lingua franca* colonial, para la concentración de Potosí, sobre todo. En todo caso, este papel del quechua como la lengua conquistadora o impuesta, general para toda región que no fuera el valle de Cusco, expresa con los incas o con la minería colonial un momento social. Si la manera de la nacionalización equivaliera a la castellanización o al bilingüismo, dependería también de la resolución de los contenidos culturales de las luchas de clases. No es necesario detenerse demasiado en una reducción al absurdo de la proposición de Stalin: por no tener un idioma común, los actuales italianos o los actuales franceses no habrían podido ser naciones. Pero la constitución del propio idioma nacional es parte de la constitución de esas naciones, o sea que la forma de su identificación idiomática manifiesta el modo de la solución de su cuestión nacional. ¿No es verdad que el *Hochdeutsche*, el advenimiento de los “cultos” y el propio Lutero con su traducción de la Biblia no están signando una manera digamos *junker* de solucionar la cuestión nacional? Vamos a volver después sobre este problema de la nacionalización reaccionaria. Muy distinto aquello, por cierto, de la adopción del francés por los italianos de Niza o por los vascos, por los alsacianos y, en fin, por el conjunto de los pueblos que componen después el Estado nacional francés. ¿No es por lo demás bastante significativo que un país con gran población indígena y sin gran propiedad señorial (sin aristocracia terrateniente en la práctica), el Paraguay, desarrolle de un modo tan fluido el bilingüismo en tanto que ello no se dé sino esporádicamente en México, Perú, Guatemala y Bolivia, países todos de predominio servil en su solución productiva? Aquí mismo está asomando el principio de un planteamiento. El doctrinarismo monolingüista o el bilingüista deberán remitirse a lo que se llama *una proposición de masa*. Lo que importa como elemento de nacionalización, por tanto, es el canal adoptado por la forma espontánea de la masa que concurre a la nacionalización. Pensar que el bilingüismo es un obstáculo a la identidad paraguaya o a

la constitución de su mercado interno es sin duda un sinsentido; pero ésta es una solución nacional-popular allá donde ella, por cualquier circunstancia, fue admitida.

Con toda la importancia que puedan tener los factores raciales, espaciales o lingüísticos, lo que Stalin llama los problemas de “vida económica” y de “psicología” o comunidad de cultura, son sin duda los que tienen un valor más concluyente, aunque no tendrían ningún significado si no los remitiéramos a la discusión del momento constitutivo, es decir, de la coyuntura de construcción social y al epítome estatal.

Una cosa y la otra (la vida económica y la psicología) tienen que ver con el concepto de descampesinización o acumulación originaria (la manera en que afecta a la cultura agrícola la acumulación originaria). Es notorio que hay otras formas de “vida económica común” diferentes de la mercantil. Por el contrario, la profundidad de las formas de vida económica en común premercantiles es a veces el obstáculo más formidable para la nacionalización de tipo capitalista, porque conserva a la nación precapitalista. En este sentido, si bien la integración horizontal tiene una enorme importancia (la supresión de las aduanas, la infraestructura física de la nacionalización), con todo no es menor la de la integración vertical, que se refiere en lo político a la democracia y en lo económico a la construcción del obrero total y el capitalista colectivo, o sea a la conquista de la agricultura por la industria, e incluso a los ciclos de rotación del capital. O sea que no se trata sólo de que las cosas sean nacionales en su extensión, sino también de que la velocidad de su ciclo de rotación está hablando de una prosecución cualitativa de la unificación. Esto significa que el Estado es proporcional a la forma de rotación del capital: significa que el índice de desdoblamiento de la plusvalía es un verdadero marcador histórico y, en este sentido, mientras mayor sea la participación del Estado en el control del mercado, es decir, en la captación de la plusvalía (dato social o general), mayor será la nacionalización. De todas maneras, es posible escribir que no toda vida económica en común tiene los mismos efectos. Se pueden estar haciendo en común los mismos actos

pastorales e incluso referidos a una tributación *central pero no comunicada*, sin que eso tenga un efecto de nacionalización en el sentido capitalista. Por otro lado, en una rotación sofisticada, es posible que ella se realice sin necesidad de un idioma común ni de una psicología común. El actual mercado mundial demuestra la eficacia de los nuevos *media* en materia de ampliación del mercado interno (porque nosotros somos *parte* del mercado interno norteamericano o alemán).

4

El momento económico de la formación nacional y su momento ideológico o cultural son paralelos y se fundan ambos en el contexto dado por el *momento constitutivo*. En primer lugar, a este compuesto causal no se le debe dar un contenido metafísico, porque es lógico que cada sociedad viva varios momentos constitutivos de diferente intensidad. Es explicable, por lo demás, que si consideramos a la nación y al Estado nacional de la manera en que ocurren dentro del modo de producción capitalista no en general, hablamos del momento constitutivo referido a esta fase.

Pues bien, el momento constitutivo característico en este sentido es el inglés. Allí la transformación de las presentaciones personales en tributo en especie, y de éste en rentas centenales, el drástico despoblamiento del campo causado por la peste negra, la revolución de los precios y la interaniquilación de la aristocracia en la Guerra de las Dos Rosas, causas todas sumadas a la homogeneidad lograda con base en la reacción antinormanda, todo ello configura un momento constitutivo característico. Las modalidades estructurales y superestructurales inglesas resultan del desenvolvimiento de esta trama, que concluye en el “licenciamiento de las huestes feudales”, es decir, en la descampesinización. No vamos a detenernos más en el caso inglés, pero vamos a opinar acerca de lo que significa la expropiación de los campesinos, o sea la construcción del “estado de separación” entre el productor agrario y el medio de producción.

Hasta aquí la cultura predominante es una de carácter agrícola, como todas las que anteceden al capitalismo, que es la primera cultura industrial y urbana. El feudalismo es una lógica de aldeas y de osificación de la relación entre el siervo de la gleba y el suelo. Pues bien, la descampesinización es la destrucción de la tradición de la aldea y la doble liberación, en el sentido de que se consagra la libertad jurídica del hombre desvinculado y la “libertad” respecto de la tierra o medio de producción o gleba. A esto se le llama la erección del “estado de separación” o extrañamiento.

Es la primera separación masiva entre el hombre y su medio de producción clásico, que es la tierra. Produce ello un estado de vacancia ideológica, es decir, un vacío en la representación del mundo. Hasta entonces, la cosmovisión había estado vinculada en cierto modo al sistema de las tres hojas. La pérdida de esa *Weltanschauung* produce un estado de disponibilidad colectiva que sólo es llenada por la lógica de la fábrica, que es sí una visión cultural. El modo cotidiano de la comarca (en el comer, en el vestir, en el hablar) es sustituido por la *hybris* de un modo colectivo. Es aquí donde se produce la nacionalización, es decir, la sustitución del carácter localista por el carácter nacional, y éste es el verdadero momento constitutivo. En el ejemplo inglés, coincide con la incapacidad de la aristocracia como dominación, la incapacidad hegemónica por parte de la burguesía y, en suma, por el conjunto de características de la formación económico-social inglesa actual, es decir, una base económica capitalista con una superestructura impregnada fuertemente por los resabios feudales. Lo decisivo de este momento se comprende: el ápice clasista de esa instancia estaba dado por el predominio de lo que evolucionaría como burguesía industrial. Pero si el momento constitutivo de la moderna España está dado por la Reconquista, era también inevitable una cultura señorial, con el predominio de los terratenientes y el capital comercial.

Se colige de esto que el momento originario del capitalismo en cada formación tiene una importancia extraordinaria. Eso en primer término, y en segundo, que la viabilidad del capitalismo es muy diferente según el término en que se haya constituido la

nación o su *ersatz* (el Estado multinacional es el *ersatz* de lo que no ha podido convertirse en nación). Esto mismo nos dice que no puede haber una teoría de la nación, de la misma manera que no puede hablarse de una teoría general de la formación económico-social, sino en términos muy restringidos; aquí hablamos de los términos en que cada formación se ha convertido en nación o no ha logrado hacerlo. Con todo, si el término “psicología común” va a reemplazar a toda la larga e inconclusa discusión sobre hegemonía, legitimidad e ideología, y si la mera elocución de la generalidad “vida económica común” reemplazará a la complicada relación entre el modo de producción y las formaciones económico-sociales, es evidente que estamos ante una simplificación, o más bien ante la pseudoconversión de un problema histórico específico en un lugar común. No obstante ello, de lo dicho anteriormente se advierte al menos que, desde el punto de vista metodológico, es incorrecto definir a la nación por el momento en que concluye, o sea por su paradigma; en cambio es fundamental el momento originario del proceso de lo nacional. A propósito de este movimiento, corresponde discutir (y lo apuntaremos al menos) la cuestión de las conversiones del sentido fundado por el momento originario, es decir, del tema de la revolución social como momento constitutivo de conversión.

Pues bien, el momento originario inglés estuvo dado por una enfermedad masiva y por el hecho sin duda circunstancial de la conquista de América y sus consecuencias financieras, a lo que debe sumarse el “antropocentrismo”, etc. Los occidentalistas deducen de esto que el Occidente era el único capaz de aglutinar esas circunstancias. Pero atribuir la existencia de un determinado Estado nacional inglés es una consecuencia de la peste negra, porque también hubo peste negra en países que no se transformaron en Inglaterra.

Por consiguiente, el momento constitutivo puede ser un hecho poderoso y temprano, como ocurre en las culturas llamadas *hidráulicas*, y puede basarse en el patrón ideológico dado por la reconquista (España), en la unidad de una lengua en dispersión (como en Alemania) o en un hecho político, que es lo caracterís-

tico de nuestro tiempo, como la revolución burguesa en Francia y la revolución socialista en la Unión Soviética.

5

Aunque de un modo un poco errático, interesan sin embargo algunas acotaciones específicas sobre la cuestión nacional. Estamos de acuerdo en que cuando hablamos de *nación* en el sentido actual, hablamos de una nación capitalista. Puede existir, con todo, un idioma común a toda una colectividad que pertenezca a un sistema económico previo. Para dar un ejemplo: todos los aymaras pertenecían en cuanto a su origen a una lengua que se había formado junto con el método de la agricultura andina, porque la fundación misma de la vida y la lengua son aquí coetáneas. Se trata, por tanto, en efecto, de una concepción del mundo. En este caso, lo que Tamayo llamaba la “resistencia y la persistencia” está diciendo que el idioma defiende al sistema ecológico junto al que existió, que son un todo único, idioma y sistema. Desde este punto de vista, sin duda la supervivencia de lo aymara no es una ventaja para la nueva nacionalización, sino un obstáculo. Pero un obstáculo en tanto es un proyecto para los aymaras hecho por los no aymaras, contrario a la forma de nacionalización que sirve al canon inglés o francés de nacionalización; pero la forma local debe estar dada por los hombres locales, y en efecto no es posible otra nacionalización efectiva que la formulación en términos democráticos. Desde este ángulo, la resistencia aymara no es una simple fosilización.

Con todo, es necesario tener cautela, de manera de no hablar del aymara como si fuera la expresión de un sistema floreciente de un modo actual. Una cosa, en efecto, es que la subsunción real parece evidente, y otra que el sistema de los pisos ecológicos haya demostrado su superioridad sobre la agricultura capitalista, lo cual al menos es improbable. Lo que sostenemos es que, aunque el aymara hubiera expresado alguna vez un modo productivo que está ahora en disolución, ahora es un soporte ideológico de la emergencia democrática de los aymaras y también un instru-

366

mento de la unificación del mercado, es decir, de la nacionalización. La concurrencia de la mayor parte de los actuales aymaras al mercado interno se basa no en la extensión del aymara en cuanto lengua, sino en su expansión. La verdadera lengua común para la concurrencia al mercado es el aymara. La ruptura del localismo ha consolidado la circulación del aymara en cuanto lengua. Así, mientras la castellanización obligatoria y excluyente era el programa único y general de todos los grupos criollo-mestizos, el bilingüismo espontáneo que acompaña a la revolución democrática informa *una proposición de masa*. La propalación de la producción mercantil simple amplía *al mismo tiempo* el uso del aymara y del castellano, y esta no incompatibilidad demuestra que la consigna monolingüe no tenía otra realidad que la del pensamiento “social-darwinista”, que imbuía incluso a las posiciones más avanzadas en la materia. No se ve qué pueda tener que hacer con esto la apología de Stalin, heredada de Kautsky, de una sola lengua por sí y para siempre como requisito transtemporal de la nación. Con esto no negamos en absoluto que en determinadas circunstancias el universo de la lengua determine el ámbito de la nación. No obstante ello, es claro que el requisito está en la articulación lingüística eficaz, o sea, la correspondencia entre el mercado y la comunicación no importa si se logra con una lengua o con dos. La nación como módulo hegemónico instalado por el momento constitutivo explota el medio idiomático que facilite la nacionalización, sea único o múltiple, e incluso puede formar lenguas nuevas sobre la base de las pre-nacionales, porque su objeto es la articulación y no el fetiche del monolingüismo.

6

Otra digresión acerca del concepto *vida económica en común*, siguiendo con el ejemplo andino: Murra ha dado argumentos persuasivos acerca de la relación que hay entre el sistema de subordinación ecológica y la emergencia del Estado en el mundo andino. Se podría decir que ésta es una forma despótica de nacionalización a partir del imperativo ecológico, porque allá no es

posible nada si no está organizado, y la organización autoritaria es la forma elemental del Estado. Pues la fórmula de Stalin es tan vaga que el producto de aquel acontecimiento civilizatorio llenaría todos los requisitos que se atribuye a la nación: trataríase de una comunidad estable, históricamente formada, de idioma, de territorio, de vida económica y de psicología-cultura. Pues bien, ¿es esto a lo que nos referimos cuando se discute acerca de la nación en Perú o Bolivia? Deberíamos hablar entonces de una suerte de segunda nacionalización, aunque forzando los términos. Los germanos eran también una comunidad históricamente formada de idioma, territorio, etc., cuando fueron penetrados por los romanos. Nos parece que *strito sensu* hay una validez particular del idioma, del territorio, de la ideología, que es propia del capitalismo y a la que debe referirse la definición de la nación como unidad característica del modo de producción capitalista, es decir, de una forma particular de articulación de vínculos que son propios del capitalismo.

Con todo, la domesticación del hábitat sigue siendo el acontecimiento más importante que ha ocurrido en el escenario andino, y es algo de un peso tan colosal que lo impregna todo. ¿Cuál será entonces la función de la “carga” orgánica que viene de ese pasado en cuanto a ideología, idioma, modos organizativos? La posición de los civilizadores ortodoxos es que nada de eso tiene una función presente, como no sea la de un resabio. Sin embargo, la historia de Inglaterra y casi todas las demás demuestran que no es necesario que los elementos de la capitalización deban ser a la vez necesariamente capitalistas. La monarquía es sin duda la forma del Estado nacional inglés, y el derecho romano viene del esclavismo, pero es la base de todo el derecho burgués. La reivindicación milenarista a la manera de movimiento katarista en Bolivia debe ser recogida por tanto en su contenido democrático y no en su incongruencia, con aparentes criterios de modernidad.

En todo caso, para ser honrados en el tratamiento del problema, es fútil creer que los problemas se solucionan por sí mismos. El resurgimiento de la fuerza social de la lengua aymara y la adquisición del castellano son ambos episodios de una revuel-

ta democrática. Sin embargo, en los términos contemporáneos necesitamos que el idioma sirva no sólo a la función elemental del mercado. Más importante que ello es que sea adecuado para el efecto de la subsunción real, es decir, de la incorporación del principio de racionalidad científica a las costumbres de la producción colectiva. La subsunción real significa, por cierto —si algo significa—, la ciencia como un acto de masa, es decir, la universalización de una visión nacional del mundo. La revolución democrática en este sentido es la puesta de la masa en aptitud de recibir a la ciencia. No todos los idiomas sirven para tal cosa.

Lo mismo puede decirse, *mutatis mutandis*, del territorio. En términos capitalistas, si hablamos de ello nos referimos a un territorio viable con relación al mercado mundial o al menos a la correlación política mundial, y respecto del propio mercado interno. En este sentido, profundamente dislocado por el capitalismo, una planicie fértil, aunque en apariencia puede parecer favorable al hecho nación, en realidad puede ser la causa de una desnacionalización, y en cambio territorios pobres e inhóspitos pueden sin embargo favorecer la conservación de elementos nacionalizadores.

En suma, en términos del modo de producción capitalista, la nación no es la suma de los elementos dados por Stalin, sino un óptimo entre ellos, óptimo signado por su función respecto al modo productivo, que es dado por el momento constitutivo, es decir, por el patrón hegemónico. Eso mismo significa la inserción del canon estatal en la nación.

7

¿Por qué se asigna a la descampesinización un significado casi equivalente al de nacionalización? Nos parece que aquí debe ponerse de relieve no tanto el rol de la descampesinización en cuanto formación del mercado interno, sino en su cualidad histórica. Hay en efecto un eje o asignación de la nacionalización y un *locus*. Si lo enfático en esto es el abandono o pérdida de la cultura de la aldea y el consiguiente vaciamiento o disponibilidad, entonces

la decisión de lo disponible, es decir, su nuevo reconocimiento, se da en torno al eje de la nacionalización. Quien ocupe el centro hegemónico del momento, o sea quien “interpele” a la nación, definirá su suerte por un largo período. Las consecuencias de este momento intenso son enormes. No es lo mismo que la descampesinización se produzca como diferenciación en el seno de un campesinado que ha impuesto la parcelización por la vía revolucionaria, que la construcción de la “separación” desde arriba, es decir, como expulsión de los campesinos, y aun se podría distinguir entre quién es el que expulsa: entre los terratenientes ingleses que contenían en sí la perspectiva de una burguesía industrial y los *junker* alemanes hay sin duda una diferencia. En todo caso, la sucesión de la derrota del movimiento campesino, el llamado *segundo feudalismo* y los *junker* definieron el momento constitutivo alemán de una manera reaccionaria.

De la misma manera, no podemos confundir entre las situaciones de países que en la práctica no han tenido historia campesina, la de aquellos cuya descampesinización es una consecuencia diferida de un movimiento armado triunfante, como México, o de la descampesinización inducida por la vía de la aplicación del excedente a ese objeto, es decir, descampesinización sin movilización campesina, como ocurriría ahora aparentemente en Venezuela. Aún más insólito es el caso de Puerto Rico, donde la descampesinización se hace debajo del poder colonial. A tal punto es fundamental la consigna de la autodeterminación en el momento constitutivo, que Puerto Rico podría en determinado momento, y quizá ahora mismo, reunir todas las características de la nación enunciadas por Stalin: ser una comunidad estable, históricamente formada, de idioma, territorio y de psicología-cultura y, sin embargo, no ser una nación. La soberanía, en efecto, es un requisito de la nación y no sólo su adjetivo. Por consiguiente, aunque se complementaran los elementos formales de la nacionalización, que son los únicos mencionados por Stalin, sin embargos el *ethos* central no estaría cumplido. La cuestión del *locus* del proceso descampesinización-nacionalización aparece también de un modo heteróclito en la Argentina, por cuanto el

“desprendimiento” de una gran parte de su población se efectuó en otro lugar; quizá ello explique por qué la sociedad argentina ha sido siempre más democrática que nacional.

En todo caso, el punto nodal nos parece el del “mito interpe-latorio” del momento constitutivo. Por ejemplo, si hablamos del episodio de 1952 en Bolivia veremos que el núcleo de la situación estaba dado por el movimiento de masas campesino, o sea por su acto de reconocimiento o reconstrucción del pacto, y no por el reparto de las tierras, que es un acto administrativo cuyas conse-cuencias hacia el mercado interno serán lentas. Esto significa que la memoria clásica y los símbolos de lo indio, que provienen sin duda de la formación social prehispánica y de hechos semejantes de identificación (como Katari y la Guerra Federal), tienen una función capital. Este reconocimiento se funda en una acepta-ción mítica, pero no es distinta la función del protestantismo en Alemania o del aislamiento en el Irán actual. Por el contrario, se diría que no hay un solo caso de instalación del capitalismo que no apele a mitos interpe-latorios precapitalistas.

NOTAS SOBRE FASCISMO, DICTADURA Y COYUNTURA DE DISOLUCIÓN¹

I

La distinción, que es ahora clásica, entre tipo de Estado y formas de Estado o formas de gobierno se dirigía, a nuestro modo de ver, a diferenciar entre los aspectos de necesidad que determinan la superestructura con relación al modelo de regularidad del modo de producción capitalista y sus aspectos de ocasionalidad, o sea de autonomía de la superestructura, los momentos en los que la agregación superestructural se autodetermina con independencia. Es en este sentido que se puede decir que la superestructura expresa el movimiento de la historia y su diversidad, en tanto que la base económica, ahora reducida a su núcleo de repetición, se refiere a las constantes y a la unidad del capitalismo como tal. Puede afirmarse, por tanto, que el fascismo es una forma anómala que se produce dentro del tipo de Estado capitalista.

Fue Hilferding quien definió el fascismo como un intento de organizar, en forma totalitaria, el conjunto de la vida social de acuerdo a los intereses del capital monopólico. Pero es además un fruto característico de los países que han llegado tarde a la con-

¹ Texto extraído de *Revista Mexicana de Sociología*, año XLI, N° 1, México, 1979, pp. 75-85.

formación de los datos de base de un proceso capitalista y que, como consecuencia de tal rezagamiento, no se instalan con solidez y soltura en lo que se puede llamar la normalidad del Estado capitalista, que es la democracia burguesa. Lo decisivo, a nuestro modo de ver, está en la proximidad que hay entre la resolución tardía de la cuestión nacional y la precoz aparición del capital financiero, hecho que tiene también su causa en lo anterior. La cartelización, por ejemplo, fue la respuesta al atraso empresarial alemán. En último término, es también la consecuencia lógica del carácter reaccionario con que se realizaron las tareas burguesas que no pudieron cumplirse de un modo democrático en la revolución alemana de 1848. Para entonces, Weber había escrito que la “unificación alemana no sería sino una niñería si viniese a ser un punto final y no el punto de partida de una política de poderío mundial”. País que llega tarde a su propia unidad, tenía que ser también un país tardío en su acceso al reparto del mundo, y era natural en esas condiciones que la idolización del Estado se convirtiera en un dogma posible para las masas, considerando que allí estaban también adorando a su propia unidad nacional.

Aunque vamos a volver varias veces sobre este aspecto, que es relevante de manera particular para el análisis de la coyuntura presente en América Latina, por lo pronto basta con afirmar que el imperialismo alemán fue la prosecución de la manera que tuvo que ocurrir la unidad alemana, que el militarismo fue allá la aplicación del poder del Estado a un mundo ya repartido, cerrado para Alemania (“los alemanes —decía Hans Grimm— son un pueblo sin espacio”) y que el movimiento fascista de masas jamás habría sido posible si la cuestión nacional se hubiese resuelto en términos democrático-burgueses y no bismarckianos.

II

No es una casualidad que la democracia burguesa, aun en la manera limitada en que fue aplicada, diera lugar allí a un gran ascenso de la clase obrera. Esto es resultado del carácter tardío de la construcción del escenario del capitalismo alemán, es decir,

de su Estado nacional. ¿Qué es en efecto la “vía *junker*”? Es la reconstrucción de la clase dominante desde el Estado; es el poder del Estado el que convierte a una clase en otra sin alterar el corpus de la dominación, no de modo espontáneo sino de modo consciente. La burguesía resulta así una clase construida por el Estado y no una clase que construye un Estado; por consiguiente, una burguesía que no concibe su vida fuera del acto estatal, o sea, como dice Hilferding, aparece aquí que “en lugar de la lógica liberal del encogimiento del Estado tuvo que apelar a la expansión del Estado como vehículo de desarrollo, en lugar de la importancia del Estado pequeño, la supremacía del Estado unitario”. Esto significa que el carácter tardío del Estado Nacional alemán impidió la instalación de “mediaciones naturales” en la relación entre la sociedad civil y el Estado. Esto es lo que explica la tendencia al rebasamiento de la democracia burguesa, cuando ella fue permitida, que es lo que hizo pensar a Engels en cierto momento que “la época de las barricadas había terminado”. Pero es también evidente que la suma de la derrota militar y la debacle económica producen una crisis nacional general que, a los ojos de una burguesía conservadora (que había recibido el cumplimiento de sus fines de una manera contrarrevolucionaria), era el acoso final de la propia democracia burguesa al Estado burgués, el intento de jaque mate de la clase obrera a la forma democrática de dominación burguesa. La aplicación del *continuum* dispersión-autoritarismo, que es propio de los sectores pequeñoburgueses y de los intermedios en general, dio aquí el fundamento para que se pudiera postular, como algo invencible, esa forma de emergencia o excepción del Estado capitalista que es el fascismo.

El fascismo es pues algo ligado al mismo tiempo a las necesidades de la concentración del capital y a la suerte ideológica que corran los grupos intermedios, que son, tanto para el proletariado como para la burguesía, “el lugar social” donde se construyó la mayoría nacional, es decir, la cualidad mayoritaria sin la cual es impensable la resolución proletaria de la crisis general. El desarrollo cualitativo y cuantitativo de la clase obrera, en efecto, ocurre explotando las condiciones que le proporciona la demo-

cracia burguesa y, en general, es razonable decir que es difícil que una clase obrera se organice —entendiendo por ello el paso de sus organizaciones elementales, como el sindicato, hasta la constitución de los partidos obreros y de los propios órganos de poder del proletariado, al margen de la democracia burguesa. Si es verdad que la declaración de que no es un interés del socialismo el desarrollo de la democracia burguesa o suponer que se puede organizar a una clase, que es a la vez parte fundamental de la sociedad burguesa y su mayor antagonista, colocándose al margen de la forma en que la política ocurre dentro de esa sociedad, fuera de su *élan* superestructural, es decir, colocándose fuera de la democracia burguesa. Esto es casi tan absurdo como transformar la explotación de la democracia burguesa en una adoración de la democracia burguesa como un fin. La democracia burguesa es un factor favorable a la clase obrera, pero sigue siendo, por supuesto, la democracia de otra clase social y no la democracia proletaria. Pero la organización de la propia clase es, de hecho, la desorganización política de su contrario y, como la burguesía, por ser una clase minoritaria en su carácter, no puede sustentar su poder sino en la mediación —consenso o hegemonía—, legitimación sobre los sectores intermedios y la clase obrera de conciencia no proletaria, la ruptura de esa alianza se vuelve una necesidad esencial para el proletariado. Un importante ascenso obrero que, de hecho, a cada momento, está proponiendo formas espontáneas o conscientes de poder, no puede ocurrir sin causar un gran desasosiego (su mera existencia es la prueba de que la burguesía no es más la clave universal) entre los sectores que, bajo el impacto de la ideología estatal burguesa, piensan en el orden de la burguesía como el único orden concebible, en la ley burguesa como la única ley. Ahora bien ¿a quién impacta primero dicho aparato ideológico? Al que no tiene condiciones objetivas para elaborar una contraideología, o sea, en lo típico, a la pequeña burguesía. El pequeñoburgués configura su autorrepresentación como un futuro burgués, se siente un burgués que no ha crecido todavía; la provisionalidad está en su carácter. Sólo una crisis en la que se combinen a la vez los factores económicos con los políticos, es

decir, una crisis general de autoridad o falla universal del canon estatal, lo que se llama *crisis nacional general*, se traduce al mismo tiempo en una crisis de la eficacia de la ideología burguesa estatal. Entonces los sectores intermedios tienen una instancia de opción, una independencia ocasional o arbitrio libre: ya no el mito instalado e indiscutible del orden burgués sino cierta súbita conciencia de su explotación y postergación, es decir, la perspectiva del orden proletario en el que no tienen nada por perder y sí mucho por ganar. Entonces puede la clase obrera hacer su propia alianza con la pequeña burguesía, convertirse en mayoría de efecto estatal y adquirir el poder. Fue la conquista del campesinado y la neutralización de la pequeña burguesía urbana lo que permitió una explotación proletaria de la crisis nacional rusa.

Lo que ocurre cuando el partido obrero no es portador de un verdadero espíritu estatal, cuando no es capaz de proponer un programa de la clase obrera para toda la nación y no sólo para sí misma, si no es capaz de conquistar para ese programa a los asalariados no productivos y a la pequeña burguesía en lugar de que lo haga la burguesía, es que la crisis estatal dispersa a la democracia burguesa, pero no en favor del poder proletario sino con la forma de una guerra civil abierta contra la clase obrera; en ese caso, los sectores pequeñoburgueses, que irradian como constante su modalidad oscilatoria sobre todos los grupos intermedios y sobre el propio lumpen, anhelan no la democracia sino la autoridad, la certidumbre de una verticalidad autoritaria en lugar de la incertidumbre de la democracia burguesa. Se convierte en una clase partidaria de la autoridad absoluta y esto mismo, como se sabe, tiene que ver con sus reflejos clasistas esenciales. El Estado, a sus ojos, es el portador de la nación; la clase obrera, de la disolución de la nación. Es por esta vía que el proyecto fascista adquiere su soporte necesario de clase. Ahora, la propia clase obrera se divide y sus propios sectores atrasados resultan receptivos, puesto que son pequeñoburgueses en su mentalidad, a la convocatoria ideológica del fascismo. Es una guerra civil abierta contra la clase obrera, pero una guerra civil librada por una práctica terrorista que se ejerce desde un movimiento reaccionario de masas.

III

Con todo, luego de este recuento de las características globales del fascismo, antes de entrar a considerar hasta qué punto este modelo es válido o no para las situaciones autoritarias que se viven en América Latina, nos parece que es necesario detenerse un momento en la cuestión de la dictadura como tal, y no sólo fascista, dentro del capitalismo. En realidad es un tema poco debatido aunque se supone que debió ser la base de la teoría del Estado en América Latina. La dictadura es el carácter del Estado. No sólo un incidente de concentración del recurso estatal sino un elemento constitutivo del Estado como tal. No significa ello otra cosa que el límite de todo poder político que alcance densidad estatal es siempre su causa final, es decir, su naturaleza de clase. El propio fenómeno revolucionario no es sino la sustitución de un tipo de dictadura por otro. Sobra decir que donde no haya más necesidad de dictadura, tampoco sobrevivirá la necesidad del Estado. Con todo, esto que se reconoce de una manera más bien general en el plano de la teoría política, no es suficiente, ni mucho menos, para explicar otras connotaciones mucho más inmediatas del asunto. Donde hay clases, habrá dictadura. La dictadura es la forma de manifestarse de la organización de una sociedad con clase. Pero las clases mismas no son algo inmediatamente evitable. Por el contrario, del modo más claro aquí en América Latina, nos encontramos con contradicciones que no se resuelven en la mera lucha entre los opresores y los oprimidos; a veces, es ya el desacuerdo entre todo el esquema de clases que pertenecen a un régimen productivo más avanzado y esquemas rezagados de clases que impiden o desfiguran el pleno desarrollo, el florecimiento de aquella contradicción. En todo caso, la dictadura es inevitable; pero esto puede manifestarse de una manera propiamente dictatorial o de una manera democrática, con todos los grados que la realidad impone a una cosa o a la otra. Hay en ello lo que puede llamarse la diferencia entre el carácter del Estado y su modo de revelarse. Ahora bien, se nos ocurre que prestar poca atención a la diferencia que se da entre el Estado como esencia y el Estado

como práctica o aparición es ya un grave error, es cierto que cada vez menos frecuente. Pero lo es aún más, acarreado consecuencias nefastas, el no distinguir (esto tiene una importancia ya estructural) entre una u otra manera que adquiera la práctica estatal; para decirlo en otros términos, el grado de democracia con que se ejerza la dictadura. Los oprimidos que no aprenden a discriminar entre un momento u otro de la clase dominante tampoco tienen los elementos para distinguir sus propios momentos. La organización misma, hablemos de la sociedad civil como conjunto o de la clase como particularidad, se refiere a los márgenes que admite la dominación; la clase oprimida se organiza explotando los momentos de la clase opresora. La dictadura, a su turno, no puede hacer sino aquello que es admitido por la sociedad civil. Razonamientos por cierto que serían sibilinos si no fueran aplicables al carácter actual de la dictadura latinoamericana, si es que puede hablarse de tal cosa como una unidad.

Al nivel más izquierdista, o sea, ahora, como una desviación, la confusión entre el momento esencial del Estado y su modo de aparecer o su práctica debe conducir a una idea que no puede decir otra cosa que el Estado es dictadura y que, por tanto es indiferente que aparezca como una forma dictatorial o no, porque, en último término será siempre dictatorial. Esto es algo que casi no merece discutirse porque supone que, al ser el Estado violencia organizada, sólo la violencia puede contradecirlo con éxito. Demás está decir que la violencia en cuanto tal es en los flujos sociales la conclusión de un proceso de no violencia, o sea que la violencia no puede entenderse sólo en la medida del acto violento. Es violencia, en efecto, pero una violencia que no tiene viabilidad sino en la medida en que corresponde al nivel de hegemonía de la clase que contiene, lo cual significa que la verdadera eficacia de la violencia radica en la instancia de la dominación ideológica. Se desprenden de aquí ciertas preguntas que podemos hacernos acerca de las actuales dictaduras, sea que hablemos de Chile o del Brasil, del Uruguay o de Bolivia. La forma dictatorial, por cierto, está lejos de ser la superestructura más favorable para el desarrollo del capitalismo. Es más bien la consecuencia de algunas urgencias

coyunturales, restringidas o anómalas del capitalismo. Responde o al atraso de una clase dominante, que no es capaz de racionalizar una relación de poder correspondiente al modo de apropiación del excedente, o a la falta de unidad del bloque dominante, o a la necesidad de acelerar el proceso de acumulación en un sentido determinado, o a un *pathos* de salvación del capitalismo ya acosado. En ninguno de estos casos, empero, es aceptable la idea de la dictadura como conspiración; si un complot es posible, sólo lo es en la medida en que la sociedad está invertebrada; la llamamos *sociedad*, pero en realidad es un agregado de unidades sin articulación. Donde hay articulación, la mayoría puede no participar en la formación del poder, pero debe, al menos, recibirlo.

Con esto no queremos sostener sino que las dictaduras, fascistas o no (habría ocasión de ver la especie), si responden a una ilación causal objetiva, no pueden sobrevivir sino fundándose en soportes objetivos, y su duración depende, a su turno, de la extensión de esa objetividad. Detener el análisis en el plano de una inculpación moral o como mera denuncia democrática no enseña sino una parte del asunto, porque la crueldad del titular del poder no es sino el tono de la necesidad de la crueldad o concentración represiva de la fase estatal. Pero lo que interesa en último término, para no vivir como propaganda lo que se debe vivir como pensamiento y como organización, es demostrar la viabilidad o inviabilidad de esos episodios de la superestructura.

En esto, como en todo lo demás, en el capitalismo las cosas se presentan travestidas. No aparecen como lo que son sino que se encubren de tal suerte que no podemos conocerlas en su realidad sino cuando las trasladamos a sus contenidos globales. Esto es algo también característico: lo mismo que no se puede entender qué es un proletariado o qué es un capitalista sino como obrero colectivo o como capitalista colectivo, o sea en lo que tienen de ser social y no de ser individual, así también en los demás conceptos propios de este régimen productivo. Es una presentación insidiosa de cada uno de ellos: el valor se muestra (aparece) como precio, la plusvalía como ganancia y también, para lo que interesa en el caso, la dictadura como democracia. Que las cosas avancen

encubiertas no significa, empero, que esa cobertura deje de tener su propia función y su eficacia específica. El precio, por ejemplo, no es el valor, pero manifiesta el valor y por lo demás el valor mismo no podría realizarse al margen de la existencia de los precios, es decir, del mercado. Sin lo que se llama la *ganancia media* no se podría hacer el cálculo, desde el punto de vista del capitalismo, aunque sea el concepto de *plusvalía* la clave no sólo de la ganancia, sino de la producción capitalista como tal. En el mismo sentido, lo que interesa dentro del razonamiento general de la dictadura latinoamericana es ver cuál es el papel de la democracia con relación a esta formación social. La superestructura política sirve para asegurar por medios extraeconómicos, ideológicos o represivos la reproducción del sistema en lo que no esté asegurado por la vía de sus nexos económicos, pero es un rasgo fundamental de este modo de producción el que su reproducción característica sea la reproducción ampliada, o sea la acumulación. Aquí, si la reproducción simple existe, es sólo como anomalía del funcionamiento del régimen productivo o como un corte que se hace a la realidad como fines de conocimiento. Pues bien, esto hace una diferencia considerable con los modos de producción anteriores a ellos, con aquellos en los que el modo de ratificarse del modo productivo era, en lo esencial, la reproducción simple. Con todo, si es obligatoria aquí la ampliación constante de la base económica, es obvio que la correspondencia entre ésta y la superestructura, que es la ley fundamental de la sociedad, contiene grandes dificultades. El momento superestructural tiende de continuo a quedar rezagado. Es por eso que se dice que la supervivencia es conservadora y que, en cambio, las fuerzas productivas tienden a no serlo. Todo derecho o todo ejército son conservadores. El Estado mismo lo es, porque está hecho para garantizar la supervivencia de las de las cosas tal como son. Es aquí donde uno encuentra la explicación para ciertas aseveraciones, como la que advierte que la superestructura ideal del capitalismo es la democracia burguesa. Democracia para los individuos, como vimos, aunque dictadura, en forma y sustancia, para las clases sociales. Pero lo que tiene de democracia es lo que expresa no la simple

dominación de la burguesía, sino la correlación de fuerzas entre las clases que encierra dicha dominación; tanto eso, por cierto, como la distribución de la dominación entre unas fracciones y otras de la clase dominante. Por consiguiente, *el movimiento de la superestructura a que da lugar el funcionamiento de la democracia burguesa permite a la sociedad capitalista acomodar las alternativas de su culminación superestructural a las determinaciones que vienen desde la base económica*. Una superestructura inmóvil podía ser pertinente a la reproducción simple de los regímenes productivos precapitalistas, la movilidad de la superestructura es aquí, en cambio, una condición para que la política no niegue a la economía. La dictadura, fascista o no, rompe tal mecanismo del reajuste. De alguna manera, el poder pasa ser ciego, en lugar de moverse según la lectura de las determinaciones de la sociedad. Todas las contradicciones entre explotadores y explotados, considerados como conjuntos sociales, o las que ocurren en el sector de la clase dominante, se esconden, se intercomunican y se agregan porque no pueden manifestarse sino de una manera tortuosa. Es la revelación misma de la sociedad la que se interrumpe, y por eso se compone de un poder compacto en apariencia, en realidad más vulnerable que cualquier otra.

IV

Lo fundamental, a nuestro modo de ver, si ahora retomamos la cuestión del fascismo, es distinguir entre el fascismo como proyecto o proposición social, del fascismo como movimiento de masas y el fascismo como estructura de poder. Todas las anteriores digresiones acerca de la dictadura en general resultan válidas para las dictaduras latinoamericanas. Pero las presentes son sin duda dictaduras inspiradas en un proyecto fascista. Debemos conceder sin duda que, en determinadas circunstancias, sobre todo en las que acompañan al proceso de la acumulación originario, puede ser una necesidad de la clase apelar a la dictadura. Pero, aquí debido a la interacción entre la ideología burguesa ya dominante del capitalismo como voluntad de la mayoría (la ideología burguesa

es en este momento también la ideología de los oprimidos) y no sólo de la burguesía, no se trata sino de realizar algo que existe en lo previo en las masas, pero con medios que van más allá de la legalidad vigente. Éste sería el caso del peronismo o del varguismo o del MNR en el período del 1952-1956 en Bolivia. Pero en el caso de las dictaduras actuales se configura una situación en la que el proyecto de quienes detentan el aparato del Estado no se funda en un movimiento de masas y, por consiguiente, no compone una estructura fascista de poder. Esto tiene su origen, a nuestro modo de ver, en la proposición extrínseca que tiene ese proyecto. Extrínseca no en el sentido de la formación misma de los regímenes sino en su capacidad de reordenarse en la sociedad en su conjunto, con las motivaciones de un movimiento de masas dispuesto a proseguir de un modo reaccionario la convocatoria —no reaccionaria por sí misma— de la cuestión nacional no resuelta. Es verdad, sin duda, que la cuestión nacional no está concluida en los países de América Latina, pero no lo está precisamente por la presencia imperialista. Por tanto, las masas no pueden plantear el tema en la política sino bajo la forma de movimientos de liberación nacional. En esas condiciones, el enlazamiento entre el capital monopólico y la cuestión nacional no puede producirse, y ésta es la razón por la cual ninguno de los proyectos fascistas emitidos desde el poder ha podido manifestarse como movimiento de masas, y por consiguiente, tampoco como estructura de poder. Han sido proyectos que no han obtenido legitimación ideológica a nivel de las masas.

Determinaciones de la fusión entre la cuestión nacional y el capital monopólico dieron al fascismo en su modelo pleno una eficacia trágica. Es eso lo que hizo a Badiou afirmar que el fascismo debía ser derrotado antes de su acceso al poder, pues, una vez instalado en él, era imposible detenerlo. Ello daba sin duda lugar a una alienación general en la ideología y a un desbaratamiento orgánico completo de la clase obrera, a la que se le destruía toda su memoria clasista.

En la evaluación del modelo sin duda tiene una importancia no omitible la fase de su construcción y la de su constitución como

proyecto de poder. Ahora estamos, empero, en condiciones de plantearnos la coyuntura de disolución del modelo en la forma en que ha existido, es decir, en su perspectiva empírica y no en su reducción al modelo teórico. En este orden de cosas, nos parece que lo fundamental de las dictaduras autoritarias de proyecto fascista que están en el poder en la zona consiste en el estrangulamiento de las mediaciones estatales que permitieron la existencia de un grado u otro de democracias burguesas en estos países. Si la falta de capacidad de expansión de los proyectos fascistas ha ocasionado que la sociedad civil no pueda ser reorganizada con éxito en torno a las necesidades del capital monopólico, en consecuencia del *décalage* que se da en la superestructura política y las determinaciones de la base social nacional no puede sino dar lugar a una expresión de ruptura: la agregación de determinaciones no resueltas se revelará en la política sin mediaciones hasta configurar un corte de conflicto no estructurable. Todos los elementos de juicio disponibles permiten hacer la previsión de que la zona vivirá crisis estatales de vasto alcance. El que esas crisis estatales se extiendan hasta dar lugar a crisis nacionales generales o situaciones revolucionarias depende, como es natural, de otras circunstancias adicionales. Pero si lo fundamental de la situación revolucionaria consiste en la imposibilidad del poder estatal de conocer la envergadura ni la dirección de las determinaciones de la sociedad civil, en la inoperancia factual de las mediaciones, dando lugar a un ancho campo para la iniciativa de las masas, que ahora son masas no mediadas, sin duda la disolución previsible del actual estatuto estatal tiende a originar ese tipo de situación.

BIBLIOGRAFÍA Y HEMEROGRAFÍA DE RENÉ ZAVALA

I. LIBROS

- 1959 *El asalto porista*, La Paz.
- 1963 *Estado nacional o pueblo de pastores*, La Paz.
- 1964 *La revolución boliviana y la cuestión del poder*, La Paz, Dirección Nacional de Informaciones.
- 1967 *La formación de la conciencia nacional*, Montevideo, Marcha.
- 1974 *El poder dual*, México, Siglo XXI.
- 1983 *Bolivia hoy*, México, Siglo XXI.
- 1983 *Las masas en noviembre*, La Paz, Juventud.
- 1986 *Lo nacional popular en Bolivia*, México, Siglo XXI.
- 1986 *Escritos sociológicos y políticos*, Cochabamba, Taller de Estudios René Zavaleta Mercado.
- 1988 *Clases sociales y conocimiento*, La Paz-Cochabamba, Los Amigos del Libro.
- 1989 *El Estado en América Latina*, La Paz, Los Amigos del Libro.
- 1992 *50 años de historia*, La Paz, Los Amigos del Libro.
- 1995 *La caída del MNR y la conjuración de noviembre*, Cochabamba, Los Amigos del Libro.

II. ENSAYOS EN LIBROS Y REVISTAS

- 1962 “Notas para una historia natural de Bolivia”, en *Arte IV*, La Paz.
- 1968 “Gas, promesa económica o riesgo para la independencia”, en *Foro Nacional sobre el Petróleo y el Gas*, Cochabamba, UMSS.
- 1970 “Recordación y apología de Sergio Almaraz”, en Sergio Almaraz, *Réquiem para una república*, Marcha, Montevideo.
- 1974 “Movimiento obrero y ciencia social”, en *Historia y Sociedad*, N° 3, México.
- 1975 “Clase y conocimiento”, en *Historia y Sociedad*, N° 7, México.
- 1976 “Las luchas antiimperialistas en América Latina”, en *Revista Mexicana de Sociología*, año XXXVII, N° 1, México.
- 1976 “El fascismo y la América Latina”, en *El fascismo en América Latina*, México, Nueva Política, N° 1.
- 1976 “La burguesía incompleta”, en *Problemas del desarrollo*, México, UNAM.
- 1977 “Consideraciones generales sobre la historia de Bolivia”, en *América Latina: historia de medio siglo*, México, Siglo XXI.
- 1978 “El proletariado minero en Bolivia”, en *Revista Mexicana de Sociología*, año XL, vol. XL, N° 2, México.
- 1978 “Las formaciones aparentes en Marx”, en *Historia y Sociedad*, N° 18, México.
- 1979 “Notas sobre el fascismo, dictadura y coyuntura de disolución”, en *Revista Mexicana de Sociología*, año XLI, N° 1, México.
- 1979 “La fuerza de la masa”, en *Cuadernos de Marcha*, México.
- 1981 “Bolivia: algunos problemas acerca de la democracia, el movimiento popular y la crisis revolucionaria”, en *América Latina 80: democracia y movimiento popular*, Lima, DESCO.
- 1981 “Editorial”, en *Bases*, N° 1, México.
- 1981 “El largo viaje de Arze a Bánzer”, en *Bases*, N° 1, México.
- 1981 “Cuatro conceptos de la democracia”, en *Bases*, N° 1, México.

- 1982 “Problemas de la determinación dependiente y la forma primordial”, en *América Latina: desarrollo y perspectivas democráticas*, San José de Costa Rica, FLACSO.
- 1982 “Cuatro conceptos de democracia”, en *Dialéctica*, N° 12, México.
- 1982 Respuesta a la encuesta sobre la revolución del 52 hecha por la revista *Historia Boliviana*, N° 11/22, Cochabamba.
- 1983 “El antropocentrismo en la formación de la ideología socialista”, en *Dialéctica*, N° 13, México.
- 1983 “Notas sobre la cuestión nacional en América Latina”, en *Teoría y política en América Latina*, México, CIDE.
- 1983 “Notas sobre la cuestión nacional en Bolivia”, en *La unidad nacional en América Latina*, México, El Colegio de México.
- 1983 “Las masas en noviembre”, en *Bolivia Hoy*.
- 1983 “Forma clase y forma multitud en el proletariado minero en Bolivia”, en *Bolivia Hoy*.
- 1983 “Ni piedra filosofal ni *summa* feliz”, en *Así Es*, México.
- 1984 “El Estado en América Latina”, en *Ensayos 1*, México, UNA.
- 1984 “Problemas de la cultura, la clase obrera y los intelectuales”, en *Cultura y creación intelectual en América Latina*, México, UNAM-Siglo XXI.
- 1984 “La reforma del Estado en la Bolivia postdictatorial”, en *Cuadernos de Marcha*, N° 26, México.

III. ARTÍCULOS DE PRENSA

A. VARIOS MEDIOS, 1954-1971

- 1954 “Los ciclos históricos y la aptitud creadora del individuo”. Reeditado en *Presencia*, 2 de febrero de 1957, La Paz.
- 1954 “El porvenir de América y su papel en la elaboración de una nueva humanidad”, 4 de abril, La Paz.
- 1955 “Enfermedad y sino del señor Goliadkin”, en *Kbana*, N° 9-10, La Paz.
- 1955 “Piedras para una cruz de leña”, en *Kbana*, N° 11-12, La Paz.
- 1955 “Encuentro”, en *Kbana*, N° 13-14, La Paz.

- 1956 “Esbozo de Laxness, Premio Nobel de Literatura”, en *Última Hora*, 30 de diciembre, La Paz.
- 1956 “Las realizaciones de la poesía joven en Bolivia”, en *El País*, 14 de octubre, Montevideo.
- 1971 “Montenegro viviente”, en *El Diario*, 7 de marzo, La Paz.

B. PERIÓDICO MARCHA, MONTEVIDEO

- 1956 “Augusto Céspedes y una historia chola”, 7 de diciembre.
- 1957 “Cinco años de revolución en Bolivia”, 26 de abril.
- 1961 “La historia de un birloputuco”, 14 de mayo.
- 1961 “Crónica para una bomba de 50 megatones”, 1 de diciembre.
- 1963 “Los mitos ávidos de sangre de mestizos”, 25 de enero.
- 1965 “Los orígenes del derrumbe”, 22 de enero.
- 1965 “El derrocamiento de Paz”, 29 de enero.
- 1965 “Vecinos que se hacen socios”, 19 de febrero.
- 1965 “Demolición de la doctrina Hallstein”, 26 de marzo.
- 1965 “La vuelta de Melgarejo”, 21 de mayo.
- 1965 “Los fracasos del terror”, 28 de mayo.
- 1965 “Repetición de una negra historia”, 11 de junio.
- 1965 “La cólera de los mineros”, 1 de octubre.
- 1965 “La amenaza de los gorilas”, 29 de octubre.

C. PERIÓDICO LA NACIÓN, LA PAZ, 1957-1959

- 1957 “La explotación del petróleo”, 11 de enero.
- 1958 “Imposibilidades de alto nivel”, 25 de junio.
- 1959 “Los fusilamientos o la impunidad sistemática”, 31 de enero.
- 1959 “Trosko-comunistas buscan repetir en Colquiri la hazaña de Huanuni”, 4 de febrero.
- 1959 “Nuevos absurdos de tipo esclerótico plantea la ‘pacificación’ de Canelas”, 13 de febrero.
- 1959 “Características políticas del levantamiento de ayer”, 20 de abril.
- 1959 “Recrudescimiento falanjoide de ochocentista cursilería”, 9 de septiembre.

- 1959 “Los acuerdos de Roboré y los rasgos de un estancamiento”, 18 de septiembre.
- 1959 “Democristianos y falangistas piden desconocimiento de las mayorías”, 23 de septiembre.
- 1959 “Coronel retirado que se pone pesado como adalid de una libertad en que no cree”, 3 de octubre.
- 1959 “El insolente apoliticismo del colegio de abogados empieza combatiendo al MNR”, 6 de octubre.
- 1959 “Delincuencia y esquizofrenia ofenden la jerarquía católica”, 22 de octubre.
- 1959 “Entre gallos y medianoche sorteó a sus colegas ausentes la mayoría izquierdista del Senado”, 13 de noviembre.
- 1959 “Dogmas y paradojas que anulan a la ayuda norteamericana”, 15 de noviembre.
- 1959 “Los campesinos de Achacachi no deben traicionar a su revolución”, 19 de noviembre.
- 1959 “Abrazo fraterno a Toribio Salas decide que Achacachi es una taza de leche”, 24 de noviembre.
- 1959 “El sabotaje extremista atenta contra la salud de los mineros en Siglo XX”, 26 de noviembre.
- 1959 “Insolencia y estupidez del comunismo ferroviario de Uyuni amenaza a La Paz”, 28 de noviembre.
- 1959 “Procuran el impasse desde el principio extremistas del ampliado minero de Oruro”, 29 de noviembre.

D. PERIÓDICO EL DÍA, MÉXICO, 1965-1966

- 1965 “Frustraciones de un eclecticismo”, 27 de julio.
- 1965 “Argentina en el fin de los ‘mil días’”, 18 de agosto.
- 1965 “Ideología y retórica del golpe”, 18 de agosto.
- 1965 “El panteón ético de Ilía”, 19 de agosto.
- 1965 “Desensillar hasta que aclare”, 20 de agosto.
- 1965 “La salvación por la teología”, 21 de agosto.
- 1965 “¿Hasta cuándo durará?”, 24 de agosto.
- 1965 “Los geopolíticos en el poder”, 25 de agosto.
- 1965 “La envidia entre los cipayos argentinos”, 27 de agosto.

- 1965 “Los aviones QV-10C sobre Argentina”, 28 de agosto.
 1965 “La suerte de los ineligibles”, 28 de agosto.
 1965 “El mejor enemigo”, 7 de septiembre.
 1965 “Los nepotes y los muertos”, 13 de septiembre.
 1965 “El rostro de las cosas”, 14 de septiembre.
 1965 “La incompetencia de Onganía”, 19 de septiembre.
 1965 “Los puritanos y los astutos”, 21 de septiembre.
 1965 “Los defectos de la polarización”, 23 de septiembre.
 1965 “Las dos caras de la violencia más brutal”, 25 de septiembre.
 1965 “El prevaricato, el solecismo y el gorila”, 7 de octubre.
 1965 “Muerte de los mineros de Catavi”, 8 de octubre.
 1965 “Los convenios existen”, 9 de octubre.
 1965 “Guerra de los primos medievales”, 21 de octubre.
 1965 “El mito del eterno retorno”, 28 de octubre.
 1965 “Latinoamericanización de una obra maestra”, 2 de noviembre.
 1965 “Aventuras de la coexistencia”, 3 de noviembre.
 1965 “El sueño americano”, 18 de diciembre.
 1966 “Barrientos: realmente parece un norteamericano”, 15 de enero.
 1966 “La legalidad en el alma”, 17 de enero.
 1966 “Un fin temporal del general Onganía”, 4 de febrero.
 1966 “Rebeldías de la *intelligentsia*”, 9 de febrero.
 1966 “Desgarramiento de los eclécticos”, 7 de abril.
 1966 “El golpe no existe”, 11 de mayo.
 1966 “La guerra en las entrañas”, 19 de mayo.
 1966 “Los muertos de abril”, 25 de mayo.
 s.f. “Por qué se ocupó el Brasil”

E. PERIÓDICO EL EXCELSIOR, MÉXICO, 1975-1976

- 1974 “De Chile a Chipre”, 11 de septiembre.
 1974 “Sobre idiotas y ratones”, 25 de septiembre.
 1974 “Chile y Perú: los motivos militares”, 8 de octubre.
 1974 “Inglaterra y Bolivia: paradojas del atraso”, 22 de octubre.
 1974 “Militares y campesinos: crisis en Bolivia”, 6 de noviembre.

- 1974 “Juegos de Bánzer: el nuevo orden”, 19 de noviembre.
 1974 “El fascismo en Chile: la provocación inminente”, 3 de diciembre.
 1975 “EE.UU.-América Latina: esta larga inmadurez”, 14 de enero.
 1981 “Cuba: el arribo de la incongruencia”, 23 de febrero.
 1981 “El largo viaje de Arze a Bánzer”, 9 de marzo.
 1984 “A 10 años de la muerte del Che”, 31 de diciembre.

G. ENTREVISTAS

- 1969 “Zavaleta Mercado: Bolivia y América Latina”, en *Marcha*, 30 de mayo, Montevideo.
 1975 “Clase obrera y marxismo en Bolivia”, en *El Caimán Barbudo*, N° 88, La Habana.
 1983 “A Bolivia dirige-se para uma crise inevitável”, en *O Século*, 10 de noviembre, Lisboa.
 1983 “Bolivia: mate ahogado”, en *El Diario*, 3 de diciembre, La Paz.
 1984 “Todo lo que Bolivia hoy no es sino el despliegamiento de 1952”, en *Última Hora*, 3 de diciembre, La Paz.
 1985 “El asesinato de Juan José Torres, plan imperialista en la región”, en *Oposición*, 3 de diciembre, México.
 s.f. “Entrevista de René Zavaleta con Carlos Mesa”.

H. PRENSA EUROPEA

- 1976 “A formosa historia (1)”, en *O Diario*, 12 de febrero, Lisboa.
 1976 “A pátria indivisível (2)”, en *O Diario*, 13 de febrero, Lisboa.
 1976 “Uma divisão positiva”, en *O Diario*, 21 de febrero, Lisboa.
 1976 “A tecnologia dos generais peruanos e o desencontro com o movimento operário”, en *O Diario*, 19 de mayo, Lisboa.
 1976 “O sonho do passado”, en *O Diario*, 19 de mayo, Lisboa.
 1977 “L’esperienza del foquismo: per una teoría della rivoluzione latino-americana”, en *Manifesto*, 9 de octubre. Ésta es una traducción de “A diez años de la muerte del Che”.

I. MANUSCRITOS

- 1970 *La caída del MNR y la conjuración de noviembre: historia del golpe militar de noviembre de 1964 en Bolivia.*
- 1981 *La razón de la soberanía.*
- s.f. *El día siguiente del fascismo.*
- s.f. *Formas de operación del Estado en América Latina: bonapartismo, populismo, autoritarismo.*
- s.f. *Bonapartismo.*
- s.f. *Nacionalizaciones.*
- s.f. *Problemas preliminares en torno a la organización de un doctorado de ciencias sociales en la UAM-Xochimilco.*